LA VERDAD DE WINTERSWOOD



CUENTA ATRÁS A LA NAVIDAD

ESTER DEL CAMPO



1
LA OPORTUNIDAD

Aquella mañana, Anna iba a necesitar toda la suerte que pudiera reunir, y con esa idea, se acercó al armario en busca de su bufanda de punto verde; la más grande y calentita que tenía. Además, y eso no se lo había confesado a nadie, también sentía que era una prenda amuleto, aunque quizá solo fuera el cariño que le despertaba el que la hubiera tejido su tía a mano.

Después de enrollarla alrededor de su cuello, se miró al espejo. Las lucecitas de copos de nieve brillaban sobre él, iluminando su figura. Su pelo, trenzado en forma de espiga y del mismo color que estas, parecía más brillante, al igual que sus ojos verdes, relucientes sobre las pequeñas pecas salteadas cubriendo sus mejillas.

Asintió satisfecha a su reflejo, comprobando que su nariz aún no había cogido su habitual tono rojizo.

Luego, bajó las escaleras dando saltos y llegó a la cocina, donde su tía Elena preparaba el desayuno.

El olor a chocolate recién hecho la alcanzó en seguida, junto a los villancicos que ya sonaban a pesar de que aún quedaban semanas para Navidad. Pero en cuanto pasaba Acción de Gracias, su casa se transformaba en un abrir y cerrar de ojos, y todo se volvía incansablemente navideño.

—¿Pero qué haces a estas horas? —preguntó mientras se asomaba por encima de su hombro y descubría el desayuno casi listo en la sartén.

—Son tortitas de la suerte, para tu gran día.

Tras dar la vuelta a la masa, puso la jarra rebosante de chocolate caliente sobre la mesa y una taza gigante a su lado.

—¡Pero si no hacía falta! Es solo un día más en la redacción.

Sin hacerle caso, Elena volvió a los fogones y ella se calentó las manos rodeando la taza con la bebida ya servida.

—Nada de un día más. Hoy van a ver lo buena periodista que eres. ¡El contrato está cerca! —canturreó—. Y si no, estas tortitas harán el resto, ya lo verás.

Anna sacudió la cabeza levemente mordiéndose el labio inferior por los nervios. Miró la hora en su teléfono. Solo había pasado un minuto desde la última vez que lo había comprobado. Aún era pronto para salir de casa, así que se alegró de que su tía le hubiera preparado el desayuno, aunque lo cierto era que no tenía nada de hambre.

Echó un vistazo a su cuaderno, releyendo la lista que compartiría más tarde con su jefe. La había repasado tantas veces que se la sabía de memoria.

Antes de que pudiera revisarla una vez más, un plato de tortitas con sirope de chocolate y nata montada apareció frente a ella. Alzó el tenedor por inercia y se llevó el primer trozo a la boca.

—¡Ñam! —masculló mientras masticaba.

Elena se había posicionado detrás de ella y le dio uno de sus fuertes abrazos, aunque nunca llegaba a hacerle daño. Su habitual perfume a canela y naranja hizo que los nervios de Anna se relajaran por un momento.

—Vas a hacerlo genial, cariño. Estoy convencida.

Se sentó a su lado para observarla comer. Después de tantos años, Anna se había acostumbrado a tenerla de espectadora en sus comidas. Sabía que verla engullir sus platos era algo así como su pasatiempo favorito.

—En cuanto le cuente mis ideas a Joseph me dará un reportaje, y por fin voy a poder ayudarte con las facturas. Ya lo verás, tía; todo irá mejor.

Elena la chistó. La norma de no hablar de dinero en la mesa solía extenderse a toda la casa en realidad. No le gustaba hablar de ello, ni que Anna se sintiese responsable por ir viviendo al día.

—Tú preocúpate de conseguir el trabajo de tus sueños. Es todo lo que tienes que hacer, ¿entendido? —la regañó al tiempo que se levantaba de la mesa con un ceño apenas fruncido.

Ante su respuesta, Anna torció el gesto y se quedó en silencio mirando la figura esbelta de su tía moverse alrededor de la cocina y recoger todo al ritmo de los villancicos. No quería molestarla con sus planes, pero estaba emocionada por poder ayudar al fin con los gastos. Sus trabajos anteriores habían servido para poder costearse la universidad, aunque, aún así, su tía tuvo que ayudarla. Hubiera pagado todo si Anna no se hubiera opuesto tajantemente, pero conocía su nivel adquisitivo, y ya le había pedido demasiado.

Era su momento de devolvérselo. Hablaría con Joseph y conseguiría un puesto remunerado en el periódico de Winterswood.

En cuanto las tortitas desaparecieron de su plato, dejó este en el fregadero y se dispuso a salir. Su tía ya aguardaba en la puerta, sosteniendo su abrigo y esperando, como siempre, su beso de despedida. Anna fue más efusiva que nunca, seguramente por los nervios.

Según puso un pie en la acera, la brisa la envolvió haciendo que castañetearan sus dientes sin poder evitarlo mientras se giraba para despedirse una última vez con la mano.

Comenzó su marcha hasta la parada del autobús bajo las luces navideñas que enmarcaban la calle. Estaban apagadas, no solo por la hora, sino porque aún no se había celebrado el encendido de las luces con la fiesta de los Winters. Pero, aún así, daban algo de magia al lugar.

Aquella mañana había salido con demasiado tiempo debido al estrés que tenía y, para rematarlo, había andado más rápido que nunca, por lo que cuando llegó a la parada, todavía le quedaban diez minutos de espera, lo que significaba diez minutos congelándose y lamentándose por haber salido tan temprano. Normalmente llegaba a la vez que el autobús, optimizando al máximo el tiempo.

El móvil vibró en su abrigo, pero no se atrevió a sacar las manos de los bolsillos. Sabía que, una vez sus dedos probaran el frío matutino, le costaría demasiado que volvieran a entrar en calor.

Solo cuando subió al autobús lo hizo.

Bel:

¡Mucha suerte hoy, pequeña!

Sonrió al ver el mensaje de su amiga. Se encontrarían en unos minutos, pero no había esperado para mandarle sus mejores deseos.

Cuando llegó a la redacción, aún tardó un rato en quitarse el abrigo, pues al inicio del día el lugar siempre estaba más frío. Apenas había mesas ocupadas a su alrededor.

Se sentó en su sitio y esperó a que el ordenador se encendiera. Luego dejó su cuaderno sobre el teclado y empezó a tamborilearlo con sus dedos, inquieta. Miró hacia el despacho de

Joseph. La luz estaba encendida y a través de la puerta de cristal pudo verlo concentrado en su ordenador.

No había planeado en qué momento acercarse a hablar con él, pero se dijo que aquel era mejor que cualquier otro. Todavía no había demasiada gente y el estrés mañanero no había llegado.

Se levantó de su asiento y se dirigió al despacho de su jefe. Golpeó dos veces el cristal y esperó, apretando el cuaderno contra su pecho.

Joseph se irguió y, al verla, le hizo un gesto con la mano para que pasara.

—Entra, Anna —le pidió, todavía absorto en las maquetas que revisaba en la enorme pantalla sobre su escritorio.

Ella se mordió con más fuerza el labio. Había llegado el momento.

—¿Tienes un minuto? —preguntó.

—¿Qué te parece este diseño? —Su jefe no había levantado la vista de la pantalla, que giró hacia ella, y en ese momento continuaba observándola con los brazos cruzados y la frente arrugada.

—Oh, um… —Anna se acercó, aunque no tenía muy claro qué tenía que comentar exactamente.

Al parecer, su opinión tampoco le interesaba tanto, pues la cortó rápidamente.

—Por cierto, necesito que luego te pases con Jamie. Tengo que hablar con vosotros.

Anna pestañeó. Jamie era el otro becario de la redacción.

—Claro —dijo tratando de ocultar su confusión. Aún así, se dijo que aquella ocasión la había conseguido solo para ella y debía aprovecharla—. En realidad yo venía a traerte algunas ideas de reportaje… —Abrió su cuaderno para empezar a enumerarlas, pero el teléfono sobre la mesa comenzó a sonar y Joseph alargó el brazo para alcanzarlo.

—Después me las cuentas, ¿vale? —le dijo poniéndose el auricular en la oreja y contestando.

Tras eso, Anna tardó un momento en ponerse en marcha, resignándose a la oportunidad perdida, y se dirigió a la puerta del despacho.

—Por cierto, muy bien por pensar propuestas —le dijo Joseph en un susurro al tiempo que tapaba el teléfono. Después, volvió a la llamada sin percatarse de la pequeña sonrisa que aquellas palabras habían dibujado en el rostro de su becaria.

Cuando Anna se sentó en su sitio, Bel acababa de llegar a la mesa contigua.

—Bueno, ¿qué tal ha ido? —le preguntó mientras se quitaba el gorro y el abrigo, y se colocaba su frondoso flequillo. Su gesto demostraba la ilusión que intentaba contener, pero al ver a su amiga sujetando el labio con sus dientes, supo que algo no iba bien.

—Quiere verme luego. Con Jamie.

—¿Con Jamie?

—Eso ha dicho. —Encogió los hombros como si no fuera importante, pero su estómago no decía lo mismo. En aquel momento, no sabía si alegrarse o no de haber desayunado.

—Seguro que todo está bien. ¿Has podido decirle tus ideas?

Anna negó con la cabeza y suspiró.

—Justo sonó el teléfono.

Su amiga gruñó.

—¡Malditos teléfonos! ¡Los odio! ¿Por qué la gente no se limita a los emails?

Anna rio sin mucha gana y se volvió hacia su ordenador para seguir leyendo las noticias del día en los periódicos y revistas de la ciudad, en busca de alguna nueva historia de interés. Más tarde, se pondría con su trabajo real, preparando la sección de pasatiempos y programación que nadie en Winterswood leía.

Pasó la jornada sin poder concentrarse. Joseph había dicho que quería verla luego, pero no había especificado cuándo sería ese *luego*. Ni siquiera salió al descanso de media mañana,

por si se le ocurría llamarla entonces. Así que su amiga le trajo un chocolate caliente que se bebió antes de que llegara a enfriarse.

Cuando estaban a punto de salir a comer, fue cuando por fin decidió llamarla, a la vez que a Jamie. Les dio una voz desde su despacho para que ambos se acercasen.

Bel apretó su mano para desearle suerte, aunque ninguna de las dos sabía aún el motivo de aquella reunión. Se acercó a la puerta de cristal que permanecía abierta y la alcanzó al mismo tiempo que su compañero. Este la dejó pasar, ofreciéndole una sonrisa tímida, y Anna le devolvió el gesto, agradeciéndole la cortesía.

Una vez ambos entraron, encontraron a su jefe moviéndose alrededor de su mesa de reuniones. Anna miró a Jamie con cara de confusión. No tenían muy claro qué debían hacer, así que permanecieron de pie, esperando nuevas instrucciones.

—Venga, sentaos —dijo Joseph, todavía sin mirarlos.

Su compañero cerró la puerta y siguió a Anna hasta sentarse en el asiento a su lado.

De nuevo tuvieron que esperar a que Joseph se acordase de ellos, pero una vez se sentó en su gran silla, Anna deseó que no lo hiciera. Estaba demasiado nerviosa y su labio empezaba a dolerle.

—Anna, dime qué haces aquí —le preguntó de pronto su jefe.

Ella abrió la boca confusa, aunque tardó en articular palabra.

—Nos has llamado —empezó no muy segura. Miró a su compañero, que le devolvió el mismo semblante de extrañeza con sus cejas rubias contraídas.

—Digo en Winterswood Papers —le concretó Joseph con una sonrisa. Al parecer, encontraba su confusión divertida.

—Oh, em… Estoy con la sección de pasatiempos y program…

El redactor jefe la cortó, poniéndola más nerviosa.

—¿A quién sustituyes?

—Ah, em… A Norrington.

—¿Y tú, Jamie?

—A Elisabeth Carson —contestó bien a la primera. Anna sintió una punzada de envidia por no quedar como un idiota al no entender las preguntas de su jefe.

Joseph sonrió frente a ellos juntando las manos sobre la mesa y se tomó un momento antes de retomar la palabra.

—Voy a ser directo con vosotros, chicos. Tengo buenas y malas noticias. Norrington se jubila y uno de vosotros ocupará su puesto.

Anna contuvo el aliento sin saber qué decir o hacer. Así que optó por quedarse inmóvil.

—Parecéis aterrados —comentó su jefe conteniendo una carcajada.

—Es una gran oportunidad. Muchas gracias, señor —contestó Jamie, de nuevo con acierto.

Joseph miró a Anna esperando alguna reacción de ella, que solo pudo cerrar la boca y sonreír.

—Os veo muy comedidos, chicos —dijo entonces con una sonrisa—. Bueno, el problema, como os he dicho, es que solo podemos quedarnos con uno de los dos, aunque ambos estáis haciendo muy buen trabajo.

—¿Hay alguna forma de convencerte para que me escojas a mí? —preguntó Jamie

Joseph le guiñó un ojo señalándolo, como si de nuevo hubiera acertado con su respuesta, haciendo que Anna se sintiera más pequeña en su silla.

—Vamos a hacerlo interesante. Al fin y al cabo, aquí estáis haciendo trabajo facilón, ¿no? —Hizo una pausa tras su pregunta retórica—. Quiero que me traigáis una historia.

Anna apretó el cuaderno entre sus dedos y estuvo tentada de sonreír. Venía preparada para eso. Por fin podría dar una respuesta correcta.

—Norrington se jubila para Navidad. Tenéis hasta entonces para traerme vuestro trabajo.

Ambos asintieron y Jamie fue el primero en levantarse de su asiento. Ella lo siguió, pero Joseph la llamó antes de que alcanzase la puerta.

—Anna, ¿qué tienes ahí?

Estaba mirando su cuaderno.

Ella desanduvo sus pasos y volvió a colocarse frente al escritorio.

—Son algunas ideas. Quería hablarte de ellas.

Le puso el cuaderno en la mano que tenía extendida en el aire y permaneció inmóvil observando su mirada moverse a lo largo de la página.

Cuando terminó de estudiarlo, lo cerró, aunque siguió contemplando su cubierta. De vez en cuando entrecerraba los ojos, como si siguiera sopesando el valor de aquellas posibles historias.

—Puedo pensar más ideas… —empezó, y el gesto de su jefe la hizo callar.

—Son buenas, Anna —finalmente le concedió.

Notó sus hombros relajándose. Hasta que él continuó hablando.

—Pero no son para una portada. Sé que puedes hacerlo mejor.

Le devolvió el cuaderno que ella apretó con sus dedos mientras se esforzaba en sonreír.

—Claro. Buscaré algo más… impactante —dijo tan segura como supo mostrarse.

—Sé que puedes hacerlo —volvió a repetirle su jefe, que para entonces ya estaba absorto en su portátil.

Se dio la vuelta y se dispuso a salir de aquel despacho sin saber muy bien qué hacer. Se sentó en su puesto y, aunque sabía que Bel le estaba preguntando cómo había ido la reunión, ella permanecía aislada de todo a su alrededor, con su cerebro dando vueltas.

Había un puesto vacante, eso era una buena noticia.

El problema era que para conseguirlo tenía que encontrar una historia. Una de portada. Y ya sabía que lo que llevaba tanto tiempo preparando, las ideas que había estado investigando durante los últimos meses, no eran suficiente.

La imagen de su tía colocando facturas en la nevera le vino a la mente, y con velocidad encendió su ordenador. Ese trabajo tenía que ser suyo. Era su oportunidad.



2
LA INVITACIÓN

—¿Hoy tampoco vienes a comer?

Anna levantó la vista de su pantalla y se encontró con Bel poniéndose el abrigo. Gruñó levemente al darse cuenta de que ya era mediodía. Después de varias horas, todavía no había conseguido nada.

—Necesito encontrar esa historia —fue su única explicación.

—También necesitas rellenar este cuerpecito. —Le pellizcó el brazo suavemente. —Como Elena se entere de lo mal que te cuido…

Se apartó de ella mientras su amiga intentaba pincharla también en las costillas.

—Te creería si no tuviera que desayunar todo lo que prepara bajo su atenta mirada. —Era imposible no comer con su tía vigilando cada bocado.

—¿Sigue haciéndolo? —preguntó con una risa.

—Le encanta. —Anna se encogió de hombros y volvió a centrarse en su pantalla.

A su lado, Bel se preparaba para salir, y cuando se colgó el bolso del hombro, hizo un último intento.

—¿Seguro que no quieres venir? Preston viene, y tiene ganas de verte. —Puso una sonrisa angelical, como si pretendiera ocultar sus artimañas para convencerla.

Anna abandonó la pantalla de su ordenador para echarle una mirada con las cejas bien elevadas.

—Vale, tranquila. —Su amiga se rio ante su gesto, echando a andar hacia la entrada del departamento—. No te haré chantaje emocional. Pero no puedo hablar por él.

—Dale un beso de mi parte —le dijo a través de la habitación. Bel alzó la mano, señalando que había recibido el mensaje.

En cuanto desapareció tras la puerta, Anna volvió a sumergirse entre todas las pestañas que tenía abiertas. Había pasado la mañana buscando las portadas de todos los que estaban en la redacción. Joseph había dicho que, para formar parte del equipo, necesitaba una, y lo primero era descubrir qué tipo de noticias se ganaban una primera plana en el Winterswood Papers.

En ese momento, tenía delante la que escribió Joseph, su jefe, treinta y tres años atrás. El alcalde de entonces había sido descubierto ejerciendo tráfico de influencias, e incluso algunos departamentos de la policía habían estado implicados. Aquella historia era muy conocida en Winterswood, pero lo que Anna no sabía era que la había destapado el mismo Joseph.

—¿Cómo diablos voy a encontrar algo así? —masculló, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Qué tal lo llevas? —Jamie se había acercado hasta su puesto, y la miraba desde su altura con una sonrisa ladeada.

Anna suspiró antes de responderle.

—Fatal, ¿y tú?

Vio cómo encogía sus anchos hombros, aunque, a diferencia de ella, contuvo el suspiro.

—Lo peor es la presión —le dijo.

—La cuenta atrás.

—Pensaba que era imposible odiar la llegada de la Navidad.

Anna se rio ante su comentario mientras seguía el movimiento de su mano recorriendo con rapidez su pelo rubio. Comprobó que tenía la misma cara de estresado que ella y, en cierto modo, la tranquilizó.

—Estoy a un villancico de perder la cabeza —respondió ella, continuando con su broma, dándose cuenta de que era más cierto de lo que parecía. Su tía Elena disfrutaba de esa época más que nadie y siempre se las ingeniaba para dejar la casa como el mismísimo taller de Papá Noél. Sin embargo, aquel año, la llegada de la Navidad suponía demasiado estrés para Anna.

A Jamie le hizo gracia y se rio al tiempo que se desplomaba en la silla de al lado y la acercaba a su mesa. Entonces soltó el suspiro que había estado conteniendo.

—¿El caso Callahan? —preguntó, señalando la pantalla con un movimiento de su cabeza.

Ella siguió su mirada hasta la noticia que había revolucionado Winterswood hacía más de treinta años.

—Solo estoy viendo qué tipo de historias han llegado a portada.

Jamie se pasó la mano por el pelo una vez más y Anna se preguntó qué significaba ese gesto.

—Yo terminé de hacerlo hace un rato —le confesó él.

—¿Alguna idea? —No tenía esperanza en que le diese ninguna pista. Si encontraba alguna, se la guardaría para sí. Al fin y al cabo, estaban compitiendo por el único puesto libre en el periódico.

La risa de Jamie la devolvió al presente.

—¿Está mal desear que haya un asesino en serie por Winterswood?

No pudo contener su sonrisa, pues esa idea se le había pasado por la mente unos minutos antes, al ver la portada de Ryan Miller.

—Muy mal —fingió regañarlo.

Su compañero se frotó la cara, claramente exhausto.

—Necesito un respiro —anunció—. ¿Vienes a por algo de comer? No has salido, ¿no?

—No… Yo voy a quedarme un poco más —le dijo.

Lo observó mientras se ponía en pie y colocaba la silla de nuevo en su sitio.

—Muy bien. Ánimo entonces.

—Sí, claro. Para ti también —le devolvió el buen deseo confusa. Creía que la lucha por el puesto vacante sería más encarnecida, pero, al parecer, el mundo real no era como en las series de televisión. Al final, solo eran dos personas haciendo su trabajo lo mejor que podían.

Sacudió la cabeza tratando de centrarse de nuevo en la tarea imposible que tenía, como descubrir la fuente que habría dado a Joseph la información de aquella trama que destapó tantos años atrás. Si algo sabía del periodismo, era que su funcionamiento apenas había cambiado desde sus inicios.

Seguía inmersa en las palabras escritas por su jefe cuando una bolsa de comida cayó de golpe sobre su mesa. Se separó de un salto, asustada, y encontró a su amiga tirándose sobre su asiento, aunque podía verse que el motivo no era el cansancio.

—¿Hola? ¿Qué pasa? —preguntó, observándola perpleja. No sabía cuánto tendría que preocuparse, pero le parecía que estaba a punto de salir humo de sus orejas.

—Tu comida —fue su respuesta mientras se quitaba el abrigo y lo dejaba de mala gana en el respaldo de su silla.

—Puré de comida, por como lo has estampado contra la mesa, —Apartó la bolsa de encima de sus apuntes—. ¿Qué ha pasado?

—Preston ha pasado —contestó su amiga enfadada, tecleando la contraseña de su ordenador con más fuerza de la necesaria.

Anna la observaba confusa.

—Vas a tener que darme más detalles —le pidió.

Eso fue todo lo que Bel necesitó para girarse, poner los ojos en blanco y suspirar. Un segundo después, comenzó a desahogarse.

—Tiene una convención de no sé qué friquis navideños en no sé qué ciudad y no se ha enterado hasta hoy. En definitiva, que me deja colgada y no puede ir a la Fiesta del Encendido.

—Ah… —fue todo lo que Anna pudo contestar tratando de descifrar las palabras de su amiga.

—Quiero matarlo —le tradujo esta, consiguiendo hacerla sonreír.

—Por mí, bien. —Se encogió de hombros. —Necesito un asesino en serie para mi noticia.

—¿De qué hablas?

—Nada, perdona. —Anna cerró el ordenador para centrarse en la conversación—. Bueno, ¿y no puedes ir sola? No es como si no conocieras a nadie, ¿no? Vas todos los años.

Sabía que Bel odiaba ir a aquel evento y también que tenía alguna especie de pacto con sus padres para ir cada año.

—Claro. Puedo ir sola y morirme de asco. O mejor, mis padres pueden intentar buscarme un novio rico y guapo que no me deje colgada en la fiesta más aburrida del año.

—La verdad es que suena horrible —Anna la picó y luego se rio, aunque dejó de hacerlo pronto, en cuanto vio la sonrisa que curvaba los labios de su amiga.

—Anna…

—¿Qué?

—Anna… —repitió en un canturreo mientras una idea parecía formarse en su cabeza.

—No —dijo tan tajante como pudo en cuanto entendió lo que significaba ese gesto.

—¿Por qué no? Según tú, no está tan mal. —Su amiga acercó la silla con la intención de agarrar sus manos, pero ella se zafó con velocidad.

—Y según tú, es lo más aburrido y pretencioso del mundo.

—Bueno, ya sabes que me gusta exagerar un poquito. —Una carcajada salió de su garganta cuando vio la ceja de Anna alzándose a alturas imposibles—. Y si vienes conmigo no lo será —le prometió.

—Bel, tengo lío con el reportaje. Necesito una portada y se me acaba el tiempo. La Navidad está a la vuelta de la esquina y aún no tengo nada.

Le pareció una buena excusa, aunque en su cabeza sonaba otra con más fuerza: la de que en ese tipo de eventos despellejaban a gente como ella, sin fondos de inversión de diez cifras. Dudaba incluso que le permitiesen entrar, y prefería ahorrarse el bochorno de descubrir que tenía razón.

—Venga, ¡irá la alta sociedad de Winterswood! ¡Seguro que puedes encontrar algo allí! —la animó—. Puedo contarte los trapicheos de todos los que vayan. Mi madre siempre los va aireando cada vez que tiene la oportunidad.

Anna se rio ante el extraño intento de convencerla. Y por lo visto, no había terminado en su afán de hacerlo.

—Habrá bebida, el mejor catering…

—No tengo nada que ponerme. —Trató de lanzar alguna otra excusa, aunque la mirada de Bel le dio a entender que no lo estaba consiguiendo.

—Eso es que vienes. —No era una pregunta. Era una afirmación.

—Literalmente es lo contrario —dijo Anna arrugando la frente. Estaba perdiendo la batalla.

—¡Claro que no! Sabes que yo tengo looks de sobra para ti. —Se giró hacia su pantalla, dando por zanjada la conversación; erigiéndose ganadora.

—Bel. —Ahora era ella quien debía convencer a su amiga de no llevarla. ¿Cómo había conseguido girar las tornas?

—Te ayudaré con tu noticia, te lo prometo. Además, salir de tu zona de confort siempre ayuda. Es ahí donde se encuentran las historias de verdad. —Le guiñó un ojo y volvió a concentrarse en su trabajo.

Anna respiró hondo sabiendo que, dijera lo que dijera, al final iría con ella. Cuando su amiga se proponía algo, siempre lo conseguía. Pero había prometido ayudarla con su noticia, y estaba dispuesta a lo que fuera con tal de conseguir su portada. Incluso ir a la celebración más aburrida y pretenciosa del año. Así que, resignada, aceptó la invitación.

La noche de la fiesta llegó antes de que Anna pudiera pensar demasiado en ello o arrepentirse lo suficiente.

Empezó a hacerlo cuando tropezó con su propio vestido. Se sujetó contra la pared evitando por poco caer al suelo y tardó un momento en sentirse lo bastante segura como para enderezarse.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Bel.

Ella le echó una mirada furibunda que atajó cualquier broma que estuviera a punto de salir de la boca de su amiga.

—Intento no matarme con esta trampa mortal que me has puesto en los pies —se quejó.

No solo no estaba acostumbrada a los zapatos de tacón, y menos tan altos como los que se había visto obligada a ponerse «por razones de etiqueta», sino que estaba segura de que sus pies estaban genéticamente programados para no tolerarlos.

—¡Qué exagerada eres! —la acusó su amiga, como si estuviera leyendo sus pensamientos.

Le extendió la mano para que pudiera sujetarse a ella y retomaron el camino hasta la gran entrada de la Mansión Winters. Anna la observaba moverse con su vestido rojo hasta los tobillos, aún más ajustado que el suyo, y trataba de imitar los movimientos gráciles de su amiga, pero estaba convencida de que no lo estaba consiguiendo. El antiguo empedrado tampoco se lo estaba poniendo fácil, y se preguntaba cómo hacía ella para caminar sin tener que estar pendiente del suelo y sus pequeños baches, incluso con unos zapatos más altos que los suyos.

—¿Cómo puedes moverte con esto? —le exigió rendida.

Bel la miró y una sonrisa apareció en su rostro.

—Ven aquí, tonta. —La llevó a un lado, apartada, mientras el resto de invitados continuaba andando, atraídos por el calor que la casa prometía.

Sacó una barra de colorete de su bolso y empezó a pasarlo por las mejillas de Anna.

—Creo que con este frío es totalmente innecesario. Es imposible que mis mejillas o mi nariz puedan estar más rosas.

Su amiga se rio, sin dejar de añadir producto a su rostro.

—Este tiene iluminador. —Le guiñó el ojo y después lo guardó en su bolso.

Siguieron andando hasta llegar a la escalinata que daba a la entrada de la casa. Cuando al fin cruzaron el umbral de la puerta, Anna se esforzó por mirar al frente, aunque estaba deseando inspeccionar todo a su alrededor. Las puertas debían medir cuatro metros de altura y, aún estando abiertas de par en par, nada más cruzar su umbral, el calor la envolvió. Había una larga escalera frente a ellas, toda decorada con grandes guirnaldas navideñas. Se sentía hipnotizada por todo lo que había allí, hasta que un chico vestido con traje negro y pajarita se puso delante de ella cortándole el paso.

«Hasta aquí he llegado», pensó, recordando uno de los motivos por los que había rehusado asistir a la celebración.

Sin embargo, el chico le sonrió de buena gana, para después pedirle el abrigo y el nombre.

Como si despertara de un trance, volvió a centrarse en la fiesta. Dejó al descubierto su largo vestido plateado al entregarle el abrigo al chico. Se había sentido rara al verse así de elegante al probárselo, pero en aquel lugar, rodeada de tanta gente guapa y tanto lujo, se alegró de no haberse negado al modelo escogido por su amiga. Lo de los zapatos, en cambio, lo llevaba un poco peor.

Seguía aún absorta por la decoración del vestíbulo cuando Bel la agarró del brazo y la empujó hasta el gran salón, a la derecha de la entrada.

Anna se esforzó en cerrar la boca cada vez que veía algo que le asombraba. Las paredes de madera, que en cualquier otra situación darían un aire sobrio a la estancia, estaban decoradas con guirnaldas, detalles navideños y lucecitas, transformando el lugar en un paraíso de la Navidad. Si su tía pudiera ver todo aquello, se volvería loca. Sin embargo, a diferencia de su casa, los adornos de esta tenían un gusto exquisito. Como si se tratara de una revista de decoración, más que de un hogar real.

Empezó a sonar una melodía tan bellamente tocada por un cuarteto de cuerdas en un lateral de la estancia, que apenas parecía música navideña. Daba un aura de magia, paz y felicidad perfecta para semejante celebración.

Sin embargo, cada vez que Anna escuchaba un villancico, su estómago se encogía. Le recordaba la cuenta atrás para su noticia, y aún continuaba sin ninguna historia que valiera la pena.

Después de saludar a los padres de Bel, que iban tan elegantes como su hija, ambas amigas se dirigieron a una de las mesas donde parecía haber, al menos, cien copas de vino servidas.

—Bueno, ¿dónde está mi portada? —Sacó el tema rápidamente, estresada por la música que flotaba en el aire.

Bel la miró sacudiendo la cabeza, pero su sonrisa no la regañaba del mismo modo.

—Relájate un poco, ¿quieres?

Anna torció el gesto y se giró a contemplar la escena a su alrededor. No entendía por qué le molestaba tanto ir a aquella fiesta cada año. Estaba claro que era un gran evento, aunque quizá sí un poco aburrido.

—Todavía no hemos visto a los Winters, ¿no? ¿Cuándo hacen su aparición? —preguntó estudiando a los invitados. En cuanto llegó al rostro de su amiga, se detuvo. La miraba con cara de pocos amigos.

—¿Qué estás diciendo?

Anna se quedó confundida. Estaba segura de que ese era el apellido de los anfitriones.

—Los Winters... ¿No daban ellos la fiesta?

—Sí, pero murieron hace años.

—¿Entonces quién lo organiza?

—Su hijo, Logan Winters.

Anna retomó el escrutinio de los invitados tratando de adivinar cuál de ellos podría ser el rico heredero. Había estado buscando a una pareja mayor como los dueños de la mansión, y quizá el verdadero anfitrión se le hubiera pasado por alto.

—No te molestes. Nunca aparece —le explicó su amiga antes de dar un sorbo a su copa.

—¿Cómo?

Acababa de confirmarle que era quien organizaba la Fiesta del Encendido. No podría estar también fallecido.

—De hecho, creo que si me lo cruzara, no sabría quién es.

—¿Nadie lo ha visto? —preguntó Anna curiosa. En cuanto a las noticias de sociedad, estaba totalmente perdida. Los ricos siempre le habían parecido demasiado excéntricos, pero generalmente se pasaban por los eventos que organizaban, aunque solo fuera para darse publicidad a ellos mismos. Aquella afirmación implicaba justamente lo contrario.

—Pues la verdad es que no estoy segura —respondió su amiga pensativa—. Yo desde luego que no. Y llevo viniendo a esto mil años.

Anna torció el gesto mientras intentaba dar sentido a por qué alguien no aparecía en su propia celebración.

—A lo mejor es muy feo. —Bel la despertó de sus pensamientos.

Cuando la miró, aún frunciendo el ceño, ella se rio.

—¿Qué? ¡Podría ser! O puede que esconda algún oscuro secreto.

Entonces sus cejas cambiaron de posición, elevándose ante la idea que se abría paso en su mente.

—¡Ese es mi reportaje! —dijo a un volumen mayor del que debería. Se aclaró la garganta para evitar la atención de los invitados a su alrededor y se acercó a su amiga para seguir cuchicheando—. ¡Descubriré quién es Logan Winters y por qué se esconde!

—Y por qué sigue torturándome con esta fiesta. Al menos merezco saberlo.

Anna se rio, pero su cabeza ya daba vueltas con todas las ideas que iban apareciendo en ella. En un segundo, tenía planeada la lista de tareas que le ayudarían a escribir su historia.

—Venga, dime qué necesitas. Ya te dije que te echaría una mano. —Bel la empujó con el hombro.

—¿De verdad no te importa? —preguntó inquieta. Pedir ayuda no era uno de sus fuertes.

—Nunca digo que no a un buen misterio. Y además, me vendrá bien para pasar la velada un poco menos aburrida.

Anna le explicó rápidamente todo lo que empezaba a inundar su mente, y finalmente le pidió que encontrara a todos los asistentes que conocieran personalmente a Logan Winters. Con esa información, podría investigar más adelante e incluso volver a contactarlos si lo necesitaba.

En cuanto su amiga se mezcló con la gente, ella dio media vuelta en busca de los baños; si bien tenía planeado perderse en el camino.

Cruzó la puerta feliz por moverse al fin en busca de su portada.

Quizá no había sido tan mala idea aceptar aquella invitación.



3
LA FIESTA

Anna sentía su corazón bombeando con insistencia en su pecho. Siempre había soñado con hacer un buen trabajo de investigación, y tenía claro que no se conseguía desde la mesa de escritorio. Aunque tampoco contaba con que los nervios pudieran ser tan tenaces. Se imaginaba más calmada y entera.

No tardó en llegar a los baños. La decoración navideña iba marcando el camino, al igual que los azafatos colocados en cada esquina. Uno de ellos esperaba en la puerta de los servicios, sonriéndole al pasar.

Le correspondió el gesto al cruzar la puerta pensando en las opciones que tenía de escabullirse por los pasillos. No contaba con el chico esperando en la puerta. Quizá podría pagarle algo, pero era jugársela a que estuviera igual de mal de dinero que ella.

Se miró en el espejo las mejillas rosadas, pensando en cómo habría conseguido Joseph toda la información de su portada. Era algo que no te enseñaban en la facultad de Periodismo: cómo chantajear a la gente a cambio de información.

Todavía pensaba en ello cuando una señora mayor salió del baño y, tras lavarse las manos, se las colocó sobre el cuello.

—Cualquiera diría que es invierno con este calor —se quejó con una sonrisa.

Anna se la devolvió, como si le diera la razón, mientras una idea se formaba en su cabeza. Esperó a que la señora saliera del baño y entonces se humedeció la cara. Su maquillaje no le preocupaba, pues

sabía que Bel le había echado uno de sus mejunjes imposibles de estropear ni queriendo.

Con la frente brillante, salió del baño dando tumbos y fue a apoyarse en el pobre chico, que enseguida extendió los brazos hacia ella.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó asustado.

Ella negó con la cabeza. Mantenía los ojos entrecerrados, aunque podía ver la expresión asustada del azafato. Seguramente todavía iría al instituto y el dinero le habría venido bien. Aún así, siguió con su plan.

—Glucosa —murmuró haciéndose caer.

—¡¿Qué?! —respondió el chico aterrado, y Anna se sintió un poco culpable por hacerle pasar por aquello.

—Busca mis… pastillas de glucosa… En mi abrigo… —balbuceó mientras se dejaba caer aún más, fingiendo debilidad y mareo.

Había leído suficiente sobre la diabetes y sus efectos para un trabajo de la universidad, y sabía cómo actuar para fingir una bajada de azúcar.

—No puedo dejarla aquí —dijo el chico mirando a ambos lados del pasillo.

Anna se alegró de que nadie pasara por allí en ese momento. No había pensado en ese detalle, así que necesitaba ser rápida y no tentar a la suerte.

—No voy a moverme… —gruñó frunciendo las cejas—. Tráemelo… —sollozó con una voz débil al tiempo que lo empujaba.

En menos de un segundo, el chico salió corriendo en dirección a la entrada. Estaba tan asustado que no le había pedido ni el nombre para buscar el abrigo. Solo esperaba que no llamase a la ambulancia.

Se dijo que, en adelante, pensaría sus ideas un poco más. Había dejado demasiadas cosas al azar. Pero se había deshecho de él y podría seguir con su investigación.

Se levantó del suelo y, después de coger los zapatos en su mano, salió corriendo en la otra dirección.

No paró hasta que llegó al final del pasillo. A su izquierda se abría otro igual de largo, más oscuro, apenas iluminado por una luz tenue que lanzaban unas pequeñas lámparas apostadas en ambas paredes. La mayor luz, sin embargo, llegaba a través del ventanal al final del corredor, por donde se asomaba la luna. Sin poder verla

desde donde se encontraba, sabía que debía estar llena, a juzgar por el haz que bañaba la larga alfombra entre aquellas paredes.

Caminó por el pasillo descalza. Se había quitado los zapatos para moverse con mayor facilidad y se alegró de que también le permitiera hacer menos ruido.

Según avanzaba, distintos cuadros con retratos la escudriñaban. Entre ellos, estatuas de piedra la vigilaban del mismo modo sombrío. La música y el murmullo de la fiesta iban desapareciendo a medida que también lo hacía la luz.

Cuando alcanzó el final, se quedó observando el último cuadro. Era un retrato familiar con tres personas posando como si fueran de la realeza, salvo por unas vestimentas más sencillas aunque igual de elegantes.

Las tres personas la contemplaban de forma implacable. Incluso le parecía que entrecerraban los ojos, juzgándola por estar allí.

Se acercó a leer el grabado en el marco, preguntándose si esa familia habría sido feliz en realidad. Para su sorpresa, era la familia Winters. La última familia Winters: Logan, y sus padres fallecidos.

Se separó de nuevo para verles la cara cuando el movimiento sigiloso de una sombra a su lado la asustó. Antes de que pudiera darse cuenta, había dado un salto y un grito escapó de sus labios. En ese instante, su corazón comenzó una carrera que, a pesar de presionar su mano contra él, no pudo ralentizar.

—Está un poco lejos de la fiesta, señorita —dijo la silueta con voz grave. Por su tono, parecía regañarla, pero reparando en su vestimenta, debía ser otro de los invitados, extraviado como ella.

Pudo únicamente vislumbrar su figura, debido a la luz que entraba por el ventanal a sus espaldas, que lo dejaba a contraluz, dificultando su visión. Pero pese a que lo intentó, fue incapaz de descifrar su rostro.

—Supongo que me he quedado embobada mirando los cuadros —mintió—. ¿También te has perdido? —preguntó después, tratando de sonar algo más amigable e inocente.

—Miraba los cuadros, como usted.

La voz le pareció fría y dura, o quizá fuera el lugar en el que se encontraban, alejados de la calidez de la fiesta. Anna empezaba a notar su nariz añorando aquel candor.

—No hace falta que me trates de usted. Es demasiado formal. Bastante es con esta casa y su anfitrión —sonrió al desconocido.

—Supongo que sí. ¿Conoce…? —la voz se detuvo al darse cuenta de que seguía tratándola de usted—. ¿Conoces a Logan Winters?

—Aún no.

—¿Aún?

Esa respuesta fue suficiente para que pudiera imaginarse una sonrisa extendiéndose en la cara que no había podido ver, y ella imitó el gesto.

—Bueno, es el anfitrión de la fiesta a la que estamos invitados. Esperaba poder hacerlo. Aunque he oído que no suele hacer acto de presencia. ¿Tú lo conoces?

El hombre se movió, pero no lo suficiente como para dejarse ver. Anna seguía entrecerrando los ojos, deseando detectar sus facciones.

—Lo cierto es que sí —contestó el desconocido, y ella se alegró sin pensárselo. Había dado con el premio gordo.

—¿Y es tan excéntrico como parece? —preguntó sin esperar. Necesitaba empezar a recopilar algo de información para su nuevo proyecto.

La sonrisa de aquel hombre se iluminó en su rostro con una fila de dientes perfectamente blancos y ordenados. Era lo poco que podía ver en semejante oscuridad.

—¿Le parece así, por el cuadro? —Se movió detrás de ella observando la pintura reinante sobre ellos.

Anna se quedó mirándolo durante un segundo, y al asumir que solo podría atisbar su perfil a contraluz, se giró también hacia el retrato.

—Solo por no aparecer en su propia fiesta —contestó—. En el cuadro parece un niño normal.

—Un niño feliz —coincidió la sombra con algo de melancolía en su voz. Como quien habla de un pasado mejor.

—¿Ya no lo es?

Esperó su respuesta pacientemente deseando conseguir nuevos datos. Sin embargo, en cuanto creía acercarse a algo, el desconocido se escabullía.

—Parece muy interesado en él, señorita.

Ella se encogió de hombros.

—Solo curiosidad.

Su acompañante se olvidó del cuadro y se volvió para observarla. En cambio, ella aún no podía ver su rostro.

—Se dice que la curiosidad mató al gato.

Si la miraba con una sonrisa, ella no pudo intuirla. Tampoco notó la broma en su voz. De repente se mostraba serio y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Suerte que yo no sea uno —dijo con una seguridad que de repente no sentía.

Después de un momento, aquel hombre comenzó a reír. Dio un paso hacia delante, al tiempo que Anna retrocedía la misma distancia.

Fue entonces cuando la tenue luz del aplique junto al cuadro bañó el rostro de su acompañante.

Anna tuvo que hacer el mismo esfuerzo que al inicio de la velada, cuando entró en la mansión, para cerrar su boca.

Él seguía contemplándola con una sonrisa curvando sus labios. Iba tan elegante como el resto de invitados, con traje oscuro y pajarita, tan perfecto sobre sus anchos hombros, que bien podría haber sido confeccionado a medida.

Tenía una mandíbula prominente escondida por una barba cerrada y cuidada, a juego con un pelo que caía a ambos lados de su cara.

Pero eran sus ojos marrones los que la tenían atrapada. Se preguntó cómo con aquel brillo no había podido verlos en la oscuridad.

Cuando él dio otro paso más acercándose, ella no se movió.

—Permítame acompañarla de vuelta a la fiesta —le dijo ofreciéndole el brazo.

Ella pestañeó y, después de un momento, accedió.

—Solo si dejas de tratarme de usted. Puedes llamarme Anna —dijo torpemente.

—Muy bien, Anna —le sonrió, aunque ninguno de los dos se movió.

Al darse cuenta de que deberían hacerlo, ella apartó la mirada buscando sus zapatos en el suelo. Los que había lanzado al asustarse con su sombra mientras estudiaba el retrato de los Winters.

Él esperó pacientemente a que volviera a calzarse sin hacer ningún comentario, y ella lo agradeció en silencio. Cuando terminó con los zapatos, se irguió y pasó el brazo por debajo del que todavía le ofrecía aquel misterioso hombre.

Solo colocando la mano sobre su chaqueta oscura pudo sentir el calor que desprendía a través de su ropa. Totalmente contrario al frío

que generalmente la envolvía a ella. Un frío al que ya estaba acostumbrada en Winterswood.

Volvió a echar, de reojo, un vistazo a su cara, y falló estrepitosamente en su disimulo, pues él también la observaba desde su altura. A pesar de ir subida en sus altos zapatos, y tenerlo más cerca, quedaba aún patente la distancia entre los dos.

Se sonrojó por la vergüenza y aflojó un poco el agarre de su brazo.

Entonces se preguntó si la habría visto dar tumbos antes en el salón, pues andaba con la suficiente calma como para no dejar que los zapatos se le descontrolaran.

—¿Qué puedes contarme de Logan? ¿Lo conoces desde hace mucho? —Fue directa al grano. No sabía cuánto tiempo tendría para interrogarlo y ya había frustrado sus planes de conseguir algo de información investigando por la mansión.

Él se rio a su lado, despertando un pequeño cosquilleo en el estómago de Anna. Se movió incómoda, preguntándose qué tendría el timbre de su voz para hacerle sentir algo así. Necesitaba concentrarse en su tarea.

—¿Qué quiere saber?

—¿Por qué se esconde? ¿Es tan feo como dicen? —sonrió con su última pregunta. Bromear para conseguir información siempre le funcionaba a Bel.

Por suerte él parecía divertirse a su lado.

—¿Eso es lo que dicen? —preguntó—. Supongo que no estoy en situación de hablar objetivamente sobre ello.

—Claro, si es tu amigo… —Anna torció el gesto, pero no desistió —. ¿Y sabes por qué se oculta?

Acababa de hacerle la pregunta cuando el chico de los baños apareció delante de ellos. Seguía con la misma cara de susto con la que lo había dejado, lo que la hizo sentirse peor. Le sonrió tímidamente, y no hizo ningún otro gesto salvo apretar nerviosa el brazo que tenía entre sus manos. Si su acompañante se dio cuenta de ello, lo obvió mientras continuaba pensando en su respuesta.

—Mh… Nunca se lo he preguntado. Supongo que todo este rollo de las fiestas no es lo suyo.

«Al fin algo de información», pensó Anna, aunque no daba para una portada. Estuvo a punto de resoplar, conteniéndose a tiempo.

—¿Y entonces, por qué las organiza?

Su interrogado alzó los hombros.

—Puede que simplemente quiera mantener la tradición de esta casa.

—Pero él permanece escondido —respondió—. ¿Eso es también una tradición?

El hombre a su lado se giró para mirarla, dejando al descubierto la línea que se dibujó velozmente entre sus cejas.

—Ya hemos llegado —anunció él sin responder a su pregunta.

Anna miró a su alrededor. Había estado tan absorta en su conversación, en no caerse de sus zapatos y en el brazo que rodeaba con sus manos, que no se había percatado de los villancicos que le taladraban los oídos, por bonitos que sonasen en los elegantes instrumentos que los reproducían.

Se volvió hacia el invitado liberando su agarre a regañadientes.

—¡Al final no me has contado nada! —lo acusó antes de que se despidiera.

La sonrisa de él regresó a su rostro, iluminándola casi más que las luces que decoraban las paredes.

—En realidad le he dicho bastante.

Tenía una mirada divertida mientras la observaba. Parecía querer zambullirse en sus ojos, y se preguntó si ella tendría esa misma expresión, pues sentía algo parecido.

Entonces él echó un vistazo a su alrededor y toda la diversión desapareció de su semblante. Dio un paso hacia atrás para marcharse y Anna lo retuvo como pudo, sin llegar a entender por qué.

—Ni siquiera me has dicho tu nombre —intentó, dándose cuenta de que había estado tan obsesionada por conseguir su historia, que no se había percatado de ese detalle hasta entonces.

La sonrisa de su acompañante apareció de nuevo, esta vez de forma tímida, en un suave ladeo de labios. Se acercó levemente hacia ella, para no tener que elevar el tono a pesar del ruido que los envolvía en la estancia.

Anna sintió un escalofrío cuando su voz le acarició la piel.

—Oh, pero ya lo conoce. —Seguía sin tutearla, aunque en ese momento no le importó—. Lleva usted hablando de mí todo este tiempo, Anna.

Nada más dejar aquellas palabras bailando sobre su oído, se dio la vuelta y desapareció entre las sombras.

Ella, por su parte, había abierto los ojos casi tanto como su boca. Por lo demás, parecía inmóvil, congelada.

—Yo… —se esforzó por hacer salir alguna palabra más allá de sus labios. Sin embargo, estas se mostraban reacias a escapar de su lengua.

La conversación que había tenido con aquel desconocido se reprodujo en bucle en su cabeza hasta que un empujón la hizo reaccionar.

—¡Aquí estás! —Su amiga Bel apareció a su lado—. ¿Qué has averiguado y por qué no has ido a morrearte con ese tío? —preguntó empujándola una vez más y apenas despertándola de su trance.

La miró, incapaz de relajar su frente, y su amiga cambió el gesto preocupada.

—Bel, creo que ese era Logan Winters.



4
LA TORMENTA

Un nuevo gruñido llegó hasta los oídos de Anna, y, al igual que hizo con la docena de refunfuños anteriores, lo ignoró. Aun así, su amiga siguió quejándose, esperando al menos un poco de confirmación.

—¿A quién se le ocurre poner una fiesta en jueves?

Permanecía recostada sobre su mesa, escondiendo la cara entre sus brazos.

Anna sacudió la cabeza ante su pregunta, pero no contestó ni desvió la atención de su pantalla. No había parado de teclear en su ordenador durante la última hora y media, y, a pesar de los intentos de Bel por distraerla y conseguir que juntas se lamentasen por la resaca de la fiesta, había logrado mantenerse centrada en su tarea.

—¿Y tú, por qué estás tan despierta? —Esta vez la protesta iba directa hacia ella. Su amiga se apoyó sobre sus codos, mirándola con los ojos entrecerrados, como si esperase recibir culpabilidad de su parte—. ¡Si no conseguiste nada! Ni siquiera yo encontré a nadie que conociese al señor Winters en persona.

Anna sonrió a su lado.

—Bueno, tampoco diría que nada. *Yo* conocí a Logan Winters en persona, por si no te acuerdas.

—Sí, me acuerdo. Y también que salió pitando en cuanto te enteraste de quién era. ¿O es que hay algo que no me has contado?

El silencio de Anna fue lo que llamó la atención de su amiga, y su sonrisa, lo que hizo que olvidara de pronto su cansancio.

—¡Aaaah! ¡Dime qué es! ¿Te enrollaste con él?

—¿En serio? Estuve contigo toda la noche. ¿Cuándo iba a haberme enrollado con él? —Sacudió la cabeza con gesto de incredulidad.

—Entonces empieza a hablar ya. Como periodista tengo derecho a inventarme las historias que quiera.

—Me da que es justo lo contrario —se rio.

—O empiezas a largar o…

Anna contuvo su risa y, por fin, le contó lo que tanto deseaba saber:

—Me dejé el bolso *olvidado* en la mansión.

La cara de Bel pasó de la confusión a la felicidad en cuanto entendió el tono que usó para explicar su despiste. Incluso parecía a punto de saltar.

—¿A propósito? —preguntó con una pizca de orgullo, queriendo asegurarse.

Anna asintió.

—Así, tengo la excusa de volver hoy.

Bel profirió un grito que hizo que todas las cabezas de la redacción se elevasen sobre sus pantallas para observar lo que ocurría.

—¡Esta es mi chica! —Le dio un abrazo que Anna no pudo evitar, y al ver que media redacción seguía mirándolas, comenzó a señalarla y a gritar esas mismas palabras para que todo el mundo pudiera oírlas.

Anna se escabulló de su abrazo en cuanto tuvo la oportunidad y salió disparada hacia la impresora. Se hizo con el último papel que se estaba imprimiendo y lo revisó rápidamente.

—¡Listo! —se dijo a sí misma, y luego se dirigió a su amiga—. Voy a contarle mi idea a Joseph, a ver qué opina. ¡Cruza los dedos! —le pidió, y Bel le mostró sus manos con los dedos ya entrelazados para desearle suerte.

La reunión duró tan solo cinco minutos, y la felicidad de Anna se veía en su semblante. Sin necesidad de hablar, se sabía el veredicto de su idea: ¡tenía historia!

Sin embargo, antes de poder contarle nada sobre la reunión, Alice apareció delante de ella con una caja de cartón entre las manos.

—¿Qué es esto? —le preguntó. La recepcionista siempre traía montones de paquetes para Bel, nunca para ella.

—No lo he abierto —dijo tras sus gafas de montura dorada—, pero tiene tu nombre —le informó.

Anna extendió las manos para abrir la caja con un gesto que seguía mostrando su confusión. No había hecho ninguna compra ni esperaba paquete alguno.

Cuando lo abrió, un peso se instaló en la boca de su estómago, y un gruñido, parecido a los que Bel había estado profiriendo durante toda la mañana, se escapó de sus labios.

—¿Qué es? —quiso saber su amiga curiosa, esperando con la misma expectación que Alice.

Anna metió la mano en la caja y de ella sacó un pequeño bolso plateado.

—¿Es…? —Bel ni siquiera terminó la pregunta. Sabía muy bien lo que era, pues ella misma lo había escogido la noche anterior.

—Sí. Me he quedado sin excusa —dijo Anna con tristeza—. Justo ahora que tenía mi reportaje—se quejó, desplomándose sobre su silla.

—A lo mejor puedes pensar en otra historia.



El limpiaparabrisas arrastraba los copos de nieve con la misma determinación que Anna ahuyentaba sus dudas sobre el artículo del misterioso Logan Winters. Cuanto más parecía que todo estaba en su contra, más se empeñaba ella en conseguir algo. Además, acababa de empezar a montar su reportaje. No podía rendirse a la primera de cambio.

Por eso mismo conducía el coche de su amiga, dispuesta a acercarse a la mansión del rico heredero, sin una excusa fabricada todavía. Esperaba poder rememorar el rato que pasaron juntos la noche anterior para poder hablar con él y sacar algún hilo del que poder tirar.

Joseph se había mostrado cauteloso con la idea del reportaje, pues todo el mundo sabía que el apellido Winters era intocable, pero finalmente la había animado a investigar.

Según lo que había recopilado de internet sobre Logan Winters, que no era demasiado, de repente un día había desaparecido de la vida pública. Desde entonces, no se le había visto en ningún evento ni reunión de trabajo. Sin embargo, nadie pensaba que estuviese muerto, pues seguía dirigiendo sus empresas. Aun así, de vez en cuando aparecía ese rumor.

Lo que en realidad le daba la pista de que pudiera haber alguna historia detrás de este cambio repentino, era que no se había dado por la muerte de sus padres, como cabría de esperar, sino años más tarde. Y nadie conocía el motivo.

Descubrirlo era su misión. Y solo tenía hasta Navidad para hacerlo, por lo que no había tiempo que perder. No dejaría que un temporal, como el que azotaba el vehículo en aquel momento, frenase sus planes.

Condujo tan despacio como sus nervios le demandaban. Iba sosteniendo el volante en tensión mientras la nieve caía frente a ella, tiñendo el paisaje a su alrededor de blanco.

Acababa de salir del pueblo, cuando su móvil comenzó a sonar sobre el asiento del copiloto. Una vez estuvo segura de que no había más coches en la carretera que supusieran un peligro, se atrevió a alargar la mano para contestar.

—Cariño, ¿todo bien? Aún no has vuelto.

Su tía Elena ni siquiera la había saludado, dejando claro, nada más descolgar el teléfono, el estrés que sentía por su ausencia. Anna se golpeó levemente la frente, al darse cuenta de que no la había avisado de su salida espontánea.

—¡Hola tía! —la saludó alegremente—. Perdona, es que he tenido que salir.

—¿Ahora?

—Sí. Bel ha insistido en que me llevara su coche, no te preocupes —trató de tranquilizarla, aunque sabía que con sus palabras únicamente conseguiría lo contrario.

—Pero ¿a dónde tienes que ir ahora con la que está cayendo? Te tenía preparado chocolate caliente.

Anna estiró y encogió sus dedos sobre el volante, pensando en lo bien que le vendría en ese momento. A pesar de que la calefacción funcionaba perfectamente, ella aún no había logrado entrar en calor.

—Perdona, tía —volvió a disculparse—. Te prometo que luego lo tomamos. ¡Estoy de camino a conseguir mi portada!

—¿Hablaste con Joseph? —preguntó Elena emocionada, contagiando a Anna de su entusiasmo.

—¡Sí! Dice que podría ser una buena historia; si de verdad hay algo, claro. Así que voy camino a la Mansión Winters para descubrirlo.

La línea se quedó en silencio durante un segundo, y pensó que se había cortado hasta que escuchó el lamento al otro lado del teléfono. Tenía que haberse refrenado con su entusiasmo.

—¡Ay, Anna! ¡Tan lejos! ¡Prométeme que vas a tener cuidado en la carretera! No sueles conducir, y está nevando muchísimo, y…

—Tía —la cortó—, voy pisando huevos, tranquila. Tengo más miedo yo que nadie.

De nuevo la línea se quedó un momento en silencio, y Anna supo que había hablado más de la cuenta otra vez. Se arrepintió de sus palabras mientras esperaba que Elena hablase.

—No es eso, cariño, perdona —le dijo con voz apenada.

—Tranquila, tía. Tú guárdame el chocolate, ¿vale? —quiso animarla. Después quiso colgar cuanto antes, pues estaba claro que no era su mejor día para hablar con ella.

No mucho más tarde, la mansión de los Winters apareció delante de ella. Condujo hasta la puerta de la entrada: una verja de al menos cinco metros de altura y barrotes tan gruesos como sus brazos.

Salió al frío del exterior y se acercó a ella. Como esperaba, estaba cerrada. Trató de empujarla con mayor fuerza, consiguiendo el mismo resultado.

Se percató entonces del telefonillo que había en una de las dos columnas que sujetaban las puertas. Fue hasta él y pulsó el botón. Unos segundos después, una voz la saludó.

Tras explicarle que había dejado olvidado el bolso la noche anterior, las verjas se abrieron de forma automática. Volvió al cobijo del coche, cruzó el umbral de la entrada para recorrer el camino que llevaba hasta la casa y, a unos pocos metros del edificio, aparcó.

Junto a las escaleras de la entrada había un hombre que la esperaba, vestido con un traje de tres piezas oscuro y sosteniendo un paraguas para protegerse de la nevada. No tenía una cara seria, pero tampoco amigable. Era mayor, con el pelo cano, perfectamente peinado con raya al lado. Todo en su imagen daba la impresión de ser impecable.

Anna se ajustó la bufanda verde alrededor del cuello y, tras respirar hondo, se bajó del vehículo.

En cuanto se aproximó al señor, supuso que un mayordomo, este le hizo un pequeño gesto con la cabeza, parecido a una reverencia o un saludo cortés.

—Buenas tardes, señorita.

—Anna está bien —lo interrumpió ella.

—Anna —repitió él con una sonrisa tensa—. Lamento comunicarle que ha hecho usted el viaje en vano. Su bolso fue encontrado anoche por el señor de la casa y esta mañana fue enviado a su trabajo. Yo mismo lo hice a petición suya, y recibimos confirmación de que lo había recibido —le explicó.

Anna se quedó sin hablar durante un momento. No había contado con eso, concentrada en ir a la mansión a toda costa en busca de su reportaje.

—Sí. Em, claro. Yo... quería agradecérselo, únicamente —dijo torpemente.

—Lamentablemente, el señor no recibe visitas. En especial, si no han sido agendadas con anterioridad.

La primera frase la dejó confusa.

—¿Nunca recibe visitas? —Supuso que alguien de su estatus al menos tendría reuniones con banqueros o dirigentes de grandes

organizaciones.

—Me temo que debería concertar una antes —volvió a repetir él con voz cansada.

—Claro —accedió—. Entonces quiero concertar una visita.

Después de ofrecerle otra de sus sonrisas tensas, el mayordomo le dio una nueva negativa.

—Me temo que ahora mismo sería imposible. Pero puede usted dejarme su contacto y mi señor la llamará en caso de ver necesaria una reunión con usted.

Eso sonaba a que no conseguiría verlo de ninguna forma, y se estaba quedando sin ideas. Probó a darle un nuevo enfoque.

—¿Aquí siempre tratáis de usted? —Extendió su sonrisa a pesar de que el frío amenazaba con congelarla.

Él la miró con sorpresa, seguramente preguntándose cómo podía haberla ofendido.

—Puedes tutearme. A mí me gustaría hacerlo contigo, señor… —dejó la frase inacabada, esperando al menos conseguir el nombre de su interlocutor.

—Albert Kingsley.

—¿Puedo tutearte, Albert?

—Como desee, señorita.

Anna sonrió una vez más. Parecía una tarea imposible conseguir que alguien la tratase de forma cercana en aquel sitio. Se volvió para ver su coche quedando oculto lentamente bajo la nieve, y una punzada le atravesó el estómago.

—¿Podría entrar para calentarme? —probó—. Acabo de hacer una hora de viaje para nada y necesitaría descansar antes de volver a la carretera.

Le asombró que el mayordomo no se opusiera al momento.

—Claro, señorita. Sígame, por favor.

Se giró y, sin esperar a ver si ella lo seguía, comenzó a subir la larga escalinata que daba a la entrada.

La decoración de la fiesta del día anterior seguía colgando de las paredes y, a pesar de ello, Anna se dijo que parecía mucho más triste. Apenas brillaba, e incluso se veía lúgubre. Se preguntó si realmente sería capaz de calentarse en esa casa, de lo oscura y desolada que le parecía de pronto.

Albert cerró la puerta detrás de ella, haciendo un gran ruido con el cerrojo de dimensiones desproporcionadas que recorría toda la madera, y el nudo en su estómago se estrechó. De pronto, todas las películas de terror que Bel le obligaba a ver empezaron a reproducirse en su cabeza.

Los pasos de Albert, alejándose, la despertaron de sus pesadillas, y se puso rápidamente en marcha para no perderse en aquella enorme mansión.

Caminaron por varios pasillos similares a aquellos en los que se escondió durante la fiesta. La madera recubría las paredes con distintas molduras y cuadros que la observaban desde su altura, enjuiciándola por atreverse a cruzar el umbral de su hogar.

Finalmente, Albert se detuvo delante de una puerta que abrió a la espera de que ella la cruzase. El calor que no había sentido durante todo el trayecto se estampó contra su cara, y sus pies comenzaron a moverse en busca de aquella fuente de confort que la llamaba.

Era un espacio enorme, por lo que no tendría sentido aquella temperatura, salvo por la chimenea gigante que había al fondo de la cocina. Las paredes estaban ocultas tras una infinidad de muebles de un estilo que pertenecía a otra época, en color verde botella con tiradores dorados.

No eran como los muebles de su tía Elena, viejos y anticuados, sino de un aspecto clásico, cuidado y caro.

Estaba todo mucho más ordenado que en su casa. Por no hablar de la nula decoración navideña. Solo la había encontrado en la entrada de aquel lugar. Más allá, no vio ni un espumillón o bola de navidad.

—¿Puedo ofrecerle una taza de té? Para que entre usted en calor —Albert la distrajo de su escrutinio.

—¿Tenéis chocolate caliente? Es lo único que funciona con este frío constante.

—Echaré un vistazo en la despensa —dijo el mayordomo, antes de desaparecer tras una puerta del mismo color verde que reinaba en aquella estancia. No tardó en volver con una bandeja llena de ingredientes para hacer su ansiada bebida caliente. Anna esperaba un cartón de chocolate a la taza, que es lo que su tía solía prepararle, pero, al parecer, allí iban a prepararle la receta completa. Se sintió culpable por hacerle trabajar cuando podría haber aceptado un té, mucho más rápido. No obstante, se olvidó de ello pensando que así tendría la oportunidad de hablar un poco más de tiempo con él.

—Es una cocina preciosa —comenzó.

—Gracias, señorita —respondió él mientras troceaba el chocolate sobre la gran isla de madera en el centro de la habitación—. Fue construida en 1600, como el resto de la casa, y remodelada hace ciento cincuenta años por los abuelos del señor Winters.

—Albert, ¿no hay ninguna posibilidad de verlo? Al señor Winters —pidió, incapaz de contener su ansia—. Ayer hablé con él y…

—¿Habló usted con él? —la cortó sorprendido, olvidándose de su tarea. La observaba como si acabara de verla por primera vez.

—Sí —explicó ella confusa—. Me perdí cuando fui al baño y él me indicó el camino de vuelta a la fiesta. Quería agradecerle eso y lo del bolso. Me pareció que congeniamos bien.

El mayordomo se quedó pensativo por un momento, sin decir nada ni ocultar su gesto de extrañeza.

—Solo quiero agradecérselo. Y la fiesta —intentó de nuevo Anna al no recibir respuesta. Sus palabras, en cambio, tuvieron el efecto contrario al deseado.

Él pareció despertar de su confusión y volvió a lucir su semblante serio e impasible.

—Me temo que no es una buena idea, señorita Anna.

—¿He dicho algo mal? —dudó ella ante el repentino cambio de humor del mayordomo. Tampoco estaba haciendo muchos progresos con él, pero le pareció que se mostraba aún más distante.

—Simplemente, el señor está muy ocupado —le explicó dirigiéndose al fuego, donde la leche se calentaba, y echando después el chocolate troceado—. Ya le he dicho que nunca recibe visitas si no han sido concertadas. En cuanto entre en calor, la acompañaré a su coche.

—Claro —es todo lo que dijo Anna antes de quedarse en silencio, observándolo trabajar.

Con cada uno de sus movimientos, sentía que se le acababa el tiempo, y todavía no había conseguido nada de información.

—¿Puedes contarme algo del señor Winters? —dejó que las palabras escapasen de su boca, desesperada. Necesitaba encontrar un hilo del que tirar.

—¿A qué se refiere? —preguntó él sin dejar de remover la mezcla de la cazuela, que ya iba espesándose.

—Me preguntaba por qué iba vestido para la fiesta, y luego no apareció por ella. Permaneció escondido en el pasillo contiguo.

La mano huesuda del mayordomo dejó de moverse durante un instante para más tarde retomar su labor con rapidez.

—Me temo que no puedo ofrecerle explicaciones a su comportamiento, y menos siendo usted periodista.

—Claro. Solo era curiosidad, por supuesto.

Albert sonrió a su lado pero no dijo nada más, y Anna perdió la ocasión de seguir preguntando cuando la puerta de la cocina se abrió.

—Albert, ¿has visto la carpeta…? —La voz grave del señor de la casa se detuvo cuando sus ojos encontraron a Anna frente a él.

—¡Señor Winters! —exclamó ella, feliz de encontrarlo. Era un golpe de suerte que no había esperado recibir. Se acercó hasta él rápidamente, olvidando lo mucho que su porte regio y serio la había intimidado la noche anterior.

En aquel momento iba vestido con un traje menos elegante que el esmoquin con el que lo conoció y que, todos modos, le hacía parecer igual de inaccesible.

—Señorita Anna —la saludó de forma distante, acabando con la poca felicidad que había conseguido en aquel lugar. Ni siquiera pudo alegrarse de que recordara su nombre—. ¿Qué hace aquí? —quiso saber, aunque su mirada dirigía la pregunta a Albert—. Esta misma mañana mandamos el bolso a su redacción.

De nuevo tenía que enfrentarse a aquella excusa fallida, y la rojez de su nariz se expandió por sus mejillas.

—Oh, sí. Em… Solo vine para agradecértelo.

—No tiene que agradecerme nada. El bolso es suyo. Era mi deber devolvérselo.

Albert se acercó a donde estaban con una bandeja en las manos. Sobre ella descansaba un vaso de cristal lleno de chocolate coronado con nata montada y, a su lado, un pequeño plato con galletas.

El señor Winters se quedó mirándolo por un segundo, con sus cejas uniéndose levemente.

—Le hago compañía mientras entra en calor antes de marcharse. Ya le he dicho que estaba usted ocupado —explicó su mayordomo.

—Sí. Muy bien —respondió él, disponiéndose a girar sobre sus talones.

Anna se acercó en un rápido movimiento, alargando la mano y deteniéndose antes de tocarlo, como si algo en su interior le dijera que no estaba permitido.

—Aún así, ¿podríamos hablar? Será un momento.

Le dedicó su mejor sonrisa esperando convencerlo. Sin embargo, tras echar un vistazo a la perfecta curva de sus labios, el señor Winters se mostró tan imperturbable como al principio.

—Me temo que, como le ha dicho Albert, estoy ocupado. Que tenga un buen viaje de vuelta, señorita.

—¿De verdad? —respondió ella apenada, sorprendiendo así a su anfitrión.

Este abrió la boca para responder, y la cerró al pensárselo mejor. Luego hizo una pequeña reverencia con la cabeza deseándole una buena tarde y alejándose por donde había venido.

Anna tardó un momento en reaccionar mientras el calor iba desapareciendo de su cuerpo.

Ni siquiera le había permitido hablar con ella. ¿Tan baja estaba en el escalafón de la sociedad que no podía dedicarle un minuto de su tiempo?

—Muy bien —dijo ella tratando de ocultar su malestar y centrándose en el apetitoso chocolate caliente que le habían preparado.

Lo bebió tan deprisa como pudo, ignorando lo mucho que le ardía la garganta. No quería pasar más tiempo allí. Había perdido la tarde, e incluso el día, para nada; y la falta de información, ni siquiera de una pequeña pista o la posibilidad de conseguirla, la obligaba a buscar otra noticia sin demora.

Su frustración iba creciendo a medida que cruzaban los lúgubres pasillos de vuelta a su coche.

—Gracias por el chocolate, Albert.

—Espero que le haya ayudado a entrar en calor, señorita —dijo, descorriendo el gran cerrojo que aseguraba la mansión.

Anna trató de sonreír, aunque lo había bebido tan rápido, que ni siquiera dio tiempo a sus dedos de calentarse al sostener el vaso.

Cuando salió a la calle, el viento le dio una bienvenida maliciosa, empujándola hacia los escalones mientras varios mechones se escapaban de su trenza. Gruñó al percatarse de cómo el frío se instalaba en un instante en su cuerpo.

—¿De dónde ha salido esta tormenta? —preguntó para sí misma sin esperar ninguna respuesta. Ya sabía que en esa casa era algo difícil de conseguir.

Bajó las escaleras, escoltada por el mayordomo.

—Albert, vuelve dentro. No tiene sentido que nos congelemos los dos —se despidió.

Luego se dirigió al coche de su amiga y con el dorso de la mano trató de deshacerse del hielo del cristal. Cuando buenamente pudo hacerlo, se dispuso a abrir la puerta. No obstante, la nieve había crecido mucho y le costó más de lo esperado.

Una vez sentada en el interior, se ajustó la bufanda, dándole otra vuelta alrededor de su cuello. Siempre había pensado que aquella prenda era su mejor amuleto. Sin embargo, parecía haber perdido su magia en aquel lugar. No había tenido nada de suerte en su búsqueda.

Arrancó, y, como si su bufanda verde se hubiera ofendido por sus pensamientos, proveniente del capó del vehículo se escuchó un ruido de un traqueteo corto. Las luces se encendieron por un segundo y después se apagaron.

Volvió a girar la llave en el contacto, ocurriendo lo mismo, si bien en aquella ocasión el traqueteo fue todavía más corto.

—No, no, no, ¡no! ¿Qué pasa? —exclamó nerviosa, sabiendo en realidad lo que estaba ocurriendo y esperando que fuera una broma sin gracia del coche de su amiga.

Lo intentó de nuevo, haciendo memoria por si Bel la hubiera avisado de algún golpe especial que tuviera que dar al salpicadero para que arrancase con normalidad.

—¡Vamos, cacharro! ¡Te necesito! —le imploró girando una y otra vez la llave en el contacto sin conseguir mejores resultados—. ¿Y qué hago ahora? —dijo agonizante, apoyando su cabeza sobre el volante.

Se volvió sobre su asiento y encontró en la parte trasera una manta que su amiga siempre llevaba en invierno para ella. La agarró, sintiendo el dolor de sus dedos por el frío a pesar de llevar los guantes, y se la puso sobre las piernas, consciente de que no iba a hacer mucho contra una tormenta de nieve si no lograba arrancar el vehículo.

Entonces el choque de unos nudillos sobre la ventana la asustó. No podía bajar el cristal, así que tuvo que abrir la puerta, enfrentándose a la baja temperatura del exterior y al mayordomo que la esperaba.

—Señorita, debería usted entrar en la casa. Me temo que la tormenta ha llegado a Winterswood.



5
LA REBELDÍA

Anna agradeció el ofrecimiento del mayordomo en cuanto entró en la casa, aunque solo fuera por evitar el temporal que se ensañaba con el coche de su amiga.

—¿Puedo ofrecerle otro chocolate caliente? Parece usted al borde de la congelación —le ofreció Albert con gesto preocupado mientras ella frotaba sus manos.

Se dio cuenta de a dónde se dirigía su mirada y se tapó la nariz, helada, intentando que entrara en calor.

—Oh, no te preocupes. Siempre tengo la nariz roja por el frío.

Albert hizo un movimiento con la cabeza y comenzó a andar, esperando que ella lo siguiera.

—Si me acompaña, le enseñaré el salón de visitas, donde puede usted descansar hasta que amaine la tormenta.

Caminaron en un silencio únicamente interrumpido por el sonido de sus pasos y del viento lanzándose contra las ventanas.

Tras cruzar distintos pasillos revestidos en madera oscura y decorados con más cuadros y armaduras, el mayordomo la invitó a entrar a un salón. No estaba tan helado como el resto de la casa, ni era tan caliente y acogedor como le había parecido la cocina. Estaba claro dónde pasaba Albert la mayor parte del tiempo.

La habitación donde entraron era similar al salón donde habían celebrado la fiesta el día anterior, salvo porque este no tenía ni un adorno navideño.

Anna no tardó en comprender que la casa apenas se usaba, salvo por algunas estancias clave.

Se acercó a las ventanas a medida que Albert iba descorriendo las cortinas, dejando la tormenta a la vista.

—Este salón es precioso. ¿Toda la casa es así? —Trató de entablar una nueva conversación; algo que ya había descubierto que no era fácil con su acompañante.

—Es una buena construcción —dijo este satisfecho, con el cariño por su hogar tiñendo sus palabras.

—¿Y podría verla? —intentó. A lo mejor si se encontraba otra vez con el señor Winters podría convencerlo de hablar con ella, o quizás descubrir alguno de sus secretos entre las paredes de su mansión.

Sin embargo, Albert pinchó rápidamente las expectativas que empezaba a crear en su cabeza.

—Me temo que la casa no está abierta a visitas.

—Claro, vale.

Se quedó de nuevo en silencio, sin saber qué más decir, observándolo moverse por la habitación, preparándola para ella.

—Encenderé la chimenea para que entre usted en calor —le ofreció él, acercándose a la enorme construcción de piedra que cubría gran parte de la pared.

—Gracias, Albert —fue todo lo que dijo, aunque por dentro saltaba de alegría. Se moría de frío y no veía el momento de acercarse a la lumbre para dejar de tiritar.

Se le ocurrieron nuevas formas de hablar con él, si bien ninguna lo suficientemente buena como para iniciar una conversación. Se imaginaba las respuestas cortas del mayordomo a cada una de sus preguntas y, finalmente, optó por no hacerlas mientras veía el fuego aparecer frente a ella.

En cuanto las llamas empezaron a rodear los troncos y a crecer en tamaño, Albert dejó las herramientas junto a la chimenea.

—Si lo desea, puede llamarme a este timbre. —Le indicó un pequeño interruptor sobre la repisa de la chimenea—. Vendré cuando lo necesite. Puede comer y beber lo que quiera del bar y ponerse tan cómoda como si de su hogar se tratase.

—Sin salir de aquí —repuso Anna, decepcionada por no poder disfrutar de su forzoso internamiento.

—Puede acompañarme a la cocina. Me temo que no tenemos ninguna otra estancia acondicionada para su visita.

—No te preocupes. No quiero molestarte más.

Se acercó a la chimenea, extendiendo las manos hacia el fuego, sintiendo cómo el calor iba acariciándolas y mitigando el frío que las inmovilizaba.

Escuchó la puerta cerrarse detrás de ella, pero tardó un rato en moverse, hipnotizada por el movimiento de las llamas y por el bienestar que estas le prometían.

Cuando por fin comenzaba a doblar sus dedos sin dolor, se animó a curiosear alrededor de la habitación. Había más cuadros, algunas esculturas de mármol que bien podrían pertenecer a un museo y un reloj de pie que la inquietaba con su constante tic, tac. De pronto, echaba de menos los villancicos de su tía.

Aquella casa no podía ser más distinta de la suya, y le parecía mentira que alguien viviera allí realmente.

Tras lo que le parecieron horas, que no fueron más que minutos, se le habían ocurrido varias preguntas que hacer a Albert que podrían ayudarla a conocer un poco más la vida en la casa y, quizás así, a su anfitrión.

Estaba a punto de pulsar el interruptor de la repisa cuando el mayordomo apareció por la puerta.

—Señorita Anna, me temo que traigo malas noticias. La tormenta está empeorando, y, según las noticias, seguirá así durante las próximas horas. Han recomendado no salir de casa. El señor Winters está de acuerdo en que puede quedarse a pasar la noche hasta que todo se calme. Cuando termine la cena le enseñaré su dormitorio.

—¿Pasar la noche? —La pregunta resonaba una y otra vez en su cabeza mientras trataba de dar sentido a la inesperada noticia. Eso no estaba en sus planes.

—Sí, señorita Anna.

—¿Estás seguro? A veces los medios exageran un poco.

Sabía bien de lo que hablaba. Conocía a quien se encargaba del clima en el Winterswood Papers y la insistencia de Joseph de que todo debía parecer más catastrófico de lo que los meteorólogos nos decían.

—Estoy seguro, señorita Anna. No ha dejado de nevar, y ahora con más intensidad.

Se acercó a la ventana para comprobar que lo que Albert decía era cierto, pero el paisaje se veía igual de blanco que antes, y no encontraba referencias para comprobar la altura que había alcanzado la nieve, pues bajo su ventana solo había campo.

—Le aseguro que estará tan cómoda como en su casa —el mayordomo trató de confortarla, sin conseguirlo.

—Ya, encerrada en mi habitación.

A ese apunte, él no respondió nada.

—La cena se sirve en el Comedor Principal a las ocho y media. Yo mismo vendré a buscarla para acompañarla, dado que no conoce usted la casa.

—¿Estará el Señor Winters? —preguntó, quizás demasiado entusiasmada. A lo mejor la tormenta y la bufanda que aún llevaba alrededor del cuello podían traerle algo de suerte después de todo.

Sin embargo, el mayordomo volvió a deshacer sus ilusiones.

—Me temo que no. Es un hombre muy ocupado.

—Lo sé. —Resopló—. ¿Ni siquiera tiene tiempo para cenar?

Albert sonrió sin darle respuesta alguna.

—Supongo que con todo lo que hay aquí, no necesito salir. —dijo ella, echando un rápido vistazo alrededor y aceptando su reclusión antes de que el mayordomo tuviera que recordársela.

Este sonrió una vez más y luego se dirigió a la puerta.

—La veré a la hora de cenar, señorita.

Anna se giró sobre sus talones estudiando el salón. Podría quedarse allí. Relajarse y acabar con el minibar, que en este caso era más bien un maxibar. Tomarse una tarde libre.

Pero su cuerpo le pedía otra cosa, y estaba al cruzar la puerta.

Esperó unos minutos a que Albert se hubiera alejado lo suficiente y se escabulló de su improvisada celda.

La valentía que había sentido en aquel salón se encogió a medida que iba cruzando los pasillos oscuros y solitarios. Sentía que todos los cuadros, esculturas y armaduras la vigilaban a su paso, descontentos porque hubiera salido sin permiso del cómodo y caliente salón.

Se sujetó a su bufanda, que todavía no se había quitado, como si así pudiera retener un poco más el calor que desaparecía de su cuerpo.

El suelo de mármol iba cambiando de color según la zona por la que pasaba, de blanco a teja y negro, siempre con mosaicos preciosos. Aunque se alegraba cuando largas alfombras lo tapaban, ocultando también el sonido de sus pasos.

Llegó a un espacio más abierto. Una especie de antesala con dos habitaciones, cada una a un lado y, en el centro, una gran mesa de

madera con un pequeño busto sobre ella. Estaba segura de que esa figura la escudriñaba con desaprobación, pero no iba a dejar que un trozo de mármol la acobardase. No después de haberse perdido en aquella enorme mansión.

Se dirigió a una de las puertas y movió el picaporte lentamente hasta comprobar que este cedía. Asomó su cabeza y encontró una habitación enorme, que debía ser una sala de reuniones.

En el centro, ocupando casi todo el espacio, se encontraba una larga mesa con asientos para más de treinta personas. A un lado de la estancia, la tormenta amenazaba contra las ventanas, que llegaban hasta el techo, adornadas con cortinas verdes igual de altas. Al otro lado, reinaba un tapiz con la imagen de alguna gesta medieval.

El asiento central era el único que tenía una carpeta delante. Cuando Anna se acercó a ella, vio el logo de Empresas Winters, con el icono del copo de nieve que lo caracterizaba, en la portada. Una vez comprobó que no había nadie en la sala, se decidió a levantar la solapa de la carpeta y echar un rápido vistazo a los papeles que había dentro.

Parecía algún tipo de informe financiero de las fundaciones Winters. Leyó el documento por encima, y no le pareció ver nada raro.

Al lado de la carpeta estaba el acta de la última reunión, con la lista de asistentes. Los pocos que reconoció, eran nombres importantes en Winterswood.

De nuevo, nada le pareció sospechoso, ni que pudiera responder a sus preguntas. Tampoco tenía muy claro qué podría hacerlo, aparte del mismo señor Winters.

En cualquier caso, en la sala no había ningún otro mueble que pudiera guardar documentación, así que se rindió y salió de allí.

Al hacerlo, chocó contra la escultura que había a su izquierda; una que no recordaba haber visto antes. Al alzar su vista, una mirada severa la observaba.

—¿Señorita Anna? —La voz grave del señor Winters la envolvió al mismo tiempo que sus fuertes manos la sostenían, paralizándola en su abrazo.

Sin embargo, su gesto no había cambiado y sus ojos marrones continuaban contemplándola con dureza, a la espera de una respuesta.

—¿Qué hace aquí?

Desvió por un momento la mirada hacia la puerta por la que había salido Anna, como si quisiera comprobar dónde se encontraban, y que, efectivamente, ella no debería estar allí.

—Yo… —La velocidad con la que solía inventarse excusas había desaparecido de pronto, así que optó por no decir nada y separarse de su agarre.

Tendría que repasar con Bel la lista de evasivas para cuando fueran pilladas investigando sin permiso.

—¿Más cuadros? —Los labios del señor Winters se curvaron de forma ladeada con un movimiento casi imperceptible oculto por su barba. Aun así, Anna pudo notar la burla en su pregunta.

—Me aburría en mi celda. —Decidió ser sincera hasta cierto punto, esbozando una sonrisa falsa con la intención de molestarlo.

En cambio, a él pareció divertirlo. Luego se hizo a un lado, extendiendo su brazo e indicándole el camino a seguir.

—Supongo que no es muy buena celda si ha conseguido escapar.

Comenzaron a caminar a través de los pasillos. El señor Winters permanecía en silencio y Anna observaba su semblante serio con disimulo, preguntándose si la ignoraría nuevamente en caso de lanzarle alguna de sus preguntas. El problema era que, tras varios metros recorridos, había olvidado la lista de incógnitas que un instante antes abrumaba su cabeza. Era como si de pronto no pudiera concentrarse.

—¿Qué es lo que desea saber con tanta necesidad? —preguntó él finalmente, atrapándola con su mirada en uno de los vistazos que ella le echó.

—Yo… —Pensó en hacerse la tonta por un momento, preocupada por parecer demasiado obvia en sus intenciones. Luego se dijo que no volvería a tener una oportunidad como esa y no quiso dejarla escapar—. ¿Por qué te ocultas?

Lanzó la primera pregunta que fue capaz de recordar, haciendo que los ojos marrones del señor Winters se centraran de vuelta en el pasillo que tenían por delante.

—Me temo que eso no es de su incumbencia ni de la de su periódico.

—Así que no lo niegas. ¿Cuál es el motivo? Debe haber alguno —insistió ella.

—Siempre hay un motivo para todo, pero no siempre se conoce. ¿Por qué es tan importante para usted?

—Yo… solo quiero saberlo —mintió. Decir que quería incluirlo en su historia para así conseguir un puesto en el trabajo de sus sueños, seguramente le sentaría mal.

De cualquier modo, su mentira no llegó demasiado lejos.

El señor Winters detuvo sus pasos y se giró hacia ella, que se alejó lo justo para no parecer tan asustada como estaba. La mirada de él la taladraba, dejando claro que no estaba satisfecho con su respuesta.

—Es usted una hipócrita, señorita Anna —la acusó—. Me pide sinceridad cuando va usted a hurtadillas, buscando cualquier indicio que pueda darle su portada, disfrazándolo de honesta curiosidad —explicó él, sin perder de vista sus ojos verdes. Anna sentía que el aire se le atascaba en la garganta, incapaz de llenar sus pulmones. ¿Podía una mirada tener ese poder?

Pestañeó varias veces para liberarse de su intensidad.

—Si te digo que es para un reportaje, ¿me lo dirías? —preguntó después, sabiendo que su oportunidad se había perdido.

—No, aunque tendría una mejor opinión de usted. No me gustan los mentirosos, señorita.

Aquella palabra le pesó más que ninguna otra. No había mentido. Quizás había ocultado la verdad; una herramienta que se había visto obligada a usar dada la impermeabilidad de su entrevistado.

—¿Y qué hay de ti? —contestó antes de poder contenerse.

El señor Winters se disponía a retomar el paseo hasta que sus palabras lo detuvieron.

—¿Yo? —preguntó confuso.

—Me mentiste al decirme que conocías a Logan Winters. Tú eras él.

Vio como la sonrisa del interpelado se extendía por su cara e incluso pudo percibir la diversión en sus profundos ojos marrones. ¿Por qué seguían atrapándola de ese modo?

—Si no recuerdo mal, se lo revelé antes de despedirme —respondió—. Además, ¿quién mejor que uno mismo para conocerse?

Anna le devolvió la sonrisa sin saber qué contestar, siendo la suya más burlona que la del rico heredero frente a ella.

—¿Alguna otra acusación que quiera verter sobre mí, señorita?

—No —musitó ella.

Estando a malas con él no iba a conseguir nada, pero no veía la forma de arreglar la situación en aquel momento. Y tampoco es que

él le hubiera dado pie a tener una conversación más cordial.

—Entonces disfrute de la cena que Albert le ha preparado —le propuso, abriendo la puerta que Anna tenía a sus espaldas.

No se había percatado de donde estaban, ni del olor a carne caliente que llegaba desde el otro lado.

—¿Tú no te quedas?

—Dudo que disfrutase de mi compañía.

—Pero tendrás que cenar —intentó ella. No se quitaba la sensación de fracaso por no haber conseguido ni una sola declaración. ¿De verdad era tan mala periodista? Seguramente Bel o Jamie habrían conseguido mucho más.

—No debe preocuparse por mi dieta. Albert está a cargo de ella. Buenas noches, señorita Anna.

Sin esperar una respuesta por su parte, la silueta del señor Winters se alejó por el pasillo, desandando el camino que había hecho en su compañía. Como una sombra silenciosa o un fantasma en aquella casa tenebrosa.

En cuanto lo perdió de vista, se giró sobre sus talones en dirección al salón donde al parecer tendría la cena ella sola y, desencantada, abrió la puerta.

—¡¿Tan horrible sería cenar conmigo?! —murmuró sin darse cuenta de que el mayordomo estaba en la estancia ultimando los detalles de la elegante mesa dispuesta frente a ella.

—Ah, buenas noches, señorita. Veo que ha encontrado el camino al Comedor Principal.

—Eso parece —repuso ella, controlando la frustración que bullía por sus venas.

—¿Ha encontrado alguna otra cosa de camino? —preguntó Albert, trasladando una jarra de agua de un cristal demasiado elegante y demasiado caro, y poniéndola sobre la mesa.

—Solo al señor Winters.

—Ya veo… —respondió él, con una sonrisa casi cómplice—. Si me acompaña, su cena está servida.

Anna se quedó contemplando la mesa. Era igual de grande que la de la sala de reuniones en la que consiguió colarse unos minutos antes, con una diferencia: únicamente había una silla en la cabecera, la suya. Seguramente era la del señor Winters cuando no había nadie en aquella casa entorpeciendo su intimidad, como hacía ella en esos momentos.

La vajilla, la cubertería y todo lo que había sobre la mesa era tan refinado y antiguo como la mansión.

—¿Señorita Anna? —Albert llamó su atención, todavía esperando a que se acercara.

Ella no se movió. No podía rendirse. Necesitaba la historia, la portada, el trabajo. Y tal vez había una forma de conseguirlo.

—Creo que no voy a cenar ahora, Albert.

—¿Perdone?

El anciano dejó la bandeja con el plato que estaba a punto de servir sobre el carrito de cristal y dorado que había junto a la mesa. Se volvió para mirarla, como si así pudiera comprender mejor sus palabras.

—No me parece bien cenar sola mientras el señor Winters está tan ocupado —dijo tratando de mostrarse inocente—. Esperaré a que él también pueda unirse, cuando termine todos sus compromisos. Puedes decírselo a tu malhumorado jefe.

Y sin esperar más, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Había distintos motivos por los que el señor Winters había rechazado cenar con ella, y sabía que su apretada agenda era el menor de ellos. Pero estaba decidida a conseguir algo que pudiera valer para su historia antes de marcharse.

No tenía muy claro que su idea fuera a funcionar, aunque, a las malas, tendría un minibar con el que saciar su creciente hambre.

Después de varios minutos desandando sus pasos en busca de algún espacio que le resultara familiar, consiguió llegar a la sala de reuniones donde Logan Winters la había interceptado, y de ahí pudo recordar el camino de vuelta al salón de visitas donde el mayordomo la escoltó al inicio de la tarde.

Los pasillos estaban más oscuros que cuando comenzó su excursión, y se hubiera perdido varias veces si no hubiera sido por las pequeñas luces de emergencia que había encendidas cada varios metros.

Con cada paso que daba, escuchaba más fuerte su corazón en sus oídos. La casa daba verdadero terror. El silencio era agobiante y parecía que el tiempo quedaba suspendido en él.

Cuando finalmente encontró el salón, cerró la puerta detrás de ella con velocidad. Había imaginado demasiados fantasmas en los últimos metros de trayecto.

Aquella habitación no le daba mejor espina, con las distintas sombras que el fuego, aún presente en la chimenea, iba dibujando sobre las paredes. Echó un vistazo alrededor, comprobando que estaba sola.

El desengaño que había despertado en ella el señor Winters había quedado relegado al temor de ser devorada por los monstruos en la mansión, y tardó un rato en conseguir calmar su respiración y sus nervios.

Cuando por fin lo hizo, dos golpes sordos contra la puerta de madera volvieron a hacer que su corazón se desbocara.

Un segundo más tarde, la voz de Albert la informaba de su presencia.

Abrió la puerta para encontrar al mayordomo con una bandeja dorada entre sus arrugadas manos. Sobre ella, la cena que no había tocado.

—Puedes llevártelo, Albert. ¿Qué clase de invitada sería si no puedo esperar a mi anfitrión? —dijo con una sonrisa tan amable como falsa.

Su pregunta sonaba en su mente como un «Si no quiere cenar conmigo, no voy a cenar», y esperaba que el mayordomo, y el señor Winters cuanto este se lo dijera, lo pillaran.

De todas formas, Albert le acercó la bandeja, esperando que ella la tomara.

—Al menos quédese el chocolate. Está recién hecho.

Anna apenas pudo contener el rugido de su estómago cuando vio la taza humeante sobre la bandeja.

Sacudió la cabeza levemente para deshacerse de semejante idea y, resignado, el mayordomo hizo una pequeña reverencia como despedida para después alejarse por el pasillo.

Anna se encerró de nuevo en la habitación, preguntándose si había hecho bien. No sabía si conseguiría algo de tiempo con el señor Winters, y de hacerlo, temía no aprovecharlo. Cada vez que se cruzaba con él, se le desvanecían las palabras o su conversación terminaba peor que como empezó.

Sonrió al darse cuenta de que saltarse la cena era una especie de acto de rebeldía. A su tía Elena le sentaba fatal que no quisiera comer cuando estaba de mal humor, aunque dudaba de que ese gesto tuviera el mismo efecto en el hombre más serio y frío que había conocido nunca.

En la soledad de aquel espacio, sus tripas rugieron sin remordimientos, recordándole la mala decisión de no haberse quedado ni siquiera con el chocolate caliente.

Se acercó a la chimenea, en busca de algo de consuelo en forma de calor. Al menos podía hacer que su nariz se sintiese mejor, ya que su estómago no lo haría.

Cuando su cuerpo por fin parecía relajarse y aumentar su temperatura, varios golpes retumbaron contra la puerta.

Se acercó a ella, tratando de reunir toda su fuerza de voluntad para seguir con la tozudez de no cenar, mientras el señor Winters no quisiera hacerlo con ella.

—Albert, ya te he dicho…

Abrió la puerta, pero las palabras se quedaron en su garganta, porque no era el viejo mayordomo quien estaba frente a ella, sino la persona con la que había tratado de pasar tiempo con tanta insistencia, y con quien había desistido de conseguirlo.

—¡Señor Winters!



6
LA CENA

Anna se sujetó a la puerta con los nervios atizando su cuerpo de pronto, insistentes como la mirada del señor Winters sobre ella. No estaba feliz, de eso no había duda. Seguramente pensara que su invitada no deseada era todo un estorbo.

—¿Has cambiado de idea? —preguntó después de que el dueño de la casa la invitara a cenar de forma tan cortés como fría. Ni siquiera entendía cómo era eso posible, pero Anna se dijo que sus aprendidos modales debían ser la razón por la que no la echaba de su casa en ese mismo momento.

—Parece que es la única forma de no dejarla morir de inanición bajo mi techo.

De nuevo, una respuesta que sonaba tan educada como envenenada.

—¿Por qué no quieres cenar conmigo? —Intentó lanzar su pregunta igual de fría que las respuestas de su anfitrión, si bien no pudo evitar sentir una pizca de decepción al darse cuenta de lo molesta que estaba siendo para él.

—No acostumbro a cenar con periodistas que quieren sacar rédito de mi vida —fue su respuesta. Unas palabras demasiado cultas para una conversación informal, y demasiado duras para alguien a quien acabas de conocer.

—Yo no quiero…

La ceja levantada del señor Winters cortó la mentira que estaba a punto de decir, como si supiera perfectamente el modo de acabar con ella.

—No iba a hacerte un interrogatorio —contestó finalmente, antes de que él la hiciera sentir peor.

Sin previo aviso, el señor Winters se inclinó sobre ella hasta ponerse a la altura sus ojos y aprisionarlos con los suyos. Anna se percató de su respiración entrecortada, pero no era capaz de retomarla con normalidad. No, bajo el escrutinio y la cercanía de aquel hombre.

—No me lo trago —dijo él tras un momento, como si hubiera encontrado la verdad en su mirada.

Anna no consiguió decir nada, luchando por actuar con normalidad. Así que no pudo detener las palabras del señor Winters cuando volvieron a atacarla.

—Hay demasiada curiosidad en esos ojos verdes, señorita Anna. Y es usted demasiado dicharachera como para contener todas sus preguntas.

Después de eso, sonrió, disfrutando de su inmovilidad, como si supiera que la había desarmado y ganado la contienda. Se irguió y prosiguió su camino con pasos lentos, esperando a que ella lo siguiera.

La figura del señor Winters ya se encontraba a varios metros cuando logró reaccionar, pestañeando con la misma intensidad con la que su corazón latía en su pecho.

—¿Perdona? —se mostró ofendida, apresurándose para alcanzarlo antes de que se alejara demasiado.

—Está usted disculpada —dijo él sin detenerse.

—No me estaba disculpando.

El señor Winters giró su cabeza para mirarla y dedicarle una pequeña sonrisa que a ella le pareció que intentaba contener.

—No tendría que hacerlo —le concedió.

Continuaron recorriendo los pasillos en silencio mientras Anna se preguntaba por qué harían las casas tan grandes. Ir de un sitio a otro era un suplicio, especialmente cuando la compañía era igual de mala como la que ella tenía.

Decidió concentrarse en las obras de arte que iban dejando atrás. Al no ir sola, le daban menos miedo. También podría deberse a que estaba más pendiente de la contrariedad que le suponía el hombre que caminaba junto a ella que del terror de las sombras que se movían a su paso.

Tras unos minutos, llegaron a la puerta del Comedor Principal, que ya supo reconocer.

—¿Entonces, cuál es el plan? ¿Cenar en silencio? —quiso saber ella cuando la mano del señor Winters se acercó al picaporte.

Se detuvo en su movimiento al tiempo que una sonrisa se extendía en su cara. Anna no pudo evitar fijarse en la curva perfecta de sus labios

o en cómo sus ojos brillaban más intensamente, y se preguntó por qué le costaría mostrarse así, con lo bien que le sentaba.

Esa era otra más de las incógnitas que aquel hombre despertaba en ella.

—Es una buena opción, si es que puede usted conseguirlo.

—Ya sé lo que pretendes, y no te va a funcionar —respondió con una mueca más falsa que la que se mantenía en el rostro del señor Winters. Esta parecía iluminar el pasillo tenebroso en el que se encontraban.

—Por supuesto —fue todo lo que él contestó antes de abrir por fin la puerta.

Anna se dio cuenta del frío que cubría su cuerpo cuando el calor de la estancia la envolvió. Un pequeño escalofrío recorrió su espalda ante el cambio de temperatura, y se apresuró a entrar en el comedor, seguida del señor Winters.

Se frotó las manos, que empezaban a dolerle, y se alegró de que al menos tanto su acompañante como su impertinencia le hubieran ayudado a olvidarse de ello.

Pasándose el dorso de la mano por la nariz, comprobó que esta también empezaba a congelarse.

Echó un vistazo a la chimenea que había en el lateral de la sala, sopesando si acercarse a ella, pero finalmente decidió seguir el ejemplo del anfitrión y ceder al olor de la comida caliente que la reclamaba. Ambos se dirigieron a la mesa que Albert estaba terminando de preparar.

—Ah, aquí están —los saludó, y enseguida se puso a comentar el menú que tendrían para cenar.

—¡Guau! Y pensar que he estado a punto de perderme esto.

Sin previo aviso, su tripa rugió de forma sonora, y por más que trató de ocultarla bajo sus brazos, el sonido que salió de ella fue escuchado por todos en la habitación. Anna se sonrojó, evitando la mirada de ninguno de ellos, y le tranquilizó ver por el rabillo del ojo que aquel gruñido, fruto del hambre que sentía, no los había hecho girar la cabeza.

Sin embargo, no había pasado desapercibido para su contendiente.

—No haga esperar a su estómago —le dijo, soteniendo una silla y esperando a que ella la ocupara. Anna, en cambio, decidió escoger la de enfrente, ignorando su gesto educado.

Pudo ver la confusión del señor Winters al no saber qué hacer con la silla, hasta que finalmente se sentó en ella. Después extendió su servilleta y la puso en su regazo.

Anna imitó su movimiento rápidamente.

—Comprobará que Albert cocina bastante bien —comentó el señor Winters.

—«Bastante» —repitió Anna—. Eso ha tenido que doler, ¿eh, Albert? —le preguntó mientras el primer plato aparecía frente a ella.

El mayordomo hizo un pequeño gesto con la cabeza al mismo tiempo que ladeaba sus labios en una sonrisa. Pero fue el señor de la casa quien respondió a su comentario.

—Tranquila, está acostumbrado a su «malhumorado jefe».

Casi se le cayó la cuchara sobre la sopa caliente al escuchar la forma en la que, unos minutos antes, ella misma se había dirigido a él.

Se volvió hacia el mayordomo, que en ese momento ponía otro plato frente al señor Winters.

—¡Albert! —lo reprendió por haberla delatado.

—La forma en la que lo dijo me hizo entender que quería que el señor lo supiera.

Anna frunció su boca, pensando en ello. Luego se concentró en la sopa humeante frente a ella.

—Supongo que sí —dijo finalmente, escondiendo su buen humor y zambullendo la cuchara dentro del plato.

En ese momento, un sonido extraño llegó hasta sus oídos. Parecía una risa, pero era demasiado leve y demasiado grave. Cuando elevó la mirada, descubrió que ese sonido provenía del hombre sentado frente a ella.

—Albert es capaz de leernos mejor de lo que cree, señorita Anna —la avisó, también concentrado en su plato.

—Entonces debería tener cuidado con lo que pienso delante de él.

—Efectivamente.

Los ojos marrones del señor Winters la observaron durante un corto momento. Después, su ceño volvió a fruncirse y su concentración se volcó en la cena que tenía delante.

Comieron en silencio. A Anna se le ocurrían mil preguntas que hacer, pero era lo suficientemente orgullosa como para no dejar a su anfitrión ganar, convirtiendo la cena en un interrogatorio. Así que anotaba mentalmente cada una de ellas en su lista de incógnitas sin respuesta, y luego se mordía la lengua con dureza para recordarse no hablar. Más tarde, se centraba de nuevo en su cena, reprimiendo a duras penas los sonidos de satisfacción que escapaban de su garganta y las felicitaciones al mayordomo convertido en chef.

Albert salió de la estancia cuando aún estaban terminando el segundo plato: un estofado de ternera al vino tinto con zanahorias

glaseadas y una salsa de su propia cocción que intensificaba el aroma a hierbas y carne tierna. Anna contuvo sus ganas de mojar pan en ella, por miedo a parecer vulgar entre tanta elegancia. Así que se contentó con revolver bien la carne en la salsa y conseguir el máximo de ella en cada bocado.

Los cubiertos del señor Winters retumbaron contra su plato cuando terminó de cenar, y Anna se lamentó, porque ahora no tendría otra distracción que verla comer. Estaba acostumbrada a hacerlo bajo la vigilancia de su tía, y no se imaginaba que fuera a ser menos incómodo ante el escrutinio de quien, de por sí, no la soportaba.

—Debo admitir que no esperaba que pudiera aguantar tanto. Aunque empieza a dolerme la lengua solo de pensar en lo que debe estar sufriendo la suya.

Anna sostuvo el tenedor con más fuerza mientras apretaba los dientes. Respiró hondo y trató de sonar relajada.

—Mi lengua está perfectamente, gracias.

La risa suave del señor Winters volvió a tintinear entre la vajilla que los separaba, y un nuevo escalofrío recorrió la espalda de Anna. No por terrorífico, sino porque insuflaba en ella un calor que no era capaz de sentir en aquella habitación, alejada de la gran chimenea.

—Permítame dudarlo —respondió él, con el buen humor todavía adornando su rostro.

Antes de que pudiera contestar nada, Albert apareció por la puerta arrastrando el carrito dorado y dos platos tapados sobre este. Se acercó primero a Anna, recogiendo su plato de estofado y poniendo en su lugar otro más pequeño con un bizcocho de chocolate en el centro y frutos rojos a su alrededor.

La boca se le hizo agua únicamente con la imagen.

Ignoró la mirada del señor Winters sobre ella, diciéndose que nunca podría disfrutar de verla comer como lo hacía su tía. Estaba segura de que le daría envidia no haber estado delante cuando le contase lo que le habían preparado de cena.

—¿Qué se sabe de la tormenta, Albert? —preguntó el señor Winters cuando este puso su postre frente a él.

—Parece ser que esperan varias horas de nevada y con una densidad incluso mayor que la actual. Y… —Echó un vistazo a Anna con sus pobladas cejas arrugadas—. El valle está bloqueado.

Anna se olvidó del chocolate *fondant* escurriéndose desde el centro de su bizcocho cuando escuchó la última frase.

—¿Qué? —exclamó aterrada. No podía ser cierto—. ¿El valle está bloqueado?

—Sí, señorita.

—Pero entonces… —«Entonces no puedo volver a casa», terminó la frase en su mente, temerosa de hacerlo en voz alta.

—Me temo que tendrá que permanecer con nosotros durante unos días —respondió el mayordomo mirando brevemente a su señor, que hizo un pequeño gesto con la cabeza, todavía concentrado en el postre que disfrutaba.

A Anna, en cambio, se le había cerrado el estómago de pronto.

—Pero… tienen que despejarlo, ¿no?

—El camino del valle solo lleva a la Mansión Winters. Desviarán los recursos a zonas más necesitadas.

—Pero… Pero entonces… —Su voz sonaba nerviosa, y no era capaz de esconderlo, ni quería hacerlo. Una cosa era pasar unas horas en un lugar donde no te querían, y que además daba bastante miedo, y otra tener que alojarse allí durante días. ¿Cuánto tardarían en recuperar la carretera del valle?

El señor Winters pareció notar el tono inquieto de su voz y se olvidó del *coulant* de chocolate para dirigirse a ella.

—No se preocupe. Albert estará a su entera disposición. Tenemos toda clase de comodidades que pueda necesitar, y nuestras despensas están llenas para aguantar varios meses.

«¡Meses!». Aquella palabra resonó con fuerza en la cabeza de Anna como un grito agónico, y, al parecer, su rostro daba cuenta de ello, porque el señor Winters enseguida corrigió sus palabras.

—Aunque, por supuesto, no será necesario. En unos días el valle estará despejado. Haré las llamadas necesarias para ello, siempre que no afecte al resto del pueblo —prometió.

Anna asintió frente a él, tratando de controlar el palpitar agitado de su corazón. Al menos, había conseguido entrar en calor con la noticia.

—Si hay algo que pueda hacer para que su estancia aquí sea más cómoda, solo tiene que pedirlo, señorita —dijo el mayordomo, apostado firme detrás del señor Winters.

—Estaría bien que todos dejarais de tratarme de usted. —Quizás así dejaría de sentirse una intrusa en ese lugar.

Se dio cuenta de que, ante su petición, los labios del señor Winters se transformaban en una pequeña sonrisa que ni su barba perfectamente cuidada podía ocultar.

—Así lo haremos —le concedió este, todavía de buen humor. Después echó un vistazo al mayordomo, como si le diera la orden de cumplir con ello.

Dejando los cubiertos sobre su plato ya vacío, se levantó de su silla y se abrochó el botón de la chaqueta.

—Me temo que no puedo alargar más esta cena.

—¿Te vas ya? —preguntó confusa. Pensaba que la cena estaba yendo bien, dentro de la incomodidad que ambos presentaban sobre el otro. Pero incluso le había parecido que era cordial con ella una vez conocida la noticia de su prolongado internamiento.

—Tengo asuntos que atender —se excusó.

—¿A esta hora?

—Sí, Anna, a esta hora. Que tengas una buena noche —dijo haciendo un pequeño gesto con la cabeza que ella no supo responder. En lugar de eso, se mantuvo en silencio contemplando su figura desaparecer tras la puerta del comedor.

El postre se le enfriaba lentamente en el plato mientras ella pensaba en los distintos asuntos que podría tener el señor Winters a aquellas horas de la noche, pasando de rituales extraños a una novia celosa; sin embargo, nada tenía sentido.

Fue Albert quien finalmente la despertó de sus elucubraciones pasado un rato.

—¿Hay algo que necesite durante su estancia, señori… Anna? —se corrigió al darse cuenta de que seguía tratándola de usted.

—No lo sé… ¿Un pijama? —De pronto se sentía perdida.

—Puedes contar con ello —le prometió—. Si me permites, dispondré tu habitación mientras terminas de cenar.

Anna contuvo su risa al ver el esfuerzo del mayordomo por tutearla. Casi parecía que se iba a atragantar con sus propias palabras.

—Sí, vale.

—¿La… Te encontraré aquí en unos minutos? —Albert le dedicó una mirada cómplice.

—Trataré de no escaparme —le ofreció ella. Lo cierto es que había perdido las ganas de salir a curiosear por la casa. Iba a tener tiempo de sobra para hacerlo, al parecer.



Unos minutos más tarde, Albert había vuelto al comedor para llevarla a su habitación, ya preparada. A medida que se movían, el mayordomo iba comentando algunas de las piezas con las que se cruzaban. Estaba claro que la casa podría pasar por un museo.

Después de recorrer varios pasillos, llegaron al que sería su dormitorio.

Lo primero que llamó la atención de Anna al entrar en ella fue la enorme chimenea que abarcaba media pared. Aun así, se notaba que la habitación había estado cerrada demasiado tiempo, pues ni el calor de la llama conseguía ocultar el frío de sus paredes.

Al otro lado había una cama que podría rivalizar en tamaño con la chimenea. Tenía cuatro postes de madera maciza en sus esquinas y un dosel que la cubría.

Se preguntó si sería de la misma época que la casa, pues, aunque la estructura lo parecía, las telas que la adornaban daban la impresión de ser más modernas. Estuvo tentada de tirarse sobre ella solo para comprobar que era tan cómoda como se veía, con su multitud de cojines. Sin embargo, Albert pronto interrumpió sus ideas para hacerle un pequeño tour por su nuevo dormitorio, indicándole dónde estaba el baño, con toallas limpias, y el bar y la nevera, con todos los productos a su disposición.

En la pared de enfrente, una gran ventana iba del suelo al techo y le mostraba la tormenta que la había hecho prisionera en aquella casa. Delante de ella se encontraba un escritorio de madera con el mismo estilo antiguo que el resto del mobiliario.

Al menos no había ninguna armadura que la asustara, si bien los cuadros que colgaban de las paredes no se quedaban atrás. Al parecer, al señor Winters Senior le encantaban los retratos que te perseguían con la mirada.

Sobre la mesa, perfectamente alineados, descubrió un cargador, un ordenador, un pijama y un chocolate caliente. Logan Winters tenía razón: Albert era experto en leer a las personas, pues, sin que ella se lo pidiera, había colocado sobre la mesa todo lo que necesitaría.

—¿Ninguna recomendación sobre cómo pasar la noche en una casa encantada: no salir de la habitación a partir de las dos, ignorar los gritos que escuche o cerrar con llave? —había preguntado al mayordomo cuando este se despidió.

Solo recibió una risa como respuesta, lo que no la tranquilizó demasiado.

Estaba echando un vistazo a su dormitorio cuando el sonido estridente de su teléfono, guardado en su bolsillo, hizo que casi se le saliera el corazón por la boca.

—¡Bel! —saludó a su amiga, una vez descolgó.

—¡Anna! ¡¿Qué narices ha pasado?! Me ha llamado tu tía preocupada.

La voz de su amiga sonaba igualmente alarmada, aunque sabía que no podría competir con la de su tía cuando le contase todo lo ocurrido.

—¡Tengo que llamarla! —se hizo un recordatorio a sí misma en voz alta.

—Está histérica. ¿Le dijiste que cogías mi coche? —preguntó, haciéndole ver lo que ya sabía: que había sido una mala idea.

—Me llamó cuando conducía… —se explicó ella.

—¿Y por qué no has vuelto todavía?

—Creo que tu coche se congeló mientras tomaba un chocolate caliente en la Mansión Winters.

El sonido pareció cortarse durante un momento para luego dar paso al grito emocionado de su amiga.

—¡Qué dices! ¿Compartiendo chocolate caliente con el hombre misterioso? ¡Y decían que era inaccesible!

—Bueno, más bien fue con su mayordomo. —Anna tuvo que bajarla de su nube—. El caso es que ahora soy una invitada forzosa en esta tétrica mansión.

—¿Tétrica? —La risa de su amiga le llegó a través del teléfono, y se preguntó cómo podría echarla tanto de menos, si esa misma mañana habían estado juntas. Pero en aquella casa, el tiempo parecía moverse de forma distinta, como si llevara semanas allí atrapada.

—Deberías verla, Bel. No tiene nada que ver con la Fiesta del Encendido. No me sorprendería que… —redujo su voz a un susurro para seguir hablando— estuvieran espiándome desde detrás de algún cuadro.

Los observó todos desde donde estaba sentada, en el borde de la cama. Luego puso el altavoz del móvil y se acercó a cada uno de ellos.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Bel al escuchar el forcejeo de su amiga.

—Descuelgo los retratos—le explicó, luchando por no dejar caer el más grande. Los marcos debían ser de madera maciza, a juzgar por su peso. Por suerte, consiguió quitar todos de las paredes sin estropearlos.

Su amiga seguía riéndose a través del teléfono, y Anna se alegró de tener algo de su antigua vida allí. El buen humor de su amiga le venía genial.

—¿Tanto miedo dan?

—Es peor —respondió, dando la vuelta a todos una vez en el suelo para que dejaran de vigilarla.

—¿Has encontrado algún agujero desde el que te puedan espiar? —preguntó Bel entre risas mientras ella inspeccionaba las paredes desnudas.

—No. ¿A qué hora suelen salir los monstruos en las mansiones encantadas?

De nuevo, una carcajada de su amiga la tranquilizó, aunque solo durante un momento.

—¿Cómo va la historia?

Anna regresó a la cama y se tiró sobre ella, tan derrotada como aquella pregunta le hacía sentir. Después de un largo suspiro, confesó su nulo avance.

—Fatal. No va, directamente. No he conseguido hablar con él más de tres frases seguidas, y todas han sido para regañarme o recriminarme el querer airear su vida.

—Vale. Suena a difícil —le concedió Bel.

Tras un momento en silencio que ambas amigas compartieron a través del teléfono, Anna gruñó desesperada.

—Necesito una historia, y ahora, con el valle bloqueado, estoy aquí encerrada y no sé cómo voy a conseguirla.

—¡Es verdad! Nos lo comentó Aiden en la redacción. No había caído en que te pilló al otro lado.

—Voy a tardar en devolverte el coche —se lamentó Anna, sabiendo que a su amiga no le importaría. Solía ir a todas partes con su novio y apenas usaba su vehículo. Por eso la obligaba a tomarlo prestado siempre que lo necesitaba.

—No te preocupes por eso. Lo importante es que tú estés bien. ¿De verdad crees que van a salir por la noche a comerte?

—Han dicho que la despensa estaba llena, pero no han especificado de qué —contestó Anna, recordando el estrés que le había acarreado esa parte de la cena—. ¿Alguna idea de cómo acercarme al hombre imposible?

—Yo siempre he usado la táctica del martillo pilón.

—No sé si funcionará con él. No creas que tiene reparos en mandarme a paseo.

Esa vez fue su amiga la que resopló.

—Bueno, pues… investiga por la casa. Aprovecha que estás allí. Conoce la mansión, aprende a moverte por ella con facilidad —le recomendó—, por si tienes que huir de un fantasma.

—Ja-ja —respondió Anna, constatando la poca gracia que le hacía su broma. Lo cierto era que si encontrara un espíritu malhumorado en aquella casa, no le sorprendería en absoluto.

Después de una corta conversación en la que divagaron sobre ideas para hacer hablar al señor Winters, llamó también a su tía Elena, poniéndola al día de todo, aunque pintándolo mejor que como lo había hecho con su amiga. No quería preocuparla más de lo que ya estaba.

Incluso le pareció que ella misma se tomaba su internamiento algo mejor, convenciéndose al tiempo que intentaba hacerlo con su tía.

Cuando terminó con sus llamadas, ya no le quedaba nada más que hacer. Se acercó al escritorio en busca de su nuevo pijama y advirtió el aroma a lavanda y lluvia que desprendía su suave tela. Se preguntó si pertenecía al señor Winters mientras pasaba la mano por el estampado de cuadros escoceses en tonos verdes y el copo de nieve bordado en el bolsillo del pecho. Por su tamaño le parecía improbable, aunque quizá fuera de cuando era más joven.

Al ponérselo, una sensación de comodidad la envolvió de inmediato, atrayéndola hacia la mullida cama preparada para ella.

Sin embargo, no conseguía hacerse al frío de las sábanas, que persistía por más vueltas que daba entre ellas.

Finalmente decidió llevar su almohada y varias mantas de las que cubrían su cama junto a la chimenea, con el fuego aún crepitante en ella. Consiguió entrar en calor enseguida, e hipnotizada por el baile de las llamas, pudo conciliar el sueño, olvidando los fantasmas de aquella mansión.



7
LA DECORACIÓN

Los rayos de sol cruzaban el alto ventanal del dormitorio, dirigiéndose directamente a los ojos de Anna, que se movió incómoda en su cama. De pronto, esta resultaba más dura que nunca. Pero lo que hizo que ganara rápidamente la consciencia fue el silencio a su alrededor. No escuchaba los utensilios de cocina en la distancia, ni tampoco ningún villancico. Se sentó de un rápido movimiento cuando se percató de que algo no iba bien.

Fue entonces cuando, viendo el escenario a su alrededor, cayó en la cuenta de que no estaba en casa. Tampoco en una cama.

Se estiró tanto como pudo, percibiendo el dolor de cada músculo de su espalda. Dormir junto a la chimenea no había sido tan buena idea, al parecer. Se tocó la nariz, que volvía a estar helada, pese a que su cuerpo todavía retenía el calor de una noche junto al fuego. De ese fuego, sin embargo, no quedaban más que rescoldos.

El olor a leña se le había quedado impregnado en su trenza deshecha, así que decidió darse una ducha para, de paso, darle un respiro a su congelada nariz.

El problema era que no había traído equipaje, ya que no esperaba pasar la noche fuera. Quizá Bel tuviera ropa en su coche. Aunque solo de pensar en salir a la calle, un escalofrío le recorrió la espalda.

Se acercó al enorme armario junto a la puerta del baño. Era casi tan alto como las paredes de la habitación, y sus puertas de madera tenían carvados distintos motivos naturales: ramas, hojas, frutos de

otoño... En aquella casa, todo parecía una obra de arte. Tanto, que casi le daba reparo tocarlas.

De todos modos, quiso probar suerte y, al abrirlo, se tocó la bufanda verde que aún permanecía alrededor de su cuello. Quizá ese día volvería a ganarse su título de *bufanda de la suerte*, porque, ante ella, encontró más ropa de lo que podía imaginar. Y para rematar, la mayoría eran en tonos verdes, su color favorito.

Quedaba constatado que Albert sabía leer a las personas. Lo que no entendía era de dónde habría sacado toda la ropa. Si el valle estaba bloqueado, no había forma de ir al pueblo a comprarla; y, sin duda, era ropa de mujer.

Se preguntó si pertenecería a la madre del señor Winters. Era más elegante y caro de lo que Anna nunca había poseído.

Sin querer pensar demasiado en ello, escogió su look para el día y se dirigió al baño mientras añadía esa nueva incógnita a su lista de preguntas sin respuesta.

Después de la ducha, su nariz volvía a tener un color normal y Anna se sentía más animada. Su estómago, en cambio, le pedía que empezara a moverse en busca de subsistencia sólida.

Antes de salir del dormitorio se miró en el espejo. Seguía pareciendo ella, aunque una versión algo más refinada. Se trenzó el pelo rubio, que ya no desprendía olor a leña, y salió del dormitorio, lista para un nuevo día.

Los pasillos eran menos aterradores bajo la luz del sol, a pesar de que la mayoría de cortinas estaban cerradas. De vez en cuando había una descorrida, con el paisaje exterior llamando su atención al pasar por delante. Si se concentraba, era capaz de olvidar el miedo que le provocaban todas las obras de arte a su alrededor.

Al otro lado de los cristales, el panorama se veía de color blanco. Un campo infinito cercado por altos cipreses a lo lejos.

Le resultó una imagen muy navideña, hasta que recordó dónde estaba, pues la casa continuaba viéndose fría y triste.

Con la luz blanca lo parecía, incluso más que a su llegada.

Aun así, no dejó que eso templase su ánimo. Su bufanda estaba funcionando aquel día y quería aprovecharlo.

Continuó recorriendo la casa, tratando de recordar el camino a la cocina; cosa que le fue del todo imposible. Encontró algún cuadro que reconoció, pero, de todos modos, estaba completamente perdida.

Iba a necesitar un mapa, aunque dudaba que Albert o el señor Winters le proveyeran de uno.

Finalmente, algo de ruido llegó a sus oídos, y lo rastreó hasta terminar en el único salón decorado con motivos navideños de la casa. Reconoció el espacio donde se había celebrado la Fiesta del Encendido dos días atrás.

El aura de frialdad que envolvía la casa se iba haciendo con él, a medida que una persona desmontaba cada adorno.

Se trataba de una mujer delgada, tan impecablemente vestida como el resto de personas que Anna había conocido en la mansión. Lucía una falda de tubo granate, una camisa en tonos similares y unos tacones demasiado altos para la tarea que estaba realizando. Su pelo castaño estaba sujeto en un recogido tan perfecto como su atuendo.

Estaba descolgando una corona navideña demasiado grande cuando percibió a Anna detrás de ella. Se giró levemente mientras seguía forcejeando con el ciprés adornado.

—¡Ah, ya estás aquí! Necesito que me ayudes a desenganchar esto —le pidió.

Anna miró por encima del hombro. Solo podía estar dirigiéndose a ella, pues no había nadie más en el salón.

Se acercó velozmente y la ayudó a sostener la corona antes de que se cayera.

Sin embargo, fue ella quien casi queda aplastada bajo el ciprés, pues cuando la mujer la vio, dio un pequeño grito y soltó por un momento la enorme pieza de decoración.

—Tú… Tú no eres Albert —dijo esta, sujetando de nuevo la corona.

—No, soy Anna.

Entre las dos consiguieron hacer descender la guirnalda hasta el suelo y la dejaron apoyada contra la pared.

—Anna. ¿La periodista?

Sus ojos grises y cansados se habían entrecerrado para observarla.

Por su parte, aquella palabra había dejado a Anna paralizada. Nunca se presentaba como periodista, pues apenas podía ejercer de ello, así que le dio bastante satisfacción que se dirigieran a ella como tal. Al mismo tiempo, se sintió fatal por ello, como si estuviera engañando a la señora.

—Ya te han hablado de mí —fue todo lo que dijo, y aunque trató de sonreír, sabía que, lo que fuera que le hubieran contado sobre ella, no habría sido nada bueno.

En cambio, las arrugas del rostro frente a ella se alzaron cuando le dedicó un gesto amable.

—Me alegro mucho de conocerte por fin. ¿Qué tal tu estancia aquí? ¿Hay algo que necesites?

A Anna le costó un momento responder. Era la primera persona en la casa que no la trataba de forma fría, y casi sentía que tenía que acostumbrarse a ello.

—Oh, no. Albert está siendo muy amable conmigo.

De nuevo las arrugas se marcaron un poco más en la cara de la mujer al fruncir sus labios en una pequeña sonrisa.

—¿Solo Albert? Si tengo que dar un tirón de orejas a Logan, dímelo.

La imagen que aquellas palabras despertaron en la cabeza de Anna consiguieron ponerla de buen humor. Estaría bien ver cómo alguien le bajaba los humos al frío señor Winters.

Acomodándose la bufanda verde alrededor de la garganta, quiso saber un poco más.

—¿Eres cercana a él?

—Ay, perdona —dijo ella alargando su mano para estrecharla con Anna. Sus uñas estaban perfectamente pintadas en el mismo tono granate de su ropa—. Soy Mara. Yo… bueno, era amiga de Christopher Winters.

El modo en que lo dijo, bajando de pronto sus ojos hacia el suelo, le hizo entender que la palabra «amiga» era una manera elegante de presentarse. Posiblemente tuviera algún lío amoroso con el anterior señor Winters.

Sin embargo, Anna estaba más preocupada por lo que esa visita podría significar para ella y su recién coartada libertad.

—Entonces, ¿ya han desbloqueado el valle? —preguntó emocionada. Estaba a punto de echarse a correr hacia la calle. Tendría que liberar al coche de la nieve y conseguir que arrancase a pesar del frío, pero se dijo que podría conseguirlo.

—Ay, no. Yo vivo aquí, cielo. Lamentablemente, del valle aún no se sabe nada.

Anna apretó la tela de su bufanda sobre su pecho, que parecía haberle jugado una mala pasada.

—¿Vives en la mansión?

—Así es.

A pesar de su intento de ocultar su reciente desilusión, no pasó desapercibida para Mara.

—Veo que de mí no te han hablado —dijo esta con una pequeña sonrisa mientras retomaba su trabajo, descolgando las bolas de Navidad de la corona que descansaba en el suelo.

—En realidad no han querido hablarme de nada. Parece que aquí todo fuera un secreto.

Su confesión despertó una pequeña carcajada en la señora a su lado, aunque no la hizo parar en su tarea.

—Yo siempre he pensado que era algo que venía con las paredes de la casa —confesó guardando las bolas recogidas en una enorme caja de plástico junto a ella.

—¿Por qué recoges todo?

Anna mostró la misma cara de confusión que la elegante mujer frente a ella.

—La Navidad todavía no ha llegado. ¿No deberías estar decorando el resto de la casa, en lugar de recoger esto?

La sonrisa de Mara apareció de nuevo en su cansado rostro.

—Supongo que eso tampoco te lo han contado —dijo desprendiendo más bolas de la corona—. En esta casa, la decoración se pone únicamente para la Fiesta del Encendido. A Logan no le gusta celebrar la Navidad —explicó finalmente.

Aquella información no sorprendió a Anna en absoluto.

—Parece que solo disfruta del trabajo.

—Trabaja mucho, es cierto —le concedió su nueva amiga. Y la forma en que lo dijo parecía esconder un tono maternal en sus palabras.

Anna se agachó y empezó a recoger bolas del ciprés.

—¿Y de qué sirve trabajar tanto si luego no puedes disfrutar del resultado?

No se imaginaba cómo teniendo tanto dinero, una casa enorme y todas las facilidades del mundo, no gozaba un poco más de ellas. En lugar de eso, se recluía en su tétrica mansión, trabajando sin descanso incluso a altas horas de la noche.

—Creo que Logan lo hace, pero de un modo diferente —dijo Mara, despertándola de las acusaciones que creaba en su cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, las empresas y fundaciones que dirige son buenas para Winterswood. Le hace feliz que vayan bien. De algún modo, él siente que es su deber.

—¿Y eso por qué? ¿Porque el pueblo tiene el apellido de su familia?

Mara esbozó una pequeña sonrisa cuando se giró de vuelta a la caja de las bolas navideñas, si bien Anna estaba segura de haberla visto en su rostro.

—En parte.

—¿Y cuál es la otra parte? —preguntó, segura de que había alguna información valiosa que podía descubrir.

—Bueno… —La mujer se mostró más nerviosa, girando la última de las bolas navideñas en sus manos, como si no estuviera segura de seguir hablando. Permaneció en silencio durante un momento que a Anna se le hizo eterno.

Y cuando parecía que por fin podría conocer alguno de los secretos del señor Winters, su mayordomo decidió hacer acto de presencia, acabando con el aura de confianza que las dos habían creado.

—Señorita Anna, está usted aquí —saludó con un volumen más alto de lo normal, casi como si la regañara.

Mara se movió de su lado, escogiendo un nuevo adorno que descolgar de la habitación.

—No sabía a qué hora se servía el desayuno y no quería perdérmelo.

Se quedó contemplando al mayordomo, tratando de mantener la sonrisa, aunque en el fondo se sentía como si hubiera sido pillada haciendo alguna fechoría. Tuvo que recordarse que solo había estado hablando y ni siquiera había sacado información relevante.

—Si lo desea, puedo llevárselo a su dormitorio o al Comedor Principal —le ofreció él cortésmente.

—¿Estará el señor Winters?

—El señor ya ha desayunado.

—Oh… —Fue incapaz de disimular su decepción. La cena del día anterior no había ido demasiado bien, pero pensó que quizás era cuestión de tiempo.

Se giró entonces hacia Mara, que desataba unos lazos con muérdago de las cortinas.

—¿Y tú? —le preguntó. A lo mejor podría sonsacarle algo más. Al menos había dado con alguien que sí conocía a Logan Winters y que, además, parecía dispuesta a hablar con ella.

—Yo también he desayunado —respondió esta, desbaratando los planes de Anna sin saberlo.

—Así que soy la única que no ha madrugado.

—Si me da una idea de lo que quiere, se lo prepararé enseguida —le pidió el mayordomo.

—Lo que sea está bien, excepto café. Prefiero el chocolate. Y, Albert, ¿podría tomarlo aquí? Así puedo seguir ayudando con la decoración.

La mirada del mayordomo se dirigió a la mujer que todavía trabajaba en la recogida de adornos, escudriñándola bajo sus pobladas cejas fruncidas.

No dijo nada por un momento, si bien Anna estaba segura de que su intercambio de miradas estaba cargada de significado. Un significado que ella desconocía, y del que podía hacerse una idea.

Luego se volvió hacia ella con su habitual sonrisa.

—Claro, como usted desee.

Hizo una pequeña reverencia con la cabeza, y después de mirar a Mara por última vez, salió del salón a paso veloz.

Anna se acercó a su nueva amiga, que no había dicho nada desde que Albert había aparecido en la habitación.

—Entonces… —trató de retomar la conversación, pero la mirada del mayordomo sobre ella había sido demasiado efectiva.

—Creo que puedo continuar por aquí, y tú si quieres puedes avanzar con las coronas de esa pared. Son más pequeñas.

Anna torció el gesto antes de seguir sus indicaciones. Comenzó a descolgar las pequeñas coronas de ciprés que creaban un fondo precioso sobre la pared de madera mientras pensaba en cómo recuperar el poco acercamiento que había conseguido con aquella mujer.

—¿Sabes? En casa de mi tía, la Navidad es imposible de evitar. Llena todo de adornos navideños desde el uno de diciembre, y siempre intenta alargar el momento de quitarla. El año pasado aguantó hasta mediados de enero. Y cada día suenan villancicos desde primera hora de la mañana.

Cuando se volvió para mirar a la mujer de granate, esta únicamente le dedicó una pequeña sonrisa antes de seguir con su

tarea.

—Es muy distinta a esta casa —continuó Anna, sintiendo cómo esa reflexión presionaba en cierto modo su pecho.

—La echarás de menos, sobre todo en estas fechas.

—Pensaba que nunca echaría de menos la locura navideña de mi tía, pero después de pasar aquí la noche, tengo que reconocer que sí lo hago. —Dejó las coronas que había recogido en la caja que Mara le indicó—. La Navidad siempre ha sido un poco difícil para nosotras. Supongo que así se explica el exceso de decoración. Como si intentase que nos sintiéramos felices pese a todo.

—¿Y lo conseguía?

—Creo que sí.

Mara se acercó hasta donde estaba, colocando de forma delicada el ramo de muérdago que sostenía en sus manos sobre una de las cajas ya cerrada.

—La Navidad siempre es difícil para quien ha perdido a alguien —dijo, contemplando el ramo de muérdago que había recogido. Anna pensó que, posiblemente, estuviera recordando el último beso que dio al señor Christopher Winters bajo un ramo similar.

—¿Por eso el señor Winters no la celebra? —preguntó. Le parecía que se acercaba a temas más delicados que quizás le dieran alguna respuesta a sus preguntas. Sin embargo, no debía demorarse mucho, pues el mayordomo volvería en cualquier momento—. Quizás deberíamos dejar algo de decoración —le propuso después—. En mi casa funciona. Aunque podemos saltarnos la parte de recrear el taller de Papá Noél en la cocina. Creo que a Albert le daría un patatús.

Una risita aguda escapó de los labios de Mara, recordando al tintineo de unas campanas.

—Seguramente —le confirmó—. ¿Por qué no te llevas esto?

—¿El muérdago? —preguntó Anna.

—Todo. De otra forma acabará en el desván. Tú, en cambio, puedes disfrutarlo. Además, te hará sentir más en casa, más cerca de tu familia.

Anna echó un vistazo a las coronas que había guardado en la caja.

—Creo que sería mi Navidad más elegante —respondió, y la felicidad en su cara hacía ver que la idea le sonaba fantástica, lo que pareció alegrar también a Mara.

—Le pediré a Albert que lo suba a tu habitación.

—Oh, puedo hacerlo sola. Él ya hace demasiado, y tiene una edad. A veces pienso que debe envejecer el doble solo por la cantidad de pasillos que recorre al día.

Un nuevo tintineo de campanas sonó con la risa de Mara.

—Como prefieras. Yo seguiré guardando las cosas.

Se movió hasta las siguientes cortinas adornadas con muérdago mientras Anna revisaba lo que había en el resto de cajas, escogiendo los adornos que más le gustaban.

Se llevó también una selección de pequeñas bolas navideñas, con una idea formándose en su cabeza.

A medida que avanzaba por los pasillos, iba dejando una de aquellas bolas rojas en distintos puntos, como el rastro de migas de pan que le ayudaría a volver al salón.

Sin embargo, había estado tan distraída con la decoración clandestina, que no reparó en el camino que seguía, y de pronto se encontró en un pasillo que no reconocía.

Estaba segura de que no había estado antes allí, pues era el único desprovisto de obras de arte, armaduras o alfombras. Se veía desolado y sombrío, sin luz proveniente de los grandes ventanales, pues las cortinas los cubrían.

Pero no hacía frío. Al contrario. Aquella zona de la casa guardaba algo de calor, y la respuesta a su incógnita le vino en forma de voz grave; la del señor Winters.

Esa debía ser su ala de la casa, y por eso mantenía una mejor temperatura.

El corazón de Anna empezó a bombear con fuerza contra sus oídos, dificultándole la escucha de lo que fuera que estuviera diciendo.

Avanzó un poco más por el corredor para escuchar mejor y encontró la puerta tras la que el señor Winters hablaba. Estaba un poco abierta, y Anna tuvo que contenerse para no entrar en busca de la calidez que escapaba por la rendija. En cambio, se mantuvo pegada la pared, y fue entonces cuando escuchó las palabras que helaron por completo su cuerpo, con la voz del mayordomo:

—Señor Winters, es hora de deshacerse de Anna.



8
EL SECRETO

«Señor Winters, es hora de deshacerse de Anna».

La voz del mayordomo seguía repitiendo aquella frase en la cabeza de Anna, con el consiguiente bombeo enloquecido de su corazón.

En cualquier película de terror, escuchar algo así, en una casa como en la que estaba, ya era razón suficiente para huir.

Sin embargo, era incapaz de mover sus pies, como si estuvieran pegados al suelo.

—¿Y a qué te refieres con deshacernos de ella? ¿Acaso planeas trocearla y meterla en la chimenea?

Anna tragó saliva aterrada en cuanto escuchó las preguntas del señor Winters. Trató de encontrar el tono de burla en ellas, pero estaba tan nerviosa que no conseguía hacerlo. Se quedó tan inmóvil como pudo, preocupada por la respuesta del mayordomo.

—Está haciendo demasiadas preguntas y escabulléndose por la casa cada vez que me doy la vuelta.

—No va a encontrar nada —dijo el señor Winters, y Anna se aproximó aún más a la pared con el corazón desbocado.

Eso era una confesión: había algo que ocultaban. Y la preocupación de Albert confirmaba que se estaba moviendo en la dirección correcta. «No hay nada como acorralar a un perro para que empiece a ladrar», era lo que Joseph siempre decía en las reuniones de la redacción.

—Hace un rato estaba hablando con Mara, y parecía bastante convincente sacándole información sobre usted —continuó hablando el mayordomo.

—Anna solo quiere saber por qué no fui a la fiesta.

—Y si tira del hilo, podría descubrir secretos que no conviene revelar.

La corona de Navidad que todavía llevaba entre las manos estuvo a punto de caérsele cuando Albert admitió de nuevo que existía una historia que contar. Una historia que, al parecer, iba más allá de las excentricidades del heredero de los Winters; la idea inicial de Anna para su reportaje.

A todos en el pueblo les gustaba un buen cotilleo, especialmente si involucraba a la alta sociedad. Pero su noticia había pasado a ser algo más. Podría destapar un secreto que los residentes de aquella mansión se empeñaban en esconder. Y ella estaba dispuesta a descubrirlo.

—¿Qué pretendes que haga? —La voz grave del señor Winters la despertó de sus cálculos para el reciente giro de su historia.

Casi no se creía la oportunidad que se le presentaba. Estaba segura de que conseguiría la portada y, por tanto, un puesto en el Winterswood Papers.

—Dele una respuesta —propuso Albert—. Así dejará de investigar y preguntar. Dígale el motivo por el que no fue a la fiesta y consiga que desbloqueen el valle cuanto antes. No es prudente tenerla aquí.

—Los comercios están quedándose sin provisiones en Winterswood porque la carretera a Pinebrook está cortada. No voy a desviar recursos por librarme de ella. Sabes que yo no trabajo así, Albert.

De pronto, el tono del señor Winters sonaba más enfadado, aunque Anna no pudo entender el motivo.

—¿Entonces, qué propone que hagamos? Hay demasiado en juego, señor.

Anna escuchó el sonido de una silla arrastrándose por el suelo, y luego unos pasos.

Sin saber cómo, sus pies la desplazaron con velocidad hasta quedar oculta tras una de las cortinas que mantenían el pasillo a oscuras. En un instante, la temperatura helada del otro lado la atravesó, dejándola tiritando.

Hizo lo posible para contener el castañeteo de sus dientes mientras Albert y el señor Winters salían de la habitación.

—Hablaré con ella. Le daré las respuestas que busca. Con eso debería bastar —escuchó la voz seria que ya reconocía.

El mayordomo no dijo nada más, y Anna se imaginó que habría hecho su habitual reverencia con la cabeza. Más tarde, el sonido de sus pasos se alejó por el pasillo y, después, una puerta se cerró.

Aunque sabía que estaba sola, el temor a ser descubierta la mantuvo paralizada durante varios minutos. Solo cuando su cuerpo no pudo más con el frío que le llegaba desde la ventana a sus espaldas, salió de su escondite.

La oscuridad del pasillo la envolvió al marcharse en silencio de allí y se preguntaba qué tipo de misterio esconderían aquellas paredes.

Iba tan ensimismada en sus elucubraciones, que no escuchó el sonido de una puerta abriéndose detrás de ella.

—Anna.

Una voz la llamó desde el otro lado del pasillo, y ella se lamentó por no haber andado más deprisa.

Del susto, se le cayó la decoración navideña que llevaba en las manos. Parecía que esta había estado luchando durante la última hora por acabar en el suelo, y por fin lo había conseguido.

Se agachó a recoger todo, al tiempo que el señor Winters se aproximaba a ella y le tendía la última bola roja que le quedaba por recuperar.

Después de mirarla durante un segundo, todavía en su mano, se la arrebató con un movimiento veloz, temiendo que el contacto con su cuerpo intensificara la agitación que ya le invadía.

Tras colocar la bola roja de vuelta en la corona navideña, se irguió torpemente.

—En estos pasillos no hay cuadros que ver —le dijo él, contemplándola intensamente.

¿Por qué siempre lo hacía así? Como si no existiera nada más a su alrededor y quisiera capturar sus ojos y, con ellos, su voluntad.

Anna dio un paso hacia atrás, liberándose de su mirada a costa de un buen esfuerzo.

—Me he perdido —dijo, echando un vistazo a su alrededor, concentrándose en cualquier cosa que no fuera el señor Winters—. Intento encontrar el camino a mi habitación.

—Déjame acompañarte —le ofreció él.

La corona de ciprés estuvo a punto de resbalar de sus manos otra vez. No estaba acostumbrada a que el señor Winters la tuteara, y menos a que fuera cordial con ella. Su humor cambiaba con cada encuentro que tenían, pero nunca esperaba su versión amable.

Incluso su rostro se mostraba más relajado, lo que no tenía sentido tras la conversación que había escuchado a hurtadillas.

Sin embargo, había algo distinto en él, como si contuviera su buen humor. O quizás fuera la línea entre sus cejas, que se había suavizado.

Aun así, ni siquiera el reciente carácter mejorado de su anfitrión le hacía olvidar el miedo que había sentido tras la helada cortina.

—No te preocupes, ya puedo ir sola —trató de deshacerse de él.

Sin embargo, en cuanto dio un paso para alejarse, el señor Winters dio otro, más amplio que el suyo, recortando la distancia entre ellos.

—Insisto.

Anna se quedó inmóvil, y no estaba segura de si se debía al miedo que la ateazaba o al efecto que el señor Winters despertaba en ella; una especie de parálisis exterior, y de caos interior.

Pero, ¿qué opciones tenía en ese pasillo? Como mucho, debería hacer como que no sabía nada. La información era su única ventaja.

Con ese pensamiento, asintió levemente, consiguiendo un ligero brillo en los ojos de su acompañante, que no estaba segura de que no fuera fruto de su imaginación.

El señor Winters comenzó a andar a su lado, pasando por delante de su posición, y después esperó a que ella se uniera en su paseo.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó él, una vez regresaron a los pasillos que contenían cuadros y luz. Anna, que de nuevo se encontraba perdida en sus pensamientos, contempló la decoración navideña que había sobrevivido a otra caída.

—Mara me dijo que podía ponerlo en mi habitación —respondió escuetamente para que su voz no delatara su nerviosismo.

—Así que has conocido a Mara.

Anna lo miró. Casi parecía que quisiera entablar una conversación. En cambio, ella seguía demasiado acelerada tras lo escuchado como para mantener una charla casual con la persona más formal que conocía, o para avanzar con su investigación. Antes, necesitaba detenerse y ordenar sus ideas.

Cuando él descendió la mirada hasta ella, con una pequeña sonrisa cordial escondida bajo su perfectamente recortada barba, se dio cuenta de que aún estaba esperando su respuesta.

—Sí. En el salón de la fiesta. Estaba recogiendo todo.

Tras ese pequeño intercambio, ninguno de los dos dijo nada más, y solo el sonido de sus pasos sobre las alfombras o el suelo de mármol interrumpía el silencio establecido entre ambos.

Llegaron al pasillo en el que estaba su dormitorio. Después de dos días, Anna había conseguido reconocer a la mujer con un vestido azul claro cuyos ojos la seguían siempre que pasaba por delante.

—¿Hoy no tienes preguntas para mí?

Se olvidó de aquellos ojos en el óleo para centrarse en los marrones que la estudiaban en ese momento.

—¿Las responderías? —Quiso saber si le daría unas migajas de información para que se olvidase de todo, como le había prometido a Albert.

La sonrisa del señor Winters se hizo visible, y Anna recordó lo guapo que le había parecido la primera vez que lo vio, antes de saber

que era un hombre tan frío y serio.

—Creo que no —contestó él finalmente.

—Pues prefiero dejarlas en mi lista de cosas que nunca entenderé de ti.

Una pequeña risa proveniente del pecho del señor Winters flotó entre ellos. Anna se mostró estupefacta, aunque trataba de disimularlo. Hablar con la versión apacible del rico heredero era mejor de lo que esperaba.

—¿Tienes una lista?

—Enorme —confesó de buen humor.

Llegaron hasta la puerta del dormitorio, y ambos detuvieron sus pasos sin decir nada más hasta que ella se giró para entrar.

—Oye —el señor Winters la detuvo—. ¿Le has preguntado a Mara sobre mí?

Anna se volvió hacia él con la sonrisa todavía presente en su cara.

—¿Te preocupa? —bromeó.

Sin embargo, el hombre que tenía delante había agotado su buen humor y recuperó su semblante grave e impasible.

—No deberías hacerlo —respondió con sus cejas uniéndose más a cada palabra que decía—. No quiero que involucres a mi familia en tu búsqueda del desprestigio de mi apellido.

—¿Desprestigio? —preguntó ella, confusa ante tal acusación.

—Es lo que hacéis todos los periodistas. Encontráis una historia y la tergiversáis para que os dé las suficientes ventas.

Anna se habría sentido nuevamente orgullosa de que la tomasen como una periodista, si no fuera por el significado que aquella palabra tenía para él.

—Parece que no has tenido buenas relaciones con la prensa. ¿Se debe a tus secretos? ¿O es por el miedo a que los descubran?

Sus preguntas acabaron con la poca cordialidad del hombre a su lado, que se acercó de pronto, agotando el espacio entre los dos y dejándola contra la puerta por la que ya debería haber desaparecido.

—No tienes ni idea de lo que hablas —masculló casi sin mover los dientes.

—En eso estamos de acuerdo —respondió Anna, tratando de ignorar el aroma a lavanda que desprendía el señor Winters, constatando que estaban más cerca de lo que deberían. Ni siquiera el ciprés que sostenía entre sus manos contrarrestaba ese olor que, de algún modo, se adueñaba de su cuerpo y sus sentidos.

Sus ojos, profundos y marrones, parecían doblegarla una vez más. Su cara continuaba mostrando el enfado que sus palabras habían

despertado en él.

—Que disfrute de su decoración, señorita.

No le pasó inadvertido que de nuevo la tratara de usted, haciendo que la relación entre ambos resultara más distante.

Quiso responderle con la misma frialdad mientras contemplaba cómo se alejaba por el pasillo sin volver la vista atrás, aunque le costó terminar la frase de una forma serena.

—Y usted de su… ¡trabajo!

Finalmente, entró en su dormitorio con una nueva derrota, buscando algo de paz y quizás también un poco de Navidad con los adornos que llevaba bajo el brazo.



Llegó la hora de la cena, y Anna sabía que su estómago sufriría. Albert la había informado de que el señor Winters no la acompañaría, y ella continuaba con la determinación de no cenar si no era con él.

Le había funcionado el día anterior, aunque tras su última conversación, no le sorprendería que aquella vez no se preocupara por su cena.

Estaba pensando en escabullirse a la cocina, pues había conseguido marcar el recorrido con la decoración navideña en los pasillos, cuando unos golpes hicieron sonar la puerta.

—No voy a bajar, Albert —dijo ella lo suficientemente alto para que el mayordomo se marchara.

Sin embargo, no era el viejo sirviente quien esperaba al otro lado.

—No soy Albert —respondió una voz grave.

Anna se levantó corriendo de la cama, donde llevaba una hora encogida abrazando un cojín, tratando de acabar con su dolor de tripa, y se dirigió a la puerta, que abrió con velocidad.

Encontró al señor Winters vestido con su traje elegante y perfectamente planchado. Todo lo contrario a su jersey verde, que, siendo más estiloso que los que solía vestir, estaba ya demasiado arrugado.

—No soy Albert —volvió a decir él.

Su rostro no daba ninguna pista del temperamento que traía en ese momento, así que Anna supuso que seguían en el punto donde lo dejaron.

—Eso ya lo veo.

El señor Winters tomó aire profundamente, como si necesitara un instante y mucha concentración para continuar siendo cordial.

—¿Querrías cenar conmigo?

Anna pestañeó, y tuvo que forzarse a cerrar la boca ante la confusión que le generaba aquel ofrecimiento.

—¿Otra cena en silencio? —respondió mordazmente—. No quiero que sufras por mi pobre lengua.

Según lo dijo, los ojos del señor Winters descendieron hasta su boca, provocando un insólito calor en Anna. El poder que tenía ese hombre con su mirada era extraño, y no estaba segura de que le gustase.

Apretó sus labios con más dureza y él pareció darse cuenta de ello, porque desvió su atención hasta su nariz, lo que tampoco le hacía sentir mucho más cómoda. Sabía lo que todo el mundo pensaba solo con observar su habitual tono rojizo.

—¿Has estado fuera? —preguntó de pronto, olvidándose de su comentario respecto a la cena.

—No, tranquilo. Llevo toda la tarde en mi celda.

Aun así, no conseguía molestarlo con sus palabras. Continuaba concentrado en su rostro.

—Tienes la nariz roja.

Anna suspiró. No iba a pasarlo por alto.

—Puede que sea por esta maldita chimenea. No hay quien la encienda. —Señaló con su pulgar a sus espaldas mientras abría la puerta, dejando paso para que entrara. Si al menos la ayudaba a encenderla, su visita no habría estado tan mal.

Él se acercó y echó un vistazo al pobre intento de Anna de encender el fuego. Los troncos se encontraban desparramados por el hogar de la chimenea y el soplador a un lado, en el suelo.

—¿Por qué no has pedido ayuda a Albert? Hace mucho frío aquí —dijo quitándose la chaqueta y dejándola perfectamente doblada sobre la cama.

Se remangó la camisa blanca de forma meticulosa hasta que el tamaño de sus brazos le impidieron hacerlo más, quedando por debajo de su codo.

Anna seguía el movimiento de sus manos con la mirada, fijándose en cómo los músculos se tensaban bajo la tela.

Cuando él se volvió hacia ella, todavía esperando su respuesta, supo que el color de sus mejillas pronto rivalizaría con el de su nariz: la había pillado observándolo sin disimulo.

—Pese a sus intentos por ser amable conmigo, sé cuando no soy bien recibida en una casa —dijo—. Prefiero no molestaros más hasta que pueda irme de aquí.

Lo que se guardó para sí misma era que había escuchado al mayordomo, y le daba miedo que quisiera llevar a cabo su plan de asarla en la chimenea.

Por ese mismo motivo, se quedó apartada mientras él se agachaba y colocaba los troncos formando una especie de tipi con ellos. Lo vio arrancar dos páginas de un periódico viejo que había junto a los troncos y hacer una bola con ellas, metiéndola debajo de la madera.

—No es así. Eres bien recibida aquí, Anna —le aseguró buscando la caja de cerillas en la repisa de piedra.

—Pensaba que no te gustaban los mentirosos.

Una pequeña risa se liberó desde el pecho del señor Winters, tan grave como su voz.

—No es una mentira. Eres bien recibida. Tus intenciones… un poco menos.

Abrió la caja de cerillas y encendió una de ellas. Después, prendió con precaución la bola de periódico que había escondido bajo los troncos.

Al poco tiempo, el fuego se había adherido a estos, aumentando el tamaño de la llama considerablemente.

Anna se acercó a la chimenea, manteniéndose tan alejada como pudo del señor Winters. Extendió sus manos en busca del calor, si bien la llama aún no era capaz de mitigar el frío que se había instaurado en su dormitorio.

Cuando él se echó hacia atrás, tropezó con varios cojines que había sobre la alfombra. Ella se excusó rápidamente, recogiéndolos y llevándolos de vuelta a su cama.

—¿Qué hacen en el suelo? ¿Estás durmiendo ahí?

Anna se encogió de hombros, quitándole importancia a la alarma evidente en su tono.

—Las sábanas están heladas cuando me meto en la cama.

Los labios del señor Winters se transformaron en una pequeña sonrisa, como si encontrara divertida la aversión al frío de Anna. Tras un momento observándola, recordó que debía ponerse en marcha.

—Eso lo podemos arreglar. Había por aquí… —Se volvió hacia la chimenea, buscando algo entre sus herramientas, y sin encontrarlo. Entonces se dirigió a la cama y continuó el registro detrás del cabecero.

Ella lo seguía con la mirada mientras se movía por la habitación. Sin la chaqueta parecía distinto, más relajado. La camisa se ceñía a su espalda y a sus brazos con cada gesto, sin la rigidez habitual del traje. Incluso el color blanco de la prenda suavizaba sus facciones, frente a los tonos oscuros que solía vestir.

Le costaba apartar la vista de él, y no estaba segura de si era por la imagen frente a ella o porque, por primera vez, lo veía más humano. De cualquier modo, había algo hipnótico en su figura.

—No puedo dejar que duermas en el suelo —comentó él, sacándola de sus pensamientos al rendirse en su búsqueda.

Anna apartó la vista rápidamente. Ya la había pillado contemplándolo fijamente. No necesitaba que la sonrojara más veces.

Pero él continuaba concentrado en su tarea. Se acercó a la repisa de la chimenea y presionó el timbre del mayordomo. Luego, se giró sobre sí mismo, observando la habitación y los cambios que Anna había hecho en ella.

Encontró apoyados en la pared los cuadros que había descolgado, y ella esperó en silencio a que le cayera su reprimenda.

—Pensaba que te gustaban los cuadros —dijo él, y para sorpresa de Anna, otra sonrisa iluminaba su cara.

—Los que no dan miedo y no me observan según me muevo —repuso, todavía cauta ante su buen humor.

Una nueva risa inundó la estancia, haciendo que el corazón de Anna diera un salto improvisado ante aquel sonido al que no estaba acostumbrada.

—Puedo pedir a Albert que traiga otros distintos. Unos que sean más de tu gusto —le propuso.

—No necesito que cambies la decoración por mí. Antes de irme dejaré todo como estaba. Además, me gusta como está ahora, con la decoración navideña.

El señor Winters se olvidó de los cuadros y observó los cambios en el dormitorio: la repisa de la chimenea contaba con una guirnalda con lazos, coronas de ciprés habían sustituido a los tétricos retratos y un pequeño árbol de Navidad con bolas en rojo y dorado brillaba sobre el escritorio.

—Ha quedado muy… festivo —consiguió encontrar la palabra adecuada después de un momento.

Anna no pudo contener la risa repentina que escapó de su boca ante su intento de elogio.

—¿Qué he dicho?

—Nada —respondió con una nueva carcajada luchando por salir—. Es solo que eso mismo es lo que le digo a mi tía cuando me pregunta por su decoración, así que sé exactamente lo que piensas. Pero te aseguro que esto es demasiado básico comparado con su casa. —Contuvo otra risita al imaginarse al señor Winters en la cocina de su tía —. Creo que si la vieras, entrarías en coma directamente.

—Seguro que no es tan grave —se aventuró a decir él.

Anna sacudió la cabeza, sabiendo que no tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—Dime, ¿por qué no te gusta la Navidad?

El señor Winters hizo descender las comisuras de su boca, pero no contestó.

—¿Es porque te recuerda a tus padres? —preguntó ella antes de frenar esa nueva pregunta.

—Pensaba que no tenías preguntas para mí —respondió él duramente.

Y ahí estaba, el señor Winters frío y serio al que Anna sí estaba acostumbrada, haciendo su aparición cuando menos se lo esperaba.

—Intentaba mantener una conversación —repuso molesta, en parte con ella misma, por haber estropeado su primer momento de tregua. ¿Cómo iba a poder hablar con él si se tomaba cada pregunta como un interrogatorio?

Recogió el último cojín que quedaba en el suelo hasta que el señor Winters lo agarró también, haciendo que dejara de moverse.

—Perdona —le dijo entonces, llamando su atención. Alzó la mirada hasta él, que la observaba con detenimiento—. En parte sí, pero es más complicado que eso.

Anna cerró la boca, que se le había abierto al darse cuenta de que, al fin, había contestado a una de sus preguntas.

—A mí me pasó durante un tiempo —dijo.

De algún modo, la conversación se había vuelto más seria, más profunda, mientras ambos sostenían aquel cojín que los separaba.

—¿Perdiste a alguien? —preguntó él. Era la primera vez que se interesaba por ella, más que por su todavía inexistente carrera profesional.

Anna asintió sin alzar la vista de sus manos.

—Mis padres. Antes de Navidad. Yo tenía catorce años.

—Lo siento mucho —respondió él moviendo la mano que sujetaba el cojín hasta rozar los dedos de Anna.

—Yo también siento la pérdida de tus padres —dijo ella en lo que apenas llegaba a ser un susurro.

—Anna, yo… —la llamó, consiguiendo que elevara su mirada hasta alcanzar sus ojos marrones, más oscuros de lo que recordaba. Parecía que buscaba las palabras adecuadas—. No aparezco por la fiesta porque…

En ese instante, la puerta del dormitorio se abrió, llevándose las palabras del señor Winters y el roce de su mano.

—¿Me ha llamado? —La voz de Albert cruzó la estancia antes de que su figura apareciera frente a ellos—. ¡Señor Winters! —exclamó después, sorprendido de verlo allí.

Este, en un rápido movimiento, se había separado de ella y empezaba a desdoblar las mangas de su camisa hasta cubrir de nuevo sus brazos.

—Albert, pase — contestó con tranquilidad—. Estaba ayudando a Anna con la chimenea. ¿No teníamos por aquí un calentador para la cama? —preguntó, acercándose a recoger su chaqueta, que se puso un momento más tarde.

Luego se dirigió a la puerta, manteniéndose erguido y observando al mayordomo sacar de la parte alta del armario una especie de sartén con tapa, con el mango más largo de lo que Anna había visto nunca.

Albert le explicó brevemente su funcionamiento y se ofreció a prepararlo él mismo antes de que decidiera acostarse, pero ella lo rechazó enérgicamente. Prefería no pasar demasiado tiempo cerca de Albert y el fuego juntos.

Le dio las gracias mientras sujetaba el recipiente, prometiéndose a sí misma que nunca lo usaría.

—¿Necesitan algo más? —preguntó el mayordomo a ambos.

—Sí. Esta noche cenaré en mi habitación —se adelantó el señor Winters, constatando que no iban a cenar juntos, al contrario de lo que había parecido al inicio de su visita.

Después se marchó, y Anna se preguntó qué había cambiado para que de pronto se alejara de ella. Solo llegó a una conclusión: Albert era quien cohibía a los residentes de la casa de hablar con ella, manteniéndolos a salvo de sus preguntas, protegiéndolos de sus propios secretos.

Únicamente le quedaba descubrir cuál era ese secreto.

9
LA VERDAD

A la mañana siguiente, no fue el sol a través de la ventana lo que despertó a Anna, sino su estómago rugiendo. Dado que el señor Winters decidió en el último momento no unirse a ella durante la cena, se vio obligada a usar de nuevo su táctica de la noche anterior para convencerlo.

Sin embargo, en aquella ocasión no le funcionó.

Lo que no tenía tan claro era si se debía a una decisión propia, o a que el mayordomo hubiera obviado su nueva tentativa de no cenar sin él para evitar que pasaran más tiempo juntos. Ahora que sabía que Albert era quien parecía controlar el silencio de la casa, no le resultaba difícil imaginarlo.

Se levantó del suelo donde había pasado la noche una vez más, junto al fuego, notando el dolor muscular en su espalda y en su cuello, y se dirigió a la ventana. El paisaje seguía igual bonito. Una larga extensión de campo blanco, bordeada a lo lejos por una multitud de cipreses.

No tardó en imaginarse cualquiera de ellos dentro de la mansión, adornado con luces y lazos. Incluso con su enorme tamaño, no tenía duda de que serían unos árboles navideños perfectos.

Después de escoger lo que se pondría de entre su nueva ropa, se metió en la ducha para acabar con el olor a leña que se le impregnaba cada noche.

Una vez lista, domó su pelo en una larga trenza dorada y se puso su bufanda verde, esperando que la jornada fuera mejor que la anterior. Al menos, ahora tenía una estrategia.

Salió de la habitación en dirección a la cocina, con la certeza de que aquella mañana encontraría el camino. Y no por la suerte de su bufanda, sino porque se había pasado la última tarde escondiendo adornos por los pasillos, de forma que la llevasen hasta las distintas habitaciones que frecuentaba: bolas rojas para la entrada de la casa, ramas de ciprés para la cocina, cascabeles para los pasillos del señor Winters y lazos rojos para el Comedor Principal.

Había ocultado los adornos bien, puesto que estaban prohibidos allí, pero sabía exactamente dónde mirar para confirmar que seguía el camino correcto.

Además, le causaba especial alegría pensar que la casa tenía un poco de Navidad, aunque fuera de una forma encubierta que nadie más notaba.

Después de recorrer unos metros, encontró la puerta de la cocina, comprobando así que su sistema de adornos funcionaba, evitándole los metros extra que solía recorrer cuando se equivocaba de camino.

Cruzó la puerta, preparada para recibir el calor que siempre reinaba en esa habitación. Sin embargo, encontró algo más que no esperaba: el señor Winters estaba sentado en la isla de madera, desayunando.

Tenía delante una taza de café y un ordenador donde leía las noticias.

Aquella mañana iba vestido con otro de sus trajes oscuros y a medida, sin una sola arruga en él.

Anna echó de menos la imagen del día anterior, de un señor Winters sin chaqueta y con la camisa remangada, y cuando notó el rubor llegando hasta sus mejillas, se obligó a concentrarse en su tarea.

Aun así, no pudo evitar preguntarse por qué se arreglaba tanto. Si ella trabajara desde casa, no se quitaría el pijama. En cambio, él continuaba vistiéndose de forma elegante para estar solo.

—Has madrugado hoy. —La voz grave del señor Winters le recordó que debía moverse, en lugar de quedarse en la puerta contemplando las curvas de su espalda.

Sintió los nervios cosquilleando su nariz al percibir el buen humor del señor de la casa y su voz más grave de lo normal, posiblemente por las horas o la falta de cafeína.

—Sí —fue todo lo que dijo, vacilante.

Se sentó en el taburete a su lado, esforzándose por reunir coraje para su nueva estrategia. El mayordomo no estaba por allí, dándole la oportunidad para acercarse al frío anfitrión. Aunque esa mañana no se mostraba tan distante.

—¿Café? —le ofreció, acercándole la jarra humeante que había entre ambos.

—Demasiado amargo. Prefiero algo más dulce para empezar el día.

El señor Winters sonrió, pero Anna solo pudo percatarse porque observaba cada uno de sus movimientos.

—¿Qué? —preguntó. No estaba muy segura de querer imitar su gesto. Los cambios de humor de aquel hombre la dejaban mareada y empezaba a dudar de sus gestos y sus palabras.

Entonces, él la miró y le pareció que, al menos por el momento, la cosa iba bien.

—Nada —respondió—. Simplemente pienso que va más contigo.

Anna apenas pudo contener su sonrisa al tiempo que sus cejas se arrugaban por la confusión.

—¿Eso ha sido un halago?

Su pregunta provocó una pequeña risa en el señor Winters, que ahogó rápidamente al tomar un sorbo de su café.

—Más o menos. Estoy un poco oxidado.

—Quizás deberías practicar.

De nuevo, su respuesta provocó la risa de su acompañante y Anna se preguntó cómo lo estaba consiguiendo. No era la persona más divertida, y sin embargo, por cómo reaccionaba el señor Winters, lo parecía.

—Lo tendré presente —le prometió este.

Después de eso, no dijeron nada más. Él se centró en su desayuno y en las noticias de su ordenador, y Anna en uno de los cruasanes que cogió del plato sobre la encimera.

Estaba segura de que lo había cocinado el mismo Albert. Estaba crujiente por fuera y suave por dentro y, lejos del impacto de azúcar de los industriales a los que estaba acostumbrada, el que saboreaba en ese instante dejaba en la boca un recuerdo a mantequilla.

Se concentró en el dulce que comía para acallar las preguntas que quería hacerle al hombre sentado a su lado. Estaba decidida a mantener intacta su tregua.

Aunque, al parecer, él tenía otros planes.

—Dime —pidió con tono cansado, haciendo que Anna se olvidase del cruasán.

—No he dicho nada —protestó.

—Exacto. No quiero sufrir por tu pobre lengua de nuevo.

La forma en que lo dijo podría sonar sarcástica, si no fuera porque escondía una enorme sonrisa detrás de su taza, de la que dio otro sorbo.

—¿Responderás esta vez a mis preguntas?

Él se lo pensó, dejó la taza sobre la encimera y se giró hacia ella, apoyándose en uno de los codos.

Continuaban a la misma distancia que un momento atrás, pero su postura distendida y el hecho de que estuviera mirándola directamente, no solo con los ojos, sino con su cuerpo, le hacía sentir que estaban más cerca. Anna no pudo contener sus nervios y se frotó la nariz para mitigarlos, sin mucho resultado.

El señor Winters continuaba observándola.

—Te concedo una —le ofreció al fin.

—El genio concedía tres deseos.

—No soy esa clase de genio.

Anna rio por la nariz ante sus palabras.

—¡Guau! —sobreactuó su sorpresa—. Otro halago. Aunque dirigido a ti mismo queda un poco prepotente, señor Winters.

De nuevo, una pequeña risa fluyó de la garganta de aquel hombre y Anna concluyó que le gustaba verlo así: apacible, algo poco común en él.

—Haz tu pregunta, Anna —la apuró.

—Si es solo una, voy a tener que pensarla.

Los labios del señor Winters se curvaron, ladeándose hacia una de sus comisuras. Después los perdió de vista, cuando se volvió hacia su desayuno y sus noticias.

—Tómate tu tiempo.

Ella se quedó pensando en la lista de preguntas que tenía para hacerle, a pesar de que le costaba más concentrarse con él a su lado. Especialmente cuando estaba de tan buen humor. Lo que en realidad quería era observarlo con detenimiento, como si así pudiera descifrar el cambio en su estado de ánimo.

Pensó en preguntarle por ello, y luego lo descartó, suponiendo que le sentaría mal.

Mejor sería empezar por el principio.

—Vale. ¿Por qué te vestiste para la fiesta, si no pensabas asistir? —preguntó finalmente.

—¿Esa es tu pregunta? —El señor Winters se giró hacia ella.

—Sí —afirmó contundente. Luego se lo pensó mejor antes de que él respondiera—. ¡No! ¿Por qué das una fiesta a la que no asistes?

—Esa está mejor —convino él, haciendo que Anna sonriese satisfecha.

Suponía que debía haber una buena historia detrás de aquella cuestión, dado que se había negado a contestarla demasiadas veces.

—¿Y bien? —pidió impaciente.

El señor Winters respiró hondo mientras pensaba en su respuesta, y no tardó en dársela.

—Doy la fiesta porque es una tradición de mi familia y, aunque mis padres ya no estén, quiero mantener lo bueno que hacían.

Anna se quedó pensando. Acompañando a Bel a muchas de sus entrevistas, había aprendido a descubrir lo que no se decía, a partir de las palabras usadas. Como si lo dicho escondiera más de lo que se pretendía decir.

—«Lo bueno»... —repitió la pequeña especificación del señor Winters.

—¿Qué? —preguntó este confuso.

—Es lo que has dicho. Que querías mantener «lo bueno». Eso me hace pensar que también había un lado malo, ¿no?

La forma en la que las cejas del señor Winters se iban uniendo y el semblante se le iba oscureciendo, le confirmó que estaba en lo cierto. Sus padres habían hecho algo malo, y posiblemente ese era el secreto que trataba de ocultar.

Quiso continuar con sus preguntas, pero el mayordomo escogió ese momento para personarse tras la puerta, acabando con su conversación.

Preguntó a Anna qué tal había pasado la noche y se ofreció a prepararle un chocolate caliente que ella aceptó de mala gana. Cada vez que se acercaba a algún descubrimiento, aquel hombre aparecía con sus buenos modales, arruinando sus avances.

Antes de que el chocolate estuviera listo, el señor Winters terminó su café, cerró el ordenador y se levantó abrochándose el botón de la chaqueta.

—Me marcho ya —anunció.

Anna no intentó frenarlo. Sabía que era inútil, y con Albert delante no podría conseguir mucho más.

Sin embargo, en cuanto lo vio cruzar la puerta, sus pies se movieron sin previo aviso.

—¡Señor Winters! —lo llamó a través del pasillo. Estaba casi al final. No sabía cómo había podido alejarse tanto en tan poco tiempo.

Se acercó mientras él se giraba sobre sus talones.

—Tengo prisa, Anna. Que tengas un buen día.

—¡Espera! —Lo sujetó del brazo y, en cuanto vio que lo había hecho, apartó la mano rápidamente. Recordó la regla de protocolo en la que no se puede tocar a la realeza si no te ha tocado antes. Logan Winters no era rey, aunque sí alguien demasiado importante en Winterswood como para recibir el mismo trato—. ¿Qué pasó? ¿Qué hicieron?

Vio cómo respiraba hondo haciendo que su pecho se elevara unos centímetros. Parecía a punto de rugir, consiguiendo por poco mantener a raya su tono cuando respondió.

—Me parece que ya has agotado tus preguntas.

—¿Por eso no sales de la mansión? —Siguió intentándolo, sin esperar realmente conseguir una respuesta.

Pero aquella pequeña confesión no deseada había despertado demasiada curiosidad en ella. ¿Estaría pagando los platos rotos de su padres? Quizás tenía una especie de sentencia familiar por la que no podía salir de casa.

—No pienso seguir con esto —dijo él, girándose para retomar su camino.

—¿Por qué no dices nada? —exigió Anna con un tono más alto de lo que debería, agobiada porque de nuevo desapareciera.

Supo que se había equivocado en el instante en que él se volvió hacia ella, dedicándole su peor cara de enfado.

—¿Y por qué iba a decirte nada? —respondió furioso—. Pareces empeñada en creer que somos amigos, que voy a sincerarme contigo y a contarte mis confesiones más secretas. Eres una invitada en esta casa por causas temporales. Una cría dispuesta a conseguir su medalla de periodista a toda costa. Me he enfrentado a varios como tú en mi vida y créeme que no te va a funcionar.

Su voz iba subiendo de volumen a medida que sus reproches salían a borbotones de su boca.

Con cada uno de ellos se acercaba un poco más a Anna, que se encogía frente a su enfado.

—¿Quieres exponer mis fallos? ¿Descubrir ante el mundo lo malo que soy, solo porque tengo dinero? Sorpresa, ya lo han intentado. —Casi parecía escupir sus palabras envenenadas—. Da igual lo mucho que me esfuerce en hacer las cosas bien, la envidia siempre gana.

»No dejaré que acabes con el legado de mi familia por un puesto en tu ridículo periodico. Esto acaba aquí, Anna.

Para entonces, ella estaba acorralada contra la pared, clavándose las molduras de madera en la espalda al intentar alejarse del enfado del señor Winters.

Cuando este terminó de hablar, su respiración estaba tan agitada como la de Anna. Sus brazos permanecían apostados a ambos lados de su cabeza, encerrándola un poco más.

—Yo no quiero eso —susurró ella, incapaz de hacer que su voz sonara más firme.

—¿Entonces, qué quieres, Anna? —preguntó él con un tono exasperado mientras sus ojos la retenían con la misma fuerza que su presencia sobre ella.

—La verdad.

Una pequeña risa retumbó desde la garganta del señor Winters.

—La verdad. Qué noble. Dime, ¿qué piensas hacer con ella? ¿Trocearla y venderla a gente que me odia tanto como tú?

—¿No quieres salir de aquí?

—Pareces creer saber lo que quiero. Mira a tu alrededor —dijo, al tiempo que se separaba de ella, permitiendo a Anna recobrar la compostura y el aire que empezaba a faltar en sus pulmones—. Soy perfectamente capaz de conseguir todo lo que quiero sin tu ayuda.

—A escondidas —respondió ella.

—Yo decido como vivo.

Se quedaron en silencio contemplándose el uno al otro como si la batalla se librara con sus miradas, y no con sus palabras.

—¡Es que no lo entiendo! —Anna se rindió finalmente, consiguiendo que el señor Winters le dedicara una pequeña sonrisa vacía.

—Bien. No necesito que lo entiendas —dijo, estirando su chaqueta para eliminar las arrugas—. Solo que dejes de molestarme con tus delirios de periodista.

Anna se mantuvo en silencio, ocultando el dolor y la frustración que sentía en ese instante.

—Que tenga un buen día —se despidió el señor Winters, tratándola de nuevo de usted y borrando de golpe la poca cercanía lograda entre ellos.

La discusión que habían tenido se reproducía una y otra vez en la cabeza de Anna mientras permanecía inmóvil en aquel corredor tras verlo marchar.

No sabía cómo, pero siempre terminaba diciendo algo que lo enfadaba de forma desmesurada.

Podía entender su postura a la defensiva, si en el pasado los periodistas habían intentado hundirlo. Sin embargo, ese nunca había sido su objetivo.

Ella quería desentrañar la verdad, el misterio que lo retenía oculto en esa casa. Un misterio con el que no era capaz de avanzar.

Así que, con un suspiro, decidió dar un paso atrás en su investigación, mantener la distancia y no volver a cruzarse con él. Al menos por el momento.



10
LA CURIOSIDAD

Trabajar al inicio de la tarde siempre era lo más duro. Especialmente, con las comidas copiosas que Albert acostumbraba a preparar. Incluso teniendo un comensal más en la casa, su amigo siempre cocinaba cantidades demasiado grandes.

A veces se preguntaba si trataba de cebarlo para así comérselo después.

Se levantó de su mesa para tomarse un respiro y conseguir que sus párpados no se cerrasen ante tanto informe aburrido y se acercó a una de las ventanas de su despacho para relajar la vista mirando al horizonte, donde se dibujaba la silueta de Winterswood. Entonces, algo bajo él llamó su atención: una melena rubia trenzada, acompañada de su habitual bufanda verde. No había duda de cuál era la prenda favorita de su invitada.

Se quedó observándola, preguntándose qué hacía en el exterior a esas horas y con la temperatura gélida que debía hacer. Además, por la de veces que había visto la nariz de Anna tornándose roja, intuía que el frío le afectaba más que a otras personas.

La contempló mientras luchaba con la nieve, que le llegaba hasta las rodillas. Intentaba apartarla a patadas, pero las piernas se le quedaban atascadas y le costaba recobrar el equilibrio.

Tras un largo forcejeo, consiguió alcanzar los escalones de la entrada. Hizo una pausa, apoyada en el pasamanos de piedra de la escalera. Luego se frotó la nariz y debió percatarse del nivel de congelación que estaba alcanzando, porque en lugar de tratar de bajar

los escalones, dio media vuelta y desanduvo sus pasos, esta vez con menos esfuerzo, pues el hueco en la nieve ya estaba creado.

Tras aquello, no volvió a verla, así que supuso que se había rendido. Logan retornó la vista al horizonte, notando cómo sus ojos se liberaban un poco de la tensión de las pantallas. No se dio cuenta de que continuaba sonriendo hasta que Albert apareció tras la puerta.

Traía una bandeja con un café y unas galletas. Normalmente le llevaba un cruasán de la mañana. Sin embargo, eran el desayuno favorito de su nueva invitada, y esta acababa con ellos sin remordimientos.

—He visto a Anna fuera. ¿Intenta irse? —preguntó, tratando de parecer desinteresado.

—Creo que la casa se le queda pequeña.

Logan se quedó en silencio, pensando cómo era posible que una mansión pudiera resultarle insuficiente, salvo porque necesitase el aire fresco del exterior. O quizás encontrar alguna estimulación, más allá de habitaciones vacías.

Nunca había pensado en su hogar de ese modo, pero a ojos de un extraño, podría parecerlo.

Solo tenían invitados durante la Fiesta del Encendido, y la mansión estaba tan llena y decorada, que siempre escuchaba, y después leía en los periódicos, los elogios que la gente profesaba a la casa de sus padres.

Más allá de la fiesta, la mansión era un cascarón vacío. Sin vida. Esta se acabó hace años, cuando su madre falleció. Ni siquiera Mara había conseguido reavivarla cuando su padre la conoció.

Sacudió la cabeza levemente tratando de deshacerse de esos recuerdos y se concentró en algo que lo animaba un poco más, aunque desconocía el motivo.

—Búscale un par de botas a Anna. La nieve le llegaba por las rodillas. A lo mejor así consigue pasar de las escaleras —dijo antes de tomar un sorbo de su café y ahogar en él la pequeña risa que aquella escena le provocaba.

Albert asintió, prometiendo que lo haría y, tras organizar los documentos que Logan iba a necesitar para la segunda parte de su jornada, salió del despacho.

No tuvo más noticias de Anna en todo el día, por lo que supuso que no le estaba dando problemas a su mayordomo. Cada vez que hacía un movimiento inesperado, el viejo Albert aparecía para quejarse y suplicarle que solucionara el tema del desbloqueo del valle cuanto antes.

En parte lo decepcionó. Era su forma de saber de ella, y esa tarde había sido demasiado tranquila.

Estuvo tentado de levantarse y vigilar en la ventana a ver si la encontraba en un nuevo intento de huir a través de medio metro de nieve, pero el trabajo lo retuvo pegado a su silla hasta la hora de la cena.

En cuanto terminó con sus tareas se acercó al ventanal, a sabiendas de que no encontraría nada. El sol ya se retiraba, transformando los colores del exterior. La larga extensión de nieve blanca reflejaba el cielo, ahora de un dorado más oscuro.

Albert no tardó en aparecer, conociendo sus horarios.

Llevaba una bandeja de madera decorada casi tan ancha como la puerta, aunque consiguió cruzarla sin derramar nada de su contenido. Se acercó a la mesa de reuniones que tenía junto a la ventana y la puso frente a una de las sillas.

Destapó el primer plato y una columna de humo blanco ascendió en el aire sobre la crema de calabaza que contenía. En seguida le llegó el olor del jengibre y la nuez moscada.

—La señorita Anna está cenando hoy en el salón.

Logan se quedó paralizado en su sitio, con la servilleta a punto de cubrir su regazo.

Se giró hacia el mayordomo.

—¿A pesar de no estar yo? —preguntó confuso.

Lo cierto era que esperaba tener que volver a buscarla a su habitación para acompañarla en la cena.

—Eso parece, señor.

—¿No se está comportando de forma extraña?

Había pasado un día completo sin escabullirse de Albert, sin hacer preguntas incómodas y sin intentar verlo a toda costa.

—Puede que haberle dado la respuesta que buscaba haya acabado con su insistencia.

Logan pensó en ello. Había observado con detenimiento los ojos verdes de su invitada y no se los imaginaba perdiendo la curiosidad.

—¿No ha estado investigando por la casa?

La falta de reportes de Albert le daba la pista. Aun así, quería asegurarse.

—Solo mirando algunos cuadros y libros en distintas habitaciones. El resto del tiempo lo ha pasado en su dormitorio.

—Muy bien. Eso es bueno.

—Así es —coincidió el mayordomo.

Sin embargo, Logan no estaba tan convencido. Semejante comportamiento seguramente se debía al último intercambio que habían tenido, y una pequeña sombra se instaló en su pecho.

Su lógica le decía que era mejor así; que de aquel modo su familia y su trabajo quedarían más protegidos.

Por otro lado, le preocupaba que su conversación hubiera acabado con su interés. ¿Cómo se vería el verde de sus ojos sin él?



La mañana siguiente prometía una jornada como todas las anteriores. Montañas de trabajo, correos y llamadas ya lo esperaban, pero no estaba dispuesto a enfrentarse a ello sin su desayuno. Nunca lo estaba. Por eso, su primera parada siempre era la cocina.

Comenzaba a disfrutar del café recién hecho cuando la puerta detrás de él se abrió.

Para su sorpresa, no era Albert quien apareció en la habitación, sino su inesperada invitada.

Suponía que se sentaría de nuevo a su lado, como había hecho el día anterior, aguardando a su chocolate caliente y robándole todos los cruasanes. Ella, en cambio, parecía tener otros planes.

Tras un corto saludo educado, se preparó un vaso de leche que bebió casi de un trago y seleccionó dos de los cruasanes que había en el plato frente a Logan.

Después se dirigió a la puerta mientras le deseaba un buen día, con la intención de desaparecer de allí cuanto antes.

Él la retuvo llamándola. Al menos tenía que comprobar que sus ojos permanecían inalterados a pesar de haberse rendido con la historia. No soportaba la idea de que se volvieran grises, como los de todos en la casa.

Anna se giró, esperando a que hablara, pero no se acercó. Fue él quien lo hizo.

—¿Estás evitándome?

—Sí —dijo ella dando un paso atrás, manteniendo el espacio entre los dos.

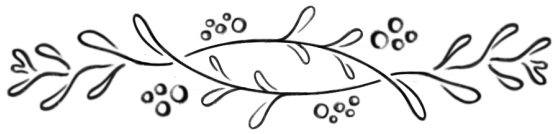
—¿Y puedo saber por qué?

Trató de estudiar sus ojos, si bien estos se escaparon de su mirada rápidamente.

—Creo que el motivo es obvio —respondió ella alcanzando el picaporte a su espalda—. Que tengas un buen día, señor Winters.

Aún estaba despidiéndose cuando abrió la puerta detrás de ella y se escabulló en un rápido movimiento, dejando a Logan de pie, contemplando la madera verde que acababa de cerrarse frente a él.

—Tú también —dijo en un susurro, sabiendo que aquella chica no escucharía sus buenos deseos.



Ese día no fue mucho mejor en el trabajo. Una cosa era pensar que Anna se comportaba de forma extraña por haber sido duro con ella, y otra que ella misma se lo reconociera mientras escapaba de su conversación.

Ni siquiera había tenido la oportunidad de disculparse, y la sombra que se había instalado sobre su cabeza parecía oscurecerse a medida que pasaban los minutos.

Cada hora de su trabajo tenía un único propósito: conseguir algo bueno para Winterswood. Y en cambio, no era capaz de lograrlo para su invitada. Esta había pasado de jugar a los periodistas a huir despavorida de él.

Después de levantarse varias veces a observar por la ventana sin encontrar la escena que buscaba, tecleó la dirección del *Winterswood Papers* en su ordenador.

Hizo un rápido barrido por las noticias buscando el nombre de Anna, pero no lo encontró por ningún lado. Ni siquiera en ediciones antiguas del periódico. Sin embargo, sabía que trabajaba allí. Albert la había investigado y habían mandado a la redacción el bolso que olvidó en la fiesta, sin que este fuera devuelto.

Cerró la web del periódico y tecleó su nombre en el buscador. Encontró varias noticias, todas en *La voz de Winterswood*, el periódico del instituto.

La primera en la que clicó contaba que Anna había ganado un premio a la Mejor Reportera Novel. En la foto aparecía una Anna varios años más joven. Su nariz se veía en su habitual tono rosa mientras enseñaba con vergüenza la placa plateada que llevaba en las manos. Su pelo estaba separado en dos trenzas, no solo una, como Logan acostumbraba a ver a diario; y alrededor de su cuello persistía su bufanda verde.

Era una versión adolescente de la Anna que él conocía.

La puerta de su despacho se abrió tras dos pequeños golpes que ignoró, y cerró rápidamente las pestañas abiertas.

Albert portaba la misma bandeja del día anterior, esta vez con distintos platos que fue colocando sobre la mesa.

El mayordomo no abrió la boca, así que finalmente Logan tuvo que preguntar por Anna. Al parecer, aquel día tampoco había dado problemas.

—¿Le llevaste las botas? —preguntó curioso. A pesar de haber estado media mañana asomado a la ventana, no había visto a su invitada luchando contra la nieve.

—Sí —respondió el mayordomo—. Por suerte, la señora Mara y ella comparten el mismo número y estuvo encantada de prestárselas.

—¿Sabes si sigue trabajando? ¿Está usando el ordenador? —preguntó más tarde, tratando de descifrar otra de las incógnitas que Anna despertaba en él.

¿Por qué no había noticias con su firma?

—Eso creo. Si lo desea, puede conectarse al ordenador y comprobarlo usted mismo. Le instalé un software de acceso remoto antes de dejarlo en su dormitorio, por si fuera necesario.

—No lo será, Albert —repuso molesto. Hacía tiempo que se había posicionado contra esas tácticas, a pesar de la insistencia de su mayordomo en que solo se trataba de ser precavidos. Pero no pensaba espiar a Anna. Si quería alguna respuesta, lo mejor sería preguntárselo directamente.

Después de comer, volvió a colocarse junto a la ventana, y fue a la misma hora del día anterior cuando Anna apareció en la entrada. Llevaba puestas las botas que Albert le había conseguido y parecía más decidida en su paso a través de la nieve.

El sol incidía en su pelo, creando reflejos dorados con cada uno de sus movimientos mientras su trenza bailaba a su alrededor, movida por el aire.

Debía hacer bastante viento, pues su bufanda también se ondeaba incesante.

La pequeña mano de Anna atrapó su extremo para darle una vuelta más alrededor de su cuello antes de proseguir con su tarea.

Llegó a las escaleras en menos tiempo que el día anterior y bajó varios de sus escalones liberando con esfuerzo sus piernas con cada peldaño que descendía.

Cuando llegó al último, perdió el apoyo del pasamanos y se precipitó contra la nieve.

Logan se hubiera preocupado si no fuera porque esta era lo suficientemente alta como para amortiguar la caída.

Anna se tumbó sobre ella, derrotada, y Logan supuso que su nariz no tardaría en cambiar de color. Un momento más tarde, la vio regresar a la casa.

Aquella noche, él esperaba la cena con especial deseo. Quería arreglar las cosas con Anna. No pretendía darle respuesta a sus preguntas ni ayudarla con su propósito de destruir el legado de su familia por el que con tanto esfuerzo trabajaba, pero al menos conseguiría solucionar la situación tensa entre ambos.

Además, quería saber qué se proponía con sus salidas.

Su decepción fue mayor cuando vio su plato preparado en el salón y ningún otro asiento dispuesto.

—¿Dónde está? —preguntó confuso al mayordomo, que esperaba firme junto a la mesa, sin necesidad de concretar de quién hablaba.

—La señorita me pidió cenar esta noche en su dormitorio. Dijo que estaba cansada —le explicó.

Quizás hubiera perdido su curiosidad. Su capacidad de mentir, en cambio, seguía intacta, porque Logan sabía que tan solo buscaba evitarlo.

No quiso preguntar más, por lo que, finalmente, se sentó en su asiento y se concentró en silencio en su plato. Se dijo que era mejor así, pues nada le aseguraba que no volviese a discutir con ella, haciéndola sentir aún peor o dándole más pistas de los secretos que trataba de esconder.

Sin embargo, no dejaba de rondarle la cabeza la idea de acercarse a su dormitorio y hablar con ella.

Después de una cena completa en silencio, la intriga no le había dado tregua, y al fin preguntó a Albert por el día de su invitada, o si había descubierto qué pretendía hacer en el jardín, lo que continuaba siendo una incógnita para él.

—Por extraño que parezca, está muy callada. No hace preguntas ni me cuenta sus planes. A lo mejor deberíamos mandar a Mara a que lo averigüe —le propuso.

—No quiero meterla en esto. Además, Anna es inofensiva.

—Nunca diría eso de una periodista —repuso Albert recogiendo su plato sin comentar nada más.

El camino de vuelta a su dormitorio fue más largo que de costumbre. Quiso pasar por el pasillo en el que se hospedaba Anna.

Cuando llegó a él, parecía tan tranquilo como el resto de la casa. Miró la hora en su reloj, diciéndose que todavía era pronto para que estuviera durmiendo.

Se acercó a su puerta con la esperanza de poder disculparse con ella, cuando escuchó su voz. Se quedó paralizado por un instante, para poco después descubrir que no era a él a quien se dirigía.

—Tranquila tía, me están cuidando muy bien, de verdad. Albert, el mayordomo, cocina platos más grandes que los tuyos. Cuando salga de aquí pesaré cuatro kilos más, por lo menos.

Logan sonrió ante ese comentario que coincidía con su opinión respecto a los platos del anciano. Entonces, la voz de Anna continuó hablando desde el otro lado de la pared.

—No, no lo veo mucho. Está muy ocupado.

Aquella vez se refería a él, y notó su corazón dando un salto inesperado.

Debería irse de allí, pero, al parecer, Anna no era la única curiosa bajo su techo. Sus pies no se movieron del sitio y sus oídos se habían puesto alerta.

—No pasa nada. Encontraré cualquier trabajo en Winterswood hasta que tenga una nueva oportunidad.

Logan frunció el ceño ante esa confesión. Todo el mundo en Winterswood sabía que el precio de un puesto o un ascenso en el periódico de referencia era una buena historia. Era el motivo por el que Anna estaba allí. Aun así, le molestó escuchar que sin esa historia no tendría cabida en el periódico.

No tuvo tiempo de seguir pensando en ello cuando su invitada volvió a hablar.

—Sabes que rendirme no es lo mío, pero no estoy consiguiendo nada, tía. Y una retirada a tiempo es una victoria, ¿no? —Un intento de risa apenada siguió a sus palabras—. No sé, supongo que será esta casa triste o la falta de adornos navideños. Puede que la distancia… —Su voz se había ido apagando a medida que enumeraba los distintos motivos por los que estaba perdiendo su determinación.

—De todas formas, la historia de las extravagancias de los Winters no daba para mucho. Es más bien una persona aburrida y malhumorada. Nadie querría leer eso.

Después se mantuvo en silencio, escuchando a la persona que estaba al otro lado del teléfono.

Logan no pudo evitar el impacto que tuvo en él escuchar sus últimas palabras. «Una persona aburrida y malhumorada». No había duda de que se había ganado esa descripción, y algo en su pecho le pedía hacerla cambiar de opinión.

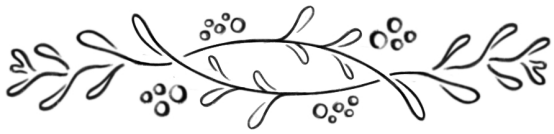
Entonces, una risa liviana llegó hasta sus oídos y se dio cuenta de lo mucho que había añorado ese sonido ligero y familiar en los últimos

días. Solo lo había escuchado en una ocasión, y le había bastado para convertirlo en uno de sus favoritos.

—Sí, pienso tacharlo de la lista. Me han dejado unas botas y he hecho acopio de calcetines. Mañana lo conseguiré.

Logan no quiso cotillear más, así que forzó a sus pies a moverse, a pesar de no haber hablado con ella, como había sido su plan inicial. Se quedó con el recuerdo de su risa y algo en él que lo retaba a conseguir que ese sonido se reprodujera de nuevo.

Sabía que en aquella casa era difícil, pero estaba dispuesto a intentarlo.



La mañana siguiente comenzó como cualquier otra. Albert, a modo de despertador, entró en su dormitorio para abrir las cortinas. El sol todavía no había despuntado, aunque llegaba un poco de luz.

Comenzó a relatarle la lista de tareas que tenía para el día y las reuniones telefónicas a las que tendría que asistir.

Normalmente, para cuando terminaba ya estaba en pie, en dirección al baño. Esa mañana, en cambio, seguía tumbado.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Albert al ver aquella imagen fuera de lo común.

Logan no estaba seguro de la respuesta. No se encontraba mal físicamente. Sin embargo, escuchar los infinitos compromisos de la jornada se le había hecho más cuesta arriba que en ninguna otra ocasión. Incluso siendo esa semana más fácil que otras.

En su cabeza empezaba a bailar una idea distinta que no lo había dejado tranquilo desde la noche anterior.

Decidido a llevarla a cabo, le pidió a Albert que preparara el desayuno mientras él se adecentaba para bajar a la cocina.

Unos minutos más tarde, estaba frente a su café y su ordenador, pero no dejaba de ojear la puerta.

Había conseguido deshacerse de Albert con distintas ocupaciones, si bien no sabía por cuánto tiempo. Únicamente esperaba que Anna fuera igual de madrugadora que el día anterior para poder así tener un rato con ella.

En esa ocasión, no la dejaría escapar.

Después de más de veinte minutos solo en la cocina, en los que su café se quedó frío, la puerta se abrió y una trenza tan rubia como larga apareció tras ella.

Lo saludó casi en un susurro, como si intentara no molestarlo, sin saber que él la estaba esperando.

Aquella mañana, Anna había escogido un jersey en color tierra que hacía parecer su cabello más rubio y brillante. Alrededor de su cuello estaba su siempre presente bufanda, del mismo tono que sus ojos.

Logan solo podía saberlo por lo bien que los recordaba, ya que su mirada estaba dirigida a los cruasanes que, esta vez, permanecían en una cesta.

Antes de que pudiera alcanzarlos, Logan la movió, impidiendo a Anna acceder a ellos y dibujando en su rostro la confusión por su gesto.

—Anna, ¿tienes planes para hoy? —le preguntó, incapaz de esconder la sonrisa que curvaba sus labios.

Su invitada se quedó mirándolo por un momento. Por cómo lo hacía, parecía creer que se había vuelto loco, y quizás no iba tan desencaminada. Después, se encogió de hombros y Logan se alegró de encontrar esa curiosidad tan suya brillando todavía en aquellos ojos verdes.

—Quiero enseñarte algo.



11
EL PASEO

Anna se quedó observando al señor Winters sin saber muy bien cómo reaccionar. De pronto, se mostraba de buen humor y casi parecía que pretendía pasar tiempo con ella. Justo cuando se había prometido no cruzarse con él más de lo estrictamente necesario.

Pero, aparte de huir de él, no tenía nada mejor que hacer. Había terminado su trabajo pronto, no tenía historia ni posibilidad de conseguirla y sus intentos de salir al exterior no estaban dando sus frutos.

Así que accedió a lo que fuera que tuviera planeado. Cuando se mostraba amable, con su perfecta sonrisa, le costaba un poco más negarse.

—Vale —aceptó con un leve encogimiento de hombros.

Al mismo tiempo, una pequeña risa retumbó en el pecho del señor Winters, que en seguida comenzó a moverse.

Lo primero que hizo fue guardar en una cesta el desayuno que había sobre la encimera de la isla. Luego desapareció tras la despensa y salió unos segundos más tarde con una bolsa de arpillera.

Anna intentó echar un vistazo a lo que había dentro, pero no pudo ver nada y prefirió guardarse sus preguntas para sí misma, sabiendo lo que provocaban en el irascible hombre que caminaba a su lado.

Se movieron por distintos corredores y bajaron varios tramos de escalera hasta un pequeño recibidor que daba al exterior. La estancia era pequeña, con una pared llena de ventanas desde donde se veía la

blanca nieve del jardín, y bajo ellas una encimera que abarcaba todo el largo de la habitación. Al otro lado se disponían una hilera de armarios y un banco.

El señor Winters, tan feliz como cuando había aceptado la invitación, dejó la cesta y el saco sobre la encimera y buscó en uno de los armarios mientras Anna esperaba en silencio.

—Creo que compartes número con Mara, ¿verdad? —le dijo, saliendo de detrás de la puerta de un armario y tendiéndole unas botas altas.

—Ya tengo botas —respondió ella, alzando mínimamente uno de sus pies para que lo viera. Se las había puesto con la esperanza de avanzar algo más en sus incursiones al exterior.

—Estas son más altas —insistió él, esperando a que las cogiera.

Cuando lo hizo, regresó al armario para coger otro par y, sentándose en el largo banco que había entre los armarios, comenzó a calzarse.

Fue entonces cuando Anna se dio cuenta de que el señor Winters no iba vestido con uno de sus habituales trajes. Supuso que el shock de verlo así de animado había nublado todo lo demás, pero su atuendo era tan extraño como su humor.

Llevaba unos pantalones ajustados y una chaqueta más bien deportiva. De cualquier modo, el aura de elegancia no se desprendía de él. Continuaba pareciendo la imagen de una marca de ropa demasiado cara.

Cuando se hubo calzado, Anna todavía permanecía de pie, observando cada uno de sus movimientos. Se puso en marcha rápidamente para no hacerlo esperar más, y se cambió de botas.

Una vez lista, el señor Winters la esperaba con un abrigo largo en las manos, similar al que él llevaba puesto.

—¿A dónde vamos? —preguntó cuando no pudo más con su intriga, mientras se ponía la prenda sobre su ropa, ayudada por el señor Winters.

Él sonrió al acomodarle la bufanda verde por encima del abrigo y sacar después su trenza de debajo, dejándola con delicadeza sobre su hombro.

La miró a los ojos, y fue entonces cuando Anna notó lo cerca que estaban. Por un instante tuvo la sensación de que el aire se detenía entre ambos, como si el tiempo se ralentizara antes de seguir su curso.

—Ahora lo verás —dijo él, picando un poco más su curiosidad.

Sin darle ninguna otra pista se giró, tomó la cesta y la bolsa de arpillera y se dirigió al exterior.

Una vez fuera, Anna se cerró el abrigo con rapidez, aunque lamentó no haberlo hecho antes de salir. La pequeña ráfaga que había alcanzado su cuerpo empezaba a provocarle un pequeño escalofrío.

—¿Qué tal la temperatura?

—Bien —mintió ella. Podría aguantar un poco más si así descubría lo que iba a enseñarle.

Comenzaron el camino. Él iba delante, apartando toda la nieve que podía, y Anna lo agradecía en silencio, pues seguía demasiado alta para ella.

Se alegró de haberse cambiado las botas; las que llevaba en ese momento le cubrían hasta la rodilla. Aun así, podía notar el frío intentando traspasar la piel de su nuevo calzado.

Tras rodear la casa, llegaron a un paseo flanqueado por altos árboles.

Anna se olvidó de la nieve bajo sus pies para centrarse en la imagen que tenía enfrente. Parecía la entrada a un mundo mágico de Navidad: los árboles cubrían el ancho paseo que recorrían, uniendo sus ramas sobre sus cabezas.

Aquel recorrido sería maravilloso en verano, con los árboles protegiéndolos, pero, en ese instante, hubiera preferido que no impidieran al sol entregarles algo de calor.

—¿Todo bien? —preguntó el señor Winters después de un rato.

Anna se había quedado rezagada luchando contra la nieve que entorpecía su camino. No tenía las piernas tan largas como su acompañante y, si no estaba totalmente concentrada, terminaba hundiéndose más de la cuenta.

—Sí, claro —mintió una vez más. No pensaba volver a la casa sin saber qué emocionaba tanto al señor Winters—. ¿Vamos allí? ¿Qué es? —quiso saber cuando divisó un edificio al final del blanco camino.

—Eres muy impaciente —fue todo lo que recibió como respuesta.

—Solo quiero asegurarme de que no es un patio de torturas o algo así —bromeó.

—Dejó de serlo en 1950 —respondió él con seriedad, haciendo que la cara de Anna se desencajara. Fue su risa un instante después

lo que la sacó del bloqueo—. Estoy de broma.

—Vale, ahora sí que estoy preocupada —se rio ella levemente. Luego, retomó su lucha contra la nieve, agotada. Cada paso suponía desenterrar sus pies casi por completo, y el edificio aún le resultaba demasiado lejano—. De todas formas, no sé si voy a poder llegar. No tengo las piernas tan largas como tú —gruñó, liberando sus botas por enésima vez.

El señor Winters se volvió hacia ella echando un vistazo a sus piernas enterradas. Ella trató de mitigar la vergüenza de sentirse observada, sabiendo que su nariz se habría encendido a esas alturas.

—Tendríamos que haber buscado unas botas más altas —se lamentó él, aunque Anna no estaba muy segura de que aquello cambiara mucho las cosas. Su pequeña estatura y el volumen que había alcanzado la nieve era lo que la retenía—. ¿Me permites? —preguntó él, dando un paso hacia ella.

Anna quiso retroceder, pero la nieve acumulada a su alrededor se lo impidió, y el señor Winters se acercaba a su posición sin perder el contacto visual, por lo que solo pudo quedarse inmóvil. Después, se agachó frente a ella rodeando sus rodillas con un brazo justo antes de alzarla en el aire.

Anna ahogó un grito por la sorpresa de verse en brazos del señor Winters, tan cerca de él que sus caras casi chocaban.

—Será un momento, y prometo no torturarte luego—dijo animado, acomodando a Anna en su agarre.

Ella le rodeó el cuello con los brazos ante el miedo a caerse, con su corazón palpitando enloquecido en su pecho. Desde donde estaba, le llegaba un suave olor a lavanda que había empezado a identificar con él.

Evitó poner los dedos sobre su cuello antes de que se quejase de su baja temperatura, pero se dio cuenta de que, por una vez, no los notaba helados. Un calor tan sofocante como el fuego de su chimenea se había instaurado en ella, derritiendo todo el frío que un segundo antes la congelaba.

—¿Quieres aprovechar para hacerme alguna pregunta?

La voz del señor Winters se había convertido en algo parecido a un susurro grave y embriagador, como la calidez que recorría su cuerpo.

Anna negó, inquieta. Primero, porque se había prometido dejar de incordiarlo con preguntas que lo ponían de mal humor. Segundo,

porque estaba tan nerviosa que dudaba que ninguna palabra consiguiera cruzar su garganta sin dejarla en ridículo.

Así que, simplemente, movió la cabeza, con la esperanza de no tener que explicarse más.

—Anna —la llamó, haciendo que tuviera que alzar la vista hasta encontrarse con sus ojos. Estaban fijos en los suyos, inmovilizándola como solía hacer cuando la miraba intensamente. Necesitaba escapar de ellos. Pero al intentarlo, se encontró con la imagen de sus labios, creando en su cuerpo un cosquilleo nervioso que lo cubría por completo. No debería estar mirando su boca, y menos cuando estaban tan cerca. Sin embargo, si él se dio cuenta, no dio ninguna señal.

Anna se concentró en el camino que seguían recorriendo, en esa ocasión a mayor velocidad, pues él no tenía problema en transitar a través de la nieve.

—Siento lo que dije el otro día. Fui demasiado duro.

La voz del señor Winters parecía derretirse bajo su piel.

Sus dedos se movieron alrededor de su cuello, escondidos tras su oscuro pelo, ocultando la sorpresa que aquellas palabras producían en ella.

—No tiene importancia. —Se mostró tan serena como pudo.

—No coincido en eso —le discutió él—. No fui justo contigo y quiero que sepas que lo siento. Realmente, no pienso lo que dije.

Anna lo miró por un segundo, evitando a toda costa que sus ojos descendieran de nuevo a su boca, y después se centró una vez más en el camino que recorrían.

—En serio, no pasa nada.

No estaba segura de lo que decía. Ni siquiera sabía si lo que escuchaba era real o no, pero sus nervios únicamente le pedían terminar con la conversación. Tan cerca, podía sentir el cálido aliento del señor Winters sobre su mejilla.

—Muy bien —aceptó él finalmente—. Ya casi estamos.

Anna se sorprendió al ver que así era. Estaban alcanzando el enorme edificio que unos minutos atrás le había parecido tan lejano.

Cuando llegaron junto a la puerta, el señor Winters dejó que bajara de sus brazos y se subiera sobre un bloque de heno. Sin decir nada más, y mientras Anna se recuperaba de su agitación, él se hizo con una pala que había junto a la puerta y comenzó a quitar la nieve de la entrada.

Unos minutos más tarde, fue capaz de abrir la enorme puerta.

Su sonrisa volvió al hacerlo, y Anna recobró la curiosidad bajándose del heno para pisar el suelo firme, ayudada por la mano del señor Winters.

Se quedó boquiabierta al entrar en aquel lugar. El calor la envolvió rápidamente. La temperatura no era tan alta como en la mansión, pero se estaba mejor que en el exterior. Y sobre todo, sus pies estaban libres de nieve, por lo que se podía mover cómodamente

—No he podido venir a verlos desde que empezó la tormenta —dijo el señor Winters, avanzando más rápido que ella por el pasillo que se abría a su izquierda.

Anna comprendió a qué se refería en cuanto lo siguió unos pasos más. Tres cabezas de caballos asomaban por las puertas que daban al espacio donde estaban.

Él ya acariciaba sus hocicos y los animales lo saludaban con el mismo afecto.

—¿Han estado solos todo este tiempo? —preguntó, acercándose con cautela y quedándose detrás de él.

—Les puse heno y paja extra antes de la tormenta.

Se quedó observando el mimo con el que el señor Winters saludaba a los animales por turnos. Estos, por su lado, se alegraban de reencontrarse con su dueño, moviéndose hacia él y disfrutando de su mano recorriéndoles la piel.

—¿Los cuidas tú?

—Siempre que puedo —respondió él antes de dejar el caballo negro al que acariciaba para acercarse a uno grisáceo que relinchaba nervioso—. Hola, pequeño —lo saludó, y por un momento parecía que se había olvidado de Anna. Le susurraba cosas al animal que ella no lograba escuchar y, poco a poco, este fue relajándose.

Anna se acercó un poco más, manteniendo aun así la distancia con la bestia.

—¿Cómo se llama?

—Este es Ventisca. Es el más joven y rápido de todos —le explicó sacando una manzana de la bolsa de arpillera—, y un poco loco también.

—¿Puedo? —preguntó, queriendo acariciarlo.

—Claro. Dásela tú. —Le pasó la fruta, que ella cogió al vuelo, y se apartó para que se acercase. Ella lo hizo lentamente, hasta que los enormes dientes del caballo se hicieron con la pieza en su mano.

Mientras la masticaba ruidosamente, Anna le pasó la mano por el morro. Le preocupaba que sus dedos fríos inquietasen al animal. En cambio, se mantuvo sereno al tiempo que degustaba su regalo.

—Este es Onyx —siguió explicando el señor Winters, acariciando al caballo de color negro—. Es el que suelo montar. ¿Verdad, campeón? Y esa de ahí —señaló con la cabeza a la yegua que tenía Anna a sus espaldas—, es Reina. Fue un regalo de mi padre a Mara. Tiene un poco de mal genio, pero es muy leal.

Anna no dijo nada mientras veía cómo se movía alrededor de los tres animales, saludándolos, acariciándolos, bromeando con ellos. Aquella persona era muy distinta al señor Winters que había conocido en la vieja mansión.

—¿Qué? —quiso saber él cuando se topó con su mirada.

—Nada. Es que no estoy acostumbrada a verte así. Parece que este sitio te hace feliz.

Algo en sus palabras provocó que el ceño del señor Winters reapareciera, aunque Anna no tenía claro el qué. Por si acaso, decidió mantenerse en silencio, molesta por haber perturbado su buen humor.

—¿Quieres montar? —le ofreció él de pronto.

—¿De verdad? —Anna alzó la mirada y lo encontró sonriendo, si bien trataba de ocultarlo concentrado en el pelaje de Reina.

—Necesitan desfogar un poco.

Sin esperar otra respuesta más que la emoción de Anna, se acercó a Onyx y comenzó a prepararlo. Le quitó las mantas que tenía sobre el lomo y lo cepilló rápidamente para despojarlo de los restos de paja que tenía por el cuerpo. Luego, volvió a colocar las mantas y, encima de estas, la silla.

—Tú llevarás a Onyx. Es el más tranquilo de los tres.

Anna se mantuvo a la espera mientras terminaba de colocarle las riendas, revisando cada hebilla para que estuviera lo suficientemente firme, e igualmente cómoda para el caballo. Iba susurrando palabras de calma al animal al hacerlo.

Una vez listo, ayudó a Anna a subirse, pero la cosa no terminó bien. Apenas pudo alcanzar el estribo, incapaz de impulsarse para montar en la silla.

—¿Seguro que sabes, Anna?

—La verdad es que no —confesó avergonzada.

Sin embargo, lejos de echarle una de sus habituales reprimendas, el señor Winters se rio.

—¿Y esperabas que te dejara subir sin tener ni idea? Eres más temeraria de lo que creía. Espera aquí —le pidió después, quitando la montura y recolocando las mantas.

Se acercó a un lateral del establo en busca de una caja que puso en el suelo, junto al animal.

—Ven —le indicó, alargando su mano para que ella la tomara. La ayudó a alzarse sobre el improvisado escalón y desde ahí, fue capaz de subirse al caballo.

Los nervios la recorrieron como una corriente eléctrica que no la abandonaba. Estaba demasiado alta, sin nada a lo que sujetarse salvo la mano del señor Winters que todavía permanecía alrededor de la suya.

Él se dio cuenta de su estado y pareció contener una pequeña carcajada, aunque no su sonrisa.

—Pensaba que no ibas a dejarme subir sin tener ni idea —dijo ella, haciendo un esfuerzo porque su voz sonara estable.

Antes de conseguir una respuesta, él se subió a la caja que había usado de escalón, y de un salto montó sobre el caballo.

—Yo estaré contigo —le prometió a sus espaldas.

De pronto, Anna se notó mucho más tensa, y no tenía que ver con encontrarse sobre un animal que desconocía, sino por la persona que estaba detrás de ella, tan pegada, que podía sentir el calor emanando de él.

Los brazos del señor Winters se movieron a su alrededor mientras presionaba su pecho contra la espalda de Anna para alcanzar las riendas. Después posó sus manos sobre las de ella, dirigiéndolas con lentitud hasta la crin del caballo para que se sujetara. Sus piernas estaban colocadas detrás de las suyas, sosteniendo sus muslos.

Anna era demasiado consciente de su cuerpo, de cada centímetro que rozaba el suyo.

—¿Estás bien? —escuchó la grave voz detrás de ella algo lejana, oculta tras el bombeo de su corazón directo en sus oídos.

—Sí, todo bien —mintió tomando aire de forma apresurada.

—Entonces, vamos.

Golpeó con su pie el costado del animal al decirlo, haciendo que este se pusiera en marcha sin demora. Ante el repentino movimiento,

Anna soltó un grito ahogado, encogiéndose en su sitio y echando la espalda hacia atrás en busca del cobijo del señor Winters.

Él colocó su mano alrededor de su cintura, y Anna la sostuvo al instante, como si fuera lo único que pudiera darle estabilidad mientras el caballo se movía y ellos se balanceaban.

—Tranquila, no voy a dejarte caer —susurró en su oído, calmándola, como había hecho unos minutos antes con sus animales. Anna asintió levemente, temerosa de que un movimiento brusco la hiciera caer—. Iremos despacio.

Salieron del establo con paso lento y, poco a poco, se fue haciendo al vaivén continuo. Aun así, se alegró de que la mano del señor Winters permaneciera alrededor de ella.

El calor de su cuerpo traspasaba el largo abrigo que le había ofrecido antes de salir al exterior, y apenas reparó en la gélida temperatura que hacía.

Frente a ellos se abría un campo inmenso cubierto de nieve que lo convertía en un paraíso mágico.

No estaba segura de si tenían algún destino en concreto o si solo iban a dejar que el caballo se moviera, como había sugerido al inicio.

—¿Qué tal vas? —preguntó detrás de ella, haciendo que su voz le erizara los pelos de la nuca.

—Bien —dijo y, para su sorpresa, era cierto. Había logrado erguirse un poco, dominando el miedo, aunque sin querer separarse demasiado del señor Winters y de la calidez que desprendía su cercanía.

—¿Te atreves con un poco de trote?

Tras pensarlo durante un momento, Anna accedió, sabiendo que su corazón se volvería aún más loco en unos segundos.

Entonces, la risa suave del señor Winters la alcanzó, provocando que en su interior comenzase esa carrera que esperaba.

—Toda una temeraria —lo escuchó susurrar después, y no estaba segura de si quería que ella lo escuchase o no. Como fuera, no esperó ninguna respuesta y, agarrando con las dos manos las riendas, dio otro pequeño golpe al caballo en el costado, esta vez con su rodilla, al tiempo que parecía arrimar su cuerpo al de Anna en un impulso.

El animal entendió la orden y cambió su paso por un trote lento. Aunque no lo suficiente como para que Anna se sintiera segura sobre él, especialmente sin el brazo del señor Winters a su alrededor.

Con cada movimiento del animal, su cuerpo rebotaba torpemente, lejos de la elegancia con la que él se mantenía sobre el caballo.

Después de un tiempo, sin embargo, consiguió hacerse con el ritmo, guiada por el del jinete a sus espaldas.

Siguieron cruzando el campo, directos hacia la hilera de cipreses que lo delimitaba a lo lejos.

—Lo estás haciendo muy bien —la animó. Luego, sin previo aviso, colocó su mano alrededor de su cintura, esta vez apretándola un poco más—. No te asustes —susurró a su lado, pero sus palabras tuvieron el efecto contrario en Anna: su corazón se desbocó, confundido entre el vértigo y la sensación de tenerlo tan cerca.

El cuerpo del señor Winters se aproximó un poco más al de ella, y con un movimiento de su rodilla, el caballo se lanzó al galope, robándole el poco aire que quedaba en sus pulmones.

Únicamente era capaz de escuchar su respiración entrecortada, casi tan agitada como la del animal bajo sus piernas. Los pasos de este, en cambio, quedaban amortiguados con la nieve.

Llegaron con rapidez hasta los árboles que un momento antes le parecían lejanos.

A solo unos metros, el señor Winters tiró de las riendas ralentizando el ritmo del caballo y, más tarde, lo detuvo bajo uno de los cipreses. Se agachó levemente para dar unas palmaditas al animal, felicitándolo por su carrera.

Luego se bajó mientras Anna aún luchaba por tranquilizarse.

—¿Qué tal? —le preguntó extendiendo sus brazos hacia ella para ayudarla a bajar.

Mirando sus brazos, no tenía muy claro cómo hacerlo. Pasó la pierna por encima del caballo y se dejó caer, esperando que él la sostuviera antes de chocar contra la nieve.

No se había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que al abrirlos, se encontró con su rostro demasiado cerca, lo que no la ayudó con su intento de serenarse. ¿Por qué le afectaba tanto su proximidad?

—Genial —respondió, con la adrenalina todavía corriendo por sus venas.

El señor Winters rio suavemente mientras colocaba su trenza de nuevo sobre su hombro.

—Creo que Onyx está de acuerdo —dijo. Después frunció el ceño, como si recordara que no debía ser amable, y se centró en el bosque de cipreses que tenían delante—. Vamos por aquí.

Caminaron en un silencio solo interrumpido por sus pasos y los del caballo. Onyx relinchaba de vez en cuando, y el señor Winters le susurraba algo como si fueran cómplices.

La nieve no era tan alta allí, dado que mucha se había quedado en las ramas de los árboles, y Anna podía moverse con mayor facilidad. Al menos en aquella ocasión el señor Winters no tendría que llevarla en brazos.

Ante el recuerdo, su corazón se puso a latir con premura, dispuesto a llevar toda la sangre posible a sus mejillas.

Habían recorrido varios metros cuando el bosque se terminó, y una explanada se abrió frente a ellos junto al final del camino, con una caída de varios cientos de metros que Anna no quiso comprobar. El viento soplaba más fuerte allí, sin árboles que lo frenaran. Y a lo lejos, se alzaba el pueblo de Winterswood.

Desde donde estaban, podía verse el valle y toda la nieve derrumbada que lo había bloqueado.

Se quedó contemplando las vistas, tratando de ajustar sus ojos a la lejanía del paisaje.

Al mismo tiempo, parecía que sus pulmones se hinchaban ante tanto espacio frente a ella.

Cuando se volvió hacia el señor Winters, lo encontró apartando con el pie la nieve que había sobre una gran roca y colocando sobre ella una de las mantas del caballo y la cesta con el desayuno que había cogido al inicio de su excursión.

Ayudó a Anna a subir a la roca para tomar asiento en su picnic improvisado. Allí, el aire era más calmado, con los árboles a su derecha sirviéndolos de cobijo.

En cuanto dio el primer bocado a su cruasán, notó cómo regresaba a su cuerpo todo el hambre que los últimos acontecimientos le habían hecho olvidar.

—Siento que te hayas visto encerrada aquí —lamentó el señor Winters, después de un rato en el que ambos disfrutaron de su desayuno. Evitó sus ojos hasta que siguió hablando, dedicándole entonces un gesto de disculpa—. No te lo he puesto muy fácil.

Anna desvió su mirada sintiendo el peso de su conversación, como si la presión del aire sobre ellos se hubiera intensificado.

—Esto no está tan mal. Onyx es bastante majo —bromeó para quitarle hierro al asunto y, así mismo, dejando entrever que, en cambio, él no lo había sido tanto. Por supuesto, a su anfitrión no se le pasó por alto aquel apunte, aunque su humor parecía imperturbable esa mañana, para satisfacción de Anna.

—Sí. Tiene pinta de tío duro, pero es noble.

—¿Montas mucho? —quiso saber ella, arrepintiéndose un segundo más tarde de haber hecho la pregunta. En cuanto se interesaba por algo referente a él, el señor Winters se cerraba y su mal humor empezaba a hacer acto de presencia. Sin embargo, en esa ocasión no era así. Estaba claro que los animales lo amansaban.

—Siempre que puedo —respondió—. ¿Y tú? —preguntó él, haciendo que Anna se olvidase de su cruasán para mirarlo confusa. Había quedado claro que no tenía ni idea de caballos—. ¿Qué sueles hacer en tu tiempo libre? —puntualizó ante la cara de confusión que puso.

—Bueno, no tengo mucho de eso. Trabajo todo lo que puedo.

—¿Echas tantas horas en el periódico?

—No, allí solo soy una becaria. El sueldo no es muy alto, así que busco trabajos temporales que me den un poco más para ayudar a mi tía con las facturas.

No sabía qué había dicho para que el ceño del señor Winters apareciera de nuevo, por lo que evitó seguir con la conversación o hacer más preguntas. Lo último que necesitaba era que la abandonase en aquel paraje, por bonito que fuera.

—Este sitio es precioso —dijo en su lugar, esperando hacerle olvidar lo que fuera que lo perturbaba, y consiguiéndolo.

—Sí —respondió él—. Podemos quedarnos todo lo que quieras —le ofreció.

—¿No tienes que trabajar hoy?

—Me he tomado la mañana libre.

Anna tuvo que obligarse a cerrar la boca, que se le había quedado abierta ante aquella afirmación. En unos días había conocido al señor Winters lo suficiente como para saber que no era de los que se tomaban tiempo libre. En cambio, había decidido pasar la mañana con ella, a pesar de lo irritante que le resultaba, dejando a un lado su trabajo.

—Gracias —terminó diciendo, intentando de sofocar el rubor de sus mejillas, aunque el aire helado no se lo permitía.

—¿Lo echas de menos? —preguntó el señor Winters después, con la mirada puesta en Winterswood, a lo lejos. Se lo veía realmente relajado. Tal vez fuera por la ropa que llevaba, más informal, o porque estaban sentados en el suelo, pero había algo distinto en él. A Anna le costaba contenerse y no quedarse mirándolo fijamente, tratando de descubrir qué es lo que había cambiado.

Cuando los ojos marrones de su acompañante se dirigieron hacia ella, esperando su respuesta, asintió nerviosa. Necesitaba concentrarse.

—No tardarán en despejar el valle y podrás volver —le prometió él.

Ella retuvo sus palabras, recordando lo que Albert había comentado sobre pedir prioridad para el desbloqueo del valle y así librarse de ella. ¿Lo habría hecho?

Pensar en irse, en ese momento, no le resultaba una idea tan interesante como lo había sido unos días atrás.

Se aclaró la garganta cuando se percató de las tonterías que empezaba a pensar y sacó el teléfono para hacer una foto del paisaje que tenían frente a ellos.

—Deberías cobrar por estas vistas —le sugirió.

—Podemos venir siempre que quieras, Anna.

Ella se rio.

—Puede que quiera cada día.

Cuando terminaron de desayunar, pusieron rumbo de vuelta al establo.

Anna agradeció el volver a subirse sobre el caballo. No porque se hubiera acostumbrado a su vaivén constante, sino porque el cuerpo del señor Winters la envolvía en una calidez que había ido perdiendo sobre la roca en la que habían desayunado.

Sus dedos rodearon la crin del animal mientras se movían y, por primera vez, ningún dolor los acompañaba. Sus mejillas continuaban encendidas, pero al tocarlas, no era frío lo que emanaba de ellas, sino un suave ardor que se extendía también por todo su cuerpo.

Se dijo que debía aprovechar esos últimos momentos sobre Onyx, temiendo que todo terminase al regresar a la mansión. No solo el calor, sino la cercanía que sentía con el jinete a sus espaldas. Una cercanía a la que podría acostumbrarse, se sorprendió de admitir.

El silencio que se había instaurado entre ellos a su vuelta era diferente.

Incluso sin que ninguna palabra cruzase sus labios, aquel silencio sonaba distinto.



12
LA LISTA

Después de su primera salida con el caballo, Anna no podía evitar mirar al señor Winters de otra forma. Lejos de aquella casa sombría y lúgubre, había un señor Winters muy distinto al que había creído conocer.

Por lo general, se sentía más relajada cerca de él, excepto cuando la cercanía era demasiado estrecha, como al llevarla en brazos hasta los establos aligerando de ese modo su lucha contra la nieve.

Esperaba que, tras varios paseos, esta mantuviera el paso que abrían hasta el edificio, pero durante la noche recuperaba su espacio perdido y de nuevo tenían que despejar el camino blanco.

Repetían la misma rutina cada día antes de comer, y tras el segundo intento de llegar por sí misma a pie, se resignó a que el señor Winters la llevara.

—¿Lista? —preguntó él, con su ya habitual sonrisa dibujada en la cara.

Anna asintió, incapaz de responder a su buen humor debido a los nervios que le producía el suave olor a lavanda que la embriagaba cuando estaban tan cerca.

Siempre hacían ese camino en silencio. Ella trataba de concentrarse en cualquier cosa que no fuera el hombre que rodeaba con sus brazos, o los nervios que llegaban hasta sus dedos cuando hacían el trayecto. Por lo general, no tenía mucho éxito.

—¿Quieres probar con otra pregunta? Hace tiempo que no intentas sonsacarme nada —le dijo el señor Winters, con el buen ánimo tiñendo sus palabras.

Ella se apresuró a negar con la cabeza. Apenas podía mirarlo desde donde estaba sin que sus narices llegaran a chocarse, y no quería

comprobar si la del señor Winters estaba igual de fría que la suya.

—¿Puedo hacerte yo una? —la sorprendió entonces.

No pudo contenerse y se giró hacia él, sintiendo su cálido aliento sobre su rostro.

Se fijó en que no parecía afectarle el llevarla en brazos o luchar contra la nieve en el camino. Recordó en ese momento el cuerpo del señor Winters que había intuido bajo su camisa el día que encendió la chimenea de su dormitorio. No le sorprendía que no le supusiera ningún esfuerzo.

Se reprendió por recrearse en aquella imagen cuando aún estaba en sus brazos, tratando de mitigar el súbito calor que ascendía hasta sus mejillas.

Al no decir nada, él lo tomó como un permiso concedido para proceder con su pregunta.

—¿Cuál es la historia de esta bufanda? Siempre la llevas puesta, y Albert me aseguró que te dejó otras opciones por si querías cambiarla.

Se alegró de que le diera algo con lo que distraerse, y la historia de su bufanda era una de sus favoritas.

—Es como mi amuleto de la suerte. Mi tía se la regaló a mi madre, su hermana, antes de que yo naciera. Estaba convencida de que mis ojos serían de este color, como los suyos.

—Acertó en eso —corroboró el señor Winters y, al hacerlo, Anna encontró que sus ojos marrones estaban contemplándola en busca de los suyos, como si quisiera cerciorarse de que lo que le había contado era cierto.

Sonrió torpemente antes de volver a centrarse en el camino que tenían delante.

Una vez en los establos, ambos saludaron alegremente a los caballos que los esperaban con afán.

El señor Winters sacó a Reina de su cuadra y, tras prepararla para montarla, salió con ella al exterior mientras Anna alimentaba a los otros dos animales con zanahorias que habían llevado.

A diario hacían esa misma rutina.

Primero, Ventisca o Reina daban una pequeña vuelta para desfogar bajo el mando del señor Winters, y luego, era a Onyx al que preparaban para su paseo hasta la roca del límite del bosque.

—¿Quieres llevarlo tú? —le preguntó él aquel día, una vez subidos al caballo, tendiéndole las riendas que todavía sostenía. Anna, en cambio, no se atrevió a hacerse con ellas.

—Valoras poco tu vida —le avisó.

—Puedo enseñarte. No es tan difícil. Solo tienes que hablar con él, decirle a dónde quieres ir.

—Vale, ¿y cómo lo hago? ¿Le pongo algún apodo cariñoso?

La risa suave del señor Winters atravesó su abrigo hasta anidarse en su pecho, como una fuente de calor inapagable.

—Lo que escuchan es tu cuerpo —le explicó—. Tienes que sentarte recta —le indicó después, poniendo la mano en la parte baja de su espalda, consiguiendo que en un instante se irguiera—, pero relajada.

Eso lo veía más complicado. Sobre todo cuando el señor Winters estaba tan cerca de ella, balanceándose con el vaivén del caballo y recorriendo su cuerpo con delicadeza.

Apenas era capaz de mantener su respiración estable o su cabeza concentrada en otra cosa que no fuera su mano y el fuego que parecía encender en cada zona que rozaba.

—Y tus piernas… —movió las suyas para empujar las de Anna—. Asegúrate de que tanto tus rodillas como tus muslos lo tocan. Así entenderá lo que quieres decir.

Anna se recolocó sobre el caballo, intentando recordar todas las indicaciones que estaba recibiendo.

—¿Así?

—Un poco más. —La empujó de nuevo con sus rodillas.

—Vale —dijo ella, ahogándose en su propia respiración.

—Toma —le pasó entonces las riendas—. Sujétalas fuerte; no se te pueden escapar. Pero no tires de ellas ahora.

Anna asintió, incapaz de hacer que ningún sonido saliera de su boca.

—¿Cómo vas? —susurró el señor Winters junto a su oído.

—De momento no me he caído —respondió, como si fuera una gran victoria. Y viendo el estado de sus nervios, realmente lo era.

La risa gutural del señor Winters volvió a atacarla sin compasión.

—Eso es bueno —le concedió él—. ¿Quieres moverte?

Anna asintió, más por hacer algo que porque hubiera pensado realmente su respuesta.

Notó el movimiento del señor Winters, golpeando con el talón el costado del caballo, que enseguida se puso en marcha.

—Acompaña su movimiento con tus caderas —le indicó más tarde.

Anna no sabía cómo iba a poder hacerlo, con la tensión bloqueando su cuerpo por completo.

El señor Winters se movía detrás de ella, y después de un rato y un esfuerzo enorme por concentrarse únicamente en el animal bajo sus piernas, pudo relajarse y seguir sus instrucciones.

Él había permanecido en silencio todo ese tiempo, como si quisiera darle espacio para hacerse con ello. Un espacio que no era físico, pues sus cuerpos continuaban demasiado pegados como para que pudiera olvidarse realmente de él.

—Lo estás haciendo muy bien —le confirmó.

Tras un paseo que a Anna se le hizo excesivamente largo, entre los nervios y la atención extra que suponía llevar al caballo, ambos convinieron que harían el último tramo al galope, hasta alcanzar los cipreses.

—Voy a echar de menos esto cuando desbloqueen el valle, señor Winters —admitió cuando ambos estaban ya sentados en su roca.

—Puedes llamarme Logan, Anna —le ofreció.

—No sé si me atrevería —repuso ella, escondiendo su sonrisa en unos labios fruncidos.

—¿Tanto miedo doy?

La curva en la boca del señor Winters, de Logan, permanecía intacta, por lo que Anna sabía que no estaba realmente molesto.

—En realidad, tu casa da mas miedo —replicó, tratando de seguirle el juego.

Lo cierto era que, últimamente, su relación había mejorado de tal modo, que incluso esperaba con ganas el momento de encontrarse con él antes de comer.

—¿Mi casa te da miedo? —preguntó confuso, sin saber si reírse o no de aquella afirmación.

Finalmente fue Anna quien lo hizo.

—¡Por supuesto! Con todos esos cuadros, eternamente oscura y fría y con un mayordomo que me persigue a todas partes, observándome en silencio cada vez que me doy la vuelta. ¿Sabes cuántos infartos he tenido que superar en estos días?

Logan rio por la nariz.

—Le pediré a Albert que se relaje un poco.

—Podéis hacerlo los dos. No voy a seguir con la historia —confesó, aunque era obvio después de tantas oportunidades perdidas para descubrir el secreto que escondían.

Comprobó que entre las cejas de Logan se dibujaba una pequeña línea, pero no quiso darle importancia.

—¿Puedo saber por qué?

Ella se pensó la respuesta durante un instante, evitando ser brutalmente sincera.

—No quiero acabar en el patio de tortura —respondió finalmente, recordando la conversación que había escuchado a hurtadillas de Albert

y Logan.

Su sonrisa se reflejó en la de él, que la miraba divertido.

—Lástima, llevo tiempo sin usarla y ya tenía ganas.

Anna permaneció contemplándolo durante un segundo demasiado largo, hasta que Logan quiso saber en qué pensaba.

—Nada —repuso ella, avergonzada por haber sido sorprendida estudiando cada línea de su rostro. Un rostro distinto bajo la luz de aquella creciente cercanía—. Supongo que no me acostumbro a verte bromear.

—¿Debería seguir siendo un huraño? —Hizo que su semblante se tornase tan serio como acostumbraba a verse en los primeros días.

—No, prefiero esta versión de ti.

Se quedaron mirando el uno al otro durante un momento. No era una batalla por ver quién aguantaba más, sino por ver quién podía descubrir más del otro a través de sus ojos.

Finalmente, Anna se volvió hacia el paisaje que tenían delante en un intento de calmar su corazón, cada vez más animado.

—¿Se sabe algo del valle? —preguntó, cuando hubo conseguido un ritmo controlado.

—Todavía no. Siguen trabajando en la carretera a Pinebrook. La nieve la bloqueó y, al levantarla, parte del puente se ha derrumbado. Lo siento mucho.

—No pasa nada. No se está tan mal aquí. —Se dio cuenta entonces de que no había ninguna mentira en sus palabras.

Logan sonrió ante aquello y luego se aclaró la garganta, concentrándose en las vistas que tenían delante.

—¿Qué es lo que más echas de menos?

Anna ladeó la cabeza, pensando su respuesta. Con el paso de los días, la añoranza de su hogar iba mitigando, especialmente desde que salían al exterior y alimentaban a los caballos. Haber cesado en su lucha constante contra Logan también ayudaba a ello.

Se había atrevido, además, a llevar un poco de decoración navideña al establo, alegando que, al no ser la mansión, la Navidad podía colarse allí para alegrar a sus amigos de cuatro patas. Le sorprendió que Logan no se opusiera, y que incluso la ayudase a colgar algunos de los adornos que había llevado.

—Supongo que a mi familia: mi tía y mi amiga Bel.

—Pero puedes hablar con ellas por teléfono, ¿verdad?

—Sí, aunque… —Dejó la frase inacabada, cavilando en lo que se estaba perdiendo por estar tan lejos.

—Si tienes algún problema para comunicarte… —comenzó Logan, preocupado.

—No es eso. —Se tomó un momento antes de confesar lo que creía que a Logan le parecería una tontería—. Por estas fechas, estaría cumpliendo una lista de tareas navideñas con mi tía.

—Tu tía, la obsesa de la Navidad —puntualizó él, para ubicarse en la historia, consiguiendo una carcajada de Anna—. ¿Y qué incluye esa lista?

Para sorpresa de Anna, se mostró interesado por ella, a pesar de que la Navidad no era algo que a Logan le apasionase.

—Oh, son chorradas.

Sin embargo, él se mantuvo a la espera, contemplándola, como si con la mirada pudiera convencerla para compartir aquel secreto. A cada segundo que pasaba, el rostro de Anna se volvía más rojizo.

—Son cosas como hornear galletas, preparar tarjetas navideñas, hacer maratón de películas de Navidad, recoger piñas…

Se encogió de hombros, intentando quitarle peso a lo que tanto echaba de menos. Por lo general, le costaba seguir el ritmo de su tía entre los trabajos y el repertorio interminable de tareas navideñas de Elena. Pero, tras pasar varios días sin mucho que hacer, pensaba más a menudo en esa lista.

Las conversaciones con su tía, contándole todo lo que había hecho, también afectaban un poco a la morriña tan extraña que sentía.

Logan se levantó de pronto de su asiento, ofreciéndole su mano, que tomó nerviosa para levantarse.

—Eso podemos hacerlo —le confirmó.

Sin más, bajaron de la roca, dejando atrás a Onyx y adentrándose en el bosque de cipreses.

Entre los árboles la cantidad de nieve era menor, y Anna se alegraba de que por allí pudiera caminar sin hacer que Logan cargara con ella. Aun así, el suelo era bastante irregular, lo que provocó que tropezase en distintas ocasiones, pues algunas zonas estaban más cubiertas de nieve que otras.

—Por aquí debería haber piñas —dijo él mientras miraba a lo lejos en busca de alguna—. De niño venía con Albert a por ellas.

—¿Siempre ha estado en tu familia? —Las preguntas habían dejado de incomodarla, pues ya apenas aparecía el ceño fruncido de Logan. Si bien lo más sorprendente era que, por lo general, él estaba por la labor de responderlas.

—Desde que tengo memoria.

—Supongo que estáis muy unidos —quiso saber ella, obligándose a mirar al suelo en lugar de al hombre que caminaba a su lado, como deseaba hacer.

—Él y Mara son la familia que me queda.

Anna resbaló antes de poder decir nada más y cerró los ojos esperando el frío de la nieve golpeando su cara, pero no ocurrió así.

Los brazos de Logan rodeaban su cuerpo, presionándolo junto al suyo. Al abrirlos, se topó con la mirada de él, ceñuda y preocupada.

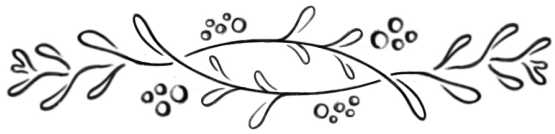
Se disculpó por no haber estado más pendiente del suelo y ambos se irguieron, aunque Logan no soltó su mano. A partir de ese momento, se movieron por el bosque agarrados, con él ayudándola a mantener el equilibrio cada pocos pasos.

Avanzaron varios metros y llegaron a una zona más poblada de árboles, por lo que la nieve era más baja y encontraron por fin varias piñas.

Anna las recogía del suelo y Logan las guardaba en los bolsillos de su largo abrigo.

—¿Qué vas a hacer con todas estas piñas? —preguntó él, cuando retomaron el camino de vuelta.

—Mi tía las usa para decorar —le informó—, pero dado que tu tétrica casa no admite decoración navideña, podemos utilizarlas para las chimeneas. A lo mejor así consigo encender la de mi habitación de una vez.



Los días se sucedían mientras ambos iban tachando cosas de la lista de tareas navideñas y avanzando con las clases de equitación.

Logan siempre bajaba al recibidor del piso de abajo donde se encontraba con Anna antes de comer. Había escogido esa hora porque el sol estaba siempre en lo más alto, para que ella pasara el menor frío posible, y también porque era el momento de mayor trabajo para Albert, con lo que ambos podían librarse de su vigilancia.

—¿Qué toca hoy? —preguntó él. Se mostraba entusiasmado, aunque Anna se negaba a creer que fuera por hacer otro de sus planes navideños. Seguramente había tenido un buen día en el trabajo y su humor lo reflejaba.

Hizo memoria de las cosas que todavía tenían pendientes. Habían intentado completar varias tareas cada día, para recuperar el retraso que llevaban. Quedaban dos semanas para Navidad, y Logan, en un

gesto inusualmente caballeroso, le había propuesto completarla antes de que se marchara.

—Podemos tomar sidra caliente, leer historias de Navidad o hacer un muñeco de nieve.

—Lo que quieras estará bien —dijo él, como hacía siempre. Nunca ponía problemas a cualquiera de los planes de Anna, excepto al de cantar villancicos.

—Entonces… ¿un muñeco de nieve?

Logan sonrió y agarró su mano, como solía hacer, mientras salía del recibidor. Anna se había acostumbrado a ese gesto. Su corazón, en cambio, parecía no haberlo hecho, acelerándose en cuanto sus dedos la rodeaban.

Para su sorpresa, no cruzaron la puerta al exterior, sino que se adentraron de vuelta en la casa. Recorrieron varios pasillos y subieron distintos tramos de escaleras.

Anna no tuvo tiempo de sentir el miedo que aquella mansión le hacía pasar, ni de percibir el frío que sus muros guardaban. Un frío que la mano alrededor de la suya siempre aplacaba.

Además, desde que confesó a Logan el miedo que pasaba allí, había encontrado todas las cortinas abiertas, dejando la luz del sol entrar, y las lámparas encendidas en cuanto caía la noche.

—¿No vamos al jardín? —quiso saber, confusa.

—No —fue todo lo que él respondió. Su sonrisa, por el contrario, decía mucho más. Ese día debía haber tenido muy buena mañana en el trabajo.

Después de unos minutos más de trayecto en el que casi terminaron corriendo, subieron unas últimas escaleras con un diseño especialmente recargado. Anna tuvo que recordarse que continuaba en la tétrica mansión de los Winters, pues la madera oscura que recubría todas las paredes había sido sustituida por mármol blanco que daba luminosidad al espacio, dándole un aspecto completamente distinto.

Cuando llegaron a lo más alto de las escaleras, Logan soltó su mano y se acercó a las cortinas que cubrían la pared que tenían enfrente, todavía cerradas.

El resplandor del día chocó contra los altos ventanales, iluminando la zona aún más.

Anna se giró para contemplar cómo la casa se transformaba en un castillo encantado. Uno en el que no temía recibir una maldición.

Cuando estuvieron descorridas todas las cortinas, Logan empujó la puerta central, la más grande, con un poco de esfuerzo, pues la nieve la

bloqueaba. Consiguió colarse por el espacio que abrió y, con el pie, pudo liberarla al completo.

Una vez salieron al exterior, encontraron frente a ellos una terraza enorme. Anna se preguntó si abarcaría todo el ancho de la casa y quiso acercarse hasta la barandilla para comprobarlo.

Logan caminó cerca de ella, siempre alerta por si volvía a tropezar con la nieve, y se colocó a su lado.

Ella, cansada del trayecto y de tantos tramos de pasillos y escaleras, se apoyó en él, contemplando las tierras bajo el apellido Winters.

Logan movió su brazo a su alrededor, desplazando su larga trenza para colocarla sobre su hombro, y por un instante, ninguno de los dos se apartó. Si bien en un principio no se había percatado de ello, el cosquilleo que Anna sentía por su repentina proximidad se intensificó en su cintura, donde la mano de él permanecía sosteniéndola, hasta que fue imposible ignorarlo.

Tras un rato demasiado largo, logró recuperar el aliento y separarse ligeramente.

A medida que pasaban los días le resultaba más evidente que no se acostumbraría a estar tan cerca de él, pese a todo el tiempo que habían compartido.

Se giró sobre sus talones, evitando su mirada y ocultando el sonrojo que teñía sus mejillas. En su lugar, se centró en la terraza. Repartidos por aquel amplio espacio había distintos bancos de forja, y sobre cada uno de ellos, un árbol para darle sombra.

Cuando Anna terminó de contentarse con las vistas, ambos se dispusieron a preparar el muñeco helado.

Sobre el suelo había nieve de sobra para crear un ejército entero, pero decidieron trabajar juntos en una sola figura.

Los dedos de Anna empezaron a dolerle al poco tiempo de empezar, a pesar de ir enfundados en unos guantes de piel que Logan le había conseguido.

Aunque intentó disimularlo, parecía que él se había dado cuenta, pues estaba haciendo la mayor parte del trabajo, interponiéndose en su camino o quitándole la nieve que estaba a punto de tomar.

Una vez la estructura del cuerpo estuvo terminada, se acercaron a uno de los árboles. Logan arrancó unas ramas para los brazos del muñeco mientras ella buscaba en la maceta las piedras del tamaño justo para los ojos y la boca.

Afortunadamente, todavía guardaba en su bolsillo las zanahorias que iban a dar a los caballos en su paseo diario, y así pudieron completar el muñeco.

Terminaron exhaustos del esfuerzo. Habían movido tanta nieve como para crear un muñeco igual de alto que Logan que los observaba con una sonrisa aterradora desde donde estaba.

Anna no conseguía contener su risa cada vez que lo miraba. Pensó que aquella figura la asustaría más que Albert, si se lo encontrara por la noche.

Se dirigieron a uno de los bancos para descansar y admirar su obra. Las manos de Anna estaban heladas y le dolían tanto que apenas podía moverlas. Se quitó los guantes y empezó a echar vaho sobre ellas con la intención de calentarlas con su propio aliento, pero no era suficiente.

—Ven —le dijo Logan, deshaciéndose de sus guantes. Alargó sus manos hasta alcanzar las de Anna y rodearlas.

—¿Cómo puedes tener las manos tan calientes? —preguntó ella estupefacta. Creía que no podría sentir nada, dado el aspecto rojizo de sus dedos, y sin embargo, el calor que Logan desprendía se iba colando por su piel. Casi sentía un ronroneo creciendo en su pecho.

—La pregunta es cómo las tienes tú tan frías. Llevamos los mismos guantes.

Ella se encogió de hombros, porque no tenía una respuesta a eso. Siempre había sido friolera y, llegado el momento, había aprendido a aceptarlo y a sobrellevarlo.

Se alegró cuando Logan se acercó un poco más a ella, chocando sus piernas con las suyas, reconfortándola y haciendo que el frío se desvaneciera.

Tras un rato hablando sobre las tareas pendientes, en el que Logan recorría sus manos con los dedos y las hacía entrar en calor, Anna se fijó en el árbol que había sobre ellos.

Él le había dicho que eran manzanos, pero las hojas que rellenaban las ramas secas le eran familiares.

—¿Eso es...? —dejó la pregunta inacabada al reconocer las pequeñas bayas blancas translúcidas que colgaban del árbol.

—¡Muérdago! —le confirmó él sorprendido.

Anna se levantó del banco de un salto, arrepintiéndose por sus manos, que aún no habían conseguido recuperarse del todo. Él la siguió, si bien su gesto no parecía tan asustado.

Luego, extendió el brazo hasta alcanzar la planta y hacerse con un ramo de hojas y bayas.

—¿Hay algo en tu lista que tenga que ver con muérdago?

Anna se sonrojó, pues solo había una tradición navideña que incluyera aquella planta y, por supuesto, no la había añadido a su lista.

—No —dijo de manera escueta.

—No sé quién lo habrá puesto ahí —comentó Logan con el ceño ligeramente fruncido, observando el ramo.

—¿Cómo que no sabes…? —Su expresión no dejaba lugar a dudas de lo perdido que estaba, y Anna no podía evitar encontrar divertida aquella imagen.

—No —le aseguró él turbado—. Yo no he pedido que lo pusieran ahí. Quizás Mara…

La repentina risa de Anna hizo que sus excusas cesaran y se quedara contemplándola desconcertado.

—No, Logan, nadie lo ha puesto ahí.

Le quitó el ramo que llevaba en sus manos y pudo percibir el suave aroma que desprendían las hojas.

—El muérdago crece en los árboles, no en la tierra. Son plantas parásitas, por así decirlo. Pero no dañan los árboles donde crecen.

Se acercó el ramo para disfrutar un poco más del olor fresco a hierba recién cortada.

—¿Cómo sabes tanto de eso? —preguntó Logan, que no había dejado de contemplarla.

—Bueno, ya sabes que mi tía…

—Ah, sí, la que está obsesionada con la Navidad.

Anna pudo comprobar su sonrisa al decir eso con el único propósito de molestarla. Seguía sin acostumbrarse a un Logan divertido, aunque le gustaba estar cerca de él cuando ese era su humor.

—¡No lo digas como algo malo! —lo regañó, falsamente ofendida. Luego, trató de asestarle un golpe suave en el brazo. Él se adelantó, bloqueando su mano y envolviéndola con la calidez de la suya.

—En absoluto. Empiezo a entender por qué le gusta tanto.

Su tono continuaba siendo tan grave como siempre, si bien parecía suavizarse al tiempo que sus manos descendían entre los dos.

—¿Sí?

—Bueno, vuestra lista de tareas navideñas no está tan mal. —Se encogió de hombros, sin querer darle más importancia.

Anna respiró hondo, recuperando el aire que el tacto de Logan le había hecho perder.

—Te estás ablandando, señor Winters —intentó picarlo.

—Creo que eso es más mérito tuyo.

Se mantuvo tan quieta como pudo mientras él se aproximaba un poco más a ella. Su otra mano descendió en busca de la que aún sostenía el muérdago pero, cuando la rodeó, apenas pudo sentir su calidez porque su cuerpo entero parecía estar bullendo, fruto de los nervios que lo recorrían sin descanso.

Estaban tan cerca que el olor del muérdago se mezclaba con el de la lavanda.

—Puedo contarte más cosas sobre el muérdago —le ofreció en un susurro, incapaz de elevar más la voz. Era como si hubiera perdido toda su fuerza. Sus piernas apenas la mantenían en pie y su corazón se había detenido en su pecho, aletargado por el calor que Logan insuflaba en ella.

—Soy todo oídos —dijo él acercándose un poco más, hasta que sus abrigos chocaron y solo la bufanda de Anna se interponía entre ambos. Su voz era apenas imperceptible. Sin embargo, Anna estaba tan pendiente de sus labios, demasiado cerca de ella, que entendió cada una de sus palabras.

La mano de Logan, que rodeaba la suya junto al muérdago, la abandonó, para recorrer la tela de su abrigo hasta alcanzar su cuello.

Anna sintió un escalofrío poniendo alerta su cuerpo mientras el ardor de aquellos dedos sobre su piel la invitaba a abocarse más a él.

Sus ojos conectaron por un segundo, como si quisieran confirmar aquel deseo de acabar con la distancia que los separaba.

Y viendo la respuesta en su mirada verde, Logan se agachó sobre ella, lentamente, y Anna alzó su cabeza, sin querer esperar más.

Sus labios, a punto de rozarse, liberaron una corriente de electricidad en su cuerpo, dejándolo entumecido. Tanto, que apenas escuchó la voz que cruzó el aire desde la puerta de la terraza, donde el mayordomo los esperaba.

—¡Señor Winters! Señorita Anna.



13
EL CAMINO

El mundo parecía haberse detenido para Logan cuando los ojos de Anna lo miraron. Su cuerpo, ajeno a lo que su cabeza le gritaba, no dejaba de moverse, de acercarse a ella, de buscar un poco más de su contacto. Un contacto generalmente frío, pero cálido en ese momento, despertándolo de formas que nunca había sentido.

Su mano le rodeaba el cuello bajo la bufanda verde que cada mañana deseaba encontrar. En seguida notó la calidez del montón de lana entrecruzada, y sin embargo, la piel clara de Anna se sentía más helada que la nieve.

Sus dedos revolotearon por él, capturando aquel frío que avivaba sus sentidos.

Sus pecas, pequeñas y doradas, casi imperceptibles a una mediana distancia, parecían hipnotizarlo, atrayéndolo hacia ella, borrando cualquier rastro de sensatez que quedase en su cuerpo. Entonces, ella alzó la cabeza, exhalando suavemente su aliento cálido sobre su boca, y una ráfaga de valentía, o de desesperación, lo empujó a acabar con la distancia que los separaba.

Y de pronto, el mundo volvió a su ritmo normal. Uno mucho más rápido y monótono, donde no había cabida a salirse del camino, donde sus responsabilidades pesaban más que sus deseos. Donde su mayordomo lo esperaba en la puerta de la terraza con gesto adusto, mirándolo como si se hubiera vuelto loco.

Quizás lo había hecho.

—¡Albert! —dijeron ambos mientras se apartaban el uno del otro de un salto, si bien el tono de Anna resultó más estridente.

Aún podía sentir el frío cosquilleando sus dedos, y se preguntó si ella continuaría guardando el calor que había rodeado su cuello un segundo antes.

Su mayordomo, en cambio, permanecía impasible a la espera de una explicación, tan escandalizado, que a Logan casi le entraron ganas de reír.

—Hemos hecho un muñeco de nieve —le explicó, al borde de la risa.

Cuando encontró la mirada de Albert descendiendo hasta su mano, se apresuró a esconder el muérdago que le había arrebatado a Anna unos segundos antes.

—Veo que ha estado ocupado, señor —dijo el mayordomo, aunque en realidad parecía querer cambiar la palabra «ocupado» por «perdiendo el tiempo».

Logan bajó la vista hasta la cara sonrojada de Anna y supo que no se debía únicamente al aire gélido que los rodeaba, porque ese tono cubría su rostro por completo y no solo las mejillas y la nariz, como acostumbraba a ocurrirle con las bajas temperaturas.

—Bueno, en realidad… —se dispuso a relatar la historia de la lista de tareas navideñas de Anna, pero Albert lo cortó antes de que pudiera empezar.

—El presidente de Jaxx Corporate lo espera al teléfono —dijo este, mirando su reloj—. Su reunión debería haber empezado hace veinte minutos.

Logan sintió aquellas palabras como una bofetada que, de golpe, lo bajó de la nube en la que parecía subido desde hacía unos días. Pestañeó al darse cuenta de que ni siquiera se había preparado la conferencia.

Cada día se había prometido hacerlo durante la noche. Sin embargo, tras las actividades que Anna le proponía y las clases de equitación, llegaba tan cansado que de nuevo lo demoraba.

Había perdido la concentración, y eso era algo que no se podía permitir.

—Claro, ya voy.

Se dirigió hacia la entrada de la terraza, hasta que Anna lo retuvo sosteniendo su brazo.

—¿Logan? —lo llamó sin decir nada más, observándolo como si de pronto se sintiera perdida. Como si estuviera actuando de forma extraña, cuando era evidente que eso era lo que había estado haciendo los últimos días, y no en ese momento.

Él cubrió su mano conteniendo la reacción que su tacto despertaba en su interior. La retiró de su antebrazo y colocó en ella el ramo de muérdago que aún guardaba.

Después, sin que saliera ningún sonido de su boca, retomó el camino hasta dejar la terraza atrás, y con ella la vida tan distinta que había probado y la chica que se la había mostrado.

Una vida que no era para él. Eso siempre lo había tenido claro, desde el momento en que se convirtió en el Winters que su padre quería.

Cada paso lo alejaba de la nieve y, sin embargo, sumía su cuerpo en un frío más férreo.

Incapaz de quitarse de la cabeza aquellos ojos verdes y su mirada rota, podía imaginar el tono rosado que estaría luciendo su pequeña nariz. Aun así, no miró atrás. Después de tanto tiempo escondiendo el pasado, sabía que su vista debía estar puesta en el futuro.

No esperaba que el viaje de vuelta a su ala de la casa fuera en silencio, aunque Albert tardó menos de lo esperado en llamar su atención.

—Señor Winters.

Él se mantuvo callado, sin querer hablar del tema.

Por supuesto, su mayordomo no lo iba a dejar pasar.

—¿Debería preocuparme por lo que me ha parecido interrumpir en la terraza?

—No has interrumpido nada —respondió molesto, sin saber exactamente el motivo.

—No es lo que me ha parecido.

—Es lo que es —repuso con intención de zanjar la conversación. No pensaba discutir con Albert sobre si había estado a punto de besar a la invitada en su casa.

—Muy bien. Estoy seguro de que el señor Jaxx podrá echarle una mano con el tema del valle bloqueado. Tiene una buena cuadrilla para despejarlo, si usted se lo pide.

Logan pensó en ello durante un momento mientras el sonido de sus pasos cruzando la casa lo sosegaba. La razón por la que no había querido meter prisa con el desbloqueo del valle era el bienestar de

Winterswood, pero tampoco había buscado otras opciones, y le preocupaba que el motivo fuera la chica rubia demasiado dicharachera que vagaba por la mansión.

—Veremos como va la reunión primero —dijo. Debía pensar en ello con calma. Prefería mantenerse firme en su decisión de no pedir favores, a menos que fuera absolutamente necesario.

—Claro, señor. ¿Debería hacer algo con respecto a la señorita Anna?

Los pasos de Logan se detuvieron en ese instante y se giró sobre sus talones para confrontar al mayordomo.

—¿A qué te refieres?

No era la primera vez que le hacía una pregunta similar y, tras descubrir todo lo que él y su padre habían hecho en el pasado, sugerencias como esa le ponían los pelos de punta.

Albert se detuvo al mismo tiempo, manteniéndose erguido frente a él, con las manos escondidas a sus espaldas.

—Es obvio que sigue en su empeño de ganarse a todos en la casa para destapar sus secretos.

—¿Ganarse a todos? —preguntó con un deje de diversión. Tampoco es que hubiera demasiada gente allí y era obvio que, después de varios días, entablaría algún tipo de relación con todos, incluso con él.

No se imaginaba a Anna encerrándose en su habitación, esperando a que la nieve desapareciera. Había demostrado ser bastante inquieta.

—Bueno, he podido notar su acercamiento en los últimos días…

—Ha dejado la historia —lo cortó Logan antes de que volviera con el tema de lo que había ocurrido en la terraza unos minutos atrás.

—¿Es lo que le ha dicho?

—Sí.

Parecía que Albert esperaba aquella respuesta cuando su sonrisa se extendió por su arrugada cara.

—¿Y no cree que solo lo dice para que baje usted la guardia?

Si algo había aprendido de su mayordomo en los años que había trabajado con él, era que tenía una habilidad innata para pensar lo peor de la gente. Le había venido muy bien en los negocios, encontrando los puntos flacos en sus contratos y acuerdos, pero cuando hablaba de Anna, le molestaba.

Puede que porque él había bajado la guardia, como le sugería. Sin embargo, no era la única persona a la que le había confesado su abandono de la historia; recordó la conversación con su tía la noche en la que pasó por delante de su dormitorio.

—No lo creo —contestó finalmente.

—Su padre no habría sido tan ingenuo, señor Winters.

—Sé perfectamente cómo era mi padre —contestó de forma cortante, deseando terminar con el tema—, y lo que habría hecho en mi lugar. Y usted sabe que no pienso seguir sus pasos. Fue la condición para hacerme cargo de todo.

Albert hizo una pequeña reverencia con la cabeza, escondiendo la sonrisa que un momento antes ocupaba gran parte de su rostro.

—Lo entiendo, señor. Solo quiero que sea cauto. No querría que echara su trabajo a perder por una simple chica.

«Simple». La palabra resonó en la mente de Logan. Anna era de todo, menos eso. La valentía que poseía para enfrentarse a lo desconocido, la fuerza con la que aguantaba el frío que la congelaba, la felicidad que iluminaba su rostro cuando las cosas salían como quería, la forma en que lo miraba, a veces, cuando creía que no se daba cuenta, como si él fuera algo fuera de lo común.

La palabra «simple» no concordaba con ella de ninguna manera posible.

Pero se guardó aquellos pensamientos para él, porque sabía que estaban mal. No podían ocupar su mente. Ese espacio estaba reservado para su trabajo y su deber.

Se dio la vuelta, retomando sus pasos.

—No se preocupe por eso. Sé quién es ella y quién soy yo. Solo quería ser cordial; intentar que su estancia aquí no fuese tan horrible. Está sola, en una casa extraña —se excusó, en parte tratando de convencerse a sí mismo, más que a su mayordomo.

—Claro. Es usted muy considerado.

Logan contuvo un suspiro, porque no soportaba cuando la gente era halagüeña con él. Siempre había pensado que cuando lo eran, el mérito le correspondía a su padre, y no a él, por lo que recibir tales adulaciones le parecía mal, pues no las merecía.

Luego, cuando descubrió la verdad sobre su apellido, le empezó a molestar todavía más, porque todo estaba montado sobre una gran mentira que cada día intentaba reparar.

En el caso de Albert era peor, pues su falsa afabilidad chocaba aún más con su verdadera persona. Lo conocía bien y sabía que era tan peligroso como su padre. Pero había accedido a demasiada información comprometedora trabajando para la casa, lo que le permitía sobrepasar algunos límites.

—¿Algo más, Albert? —preguntó, esperando que lo dejara en paz.

Por suerte, su mayordomo se mostró satisfecho y no hizo ningún otro comentario. Lo siguió en silencio y, una vez en su despacho, lo ayudó a preparar rápidamente la reunión.

Logan hizo lo posible por concentrarse, pero su mirada se desviaba hacia la ventana en más ocasiones de las que debería. Sabía que Albert se daba cuenta de ello, aunque, por suerte, había aprendido que no era un tema que pensara discutir con él.

Así que se sintió libre de seguir perdiéndose en los recuerdos de los últimos días, dándose cuenta de los dos caminos que Anna le había mostrado.

El primero, el que ya había estado recorriendo en soledad durante los últimos años, que consistía en trabajar tan duro como le fuera posible para preservar el legado de su padre y su apellido. Para que todo lo que Winterswood recordaba sobre él fuera tan cierto como la gente creía.

De algún modo, estar con Anna lo empujaba a luchar más duro, porque sabía que eso revertiría en ella y en su vida en el pueblo cuando saliera de la mansión y regresara a su hogar.

El segundo camino, uno que nunca había contemplado, era bien distinto. Era un camino en el que existían la Navidad y la felicidad. En el que gestos cotidianos, como compartir un desayuno, habían conseguido dibujar una sonrisa en su cara.

Un camino que se había visto recorriendo sin ningún esfuerzo, dejándose llevar con cada una de las actividades que Anna le proponía.

De algún modo había cambiado sus prioridades durante el día, y la felicidad de Anna se había convertido en una de ellas.

Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más quería olvidarse de todo lo que escondía en aquella mansión. Y eso lo llevaría a echar a perder el arduo trabajo en el que decidió sepultarse hacía años.

Quizás Albert tenía razón. Quizás se había vuelto loco, pues nunca se había permitido pensar nada parecido.

Quizás ella era mejor investigadora de lo que había creído en un principio, consiguiendo que bajara la guardia, que olvidase su propósito.

Quizás no era tan buena idea estar cerca de Anna.



14
LA SOLEDAD

Anna revisó una vez más los bolsillos de su abrigo, confirmando que llevaba suficientes zanahorias para todos los caballos. Después, echó un vistazo al reloj de su teléfono. Logan se estaba retrasando, y eso nunca ocurría.

En los pocos días que había pasado junto a él, siempre estaba listo antes que ella, por puntual que fuera.

En cambio, esa mañana no había aparecido aún por el recibidor del piso de abajo. Intentó recordar si le había informado de algún cambio en su salida, pero desde que Albert los sorprendió en la terraza, no había vuelto a saber nada de él.

Una pequeña llama se encendió en su pecho al recordar los acontecimientos de la azotea. La forma en que la miró por un momento, haciendo que todo se detuviera, incluída su respiración. La mano de Logan escondida bajo su bufanda; nunca había tenido tantas ganas de quitársela, incluso con el frío que los rodeaba.

Luego le venía a la mente su despedida. Una mirada vacía, seria, como las que solía dedicarle en sus primeros días en la mansión.

Recordó cómo el calor abandonó su cuerpo más rápido que si se hubiera zambullido en la nieve que tenía bajo sus pies.

Aquella noche, incluso se había saltado la cena.

Según el mayordomo, se debía a una cantidad ingente de trabajo, aunque ella se imaginaba que había ocurrido algo más, y no estaba segura de qué.

Olvidó aquella sensación amarga cuando el sonido de unos pasos cruzando el suelo de mármol blanco llegó hasta ella. Su sonrisa

empezó a curvarse en su boca debido a la anticipación, hasta que descubrió quién era la persona que se acercaba. Y pese a que llevaba un impecable traje, no era el que esperaba ver.

—El señor Winters desea informarla de que no podrá atender su reunión por motivos de trabajo —dijo Albert, sin siquiera saludarla.

Se lo veía más remilgado y distante que nunca, y sabía que se debía a lo que vio en la terraza. O más bien, lo que creyó ver.

—«Motivos de trabajo» —repitió ella, pensando que no había nada de verdad en esas palabras. Algo lo había hecho cambiar de opinión sobre sus salidas y no le iba a decir el qué—. ¿No va a tener descanso para comer?

Logan había escogido la hora en la que se veían cada día de forma que no interfiriese con sus reuniones. Siempre antes de comer, cuando ya había terminado la primera parte de su jornada y Albert estaba ocupado con la comida.

—Me temo que las salidas recientes del señor Winters lo han demorado en sus compromisos.

Anna se quedó sin habla al notar la forma en la que achacaba a ella ese retraso.

—Claro —fue todo lo que respondió, escondiendo la culpa que empezaba a bailar en su estómago.

Dado que ninguno de los dos dijo nada más, el mayordomo hizo un pequeño gesto con la cabeza y se marchó, dejando a Anna sola con sus pensamientos.

Esta echó un vistazo al exterior a través de las ventanas, sopesando la posibilidad de ir sola a los establos, pero en el pasado no había conseguido dar tres pasos seguidos sin quedarse estancada en la nieve, por lo que no era una opción real.

Además, la capa blanca que cubría el campo parecía haber aumentado durante la última noche y el viento se arremolinaba junto a la entrada, quitándole todas las ideas que tuviera de salir fuera.

En lugar de eso, sus pies comenzaron a moverla a través de la casa mientras perseguía los pequeños cascabeles que había escondido en el pasado. Los que le recordaban el camino que debía evitar: el que llevaba al ala de Logan.

Se negaba a creer que debiera seguir evitando esos pasillos vacíos y oscuros. Había conocido a Logan lo suficiente en los últimos días como para saber que podía ser distinto, que no siempre necesitaba esconderse entre montañas de trabajo.

Encontró la puerta de su despacho y, decidida a conseguir que al menos cancelara sus planes en persona, abrió sin esperar a que le diera permiso para cruzar el umbral.

Logan estaba sentado a su mesa, mirando hacia una de las grandes ventanas que iluminaban aquel despacho, y desvió la vista hacia ella en cuanto entró.

—¿Anna? —preguntó estupefacto, como si no creyera del todo que estaba allí, frente a él.

—¿De verdad estás tan ocupado? —La pregunta resultaba retórica, pues un segundo antes estaba con la mirada perdida en la ventana más cercana.

Sin embargo, en ese instante parecía concentrado en la pantalla que tenía delante, y ni siquiera la miró cuando le dio una respuesta.

—Tengo mucho trabajo —dijo con su voz tan grave como seria.

—¿Tanto como para olvidarte de tus propios caballos? De nuestra… —Se frenó antes de que la palabra «cita» escapara de sus labios. Logan dirigió sus ojos marrones hacia ella, de nuevo atrapándola como solía hacer cada vez que estaban juntos—. Habíamos quedado —susurró en su lugar—. Lo hacemos todos los días.

Él se tomó un momento antes de responder, y cuando por fin lo hizo, se volvió hacia el monitor que tenía delante.

—No tengo más tiempo para tu lista, Anna. Habla con Albert si necesitas cualquier material…

—¿Vas a decirme qué ha pasado? —Le cortó ella rápidamente—. ¿Qué he hecho mal para que, de pronto, actúes así? Si es por mis preguntas…

Sus palabras parecieron llamar la atención de Logan, que fruncía el ceño, como si estuviera molesto por ellas.

—Solo estoy ocupado.

Anna contuvo su risa. Había estado *ocupado* desde que lo conoció; escudándose en sus obligaciones para no recibir visitas. Pero sabía que no era así. Sabía que podía ser distinto, que podía separarse de su escritorio.

Había conocido al Logan que se ocultaba detrás del frío señor Winters.

Se acercó a su mesa, apoyando sus manos sobre ella sin perder de vista sus profundos ojos, que aguantaban su mirada como si de una lucha por la verdad se tratara.

—¿Qué ocurre, Logan? ¿Ha sido Albert? —preguntó directamente. Estaba cansada de los secretos, de medir todo lo que decía, de sentirse engañada.

—¿Albert? —preguntó él, tan confuso, que Anna temió haberse equivocado por completo. Sin embargo, se mantuvo firme. Tenía que ser cosa suya. No podía haberse imaginado todo.

—Sé que es él —dijo—. Sé que es quien os mantiene apartados de mí.

Las cejas de Logan, en cambio, se relajaron.

—No sabes lo que estás diciendo.

—¡Entonces, cuéntamelo! —pidió desesperada. No quería alejarse más de él. No, después de haber descubierto lo que sentía a su lado, el calor que crecía en ella. No quería dejar que se distanciara.

La reacción de Logan, en cambio, atendía poco a sus deseos. Se levantó de un salto de su silla, apoyándose sobre la mesa del mismo modo que ella lo hacía, como si un espejo se alzara entre ambos.

—Es lo que te gustaría, ¿verdad? —respondió elevando la voz.

Anna se apartó. No había vuelto a ver a Logan actuando así desde la última vez en que decidió evitarlo.

—¿Qué? —susurró perdida.

Él le dedicó una sonrisa que poco tenía de amigable al tiempo que rodeaba la mesa para colocarse frente a ella.

—Reconozco que lo has hecho bien. Casi lo consigues —continuó diciendo ante su silencio, acortando la distancia entre ellos mientras ella retrocedía—. Casi consigues que me olvide de todo: del trabajo que llevo años intentando sacar adelante.

Continuaba moviéndose con la vista fija en ella, como un animal acorralando a su presa, hasta que la espalda de Anna chocó contra una estantería tan alta como la habitación, llena de libros antiguos con lomos de piel.

—Y la tomas con Albert porque tenía razón.

—No sé de qué estás hablando —se defendió con el hilo de voz que fue capaz de liberar.

—De lo mismo de siempre, Anna: tu historia. Dime, ¿sabías que pasaría delante de tu dormitorio para contárselo a tu tía? Los periodistas sois muy retorcidos —dijo con todo el veneno que pudo insuflar en sus palabras.

—¿La historia? Te dije que no iba a seguir con el reportaje.

Logan se acercó hasta ella, colocando sus manos a ambos lados de su cabeza como si sostuviera la estantería.

—Claro. Justo cuando consigues acercarte a mí. Dime, ¿estabas esperando a que te besara bajo el muérdago para sonsacarme todo?

Su mirada descendió hasta su boca mientras Anna luchaba por hacer que su cuerpo continuara funcionando. Su respiración parecía haberse estancado con la última frase, y la sangre bullía en su interior con una temperatura mayor a la que Logan la tenía acostumbrada.

Tuvo que hacer un esfuerzo por mantenerse quieta. Solo quería acabar con el espacio que los separaba, con esa discusión absurda, con las ganas, frustradas el día anterior, de sentir aquellos labios sobre los suyos.

Cuando el calor al que estaba sometido su rostro fue demasiado sofocante, Anna movió sus brazos, empujando a Logan con toda la fuerza que pudo.

Aun así, él no se movió hasta un momento más tarde, dejando claro que la fuerza que Anna poseía no se asemejaba a la de él.

Dio un paso atrás, sin dejar de observarla.

—No te ha salido bien, así que ya puedes irte por donde has venido. No pienso caer más en tus juegos.

Su comentario la golpeó con dureza, dejándola de pronto sin palabras. No fue capaz de decir nada, por más que lo intentara.

Así que después de que los dos se mantuvieran en silencio, clavando la mirada en el otro, optó por marcharse de allí.

Se dirigió hacia la puerta, consciente de que no iba a conseguir nada, salvo empeorar el humor de ambos.

—Ve haciendo tu maleta. Haré que mañana liberen el valle —dijo Logan detrás de ella, deteniendo sus pasos.

—¿Mañana? —preguntó confusa—. ¿Y qué pasa con la carretera a Pinebrook?

Sabía que Logan había evitado pedir ayuda con el valle porque la gente de Winterswood necesitaba recuperar antes el acceso al pueblo contiguo. Era el motivo que le había dado a su mayordomo para aguantar un poco más su visita.

—Esperarán —le confirmó con el mismo tono de enfado que le llevaba dirigiendo desde que entró al despacho—. No voy a darte más oportunidades de hundir a mi familia.

Anna sintió aquella acusación como un cuchillo clavándose entre sus costillas, robándole el aire.

—Supongo que esto es lo que querría tu padre —dijo con toda la dureza de la que fue capaz—. Que te encerraras en su despacho y siguieras sus nobles pasos.

Odiaba que se confinara entre esas paredes, preso de un secreto que no lograba descifrar.

—¡No tienes ni idea de cómo era mi padre! —gritó él, de repente furioso.

Anna consiguió mantenerse firme en su sitio, aunque todo en ella le pedía huir de allí.

—Si se parecía a ti, no quiero saberlo —se atrevió a decir, viendo la expresión de Logan tensarse todavía más.

Notaba cómo contenía la respiración a medida que se acercaba a ella de forma lenta, aplastándola con su mirada, sin darle opción a moverse, pese a que sus pies solo querían correr en la dirección contraria.

Sus ojos se habían ensombrecido y, cuando estuvo tan cerca que la lavanda se coló por sus fosas nasales, lo único que percibía era la pérdida del brillo en ellos. Había llegado a verlo hasta en la oscuridad de los pasillos cuando lo conoció, haciéndole creer que era imposible que ese fulgor desapareciera, pero no estaba allí.

—Soy peor que él —la avisó en un susurro, sus palabras traspasando sus dientes apretados en una lenta procesión de palabras—. Ahora largo de aquí —dijo con una calma excesiva que nada tenía que ver con la tensión palpable entre los dos.

Anna intentó tragar el nudo que apretaba su garganta, pero no era capaz de hacer pasar nada por ella; ni siquiera el aire para respirar.

—¡Largo! —bramó de pronto Logan ante su inacción, con un grito tan alto que lo sintió retumbando por todo su cuerpo.

El eco de las paredes retornaba su voz, como un fantasma persiguiéndola mientras corría a través de los pasillos.

Ni siquiera pensó en el camino que estaba tomando. Sin embargo, sus pies sabían a dónde la llevaban, y en apenas unos minutos se había vuelto a poner el abrigo del recibidor del piso de abajo y luchaba contra la tormenta que se desataba a su alrededor.

El viento la empujaba, amenazándola con tirarla de bruces sobre la nieve que crecía frente a ella. Sus piernas encallaban en la masa

blanca. En cambio, el ardor de lo que había vivido en el despacho de Logan le impedía sentir nada de frío.

Siguió avanzando, hasta que se encontró abriendo la puerta del establo.

No había conseguido apaciguarse ni un ápice cuando se acercó a saludar a sus nuevos amigos. Estos se mostraban más nerviosos que de costumbre, y Anna culpó a Logan, por no estar allí con ellos.

Ni siquiera las coronas navideñas y los copos de nieve atados con lazos azules que habían colocado en las puertas de las cuadras la ayudaban a serenarse.

Hizo un esfuerzo, aun así, esperando que de ese modo los caballos también se relajaran y, finalmente, pudo hablar con ellos mientras les daba las zanahorias que llevaba escondidas en el abrigo.

Onyx fue especialmente cariñoso con ella, posiblemente esperando su paseo diario.

Sin pensar demasiado en ello, abrió la puerta de su box y empezó a imitar todos los movimientos que había visto hacer a Logan en los últimos días. Cepilló al animal, que se mantuvo quieto, disfrutando de sus cuidados. Luego sacudió la paja que había en las mantas que le cubrían el lomo y se las volvió a colocar. Cuando trató de levantar la silla de montar, se dio cuenta de que pesaba demasiado para ella. Podía sostenerla, pero no llegar a colocarla sobre Onyx, como hacía Logan cuando montaba solo.

—Tendrá que ser sin silla, amigo —le susurró al animal, que parecía satisfecho con la decisión.

Buscó la caja de madera que había usado de escalón en distintas ocasiones y, después de dos intentos, consiguió subirse al caballo.

Agarró las riendas tratando de calmarse, y con ello a Onyx. Era la primera vez que lo montaba sola, sin la supervisión de Logan. Y aunque ambos estaban más nerviosos, esperaba que pronto pudieran entenderse con facilidad.

Lo acarició con cariño por el cuello.

«Temeraria», la palabra favorita de Logan para describirla, se repetía en su cabeza. No tenía dudas de que volvería a recordársela de haberla visto en ese momento.

A medida que se disgustaba, Onyx lo hacía bajo sus piernas, aumentando su velocidad. A Anna le costaba mantener el ritmo, desacompasándose con cada paso que daba el animal.

No lograba calmarse. Rememoraba lo ocurrido en el despacho con una insistencia cruel, obligándola a imaginar una y otra vez cómo podría haber dicho las cosas de otra manera.

De pronto, Logan y ella habían vuelto al punto de partida, donde sus voces chocaban y ninguno escuchaba al otro.

Le dolía volver a esa situación, especialmente tras haber conocido al verdadero Logan, el que se ocultaba entre las sombras de la vieja mansión.

Bajo ella, Onyx imitaba su estado de ánimo, haciendo que el agobio de los dos fuera creciendo. Ni siquiera las palabras de calma que intentaba susurrarle hacían efecto en el animal, que relinchaba moviendo la cabeza a ambos lados.

La tormenta a su alrededor parecía impregnarse al mismo tiempo de su temple, volviendo el cielo gris a medida que el sol se escondía. El viento soplaba con mayor fuerza, lanzando contra su cara los copos de nieve que caían.

El enfado que sentía consigo misma por no haber contenido su lengua, y con Logan, por haberse alejado, se había visto reducido ante el temor a perder el control del caballo.

La humedad y el frío se habían instalado en ella, paralizándola con dolores punzantes con cada uno de sus movimientos.

Una nueva ráfaga de aire los empujó, haciendo que Anna perdiera el equilibrio. Se sujetó tan fuerte como pudo al cuello del animal y, al hacerlo, apretó las piernas en su costado, haciendo que este lo interpretara como una indicación para aumentar el ritmo.

Las patas de Onyx comenzaron a golpear la nieve mientras corría sin dirección alguna, escuchándose únicamente su respiración agitada y el suave roce del manto blanco sobre el suelo abriéndole paso con cada coz.

Anna trató de tirar de las riendas para detener al animal, pero este solo viró en su recorrido, haciendo que de nuevo tuviera que sujetarse con fuerza para no caer.

Sentía el corazón martilleándole en los oídos, como si hubiera decidido abandonar su pecho para hacerse oír. Apenas era capaz de escuchar nada que no fuera su propia sangre recorriendo su cuerpo sin descanso.

El viento, soplando con furia a su alrededor, se llevaba cada una de las palabras que intentaba hacer llegar a Onyx.

Las cortinas de nieve que la tormenta lanzaba contra ellos le impedían ver nada. Todo era blanco a su alrededor, así que no supo dónde estaban hasta que unos cipreses aparecieron de pronto frente a ella.

En un movimiento reflejo, tiró del lado derecho de las riendas. Lo hizo de forma tan brusca que, aunque consiguió esquivar el árbol, no pudo evitar la locura que desató en el animal, que tras relinchar confuso, aumentó su velocidad.

—¡Onyx, para! —gritaba Anna una y otra vez, dándose cuenta de que no servía para nada.

«Lo que escuchan es tu cuerpo», recordó las instrucciones de Logan en su primera clase. El problema era que su cuerpo estaba aterrado. No era capaz de hacerse con el ritmo del caballo, sus brazos y sus piernas estaban bloqueadas por el frío y el miedo, y lo único que podía hacer era tirar de las riendas a destiempo para evitar que se lanzase hacia los árboles.

A pesar de que caía menos nieve bajo estos, su visión era muy limitada. Eran demasiado frondosos y el sol se había escondido, asustado, como ella, de la tormenta.

Tiró una vez más de las riendas tratando de evitar que se golpeasen con las ramas caídas de un árbol, y Onyx cambió de dirección de forma repentina.

En esa ocasión, Anna no tuvo tiempo de sujetarse y se encontró volando a varios metros de Onyx, que continuaba alejándose. La nieve amortiguó su caída, pero apenas frenó la velocidad con la que su cuerpo rodaba directo hacia uno de los cipreses.

Después, su espalda chocó contra el tronco, atormentándola con un dolor agudo que la envolvió en un segundo. De pronto, todo dejó de existir: el frío, el viento, incluso el latir de su corazón se habían desvanecido, dejándola en una soledad helada.



15
LA BÚSQUEDA

Logan se movía inquieto en su mesa. Le estaba costando concentrarse más de lo habitual, y sabía que el motivo de ello era la chica rubia de ojos verdes que merodeaba por su casa.

Había sido demasiado duro con ella, lo sabía. Pero siempre era capaz de tocar las teclas adecuadas que lo asustaban y alteraban de formas que no había conocido antes. Ni siquiera Albert y sus constantes comentarios conseguían encenderlo como lo hacía ella.

A pesar de ser la persona más friolera que conocía, siempre con las manos y la nariz congeladas, resultaba ser la única que prendía algo de fuego en su interior. Normalmente lo sentía como una llama cálida en su pecho.

Luego salía el tema de su padre, y esa llama se convertía en un incendio devastador que el miedo avivaba sin control, empujando a todos lejos de él sin importar la fuerza que necesitara usar para ello.

Se levantó de la mesa y se acercó a la ventana que tanto había frecuentado últimamente. El frío del exterior se notaba al aproximarse y las vistas, con ráfagas de nieve que apenas dejaban vislumbrar nada más allá de cinco metros, hacían que la temperatura se sintiera todavía más baja.

El viento chocaba contra los cristales, susurrando palabras que no podía entender, aunque su corazón parecía hacerlo. Llegaban con la imagen de Anna entre sus brazos, aguantando su mirada y su enfado.

Intentaba deshacerse de ese recuerdo que le hacía dudar de haber hecho lo correcto. Pero no podía acercarse tanto a ella. Había sido un error y él no podía permitirse ni uno solo. Lo sabía desde que decidió tomar ese rumbo en su vida y no permitiría que una periodista echase

todo a perder. A pesar de que tuviera los ojos más verdes y bonitos que había encontrado nunca, repletos de una curiosidad insaciable.

Desde el exterior llegó otro sonido que no tenía que ver con el del viento arrastrando la nieve, sino con el relincho de uno de sus caballos. Por un instante pensó que estaba perdiendo la cabeza, imaginándose en el lugar donde quería estar, lejos de su despacho. Sin embargo, al descender la mirada, encontró a Onyx en la entrada de la casa.

Se quedó bloqueado, concentrándose para confirmar que no estaba teniendo alucinaciones. ¿Qué hacía allí su caballo? Y con la tormenta que se estaba desatando.

Pero estaba despierto. Aquella imagen era real.

Salió de la habitación corriendo, llamando a Albert a voces, pues no sabía dónde estaba. Seguramente escondido en la cocina, preparando alguno de sus platos, pero no tenía tiempo de desviar su camino. La tormenta ya era lo suficientemente fuerte como para dejar al animal solo en el exterior.

En el mismo momento en que alcanzó la entrada de la casa, el mayordomo apareció detrás de él, igual de agitado. Sin prestarle atención, descorrió el gran cerrojo que aseguraba la puerta, y un golpe furioso de aire lo quiso empujar de vuelta a la mansión.

—¿Qué hace Onyx aquí? —preguntó, luchando contra el viento que le impedía acercarse al nervioso animal.

—Lo desconozco, señor.

Trató de tranquilizarlo con algunas palabras, sujetándolo por las riendas y recorriendo su costado para darle unas palmadas firmes. El caballo pareció recuperar algo de calma, aunque la tormenta a su alrededor se lo estaba poniendo difícil.

Fue entonces cuando Logan se percató de que las mantas sobre él no estaban colocadas como solía ponerlas: debajo la de cuadros y arriba la verde.

Su estómago se encogió con un movimiento brusco, y el pánico se apoderó de su cuerpo más rápido que el frío del exterior.

—¿Dónde está Anna? —Su voz salió de su boca como un grito desesperado.

—No la he visto después de entregarle su mensaje, señor. Puede que siga en su habitación.

—¡Búsquela ya! —gritó mientras hacía entrar al animal en la casa. No era lo ideal, pero no podía demorarse en llevarlo al establo con la que estaba cayendo. Ató las riendas al balaustre de madera de las escaleras y salió corriendo—. Usted vaya al Salón Principal, yo iré a su dormitorio —vociferó, dejando al mayordomo detrás.

No recordaba la última vez que había corrido por aquellos pasillos. Quizá cuando tenía ocho años, antes de que su madre falleciera. Desde luego no lo habría hecho tan rápido como lo hacía en ese momento, ni con el mismo ánimo.

Alcanzó la habitación de Anna rápidamente y la abrió sin esperar a llamar. Algo le decía que nadie iba a responder y que estaba perdiendo el tiempo buscándola allí.

Entró al dormitorio y echó un rápido vistazo a su alrededor. Los cojines y las mantas continuaban en el suelo.

—¡Anna! —gritó su nombre, sin obtener respuesta.

Revisó rápidamente el baño, también vacío, y salió de allí a la misma velocidad a la que llegó.

La sensación de pánico que lo asolaba se hacía más presente con cada paso que daba.

Llegó de nuevo a la entrada de la casa donde Onyx lo esperaba, esta vez acompañado. Mara estaba a su lado, acariciándole el morro y manteniéndolo en calma.

—Hijo, ¿qué ha pasado? —preguntó con su habitual tono suave impregnado de preocupación.

—Anna ha desaparecido —dijo, abriendo la enorme puerta de la mansión y dejando que la tormenta llegase al recibidor—. Me preocupa que haya salido con este temporal.

—¿Qué? ¿Por qué se iría ahora?

Logan, que estaba desatando las riendas de Onyx, se quedó paralizado. Tenía claro cuál había sido el motivo y, al rememorarlo, el pánico lo envolvió con rapidez.

No quiso responder en voz alta a la pregunta de la que conocía bien la respuesta. No tenía tiempo para lamentarse.

—Prepara su habitación. Estará congelada cuando vuelva —le pidió en su lugar, después de subirse al caballo.

—Sí, tranquilo. Tráela sana y salva.

Se dispuso a dirigir al animal hacia la salida cuando unos pasos apresurados lo alcanzaron. No necesitaba ver la cara de su mayordomo para saber que no había encontrado a su escurridiza invitada.

—¡Señor Winters! ¡Es peligroso que salga ahora! La tormenta…

—Iré primero al establo a confirmar que no está allí —cortó el discurso del anciano. No pensaba discutir sobre su deber de encontrar a Anna. Si no hubiera sido tan tosco con ella…

—Señor, no es prudente que salga con este temporal —intentó Albert de nuevo.

Logan miró a Mara, que también mostraba un gesto preocupado en su rostro, pensando que no era él quien debía preocuparles. Anna estaba fuera, en pleno temporal.

—No puedo dejarla sola —fue toda la explicación que dio antes de salir a lomos de su caballo.

Bestia y jinete bajaron las escaleras de la entrada con un trote desacompasado. El animal estaba demasiado nervioso y a Logan le costaba controlarlo.

—Onyx, ¿a dónde habéis ido? —le preguntó, sin esperar realmente una respuesta.

Encontró entonces la nieve removida frente a él. Echando un vistazo atrás, comprobó que era el rastro que el caballo dejaba a su paso.

Lo puso a galopar en esa dirección, pero a cada metro que avanzaba, la tormenta parecía borrar las huellas, y estaba en medio de ninguna parte cuando perdió todo vestigio.

Lo único que tenía claro era que no provenían del establo, así que, en contra de lo que le había dicho a su mayordomo, siguió cabalgando sin acercarse a las caballerizas.

Una nueva ráfaga de viento los empujó, haciendo que el animal se descontrolase por un momento. Por suerte, Logan pudo reconducirlo apretando las piernas en sus costados. El frío y el viento se colaban por su ropa y se percató de que ni siquiera se había puesto el abrigo para salir de la casa. Aun así, el fuego en su interior abrasaba cada centímetro de su piel.

Continuaba llamando a Anna tan fuerte como sus pulmones le permitían, sin escuchar ninguna respuesta. Podría ser que el viento borrase su voz, aunque, en el fondo, sabía que algo iba muy mal.

—¡Para, chico! —trató de calmar una vez más a Onyx—. Tenemos que encontrarla. Dime a dónde te ha llevado —le preguntó girando sobre sí mismo, desesperado por encontrar alguna pista que lo llevase hasta Anna.

No había nada. Solo viento, nieve y blanco a su alrededor.

Puso el caballo al galope mientras se alejaban un poco más y él seguía voceando el mismo nombre sin respuesta.

Alcanzaron los cipreses, y su corazón le golpeó el pecho en un movimiento tan violento que lo dejó sin respiración por un segundo.

Ondeando con el viento y enganchado a uno de los árboles que comenzaban a ganar visibilidad estaba la bufanda verde que tan bien conocía.

—¡Anna! —siguió intentándolo, alzando la voz tanto como pudo, apenas conteniendo el terror que invadía su cuerpo. Si ni siquiera tenía su bufanda con ella, estaría totalmente helada.

Según se adentraron en el bosque, las huellas reaparecieron. La tormenta no se movía con tanta fuerza entre los árboles y el rastro seguía visible.

Persiguieron las marcas a un ritmo más lento, pues el animal había dado muchos giros para esquivar los árboles y le resultaba más complicado discernir los cambios de dirección; y unos metros más allá, encontró una figura que resaltaba sobre la nieve blanca.

Golpeó a Onyx con su talón para acercarse a toda velocidad. Enseguida reconoció la melena rubia de Anna, trenzada y cubierta de escarcha, haciéndola parecer una escultura de hielo.

Estaba tirada en el suelo, con el abrigo negro que llevaba cada día en sus salidas.

Según llegaron a su altura, Logan se bajó del caballo de un salto. Seguía repitiendo su nombre mientras se acercaba a ella.

Después se tiró a su lado. El hielo había comenzado a cubrir su rostro. ¿Cuánto tiempo llevaba allí inconsciente?

—Anna, ¡Anna! —Sostuvo su cabeza entre sus manos, con miedo a moverla, pero necesitaba que reaccionara—. Eh, ¿me oyes?

Sus mejillas estaban congeladas. Su nariz debía estarlo también, mostrando un tono rojo brillante, al igual que sus manos, descansando sobre la nieve.

Logan se agachó y, metiendo sus brazos por dentro del abrigo, la rodeó y la levantó, estrechándola contra su pecho.

Se había percatado del tono grisáceo de su piel y necesitaba darle algo de calidez. Escondió la cara en su cuello, tan helado y rígido que le dio miedo. Posó su boca sobre él, tratando de insuflar con un beso la poca temperatura que le quedaba.

Entonces sintió su movimiento.

—¿Lo…gan? —Su voz, cansada y lenta, sonó como música en sus oídos.

Se separó de ella para poder ver su cara. Sus ojos continuaban cerrados y su piel tan blanca como la nieve que los atacaba.

—Sí, Anna, soy yo. Vas a estar bien, te lo prometo. —Dejó distintos besos en su cara esperando que sus labios absorbieran el frío de su rostro, cambiándolo por un reguero de calor—. Dime qué te duele.

No salió de ella ninguna palabra, sino un pequeño gruñido casi imperceptible. Notó la debilidad en su cuerpo. Posiblemente estuviera desfalleciendo.

—Tengo que llevarte a la mansión —la informó, esperando que pudiera escucharlo. Llamó al caballo con un silbido que Onyx entendió de inmediato. Se acercó hasta ellos con paso tranquilo a pesar de los relinchos que daba con cada ráfaga de viento—. Tienes que aguantar un poco más, ¿vale? —le pidió. Después movió uno de sus brazos por detrás de sus rodillas y la levantó del suelo.

Se acercó a Onyx y cambió a Anna de posición hasta colocarla sobre su hombro.

Ella no dijo nada y lejos de tranquilizar a Logan porque no se quejara del dolor, le preocupaba que no lo hiciera por haber perdido el conocimiento o porque la baja temperatura hubiera bloqueado sus sentidos.

Tiró del caballo con premura hasta que encontró un tronco de árbol que lo ayudase a subirse a su lomo. Sin la silla de montar y la ayuda de los estribos, y cargando con Anna, le resultaba más difícil moverse, a pesar de lo ligera que la sentía. Pero prefería evitar movimientos bruscos hasta constatar cuál era su estado.

Cuando por fin estuvo montado sobre Onyx, sentó a Anna delante de él rodeando su cintura y apretó su talón contra el costado del caballo.

De vez en cuando llegaba a sus oídos un pequeño gruñido que lo hacía exigir más al animal, desesperado por llegar cuanto antes a la mansión.

—¡Vamos, Onyx! —le pedía, presionando aún más el cuerpo de Anna contra el suyo.

No tardaron en llegar a la casa. Albert permanecía en la entrada con la puerta abierta, esperándolos.

Logan descendió del caballo en cuanto subieron los escalones. Sujetó a Anna en su sitio al hacerlo y, más tarde, la tomó en brazos.

—Llévalo al establo —indicó al mayordomo, que ya se estaba encargando del animal—. Luego prepara chocolate caliente.

Sin esperar ninguna respuesta, se movió con velocidad por la casa, cruzando los pasillos mientras su mirada aterrada seguía fija en el rostro grisáceo de Anna.

Murmuraba algunas palabras durante el trayecto. Una especie de ruego para que la muerte no se la llevara. No podía estar ocurriendo de nuevo.

Estrechó su cuerpo helado, pegando su mejilla a la de ella, tratando de insuflarle algo de su temperatura.

Alcanzó la habitación de Anna en poco tiempo y la encontró con el fuego encendido y el calentador en la cama. Los cojines y sábanas ya no

estaban en el suelo.

En cuanto Mara lo vio entrar, apartó el calentador dejándolo junto a la chimenea para que Logan colocara a Anna sobre el colchón.

—Está helada, Mara —dijo asustado. No sabía bien qué hacer en aquella situación, pero se negaba a permanecer quieto.

—Vamos a quitarle la ropa; estará empapada de la nieve.

Logan se movió rápidamente hasta el pie de la cama, donde descorrió la cremallera de las botas para quitárselas. Una pequeña sonrisa curvó su boca cuando descubrió tres pares de calcetines en sus diminutos pies. Sin embargo, el miedo pronto la borró, en cuanto los tocó y los encontró demasiado fríos. No estaban mojados, pues las botas la habían protegido, si bien se los quitó igualmente para ponerle los que Mara tenía preparados encima de la cama.

Ella estaba quitándole el jersey en el momento en que Albert entraba por la puerta con un chocolate caliente en una bandeja.

—¡Está helada! —musitó Logan sin dejar de ayudar a Mara con la ropa mojada.

Notaba sus nervios alcanzando sus dedos, pero se obligó a ignorarlos. Tenía que actuar con rapidez; necesitaba que Anna entrara en calor.

Dejó a Mara la tarea de desvestirla y se acercó a la chimenea, frente a la que puso la silla de escritorio. Después rebuscó en el armario, haciéndose con todas las mantas que había allí guardadas.

—Date prisa, por favor —le imploró mientras colocaba las lanas de distintos estampados sobre la silla, esperando que, capturando algo del calor del fuego, pudieran contrarrestar la baja temperatura de su temeraria invitada.

Habían pasado veintiséis minutos cuando el cuerpo de Anna tembló de pronto. Una especie de espasmo errático.

Logan todavía sostenía una de sus manos entre las suyas, calentándola con sus aliento mientras continuaba pidiéndole que volviera.

Mara había conseguido tranquilizarlo, aunque sabía que su corazón no encontraría la calma hasta que Anna volviera a sonreír junto a él, a lanzarle más preguntas incómodas, a regañarlo por esconderse detrás de su trabajo.

En cuanto los hombros de Anna se movieron de forma brusca, Logan se separó de ella, observándola, intentando entender lo que

pasaba. Después fue su pecho, y sus dientes castañeteando lo siguieron.

—¿Qué le ocurre? —preguntó, con la preocupación bañando sus palabras.

Mara estaba sentada junto a Anna, acariciando su pelo. Había deshecho su trenza y la había secado con una toalla caliente. En ese momento, se desparramaba sobre su regazo, reflejando las llamas de la chimenea que Albert avivaba continuamente, brillando a pesar de la oscuridad que Logan sentía a su alrededor.

—Es bueno, tranquilo. Su cuerpo está reaccionando al calor.

—¿Lo… gan? —La voz de Anna escapó débil de sus labios hasta conseguir llamarlo.

Una parte de él se alegraba de que pudiera hablar, volver en sí, incluso reconocerlo. La culpabilidad, en cambio, lo sumió más en la desesperación que sentía, y luchó contra ella mientras fingía estar bien, solo para que ella pudiera sentirse mejor.

—Sí, Anna, estoy aquí. Ya estás en casa.

El verde que había echado tanto de menos en las últimas horas apareció tras los párpados cansados de Anna. Lo observaban al tiempo que las comisuras de su boca se elevaban mínimamente.

Con un suave movimiento, liberó su mano de su agarre y la elevó hasta peinar los mechones de pelo que le caían por la frente, cosquilleando sus cejas. Un segundo después, el pelo volvió a caer y Anna se dio por vencida, sucumbiendo también al cansancio interrumpido por los espasmos que despertaban su cuerpo a trompicones.

Más tarde, aún adormecida, llevó la mano de Logan hasta su cuello, donde había estado el día anterior, de donde no debió haberse movido ni siquiera en la presencia de Albert.



—¿Logan?

La voz de Anna lo llamó antes de percatarse del nombre que pronunciaba.

Su imagen permanecía en su cabeza. Un Logan distinto. Algo desaliñado, con el pelo despeinado cubriendo su rostro. Un rostro ensombrecido por la preocupación.

Recordaba sus ojos marrones, tan oscuros que parecía que un fantasma se hubiera hecho con ellos, tiñéndolos de negro.

Apretó su mano, esperando encontrarlo, y notó que la calidez no era la misma. La mano rodeando sus dedos era más pequeña.

—Soy Mara, cariño —dijo una voz a su lado. Tardó un momento en recordar a quién pertenecía ese nombre.

—¿Dónde está…? —preguntó, pestañeando y dándose cuenta de que Logan no se encontraba en la habitación. ¿Se lo habría imaginado? La caricia de sus labios sobre su piel, sus dedos sobre su cuello. ¿Tanto había delirado?

El suspiro de Mara la devolvió al dormitorio, haciendo que olvidara el calor que todavía envolvía su cuerpo con el recuerdo.

—Ha vuelto al trabajo —le confirmó esta.

—Claro —dijo únicamente, tratando de ignorar el vacío que le producía descubrir que nada había cambiado.

—No se lo tengas en cuenta —le pidió ella acariciando su cabello—. Ha sido su refugio todos estos años. Pero no se ha alejado de ti en toda la noche.

—¿La noche? —preguntó confusa. Se percató de que el sol cruzaba la ventana, alcanzando la alfombra granate en el mismo punto donde ella solía pasar las noches—. ¿Cuánto he dormido?

—Solo desde ayer. Por suerte Logan te encontró pronto.

«Entonces, sí fue él. Sí estuvo aquí», se dijo Anna, intentando entender las imágenes del Logan maltrecho que se reproducían en su cabeza.

—Volverá para ver cómo te encuentras; cuando esté preparado.

—¿Preparado para qué? —preguntó, y supo que era la pregunta correcta cuando la mano de Mara dejó de moverse sobre su cabello.

La boca de esta se transformó en una pequeña sonrisa que no llegó hasta sus ojos cansados.

Se fijó en que su aspecto no estaba tan cuidado como la vez que la conoció. Su pelo estaba recogido en el mismo moño, aunque algunos pelos escapaban de él. Su traje, de nuevo granate, estaba algo arrugado, y las mangas de la camisa, remangadas hasta el codo, posiblemente por la alta temperatura que guardaba la habitación.

—Para enfrentar lo que tanto lo atormenta —respondió finalmente.

Anna se quedó pensando en aquellas palabras, insegura sobre su significado.

—Sospecho que tu salida repentina tuvo que ver con él —le preguntó Mara, deteniendo el camino de sus pensamientos.

—Puede que fuera un poco dramática. —Se encogió de hombros mientras una pequeña carcajada escapaba de los labios de su acompañante.

—No seas dura con él. Es un buen chico —le aseguró.

—¿Por qué nunca cenáis juntos?

En todos los días que había conseguido cenar con Logan, ella nunca había estado disponible. Y eso chocaba con la forma en la que ambos hablaban del otro.

—Creo que los dos apartamos a la gente que nos importa.

—¿Apartas a Logan? ¿Por qué? Él te considera su familia.

El ceño de Mara apareció, marcando un poco más las arrugas alrededor de sus ojos, para luego suavizarse. Le dedicó una sonrisa leve y sus manos retomaron las caricias sobre su pelo.

—Todos tenemos un motivo, cariño, aunque nos cueste enfrentarlo. Pero no dejes que él se aferre al suyo. No dejes que se aleje de ti —le pidió.

—Creo que no hay mucho que pueda hacer.

Cada vez que se había acercado a Logan había salido malparada y, al final, había vuelto a la casilla de partida, recuperando al señor Winters arisco y distante que conoció.

Le ocurría en cuanto lo veía sentirse feliz. Era como si, al serlo demasiado, al divertirse, al relajarse, de pronto se acordara de que no podía actuar de ese modo; que merecía algún tipo de castigo que él mismo se imponía.

—Es mucho más duro consigo mismo de lo que crees —Mara intentó defenderlo, confirmando sus sospechas—. Quizás tú le hagas ver que no debe llevar tanto peso sobre sus hombros. Os he visto estos últimos días. Incluso he escuchado a Logan reír. Pensaba que había olvidado cómo hacerlo.

Aquellas palabras removieron algo en Anna. ¿Cómo puede alguien olvidar reír? Y sin embargo, no le parecía una afirmación demasiado descabellada con Logan. Sí, con el que había llegado a conocer; no, con el que se esforzaba en recuperar cada día.

—Ya decidí que abandonaría mis investigaciones.

—Pero no a él.

Anna se sentó en la cama cruzando las piernas. Notó entonces el cansancio de sus músculos, como si fueran de gelatina.

Más tarde, la imagen del ciprés aproximándose a demasiada velocidad hasta ella le hizo entender el dolor punzante en su espalda.

Mara tomó sus manos entre las suyas, haciendo que se olvidara de ello mientras las acariciaba como había estado mimando su cabello un momento antes.

—No entiendo qué quieres que haga —murmuró Anna.

Los dedos de la mujer se aferraron alrededor de los suyos con más fuerza, y su sonrisa se extendió en su rostro.

—Quizás si conocieras toda la historia, lo entenderías mejor.

No dijo nada más. No le dio ninguna pista. Aunque Anna no las necesitaba. Después de reproducir una y otra vez la última discusión con Logan, tenía una cierta idea del problema que pesaba sobre él.

—¿Todo tiene que ver con su padre? —preguntó, esperando una confirmación, más que una respuesta.

Antes de que su acompañante contestara, sus manos se apartaron y Anna la encontró mirando con tristeza a la puerta.

Esta se había abierto y, desde ella, dos ojos marrones, aún demasiado oscuros, la observaban con el ceño fruncido. La figura de Logan abarcaba casi por completo el marco de la puerta mientras su mirada la alcanzaba, haciéndola más pequeña en su cama.

—¿Todavía sigues con eso?



16
EL DESPACHO

A pesar del calor sofocante que hacía en aquella habitación, la temperatura parecía haber bajado varios grados con la aparición de Logan.

Anna de pronto recordó el motivo por el que había hecho la estupidez de salir en plena tormenta y, aunque el sol cruzaba en ese momento la gran ventana de su dormitorio, su visión estaba tan nublada como el día anterior.

Logan no se había movido de la puerta, esperando su contestación.

—¿Todavía sigues con eso?

Ella no abrió la boca. Había aprendido que cuando Logan se enfadaba era mejor callar, por mucho que le costara.

Hizo caso del agotamiento de su cuerpo y se mantuvo en silencio.

—Creía que habíamos dejado las cosas claras —repuso él, cansado de esperar una respuesta por parte de Anna.

—Estoy bien, gracias —dijo ella, dirigiendo la conversación en otro sentido.

El ceño de Logan vaciló por un instante, pero se mantuvo firme un segundo después.

Se acercó a la cama lentamente, haciendo que la distancia entre ambos y su diferencia de altura pareciera mayor.

—Ya lo veo. ¿Lo hiciste a propósito? ¿Para ablandar a Mara y que te contase lo que necesitas?

—¡Logan! —exclamó esta escandalizada, recordándole a Anna su presencia allí, de la que se había olvidado..

Al menos, se alegraba de no ser la única molesta por sus insinuaciones.

—Déjanos a solas —le pidió entonces, tan educado como pudo, aunque sin ocultar su creciente enfado.

Anna, mientras tanto, mantenía su mirada fija en él. En parte, porque aquellos ojos siempre la atraían, como si fueran un agujero negro y ella no tuviera más remedio que dejarse caer en ellos. En parte, porque no iba a dejar que creyera que la intimidaba.

—No, si vas a comportarte así —respondió Mara, apretando con un poco más de fuerza la mano de Anna que sostenía.

—Estaré bien, no te preocupes —le aseguró ella.

Mara la contempló por un momento. Luego dirigió la vista a Logan, que todavía observaba a su invitada como si no existiera nada más en la habitación.

Finalmente se levantó de la cama y se marchó del dormitorio murmurando algo que Anna no consiguió descifrar. Su tono denotaba resignación.

Después de eso, todo quedó en silencio. Únicamente se escuchaba el crepitar del fuego a su lado.

Logan no se había movido ni había empezado a gritar o regañarla, como Anna esperaba. La alternativa se le antojaba incluso peor. Su mutismo, acompañado del gesto serio que permanecía congelado en su rostro, le hacía imposible saber qué estaba pasando por su mente. Y eso la desquiciaba más.

—¿Vas a quedarte mirándome enfadado todo el rato?

—¿Cómo estás?

Anna no pudo contener la risa que se le escapó por la nariz. Logan seguía tan huraño como cuando llegó al dormitorio y, sin embargo, le hacía una pregunta que demostraba preocupación por ella. En el arte de volverla loca, no había nadie como Logan Winters.

—Bien, gracias —respondió, imitando su tono seco y enojado.

Tras otro segundo contemplándola, Logan suspiró. Parecía rendirse, si bien Anna no tenía muy claro a qué. Sus hombros se relajaron, descendiendo unos centímetros, y su ceño desapareció.

Acortó su distancia con la cama y se sentó a su lado.

—¿En qué estabas pensando para hacer algo así? —Debería sonar enfadado, si bien no estaba usando el tono adecuado. Aunque sí era firme con sus palabras—. ¿Salir sola, en plena tormenta? Incluso a mí me costaba controlar a Onyx, y llevo años montándolo.

Ella no respondió, porque sabía de sobra la tontería que había hecho. Además de peligrosa. No solo por su seguridad, sino por la de Logan, que había salido en mitad de una tormenta a buscarla, y la de Onyx, que podía haberse perdido.

Por mucho que le molestara, le había dado motivos para reprenderla.

—Anna —la llamó, intentando que le devolviera la mirada. Al no conseguirlo, sostuvo su barbilla para hacerle girar la cabeza hacia él de forma delicada.

—¡No pensaba! —confesó antes de enfrentarse a su ceño fruncido—. Estaba frustrada y…

Dejó la frase inacabada cuando se fijó en él y descubrió la sonrisa en su cara. Ni siquiera trataba de ocultarla. Lo que sea que estuviera diciendo, resultaba divertirlo.

—¿Qué? —preguntó molesta. Le costaba más que a Logan cambiar de humor, y no era capaz de seguirlo con cada giro que daba.

—Temeraria —dijo él, dándole un pequeño golpecito en la nariz.

Anna alzó su mano para restregársela, preocupada porque mostrara su habitual matiz rojo.

—Al menos ya no está fría —le informó Logan.

—Sí, tranquilo. Ya puedes volver a tu importante trabajo —dijo ella, todavía dolida por cómo había decidido abandonar sus salidas diarias de repente.

Molesta, se levantó de la cama. Sin embargo, no llegó a dar dos pasos. Sus piernas seguían débiles y no pudieron con su peso.

Logan se había levantado con ella y la sujetó en cuanto la vio vacilar. La acercó hacia sí en un movimiento rápido, haciendo que Anna perdiera la poca fuerza que le quedaba. El aroma a lavanda que le llegaba desde su chaqueta le recordó lo mucho que lo había extrañado en las últimas horas. Aquella vez estaba mezclado con algo más. No era capaz de descifrar el qué, pero de pronto se vio de vuelta en la terraza de la mansión, con un deseo irrefrenable de acercarse más a él.

Logan se agachó hasta poner su brazo detrás de sus rodillas y, un segundo después, la levantó del suelo.

Ella puso los brazos alrededor de su cuello, como había acostumbrado a hacer en sus paseos hasta el establo.

—Anna, para —le pidió él.

—¡No me estoy moviendo! —se quejó. Ni siquiera había dicho nada en cuanto sus brazos la sostuvieron, con la esperanza de poder disfrutarlos un poco más.

No tenía frío y, además, el calor que sentía a su lado derretía algo dentro de ella.

Se acercó un poco más a él mientras la llevaba de vuelta a la cama.

—Digo aquí —le explicó él, dándole un golpe suave en la frente—. No eres una molestia, ¿vale? —Luego colocó el pelo de Anna detrás de

su oreja. Se sintió extraña con su melena cubriéndole los hombros. No solía llevarla suelta. De igual modo, la mirada perdida de Logan al recorrer su cabello le hizo olvidar sus inseguridades—. Casi muero aterrado cuando entendí que habías salido sola.

—¿Cómo lo supiste?

La sonrisa de Logan fue instantánea.

—Me lo dijo Onyx.

—Sí, claro.

—Vino a buscarme. Estaba tan asustado como yo —le aseguró de buen humor.

Ella solo negó con la cabeza, incapaz de creer sus palabras.

Aun así, notaba un cosquilleo en su estómago al recuperar al Logan feliz. Parecía que mil mariposas hubieran despertado dentro de ella, batiendo sus alas sin descanso.

De pronto, su cuerpo le dolía menos.

Logan se rio. Una risa corta y nasal antes de volver a recuperar su semblante serio.

Abandonó sus ojos para buscar sus manos. Las rodeó, cubriéndolas con su habitual calidez reconfortante.

Ella respiró hondo, como si no hubiera podido hacerlo en mucho tiempo.

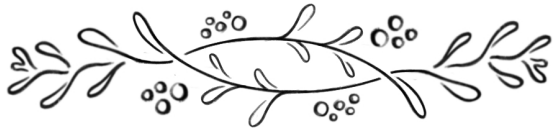
—Prométeme que nunca más harás algo así —le pidió él.

El tono que usó hizo que la imagen del Logan devastado que había visto junto a su cama la noche anterior reapareciera en su memoria, y supo que le prometería cualquier cosa con tal de no verlo nunca más en ese estado.

—No tengo intención de morir congelada, tranquilo —le prometió en un susurro.

—Bien —respondió él satisfecho. Después, alzó las manos de Anna, besando sus nudillos y cada uno de sus dedos.

Ella se mantuvo tan quieta como pudo por miedo a perturbarlo y que se apartase. Mientras, cerró los ojos imaginando cómo sería sentir aquellos labios sobre los suyos, la llama que encendía en su cuerpo, directamente en su boca.



Logan se marchó poco después para retomar su trabajo, y Anna había disfrutado tanto de su visita, que no le importó que tuviera que ausentarse. Al menos tenía recuerdos con los que fantasear en silencio.

Además, estaba demasiado cansada y, aunque le hubiera gustado seguir con Logan cerca, sus ojos empezaban a cerrarse, llamándola a perderse en sus sueños.

Se despertó horas más tarde, cuando el sol ya se escondía por el horizonte.

Sobre su mesilla había un chocolate caliente todavía humeante, por lo que supuso que había sido Albert al salir de la habitación y cerrar la puerta quien la había despertado.

Hizo memoria del día, hasta que encontró el momento que encogía suavemente su estómago. Una sensación que no la abandonaba de que debía hacer algo.

Retrocedió hasta la conversación con Mara.

«Si conocieras la historia completa, lo entenderías».

Había asegurado a Logan que no publicaría su artículo sobre él o su familia, pero no había mencionado nada sobre averiguar su secreto. Un secreto que, según parecía, lo dañaba más que lo ayudaba. Y que, aun así, luchaba por proteger.

Se levantó de la cama con cuidado, comprobando la fuerza de sus piernas.

Las últimas horas de sueño le habían venido de maravilla. Se encontraba mejor, y su cuerpo también.

Trenzó su pelo y buscó su bufanda verde, colocada sobre una silla junto a la chimenea. Tan solo esos dos detalles la ayudaron a recuperar un poco más de energía.

Salió al pasillo con cautela, temiendo encontrarse a Albert, quien, por suerte, debía creer que continuaba dormida.

Comenzó su camino siguiendo los cascabeles escondidos. Le habían parecido una buena idea; una alarma de que se acercaba a una zona que debía evitar.

Sin embargo, cuando se acabaron las pequeñas pistas, tardó en asegurarse de que había llegado bien. Recordaba el ala de Logan con corredores oscuros y vacíos, y en cambio, el que se extendía frente a ella, mostraba la madera del suelo bañada con un brillo dorado que el sol dejaba a través de las ventanas. Las cortinas habían sido descorridas, como en el resto de la mansión, haciendo que el espacio se viera más cálido.

En cuanto a la decoración, nada había cambiado. Aquel espacio era la prueba de que Logan apenas se permitía disfrutar de nada. O quizás de que las obras de arte de la casa le producían el mismo terror que a ella.

Escuchó su voz proveniente de la puerta de su despacho. Hablaba por teléfono sobre algún contrato que tenía que revisar.

Aun así, no era el trabajo de Logan lo que le preocupaba, sino cómo iba a descubrir los secretos de su padre, Christopher Winters.

Unos pasos provenientes del final del pasillo alertaron a Anna, obligándola a moverse sin pensar siquiera un plan.

Avanzó hasta la siguiente puerta y la cerró detrás de sí. Estaba a oscuras y tardó en ajustar su vista a la poca luz que provenía de las ventanas. Estaban cerradas y tapadas con contraventanas, pero por sus rendijas se colaba el destello anaranjado que dejaba el sol en su despedida.

Agudizó el oído hasta cerciorarse de que los pasos no la seguían. Parecían haberse detenido al llegar al despacho de Logan, que continuaba hablando por teléfono.

Salió de su escondite, detrás de un sofá tipo chester de tres plazas que había en un lateral. El olor del cuero del sofá se mezclaba con el del polvo y humedad que había en esa habitación.

No tenía dudas de que era una estancia cerrada que no usaban a menudo.

Al fondo, pudo ver la sombra de un escritorio. Era más grande que el de Logan, y la silla también se veía más imponente. Casi como un trono.

Ese debía ser el despacho de Christopher Winters, el padre de Logan, lo que explicaba que estuviera cerrado.

Se acercó a la mesa, y un escalofrío le recorrió la espalda al toparse con la mirada de su dueño observándola desde uno de sus retratos. Solo esperaba que de verdad no hubiera fantasmas en aquella terrorífica casa, porque no necesitaba darle más motivos a sus piernas para desfallecer. A pesar de haber recuperado bastante energía en las últimas horas, todavía le dolía cada músculo.

Todo estaba cubierto de polvo salvo el centro del escritorio, como si no se hubiera usado en demasiado tiempo.

Anna curioseó cada rincón y lo primero que encontró fue una foto enmarcada. Apenas reconocía a las personas que había allí, aunque sabía de quiénes se trataba. Era una foto similar al retrato que le había llamado la atención en la noche de la Fiesta del Encendido. Una mujer rubia con el pelo perfectamente peinado en grandes ondas y un collar de perlas exhibía una sonrisa enorme, muy similar a la de Logan. A su lado, un niño de unos siete años, con un traje de chaqueta y muy repeinado.

Anna sonrió al ver al pequeño Logan, feliz, rodeado de sus padres. Ya por aquel entonces vestía elegante.

Dejó la foto para seguir con su búsqueda. Abrió algunos cajones sin encontrar gran cosa, hasta que alcanzó el más bajo en el lado derecho del escritorio.

Parecía atascado debido a una tabla desconchada en el lateral del cajón. Anna tiró con fuerza para abrirlo, y del ímpetu se le escapó el tirador, provocando su caída de espaldas contra la silla, incidiendo sobre su dolor ya existente por la aventura del día anterior.

La cabeza le daba vueltas al tiempo que trataba de ponerse en pie, y entonces escuchó los pasos que la habían asustado un momento antes.

Se dispuso a cerrar el cajón cuando vio el desperfecto que había hecho. La tabla suelta se había soltado del todo, y de su interior se desparramaba un fajo de folios.

El pulso se le aceleró cuando se dio cuenta de que había encontrado un compartimento secreto. Sabía que los escritorios antiguos solían tenerlos y, en cambio, no se le había ocurrido buscarlo allí.

De pronto, la puerta del despacho se abrió dejando entrar un haz de luz.

Anna se agachó rápidamente, tomó los papeles y se escondió debajo de la mesa, esperando haber sido lo suficientemente rápida.

Desde ahí, trató de cerrar el cajón, que estaba tan estancado como cuando lo había abierto.

—¿Qué ocurre, Albert? —escuchó la voz de Logan desde el otro lado de la habitación.

El corazón de Anna se puso a latir frenético mientras se esforzaba en centrarse, a pesar del dolor punzante de su cabeza. La luz de la enorme lámpara en el centro del despacho, recién encendida, tampoco la ayudaba con su mareo.

Más pasos lentos sonaron contra el suelo y luego de manera amortiguada contra la alfombra, pero Anna era capaz de oír y sentir todo, tan alerta como estaba.

Cerró sus manos en puños para evitar su temblor al tiempo que trataba de sofocar los nervios que la ahogaban.

Un segundo más tarde, pudo ver los zapatos brillantes de Albert deteniéndose frente a ella. Después, su huesuda mano descendió y, cuando pensaba que iba a retirar la silla para descubrirla, cerró el cajón de un golpe, haciendo que Anna saltara en su sitio del susto.

—Uno de los cajones estaba abierto, aunque no parece que falte nada —anunció el mayordomo, irguiéndose.

—¿Anna? —la voz de Logan sonaba más cercana.

—No se me ocurre nadie más merodeando por la casa, señor.

—No debería estar aquí —dijo antes de respirar hondo—. Hace mucho frío para ella.

Los pies de Albert se alejaron y Anna se permitió respirar levemente, a pesar del nudo en su garganta que seguía poniéndoselo difícil.

—Creo que hay otro problema más grave al que podríamos enfrentarnos, si ha encontrado lo que buscaba.

—Se acaba de recuperar de una hipotermia grave. Llévele un chocolate caliente, Albert —repuso Logan cortante, ajeno a la preocupación del mayordomo.

—Sí, señor —aceptó este con un tono resignado—. ¿Y respecto a…?

—Yo me encargo.

Logan había terminado con aquella conversación de forma tajante, aunque Anna no sabía si era buena noticia o no. ¿De qué forma podría encargarse? No quería volver al punto de partida con él.

La habitación se quedó de pronto a oscuras y, un segundo más tarde, la puerta se cerró de golpe, haciendo que Anna pegara un nuevo bote en su sitio. Sin embargo, tardó todavía un rato en ponerse en marcha.

Estaba hecha un manojo de nervios y no se veía capaz de mover uno solo de sus músculos.

Cuando su respiración pareció recuperar la normalidad, se aventuró a salir de debajo de la mesa, comprobando cómo el golpe contra la silla había dejado magullado su ya maltrecho cuerpo.

Después de dudar durante un largo rato, comenzó a leer el primero de los documentos que tenía entre sus manos, alumbrada con la linterna de su móvil. Únicamente necesitó las primeras frases para que un vacío se instalara en la boca de su estómago.

Se trataba de un contrato entre Empresas Winters y el Orfanato de Winterswood. El objeto de este era el acuerdo de mano de obra barata, contratando a los chicos para trabajos físicos peligrosos.

Leyó el documento por encima hasta llegar a la firma casi ininteligible de Christopher Winters.

Pasó al siguiente grupo de folios grapados: un contrato con el Hospital de Winterswood. El acuerdo consistía en encarecer el precio de los medicamentos para llevarse una mordida. Al final del documento aparecía de nuevo la firma de Christopher Winters.

Siguió revisando los papeles que tenía en la mano, descubriendo distintos tratos con empresas públicas de Winterswood.

El corazón se le iba arrugando al darse cuenta de cómo el anterior señor Winters había tenido engañado a su pueblo. No era el salvador de Winterswood, sino su mayor villano.

Los papeles que leía en aquel momento con detenimiento eran la prueba de ello.

Había encontrado el secreto de Winterswood. Pero ¿cómo afectaría eso a Logan?

17
LA REALIDAD

Tras su descubrimiento, Anna se había encerrado en su habitación.

El mayordomo se pasó para llevarle el chocolate caliente que Logan le había pedido, pero no quiso abrirle la puerta, excusándose en que se encontraba mal.

Logan también se había interesado por ella, y de nuevo le relató la misma excusa. Aunque en su caso, el dolor de tripa se volvía real.

Había descubierto su secreto, el que con tanto ahínco trató de ocultarle, y no sabía cómo actuar.

Después de sacar fotos a todos los documentos, los devolvió al cajón con el suficiente cuidado de no caerse una vez más y llamar la atención. Sin embargo, esconder los contratos no significaba ocultar el secreto de nuevo. Ya lo había descubierto, y no se le iba de la cabeza.

Tenía las pruebas y la historia perfecta para su portada. Sin embargo, no consiguió escribir una sola línea en el ordenador. Era como si las palabras se esfumaran antes de llegar a sus dedos.

A la mañana siguiente, aprovechó la ausencia de Albert para salir de su dormitorio, sin tener muy claro el rumbo.

Dado que no había dejado que nadie entrase en su dormitorio, la llama de la chimenea apenas se había mantenido y el frío se había instalado en su cuerpo, por lo que se enfundó el abrigo largo que usaba cada día, aún con varias zanahorias en su bolsillo.

Había pasado la última media hora vagando por la casa, dándole vueltas a su reciente descubrimiento y lo que haría con él, cuando la imagen frente a ella la dejó sin palabras. Sin saberlo, había encontrado el camino a la terraza, con las escaleras de mármol tallado que se veían incluso más espectaculares con la luz del sol incidiendo sobre ellas.

A diferencia de la última vez, las cortinas estaban descorridas y la luz bañaba las paredes, convirtiendo el espacio en un palacio de ensueño.

Tenía que convencer a Logan de dejar las ventanas siempre a la vista. La mansión cambiaba completamente cuando lo hacía, incluso con el frío que seguía inundando sus pasillos.

Subió las escaleras a toda velocidad, deseando sentir el aire en su rostro.

En cuanto salió al exterior, cruzó rápidamente el espacio hasta llegar a la barandilla de piedra que lo rodeaba. Se apoyó en ella, respirando profundamente mientras su mirada se perdía en la lejanía. Sintió el dolor en sus ojos al enfrentarse a un plano mucho más extenso.

Su nariz tardó poco en absorber todo el frío que pudo y, restregándosela suavemente, supo que ya estaría de color rojo. Al menos, sus manos parecían aguantar más.

Se giró en busca del muñeco de nieve que había creado junto a Logan unos días atrás, y fue cuando encontró al anfitrión de la casa sentado en uno de los bancos de forja, observándola en silencio.

—No sabía que estabas aquí —dijo ella, obviando el saludo. Todavía no había decidido cómo actuar con él. ¿Debía contarle que había descubierto su secreto? ¿Cómo reaccionaría al enterarse? ¿Y qué iba a hacer con la información? Era su billete para el Winterswood Papers, pero podría suponer la caída de Logan y su entramado de empresas.

Estaba hecha un lío, y la única conclusión a la que había conseguido llegar, después de pensarlo demasiado, era que necesitaba un respiro, abandonando todas aquellas preguntas en el fondo de su mente.

Se fijó en Logan. Algo en él le resultaba distinto esa mañana. Le recordaba al hombre que mantenía en su memoria tras su accidentada salida con Onyx: cansado y desaliñado. Como si tuviera demasiadas preocupaciones en la cabeza.

Aun así, su aspecto siempre era muy elegante. Su pelo brillaba bajo la luz del sol, moviéndose cada poco con el aire que soplaba en la terraza. Llevaba el abrigo abierto, por lo que Anna pudo comprobar que se había olvidado de la corbata, y su clavícula asomaba tras las solapas de la camisa entreabierta.

Aquella imagen habría transmitido una oleada de frío en Anna, que se cerró más su abrigo, solo con verla; pero, en cambio, fue calor lo que comenzó a recorrer su cuerpo.

Daba igual que Logan dejara de arreglarse: seguía pareciendo salido de alguna novela o película. Incluso sin su sonrisa, que Anna empezaba a echar de menos, seguía siendo más guapo que cualquier otro hombre que hubiera conocido.

—Por mí no te preocupes —le dijo él, recostándose más en la forja del banco, poniendo los brazos sobre el respaldo.

Anna se preguntó si lo hacía a propósito, o si de verdad no era consciente de lo atractivo que era.

Tras pensarlo durante un momento, se acercó a él y tomó asiento a su lado.

—¿Un día duro en el trabajo? —preguntó, sin saber si darle un tono ligero a su pregunta. Se lo veía realmente exhausto.

—Suelen serlo.

No había un ápice de buen humor en él; tampoco de malo.

Ignoró el cosquilleo en sus dedos que le decía que podía deberse a su incursión el día anterior en el despacho de su padre. Sin embargo, estaba segura de haber dejado todo como estaba antes de irse.

—No se te veía tan mal en otras ocasiones.

Logan se giró hacia ella, atrapando sus ojos como solía hacerlo. Pidiéndole permiso para bañarse en ellos, para empaparse de su mirada con desesperación, como si fuera la última vez que pudiera contemplarlos.

Luego descendió la vista hasta su boca, provocando que el cosquilleo en los dedos de Anna se trasladara al centro de su pecho mientras tomaba aire profundamente.

Su mano abandonó el respaldo de la forja para sostener su trenza con delicadeza.

—Supongo que antes no sabía cómo podía ser un buen día.

Anna no dijo nada, insegura sobre si sería capaz de encontrar alguna palabra que quisiera cruzar sus labios. Se mantuvo en

silencio, dejando que el sol la calentara suavemente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entonces Logan. Había dirigido su mirada hacia sus ojos, haciendo que sus nervios se disparasen.

—Venía a visitar al Señor Escarcha.

—¿Al Señor Escarcha? —preguntó divertido.

Anna se contagió de su reciente sonrisa, satisfecha por haber conseguido que reapareciera.

—Bueno, necesitaba un nombre —se excusó.

—¿Y tenías que escoger el más feo?

Ella exageró un gesto de ofensa abriendo su boca al máximo y arrugando la frente.

—¡Claro que no! ¿Cómo lo llamarías tú? —quiso saber.

—Glacius I, Conquistador de Tormentas —dijo él después de pensarlo.

—¿Y el mío te parece feo? —intentó picarlo, consciente de que aquel nombre era mucho más interesante que el que había elegido ella.

Logan se rio, aunque Anna pudo darse cuenta de que era una risa pesada que no llevaba ni un ápice de alegría en su tono.

Se quedaron en silencio, observando al guardián de nieve.

—En realidad, me gusta más tu nombre —admitió ella más tarde.

Él sonrió, y, una vez más, su gesto no llegaba a sus ojos.

—Dudo que pueda seguir con esto, Anna.

Ella se giró hacia él, perdida en la conversación. Un momento antes estaban hablando del muñeco de nieve, pero él parecía estar concentrado en otro asunto, y la sensación de fatiga se intensificaba sobre sus hombros.

Se encontró con la mirada de Logan, que la observaba de manera intensa, como si buscara alivio en sus ojos verdes. Luego él la desvió, de vuelta al guerrero helado que vigilaba sus tierras.

Anna alargó su mano con algo de duda. Quería darle ese consuelo que necesitaba, arroparse en su calor, que él pudiera sentir el suyo, el que corría por sus venas cuando estaban tan cerca.

Sin embargo, se quedó a medio camino con la mano en el aire.

Un segundo más tarde, Logan alzó la suya hasta entrelazar sus dedos con los de Anna. Se movían con lentitud, como si quisiera sentir cada centímetro de su piel antes de dejar ambas manos unidas.

Miró sus dedos enredándose, hipnotizada con su movimiento sinuoso y ardiente, como el de las llamas de su chimenea.

—Me pregunto qué sentido tiene todo —siguió diciendo Logan, también concentrado en la actividad de sus manos—. Seguir luchando —explicó.

Buscó en el bolsillo de su pantalón y sacó de él un sobre. Lo observó en silencio, al igual que ella.

—¿Sabes? Siempre he querido contarlo todo. Siempre estoy a punto de hacerlo —alzó después su mirada, llamando la atención de Anna—. Luego pienso en que entonces llegará otro Christopher Winters, quizás un Jaxx o un Callahan, y hará lo mismo sin que nadie pueda detenerlo. Solo el poder puede detener el poder, Anna. Pero yo nunca lo he querido.

Extendió el sobre hacia ella, que lo tomó con cautela.

—Para tu historia —le informó—. Ahí está todo. Será una buena portada. Conseguirás el puesto.

Ella se quedó contemplándolo sin llegar a abrirlo.

Tenía escrito «La verdad de Winterswood» en la parte delantera, con una caligrafía perfecta.

—Logan… —No sabía bien cómo empezar.

—No voy a seguir con esto, Anna —dijo distraído. Su mano libre había alcanzado su trenza, recorriéndola suavemente con sus dedos bajo su atenta mirada.

Ella apenas podía pensar con claridad. No, cuando Logan acariciaba su cuerpo con tanta delicadeza. Se preguntó si sabía el efecto que tenía en ella y si actuaba de aquel modo adrede, para evitar que pudiera hacerle cambiar de opinión.

—Pero si esto sale a la luz…

—Supongo que necesitaba el empuje adecuado. O a la periodista adecuada. —Logan se olvidó de su pelo para mirarla.

—Se te echarán encima. Podrías perderlo todo —le avisó, olvidando fingir sorpresa ante lo que Logan estaba insinuando. Se suponía que ella no debía saber nada de su secreto.

Pero, lejos de enfadarse, él la observó con mayor interés, entendiendo su repentina preocupación.

—He encontrado algo que me da más miedo perder —dijo él, distrayéndose de nuevo con su trenza, recorriéndola de arriba abajo, presionando cada mechón de pelo que se escondía bajo el anterior.

La mano que se deslizaba a lo largo de su cabello rubio llegó hasta su cuello, rodeándolo lentamente, empujándola con suavidad

hacia él, mientras él se dejaba caer a su lado, sin prisa, haciendo que el mundo a su alrededor desapareciera.

—Aún hay muérdago en el árbol —susurró contra sus labios.

—¿Qué…? —Su voz se apagó, atrapada por la anticipación. Había olvidado de qué estaban hablando. Únicamente quería precipitarse sobre su boca, dejar que él la atrajera un poco más. El tiempo parecía haberse detenido en ese instante, y cada segundo que pasaba se estiraba infinitamente. El roce de su mano, su cercanía, el aroma que la envolvía… Todo la llamaba, la atraía hacia él con una fuerza a la que no quería resistirse.

Sin embargo, no pudo obviar el sonido estridente de su teléfono que le hizo dar un bote en su asiento rompiendo el hechizo que los mantenía unidos.

Tardó un segundo en darse cuenta de que la música provenía de su bolsillo y, tras pestañear varias veces, buscó su móvil en el pantalón. La cara de su amiga le guiñaba un ojo desde la pantalla, esperando a que descolgara.

—¿Bel? —preguntó en voz alta, extrañada, con el teléfono todavía sonando. Miró a Logan, como si le pidiera disculpas por tener que responder, pero su amiga nunca la llamaba, era más de mensajes, y le preocupaba que hubiera ocurrido algo con su tía.

Él sonrió levemente, haciéndole ver que no le importaba que su conversación terminara ahí, y ella se levantó, acercándose a Glacius I y descolgando.

—¿Hola? —preguntó conteniendo los nervios.

Sin previo aviso, un chillido le llegó a través del auricular, amenazando con acabar con su audición.

—¡Ya puedes volver a casa! —gritó la voz de su amiga desde el otro lado de la línea.

—¿Qué? —preguntó confusa. No entendía nada.

—¡Desbloquearon el valle por la noche! —respondió Bel emocionada—. Acabamos de enterarnos.

—¿Por la noche? —preguntó ella, intentando juntar todas las piezas del rompecabezas que su amiga le lanzaba con cada frase.

—¡Sí! En cuanto terminaron en la carretera de Pinebrook, fueron al valle. Cortesía de Jaxx Corporate —canturreó.

Anna frunció el ceño con la nueva información. Había escuchado antes ese nombre, en boca de Albert. Era la persona con la que Logan

tenía una reunión telefónica cuando terminaron de alzar el muñeco de nieve.

—Pero eso significa… —dejó la frase inacabada mientras veía la silueta de Logan alejarse hacia la salida.

—¡Que vuelves a casa! —gritó Bel en su oído.

Anna sintió cómo se le encogía el estómago. Había deseado marcharse de allí en demasiadas ocasiones. Sin embargo, con cada día que pasaba junto a Logan, ese sentimiento se había ido esfumando y quedaba poco de aquel anhelo.

De hecho, no recordaba la última vez que había fantaseado con volver a su hogar. Y de pronto, podía hacerlo en cualquier momento.

—¿Tienes todo recogido? ¡Tu tía está deseando verte!

Bel seguía gritando en su oído, ajena a los sentimientos encontrados con los que luchaba ella. ¿No debería sentirse feliz por volver?

—¡Anna! —la voz al otro lado del teléfono la reprendió tras esperar durante un rato una respuesta que no llegaba.

—Sí, sí. Perdona. No tenía equipaje cuando llegué, así que…

Tendría poco que recoger. Como mucho, dejar su dormitorio en su estado inicial, con los cuadros aterradores vigilando desde las paredes y la decoración navideña de vuelta en sus cajas.

—¡Genial! —exclamó su amiga—. ¡Nos vemos hoy entonces!

Siguió hablando, entusiasmada por volver a reencontrarse con ella y rescatarla de la tétrica mansión; Anna, en cambio, estaba despistada, tratando de entender por qué no conseguía alegrarse.

—Bel, tengo que colgar —la cortó, a pesar de que esta seguía relatando todos los planes que quería que hicieran juntas antes de Navidad.

Sin esperar a que respondiera, presionó el botón rojo en la pantalla del teléfono y se dirigió a la puerta que llevaba de vuelta a la casa.

—¡Logan! —lo llamó, aunque no vio rastro de él. Siempre le sorprendía la velocidad con la que se movía por los pasillos, como si fuera una sombra que los recorría en silencio.

No estaba por ningún lado, así que lo buscó en lo que había empezado a entender como su refugio: su despacho.

Cuando entró en él, después de seguir los cascabeles escondidos tras las armaduras de los pasillos, descubrió a Logan de pie, junto a

una de las altas ventanas que iluminaban la estancia. La que miraba distraído la última vez que estuvo allí con él.

De pronto, se dio cuenta de que nunca había sentido el terror que le producía la casa en aquella habitación. Se preguntó si se debía a que él siempre se encontraba en ella.

Solo cuando se colocó a su lado, él se movió, buscando sus ojos, suplicándole una última mirada antes de despedirse. Le había dedicado esa misma mirada en la terraza, pero solo en aquel momento la entendió. Él ya sabía que se iría.

—¿Es cosa tuya? —preguntó, si bien no tenía dudas de la respuesta.

Él alzó su mano hasta alcanzar su trenza; un gesto que había repetido en cada uno de sus encuentros.

—Logan, el valle está desbloqueado —le informó, sabiendo que no era una novedad para él.

—Entonces, ya puedes marcharte —le dijo.

—¿Qué has hecho? —Puso su mano sobre la de él, que aún sostenía su pelo entre sus dedos.

Logan la observó mientras entrelazaba sus dedos con los de ella hasta que quedaron perfectamente acoplados.

—Por una vez, algo bueno. Podrás conseguir el trabajo a tiempo.

—Yo no… —Todavía no había decidido qué hacer, aunque Logan parecía tenerlo claro.

Metió la mano que tenía libre en el bolsillo de su abrigo, buscando el sobre que él le había entregado. ¿Sería capaz de escribir la noticia ignorando las consecuencias?

Antes de que pudiera decir nada más, la puerta del despacho se abrió y Albert apareció tras ella, provocando que la mano de Logan abandonara la suya en un movimiento tan sutil como veloz.

—Señorita Anna, supuse que la encontraría aquí —dijo con un toque de ironía en su voz—. Tiene usted visita.

Logan se giró de vuelta hacia la ventana, desde donde se veía la entrada a la mansión. A lo lejos, un coche verde cruzaba las altas verjas que bordeaban los terrenos.

—Por ahí llegan —dijo.

Anna lo miró, confusa por el tono triste que inundaba sus palabras. Sonaban vacías, resignadas. Como si su propia tristeza lo hubiera alcanzado, envolviéndolo del mismo modo que la envolvía a

ella. Pero era él quien había desbloqueado el valle, quien la quería fuera de allí.

Albert se acercó hasta donde estaban, por lo que Anna se sintió un poco más incómoda, incapaz de extender su mano para alcanzar la de Logan, para volver a sentir la llama que siempre encendía en ella y que parecía haberse apagado.

—Si me acompaña —dijo el mayordomo—. Estoy seguro de que su familia estará deseando verla.

El tono alegre que utilizó contrastaba con el color grisáceo que todo había tomado a su alrededor.

Logan no había vuelto a mirarla, concentrado en el vehículo que cruzaba la nieve hasta parar al lado del coche de Bel, que permanecía congelado bajo los escalones de la entrada de la casa.

—Sí, claro. Ya voy —accedió ella, finalmente.

Se dio la vuelta y salió del despacho sin ninguna otra palabra cruzando sus labios o los del rico heredero.

El mayordomo la seguía de cerca, pero, para suerte de Anna, también se mantuvo en silencio. Supuso que se alegraría de poder deshacerse de ella por fin.

Tras unos minutos y varios pasillos que Anna recorrió contemplando todo como si fuera a ser la última vez, alcanzaron la entrada de la mansión.

Albert abrió la puerta, y ella salió al frío del exterior. Aún llevaba el abrigo que tomaba prestado cada día para visitar a los caballos. Aquel día no había tenido tiempo de hacerlo, ni de despedirse de ellos.

—¡Anna! ¡Cariño!

Los brazos de su tía Elena la rodearon antes de que se percatara de que estaba allí.

El suave olor a canela que siempre había asociado a su tía le vino como una ráfaga con su abrazo.

A ese abrazo se unió rápidamente Bel, chillando de alegría, como tenía por costumbre. Su novio Preston, en cambio, se quedó apartado, viendo la imagen y saludando más tarde a Albert.

Una vez las dos se dieron por satisfechas con el contacto recuperado con Anna, se separaron.

—Hola —dijo feliz, o al menos tan feliz como pudo mostrarse.

Sabía que tenía que irse, volver a su vida. Nunca había dejado de ser una invitada en la Mansión Winters. Pero la alegría se le

atascaba.

—¿Qué te pasa? ¿No te ha gustado la sorpresa? —preguntó su tía, dándose cuenta de su estado de ánimo a pesar de sus esfuerzos por esconderlo—. ¿Ha pasado algo con… —bajó el tono de voz— el Grinch de los Winters?

—¡Eso! —corroboró Bel—. Pensaba que te alegrarías de vernos —se quejó.

Anna desvió por un segundo la mirada hasta las ventanas de la mansión donde esperaba ver a Logan, que parecía haberse esfumado. Supuso que habría vuelto al trabajo.

—Sí, claro que me alegro —dijo después, regresando a la conversación con su familia—. Estoy un poco sorprendida de veros aquí, nada más. No esperaba que ocurriera tan pronto.

Extendió una sonrisa que abarcó el máximo de su cara, aunque no era capaz de sentir esa alegría que pretendía demostrar.

—Supusimos que el coche seguiría congelado. Por eso hemos venido a recogerte; queríamos darte una sorpresa. ¡Hoy podrás dormir sin fantasmas! —la animó Bel, abrazándola una vez más.

—Claro. Debería ir a por mis cosas —dijo abrumada.

¿Cuándo había cambiado tanto su opinión respecto a la casa? Incluso le sentaba mal que su amiga hablase de ella de tal forma.

Albert se acercó a donde estaban.

—Señorita Anna, me he tomado la libertad de empaquetar todo por usted. Supuse que querría volver a Winterswood cuanto antes —le dijo con gesto amable mientras le acercaba una bolsa con las pocas pertenencias que tenía allí.

En su otra mano llevaba su abrigo, el que trajo el día que llegó y que no se había vuelto a poner para sus salidas, pues el que le había prestado Logan era más largo y la abrigaba mucho más.

Anna asintió tomando la bolsa, que pesaba más de lo que imaginaba, posiblemente no solo por lo que hubiera dentro, sino por lo que dejaba en aquella mansión.

Después, el mayordomo la ayudó a cambiarse de abrigo.

—La señora Mara siente no poder despedirse en persona debido a compromisos ineludibles.

—Claro, gracias Albert —respondió, ignorando la decepción de no poder despedirse de su primera amiga allí.

—Sí, gracias tío. —Bel le dio una palmadita en la espalda, haciendo que su sonrisa desapareciera—. Bueno, ¿nos vamos? —se

dirigió entonces a Anna.

—Supongo que ya nada me retiene aquí —dijo con un hilo de voz.

Su tía Elena la rodeó con el brazo notando su falta de ánimo.

Anna, en cambio, se dio cuenta de una extraña realidad. Elena siempre había sido quien la había reconfortado con sus abrazos. Sin embargo, el calor que le hacía llegar en ese momento le parecía más bien una descarga de aire helado en comparación con el que Logan solía despertar en su piel con cada roce.

Y esa calidez había terminado de pronto, sin ni siquiera una despedida.

—Te voy a preparar el chocolate más rico que hayas probado nunca —le prometió su tía al tiempo que la empujaba en dirección al coche—. He estado refinando la receta.

—¿Has comprado otra marca de brick? —quiso picarla ella.

—¡Pues sí! —respondió feliz, haciendo caso omiso a la burla inocente de Anna—. Y he encontrado una nata nueva... ¡para chuparse los dedos!

Anna dejó escapar una suave risa mientras Preston le quitaba la bolsa de las manos para guardarla en el maletero y todos se metían en el coche.

Sus ojos aprovecharon para vagar hacia la terraza. Desde donde estaba, solo alcanzaba a ver la cabeza de Glacius I, su muñeco de nieve. Se arrepintió de no haberle hecho una foto antes de irse.

Luego, su mirada descendió hasta la ventana que unos minutos atrás había compartido con Logan.

De nuevo, una sombra la ocupaba.

La respiración de Anna se congeló por un segundo. ¿Se lo estaría imaginando? ¿Hasta ese punto había llegado su desesperación?

Pero sin aguardar a que pudiera confirmarlo, el coche se puso en marcha y Anna y su familia se encaminaron hacia Winterswood, de vuelta a la realidad. Una realidad que había olvidado demasiado bien en los últimos días.

Su teléfono sonó, y el nombre de su jefe apareció en pantalla.

Definitivamente, una realidad que no sabía cómo afrontar.



18
LA PORTADA

Los dedos de Anna se movían ágiles sobre el teclado, y sin embargo, no había avanzado nada en las últimas horas.

Según terminó la frase que había escrito, la releyó. Suspiró, como tantas veces había hecho desde que se sentó al ordenador, y comenzó a pulsar la tecla de borrado, cada vez con más insistencia debido a su desesperación.

Se quedó mirando la página en blanco con fastidio. Era como si se estuviera riendo de ella por ser incapaz de mantener tan solo unas palabras escritas.

Decidió abandonarla por un momento y revisar su teléfono. Refrescó todas sus bandejas de entrada, lista de llamadas, redes sociales. No había conseguido hablar con Logan y él tampoco había tratado de ponerse en contacto con ella.

—Cariño, ¿cómo vas? —La voz de su tía la sobresaltó cuando apareció por la puerta de la cocina.

—Bien, todo bien —mintió con su mejor sonrisa. Había sido capaz de mejorarla en los últimos días, aunque en su interior seguía esa pequeña desazón de la que no conseguía librarse, con la imagen de Logan en la ventana, observando cómo se marchaba.

—Creo que tu ordenador no lo tiene igual de claro —respondió Elena con una sonrisa suave.

Anna sabía que no lograba engañarla. La había visto preocupada por ella, a pesar de sus esfuerzos por recuperar la normalidad. El primer día pudo conseguirlo, culpando al cansancio del viaje y la emoción del reencuentro; pero aquella excusa había prescrito ya.

Finalmente, liberó un pequeño resoplido mientras apoyaba la cabeza en sus manos.

—No soy capaz de escribir ni una palabra. Es como si no supiera qué quiero contar.

Elena se sentó a su lado.

—¿Tienes todas tus notas contigo? —preguntó.

Dado que Albert fue quien preparó su bolsa, no tuvo tiempo de recoger el cuaderno que había escondido en el escritorio de su dormitorio, así que solo contaba con la información que había guardado en su mente o su teléfono.

Tenía lo suficiente para una gran historia, de eso estaba segura. El problema era que no encontraba la forma de escribir todo sin hundir a Logan por el camino.

—Creo que no sé cómo enfocarlo —dijo cerrando la tapa de su ordenador—. Puede que no sea tan buena periodista, al fin y al cabo.

Elena se acercó para rodearla con su brazo, y Anna volvió a sentir ese calor vacío mientras extrañaba el que Logan solía despertar en ella.

—Todos tus trofeos dicen lo contrario.

—Son trofeos de niños.

La risa de su tía hizo vibrar su cuerpo.

—El talento no desaparece, cariño.

Anna sacudió suavemente la cabeza, pero no dijo nada más, perdiéndose en las caricias que su tía dejaba al recorrer su pelo.

—¿Has intentado hablar con él?

Ante esta pregunta, tuvo que hacer un esfuerzo para no moverse de su sitio y mantenerse impasible.

—¿Con quién? —fingió no saber a quién se refería, aunque solo había un «él» que no salía de sus pensamientos desde que abandonó la Mansión Winters.

El pecho de su tía vibró una vez más bajo su abrazo. La estrechó algo más fuerte por un momento y luego la obligó a separarse para poder verle la cara.

—Con tu malhumorado señor Winters, la razón por la que te sientes así de perdida.

Anna se restregó nerviosa la nariz. Supuso que se habría puesto igual de roja que sus mejillas ante aquellas palabras.

—No es *mi* malhumorado señor Winters. Y no es tan malhumorado —dijo después, recordando a Logan—. Al menos no cuando se olvida de serlo.

Su tía no dijo nada mientras esperaba a que despertara de sus recuerdos. Cuando lo hizo, se encontró con su mirada y la sonrisa de quien sabe que ha ganado el juego.

Anna suspiró.

—De todos modos, no responde mis llamadas, ni mis correos. —¿Cómo podía ser *su* señor Winters, si ni siquiera conseguía hablar con él?

Abatida, dejó el teléfono sobre la mesa con la pantalla hacia abajo, esperando darse un tiempo antes de revisar de nuevo todas las formas de ponerse en contacto con ella. Abrió el ordenador, y la página en blanco apareció en la pantalla.

Elena se levantó de su asiento mientras Anna decidía si seguir luchando contra la historia que no lograba contar.

Un minuto más tarde, sonó la campana del microondas y apareció frente a ella una taza humeante hasta arriba de nata.

—Un chocolate caliente lo cura todo —le aseguró su tía.

Después le dio un pequeño beso en la cabeza y salió de la cocina, dejándola sola con sus dudas.

Anna se removió incómoda en su asiento. Había decidido llegar pronto a la redacción al día siguiente, esperando que el entorno le ayudase a centrar sus ideas y conseguir que alguna frase se mantuviera en su documento. Lo que no esperaba era encontrarse con su historia ya escrita y publicada en el periódico.

El titular era difícil de ignorar: «La realeza de Winterswood saquea su ciudad».

Y en el cuerpo de la noticia, toda la información que ella había recabado sobre Christopher Winters en los últimos días. Pero, a diferencia de su intento de reportaje, el publicado iba mucho más allá, acusando también a Logan, como si hubiera continuado con todo lo que hizo su padre. Además, se veía la aversión con la que cada hecho era señalado.

La voz de Bel al otro lado de la redacción hizo que Anna dejara de leer, por tercera vez, el artículo.

—¡Tía! ¡Menudo reportaje te has marcado! ¡Destapando los trapos sucios de los Winters sin piedad! —dijo orgullosa mientras se acercaba a su sitio.

Ella abrió la boca para explicarse, pero su amiga estaba tan entusiasmada porque hubiera conseguido por fin la portada, que no la dejó hablar.

—¡Ya sabía yo que ibas a conseguirlo! El gruñón ese se lo tiene bien merecido —siguió felicitándola, para después estallar en risas.

A Anna se le encogió el corazón al ver la forma en la que todos veían a Logan. La forma en la que ella misma lo había visto unas semanas atrás, antes de conocerlo. Una forma errónea, que él mismo se esforzaba en mantener.

Las pruebas del reportaje, sin embargo, no dejaban lugar a dudas: Logan había seguido con el sucio trabajo de su padre. Había fotos de contratos igual de horribles que los de Christopher Winters, salvo que era su nombre el que se leía difícilmente en la firma.

Anna no llegó a encontrar esos contratos, a diferencia de quien fuera que había destapado toda la verdad.

Aun así, por más que leía el artículo, no era capaz de asociar a Logan, el verdadero, el que sonreía y calentaba sus manos con besos ligeros, el que la había enseñado a montar a Onyx, el que la había rescatado de la nieve, con el señor Winters del artículo, el villano de Winterswood. ¿Qué se le había escapado?

—Bel, yo no he escrito esto —dijo Anna subiendo la voz, deseando frenar su ritmo—. Esta historia no es mía.

—Pero… —su amiga se mostraba igual de confusa que ella—. Pero tú estuviste en la mansión. Todo el mundo lo sabe.

Anna frunció el ceño. Eso era cierto, y también que no había firma en el reportaje, así que lo más seguro era que todos pensaran que había sido ella. Por el contrario, la noche anterior había dejado el documento tan blanco como al empezar a trabajar en él.

¿De dónde había salido esa noticia?

—¿Entonces? ¿Todo es mentira?

Anna suspiró. No había contado a su amiga los últimos avances de su investigación en la mansión. En parte porque había estado soñando con otro tipo de avances; en parte porque sabía cómo reaccionaría Bel si conociera todo lo que había descubierto: sin darle ninguna oportunidad a Logan de explicarse.

—No es mentira. Al menos hasta donde yo descubrí. Pero aquí hay cosas de las que yo no tenía ni idea.

Se sentaron a revisar todo el informe y Anna fue explicando a Bel lo que había descubierto y lo que no.

—No lo entiendo, tía —dijo su amiga una vez terminaron, recostándose en el respaldo de su silla—. ¿Quién ha escrito esto?

Ambas echaron un vistazo a su alrededor en busca de alguna pista que revelase quién era el autor anónimo. La sala se había ido llenando en el tiempo en el que estuvieron revisando el reportaje, si bien algunos rezagados seguían cruzando la puerta.

Uno de ellos era Jamie, el otro becario de la redacción. Le estaba costando llegar a su puesto, dado que varios compañeros se acercaban a él y lo retenían dándole palmaditas en la espalda en silencio.

Bel se giró hacia Anna.

—Vale, creo que ya tenemos al autor.

La sonrisa perfecta de Jamie no dejaba lugar a dudas sobre ello, aunque sí una lista de preguntas que no tenían sentido para Anna, empezando por cómo había obtenido la información. Ni siquiera ella, pasando semanas en la Mansión Winters y husmeando todo lo posible, había conseguido tantos datos.

Sin pensarlo demasiado, se levantó de su asiento, directa hasta donde él aún hablaba con algunos compañeros.

—¿No tienes miedo de que vaya a por ti? —escuchó que Adam le preguntaba en voz baja.

Fue Joseph, su jefe, quien respondió en su lugar, haciendo callar a los que habían hecho un corro.

—Señores, ya sabéis que el tema de la confidencialidad es clave si queremos seguir existiendo. El trabajo no va firmado y espero que cerréis la boca. —Luego dio una palmada en la espalda del becario y se alejó.

Anna echó un vistazo a su alrededor. Estaba segura de que todos allí sabían quién había decidido lanzarse a por el apellido Winters. Si Logan quisiera hacer algo contra él, no tendría forma de esconderse.

—Yo por un milloncito te delato —lo amenazó Susan entre risas.

Anna no aguantó más y se dirigió al grupo. ¿Cómo podían bromear después de exponer a Logan de manera tan cruel? Ni siquiera le daban el beneficio de la duda.

—¿Podemos hablar? —preguntó a Jamie de modo cortante, haciendo que quienes estaban a su alrededor se mantuvieran en silencio. Ignoró los gestos de circunstancia que aparecieron en sus rostros, incluido el del interpelado.

—Claro —accedió él, apartándose del grupo junto a ella.

Se desplazaron hasta donde Anna consideró que podrían tener una conversación privada, pegados a la fotocopiadora, y fue él quien tomó la palabra en primer lugar.

—Oye, no te lo tomes a mal. No pensaba publicar sobre los Winters. Me llegó la información…

—¿Te llegó? —le cortó confusa—. ¿Quién te la hizo llegar?

Él le dedicó su sonrisa perfecta, pero Anna no estaba de humor en ese momento.

—Venga, sabes que un periodista nunca revela sus fuentes.

—Jamie, dime quién fue —le exigió, dando un paso hacia él.

Su mirada podría haberlo intimidado, aunque su corta estatura, especialmente en comparación con lo alto que era él, acababa con todo intento de amedrentamiento. Aun así, vio cómo daba un paso atrás, manteniendo la distancia entre ambos, y alzando sus manos a modo de rendición.

—Mira, siento haberte quitado el reportaje y el puesto. Ni siquiera lo he buscado. Ha ocurrido de forma limpia.

—Limpia —repitió Anna con un bufido, incrédula por lo que estaba escuchando—. Acabas de hundir a Logan Winters por un puesto —le reprochó, sin darse cuenta de que estaba hablando lo suficientemente alto como para que todos allí la escucharan.

—Él se lo ha buscado —Adam se metió en la conversación—. ¿O es que no has visto cómo se aprovecha de los que estamos por debajo de él?

—¡Sí! ¡Se lo tiene bien merecido! —apuntó Lisa desde su puesto.

Jamie, frente a Anna, se encogió de hombros, y su sonrisa se mostró más brillante al contar con el apoyo del resto de reporteros.

—Anna, solo he hecho mi trabajo. Si sabías todo eso, tendrías que haberlo destapado tú —le recomendó.

—Supongo que no tener conciencia ni pensar en las consecuencias para los demás hace todo más fácil.

La sonrisa de Jamie vaciló, junto a su ceño, de pronto arrugado. Se cruzó de brazos, molesto por el comentario de Anna.

—Como quieras, pero el puesto es mío.

Una mano apareció rodeando la de Anna y tirando de ella hacia atrás, alejándola del reportero y de las ganas de golpearle en su perfecta nariz.

—¡Que te den, becario! —le espetó Bel sacándola de allí.

—¡Becario por poco tiempo! —le gritó este a sus espaldas.

Ninguna de las dos se giró a contestar, aunque el mal humor de Bel era palpable.

—¡Será cretino! —masculló—. No pienso dejar de llamarlo becario en su vida.

Continuó tirando de Anna hasta que la dejó sentada en su sitio, sin dejarle hablar de su compañero y lo mal que le había caído siempre. Ella, en cambio, estaba ensimismada en sus pensamientos y no escuchó ni una palabra.

Todavía trataba de entender quién habría destapado la noticia. ¿Quién se beneficiaba de que Logan Winters cayera? ¿Y quién podía haber accedido a toda esa información?

Ninguno de los nombres que le venían a la mente cumplía con más de un requisito para ser el correcto.

Bel tardó unos cuantos insultos más en percatarse de que la atención de su amiga no había vuelto a la mesa con ella.

—Eh, ¡Anna! —la llamó dándole un pequeño empujón.

—Esto está mal —murmuró ella, y un momento después fue capaz de salir de su embotamiento para enfrentarse a la mirada de su amiga, que se había sentado a su lado.

—Oye, mira, sé que estas semanas quizás… —empezó a decir, y Anna supo qué camino iban a tomar sus palabras, pues parecía llegar a la misma conclusión que su tía Elena. El problema era que no tenía claro que esa conclusión fuera errónea.

—No, Bel —quiso frenar su discurso, pero su amiga la detuvo antes de hacerlo.

—Anna, si de verdad ha hecho esas cosas, por muy bueno que esté o aunque te hayas enamorado de él, nuestro trabajo es contar la verdad.

Ella tosió, sorprendida por aquella declaración, e intentó concentrarse en la conversación y no en las mariposas que revoloteaban furiosas en su tripa.

—Tienes razón. Nuestro trabajo es contar la verdad. Esta noticia no lo es, Bel. No puede serlo —respondió molesta, tan calmada como pudo, señalando con el índice la pantalla de su ordenador—. Yo encontré los contratos de Christopher Winters, pero no había ninguno de Logan allí.

Trató de ceñirse a las pruebas físicas, a la lógica. Lo que más tiraba de ella, en cambio, era la calidez que se instalaba en el centro de su cuerpo cuando estaba con Logan. ¿Podría haberla engañado tanto?

—Quizá no miraste bien. O puede que estuviera en otro cajón. Tú misma has dicho que no llegaste a mirar en todos.

Anna no tuvo tiempo de abrir la boca para contestar cuando la voz de su jefe la llamó desde el otro lado de la sala, alarmándola y apagando sus palabras.

—¡Anna! —Joseph se asomó a la puerta de su despacho.

De pronto, sintió los nervios recorriendo su cuerpo. Solo había un motivo por el que su jefe la llamaría en ese momento para una reunión.

Había estado tan preocupada por lo que aquella noticia supondría para Logan que no había reparado en lo que también implicaría para ella. Si Jamie había conseguido su portada, significaba que su tiempo en el Winterswood Papers había terminado.



19
LA BUFANDA

Anna dio otra vuelta en la cama. Después de pasar la noche en vela, parecía que aquella mañana tampoco iba a conseguir dormir mucho más.

El sol se asomaba desde la ventana como si la saludara con burla. Ese día no tenía nada que hacer, más que quejarse y regodearse en su miseria.

Había perdido el trabajo de sus sueños, a tan solo unos días de conseguirlo. Había estado tan cerca... Pero no se había esforzado lo suficiente para conseguirlo. No había logrado sacar la noticia a tiempo.

Si hubiera hecho como Jamie, si hubiera revelado todo lo que había descubierto sin importarle la defensa de Logan, si hubiera aprovechado el toque sensacionalista, tendría su puesto fijo en el periódico y algo que hacer por la mañana.

Volvió a girarse entre las sábanas mientras un largo suspiro escapaba de su boca.

Sentía un peso enorme empujándola a hundirse todavía más en el colchón.

Desde que volvió a su casa, su tía había silenciado los villancicos, notando, a pesar de su esfuerzo por ocultarlo, que no tenía ánimo para ellos. Eso hacía que se sintiese peor por amargarle esas fechas, que ya, de por sí, eran bastante difíciles.

Exhaló otro largo suspiro y se obligó a salir de la cama. Primero un pie, luego el otro, como si cada paso le costara el doble, al tiempo que el silencio que reinaba en la casa se iba haciendo más pesado. Demasiado, en comparación con el bullicio que siempre había en la redacción: llamadas, gente moviéndose de un lado a otro, conversaciones en las esquinas...

Su estómago se encogió al pensar en ello.

Bajó las escaleras hasta la cocina. Elena no estaba allí, pero sí una nota sobre la encimera: «Un chocolate caliente lo cura todo. 3 minutos».

Intentó sonreír, aunque el movimiento de sus labios se quedó a medio camino.

De pronto, había perdido todo: Todo lo que había soñado, todo por lo que había trabajado. Había estado tan cerca de conseguirlo, y se le había escapado de las manos, distraída con el heredero de Winterswood, que ni siquiera respondía a sus llamadas.

Se acercó hasta el microondas y lo puso tres minutos, como le había indicado su tía en la nota.

Mientras esperaba, hizo una lista mental de lo que podría hacer esa mañana para no sentirse tan decaída.

Lo primero era empezar con una ducha. Luego tendría que ponerse las pilas y buscar un nuevo empleo. Con suerte, en aquellas fechas sería más fácil, pues los comercios estaban a tope con las compras navideñas.

Siempre había sido la mejor época para conseguir trabajos temporales que le dieran un pequeño extra y así ayudar con la casa o poder costear buenos regalos para su tía.

Seguía pensando en sus tareas del día cuando sonó la campana del microondas prometiéndole un momento de calma. Elena tenía razón cuando decía que el chocolate era capaz de levantar el ánimo. Parecía que sus preocupaciones se congelaban durante un instante. Seguían presentes en el fondo de su cabeza, pero el olor del chocolate las alejaba.

En su lugar, una calidez líquida y densa cubría su cuerpo a medida que el chocolate descendía por su garganta. Su manos rodeaban la taza acaparando aquel refugio de temperatura, encerrándolo entre sus dedos.

Y sin embargo, el frío persistía cuando pensaba en lo único que había conseguido encender algo de calor en su interior en las últimas semanas: las manos grandes y fuertes de Logan cuando cubrían las suyas, cuando recorrían su trenza, cuando la llevaba en brazos hasta el establo.

Se preguntó qué estaría haciendo, aunque no tuvo que pensarlo mucho. Lo imaginaba encerrado en su despacho, posiblemente con la vista perdida en la gran ventana donde se despidieron, mirando el paisaje blanco que Anna ya no podía disfrutar.

Esperaba que en algún momento saliera a saludar a sus caballos y recuperara la sonrisa que su despacho le borraba.

Luego recordó el reportaje que la había dejado desempleada, con todas las mentiras que no había descifrado de Logan. Debería estar enfadada con él, pero no lo conseguía. Porque el señor Winters del reportaje no se parecía en nada al Logan que ella añoraba.

Anna se terminó el chocolate y, como si este fuera la única barrera entre su desesperación y ella, las preocupaciones volvieron cual torrente a su cuerpo.

No debería estar pensando en él, sino en cómo solucionar su problema: estaba sin trabajo y no había demasiados periódicos en la zona.

Se fijó en las facturas pendientes por pagar que su tía siempre dejaba en la nevera. Dudaba de que aquel imán de Papá Noél pudiera soportar muchas más.

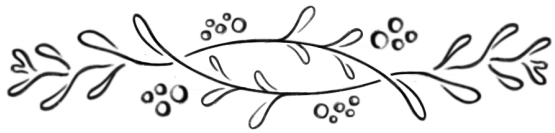
El nudo en su estómago la obligó a moverse; tenía que ponerse en marcha.

Dejó la taza en el fregadero y se dirigió al baño, lista para seguir con su plan de productividad, ignorando el peso de sus pies.

La ducha fue rápida, pues, por más que girara el grifo, el frío continuaba adueñándose de su cuerpo ante los pensamientos que la atacaban sin tregua.

Después se vistió y se enrolló la bufanda alrededor del cuello.

—Hoy tienes que darme suerte —le pidió, como si el entramado de lana pudiera escucharla.



Dos horas más tarde, había recorrido todo Winterswood sin conseguir ni una sola entrevista.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y todos los comercios tenían cubiertos sus puestos, incluidas las vacantes extra que esas fechas requerían, por lo que su plan inicial de conseguir un nuevo sueldo se había ido al traste en tan solo unas horas.

Quizás si hubiera buscado ya otras alternativas, en lugar de esperar a conseguir la noticia de su portada, estaría en otra situación. Podría incluso haber pasado varias semanas trabajando, en lugar de encerrada en la mansión con Logan.

Le parecía que, en ese momento, los colores, el ruido y la música de la Navidad se habían apagado un poco. Aunque sabía que era percepción suya, pues las calles estaban llenas de gente cargada de bolsas, hablando animadamente de sus planes para las fiestas y con

ilusión por la noche más mágica del año. Una ilusión que Anna no conseguía imitar.

Se decidió a salvar lo poco que le quedaba de aquellas Navidades comprándole un buen regalo a su tía.

Empezaría con alguna decoración navideña extra para la casa, y sabía exactamente a dónde dirigirse: la tienda favorita de su tía Elena. No solía comprar allí, pues sus precios se le escapaban. Aun así, siempre se quedaba embobada soñando con sus escaparates.

Era una de las tiendas de decoración más elegantes de la ciudad, con muebles demasiado bonitos, grandes y caros para su casa. En Navidad se convertía en el centro de todas las miradas con su escaparate infinito, lleno de espacios engalanados con distintos estilos.

Le llamó la atención una sección con muebles oscuros. Se preguntó si aquel decorado estaba ideado para la Mansión Winters. Le recordaba a lo que había visto en la Fiesta del Encendido, con los adornos en tonos plateados y azules que daban algo de luz y alegría al espacio, sin perder la sobriedad y elegancia que lo caracterizaba.

En cuanto se percató del camino que tomaban sus pensamientos, se alejó del escaparate, evitando dedicar más tiempo del necesario a recordar a Logan o el fracaso de su noticia. Aún le cortaba la respiración, y esa mañana había salido de casa con la determinación de cambiar las cosas.

No había conseguido un trabajo, pero lograría unas buenas Navidades para su tía, aunque fuera a costa de sus ahorros.

Siguió contemplando el enorme escaparate frente a ella y, después de un tiempo, se dirigió al interior del local, decidida por un set de casitas de porcelana con sus pequeñas ventanas iluminadas. Recordaba a su tía mirándolas en más de una ocasión.

Una vez dentro, fue directa hacia su objetivo. De cerca eran todavía más bonitas, y se imaginaba a Elena colocándolas sobre la mesa junto al televisor.

—¡Hola! ¿Puedo ayudarte? —Una señora con gesto amable se acercó a ella. Tendría unos cincuenta años, y Anna podía ver ese aura de elegancia de la tienda también en ella, incluso vestida con vaqueros y un delantal con el logo del establecimiento bordado en el pecho.

—Sí. Quería llevarme este juego de casitas —confirmó nerviosa, esperando tener suficiente dinero en el banco para pagarlas. Únicamente había visto el precio de una de ellas en la etiqueta que colgaba de su pequeña chimenea, y le parecía que podría.

Sin embargo, la dependienta no le dejó comprobarlo.

—Este juego está ya vendido, cielo. Vendrán esta tarde a recogerlo.

—Oh —fue todo lo que salió de los labios de Anna.

Se quedó paralizada, notando cómo el corazón castigaba su pecho con golpes secos. Había llegado tarde. Otra vez. Era lo que hacía últimamente. Publicaba tarde su reportaje. Compraba tarde sus regalos.

—Tengo aquí otras, por si quieres echarles un vistazo —le ofreció la señora, dándose cuenta del revés que había supuesto para ella.

La guió hasta la estantería contigua, donde unas casas similares, pero más grandes, estaban expuestas.

Anna sostuvo una de ellas. Eran preciosas, aunque viendo su precio, no podría permitirse más de una.

Se obligó a sonreír.

Quería hacer un buen regalo a su tía, pero las facturas de la nevera podrían ser un problema si no echaba una mano, así que no quiso gastárselo todo.

Salió de la tienda con la sensación amarga que llevaba reinando en su cuerpo desde el día anterior, cuando Joseph le había anunciado que su tiempo en el Winterswood Papers tenía fecha de caducidad.

A pesar de haberse podido quedar hasta Navidad, si su sitio no estaba allí, Anna prefería comenzar a buscar una salida a su situación. Solo que no esperaba que fuera a resultar tan difícil.

Caminó con la pequeña caja en sus manos. Era ligera y, aún así, a Anna le pesaba demasiado. Como si junto a la pieza de porcelana hubiera guardado también todos sus fracasos y expectativas frustradas.

Cuando llegó a su casa, el calor cubrió sus mejillas y su nariz. Sabía, sin necesidad de mirarse en un espejo, que habrían subido su tonalidad desde el momento en que puso un pie en la calle.

No tardó en sentirse mejor, si bien una parte en ella continuaba helada. Ni sus jerseys favoritos, ni la calefacción al máximo, ni siquiera su querida bufanda lograban que esa sensación abandonara su cuerpo. Era un frío seco, distante, que no conseguía mitigar. Así que había empezado a ignorarlo.

Se quitó el abrigo en cuanto entró en el salón y se dirigió al mueble bajo la televisión, donde su tía tenía colocada una colección de casitas de jengibre de cartón que ellas mismas habían creado unos años atrás.

Torció el gesto cuando se imaginó las casas que se había quedado sin comprar. Eran perfectas para aquel mueble.

Aun así, se arrodilló delante del vecindario de cartón y sacó el regalo de la caja.

Fue entonces cuando vio su error. Había estado tan concentrada en conseguirle una de esas decoraciones para su tía, que no se había

percatado de la diferencia de tamaño; y la que tenía entre sus manos no cabía en la balda.

Lo intentó de distintas formas, pero la nueva casita se negaba a meterse en su espacio.

Finalmente desistió, dejándose caer sobre el suelo junto a la compra fallida.

Apoyó su espalda en la mesa de café que tenía detrás, tirando con el movimiento un periódico del Winterswood Papers que había sobre ella.

Algo en su interior se deshizo en silencio pensando en todo lo que estaba mal. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando tomó el periódico del suelo.

A pesar de ver borroso en ese momento, pudo leer la sección por la que estaba doblado: las ofertas de trabajo.

Su tía debía haber buscado opciones para ella, con algunas ofertas rodeadas con un rotulador rojo. Pero lo que estaba señalado no tenía ningún sentido.

Se enjugó las lágrimas para poder ver con más claridad, y descubrió que las ofertas marcadas tenían poco o nada que ver con ella. En cambio, parecían perfectas para Elena.

Cerró el diario buscando la fecha de publicación y confirmó que era del día anterior.

Antes de que pudiera preguntarse por qué su tía marcaba ofertas que le iban como anillo al dedo, la portada le dio su respuesta.

«Crisis laboral en Winterswood tras el escándalo Winters: el cierre de sus empresas deja en la calle a cientos de ciudadanos».

A Anna se le aceleró el pulso, arrugando sin darse cuenta las páginas del periódico en sus manos mientras leía el cuerpo de la noticia. A medida que avanzaba con los renglones, se le dificultaba la lectura. Las lágrimas pesaban más con cada palabra.

Toda aquella tinta, las malas noticias que afectaban a tantos en la ciudad, que afectaba tanto a su tía, solo tenía una culpable: ella.

Antes de poder terminar la noticia, tuvo que apartar el periódico para no emborronar todo.

Se llevó la bufanda a los ojos y se secó el llanto que no dejaba de brotar. Pero la tela suave y cálida no le proporcionaba alivio. La desesperación seguía creciendo en ella, junto a su frustración.

Miró el manchurrón que había dejado en el tejido verde, dándose cuenta de que no era una prenda con poderes mágicos, como siempre le había atribuido. Era un simple rectángulo de lana que parecía reírse de ella y de sus sueños, prometiéndole una suerte que nunca le llegaría.

Se la quitó en un movimiento brusco e hizo un ovillo con ella para lanzarla después a través del salón.

La bufanda golpeó la puerta y cayó al suelo con un ruido sordo.

Luego, todo quedó en silencio.

Anna escuchaba su corazón latiendo furioso mientras miraba la prenda que tanto había querido, arrugada en el suelo.

Ahora solo era un recordatorio de su ingenuidad, de todo su fracaso, de todo su mundo y sus sueños desmoronándose frente a sus ojos.



20
LA SUERTE

Anna continuaba contemplando la bufanda en el suelo cuando unos pasos la hicieron pestañear. Ni siquiera se había percatado del sonido de la puerta de la casa cerrándose. Y no fue hasta que las manos de su tía recogieron la prenda del suelo que despertó de sus pensamientos.

Contempló cómo la estiraba entre sus dedos con todo el cariño que ella ya no conseguía tenerle.

Una nueva oleada de culpabilidad recorrió su cuerpo al recordar que esa prenda era lo más cercano que tenía a su madre, y había decidido arrojarla en un arrebato de furia que debió dirigir hacia sí misma, no hacia una prenda sin vida.

Las mejillas de Anna continuaban humedecidas por los ríos que las lágrimas habían dibujado en su descenso.

Entonces Elena la miró y sus sollozos resurgieron.

Su tía se acercó a ella, rodeándola con los brazos, haciendo que sus murallas se derrumbaran un poco más.

Había fracasado en su trabajo, en su regalo, en todo lo que se había propuesto. Ni siquiera era capaz de engañar a su tía, de mantener la felicidad en su casa. No era capaz de esforzarse lo suficiente.

El abrazo a su alrededor se estrechó y la mano de Elena subió hasta su cabeza, acariciando después su pelo trenzado.

Por un segundo, Anna volvió a aquella habitación enorme con la chimenea crepitando, donde Logan recorría su mano con sus labios y Mara acariciaba su cabello. Esa sensación anhelaba una llama en su pecho que no lograba crear.

—¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó la voz de su tía.

Ella abrió la boca para empezar con su respuesta, pero fue un sollozo lo que se le escapó antes de hundirse un poco más en los brazos que la rodeaban.

—Quería ayudar, tía. Había planeado todo —gimoteó un poco más—. Si hubiera sacado antes la noticia… Quería dejar de ser una carga… —Todos sus miedos escapaban sin control con sus palabras, como un torbellino que llevaba demasiado tiempo conteniendo.

Su tía la envolvió con más fuerza, haciéndola callar. Nunca la dejaba hablar de ello y pocas veces se dejaba ayudar. En eso se parecían bastante.

—Anna —la llamó, echándose un poco hacia atrás para poder verle la cara—, si hubieras sacado esa noticia, no serías la sobrina que tanto adoro —le aseguró.

Ella sacudió la cabeza.

—Pero tendría un trabajo, te ayudaría con las facturas, te podría hacer un buen regalo —dijo sin mucha gana. Cada afirmación era una nueva herida que agitaba su corazón, dejándola todavía más aturdida ante su fracaso.

—Siempre te he dicho que la Navidad…

—…no tiene que ver con los regalos —terminó una de sus frases más repetidas—. Aun así, quería hacerlo. Y ni eso he conseguido.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elena curiosa.

Anna se separó de ella y, tomando su mano, la acercó al lugar donde se había derrumbado unos minutos antes.

Se agachó a por la casita que había desistido de colocar en la balda del mueble.

—Las que más te gustaban estaban vendidas. Escogí esta, y resulta que no cabe.

Una pequeña risa se quedó en la garganta de su tía ante el tono lastimero de Anna.

—Si todos los problemas fueran esos —dijo, quitándole de las manos la pequeña pieza de porcelana. La giró entre sus dedos para ver todos los detalles que la convertían en una decoración tan especial. Luego miró a su sobrina—. Le buscaremos otro sitio.

Antes de que pudiera rebatirla, su tía se movió por el salón inspeccionando cada esquina en la que el regalo podría ocupar su lugar.

Finalmente, decidió que lo pondría sobre la encimera de la cocina.

—¿Ves? No ha sido para tanto —dijo mientras con el pulgar hacía desaparecer la última lágrima sobre la mejilla de Anna.

—Tía —paró su movimiento—, he visto el periódico. La noticia, los trabajos marcados…

La observó, pero no obtuvo ninguna respuesta de ella.

—Te has quedado sin trabajo.

No era una pregunta, sino una afirmación que su tía no desmintió.

—Si hubiera sacado mi reportaje antes… —se lamentó de nuevo. Aquella frase pesaba un poco más sobre ella cada vez que la repetía.

—Mi situación no habría cambiado.

—Claro que sí. Logan no sería ahora el villano de Winterswood, porque yo no encontré esos contratos; solo los de su padre.

Elena tomó la bufanda, que había dejado anteriormente sobre la encimera, y comenzó a doblarla sin decir nada.

—Ni siquiera esta estúpida bufanda me dio suerte —dijo Anna, provocando una ligera carcajada de su tía.

—Nunca fue un amuleto de la suerte.

—Eso está claro —respondió con una risa que se le quebró enseguida.

—Cariño —su tía llamó su atención volviéndose hacia ella—. No necesitas suerte si tienes en quién apoyarte.

Arrastró la prenda de lana perfectamente doblada sobre la encimera, dejándola delante de su sobrina.

Ella se restregó las lágrimas que amenazaban con precipitarse.

—Anna, el amor no es una carga. Está al otro lado de la balanza. —Sostuvo su rostro entre sus manos, esperando que así comprendiera lo que decía—. Es sostén, protección. Tú no eres mi carga, cariño. Yo soy tu soporte. ¿Lo entiendes?

Anna frenó sus ganas de llorar de nuevo. ¿Cuántas veces podía derrumbarse en un día? ¿Por qué no era ella capaz de ser el soporte de su tía?

Contuvo el aire, dejando que aquellas palabras bailasen en su cabeza.

—Siempre lo has enfocado mal, cariño, como tu reportaje —dijo su tía con una mirada afectuosa.

Anna quiso reír, pero no lo consiguió. El artículo había originado todo. Nunca consiguió escribirlo, ni siquiera empezarlo, porque no había sabido cómo contar la verdad, o cómo encajaba el Logan que conocía en ella.

Pensó en él, en cómo estaría en ese momento, con todo su mundo derrumbado. Como cada día, trató de forzar su enfado, pensar en que se lo merecía por los contratos tan horribles que había firmado continuando con el trabajo de su padre. Sin embargo, por más que lo intentaba, no conseguía que la furia llegara hasta ella. La imagen que le venía a la mente era la de Logan derrotado en la terraza.

Recordó lo cansado que parecía el último día que lo vio. El día que había decidido rendirse y compartir con ella su historia.

Una historia que jamás llegó a leer, oculta en una misteriosa carta: «La verdad de Winterswood».

Se irguió al recordarla. ¿Por qué no la había leído todavía?

Evocaba aquel día de forma difusa. La despedida repentina de Logan sin cruzar una palabra y la inesperada llegada de su familia habían acaparado toda su atención, relegando la carta al olvido.

Se alejó de su tía en busca del abrigo que había dejado tirado sobre el sofá y rebuscó en sus bolsillos. No estaba allí.

Después salió corriendo hacia su dormitorio, esperando encontrarla en la bolsa que Albert le había dado al despedirla en la mansión.

Abrió cada compartimento, y tampoco la encontró. ¿Dónde la había guardado?

—Anna, ¿qué ocurre? —preguntó su tía mientras la seguía de un lado a otro.

—El reportaje, tía —dijo, revisando una vez más todos los bolsillos de la bolsa—. Tienes razón, nunca supe cómo enfocarlo porque nunca tuve la imagen completa.

Su tía permaneció en silencio, tratando de entender las palabras de su sobrina. Ella, en cambio, estaba de pronto tan emocionada, que casi no era capaz de comprenderse ni ella misma.

Las ideas empezaban a amontonarse en su mente, y apenas lograba seguir cada pensamiento.

—Siempre sentí que me faltaba algo. Que la historia no estaba completa. El señor Winters del reportaje y el Logan que yo conocí no encajaban. Pero Logan me lo contó —cortó su discurso cuando tuvo

que corregirse—. Bueno, me dejó una carta explicándome todo. Dime, ¿por qué ibas a confesar lo que acabaría con tu vida? A no ser que, en realidad, te liberara.

Elena sonrió, aunque seguía igual de perdida que un minuto antes.

—Tía, ¡creo que Logan no hizo todas las cosas que salen en el reportaje!

—Pero el señor Winters no se ha defendido de ninguna de esas acusaciones. ¿No crees que habría denunciado al periódico de ser falso?

Ella frunció los labios, sacudiendo la cabeza con una leve sonrisa. La que la verdad dibujaba en su rostro.

—Él está convencido de que debe cargar con los errores de su padre. Siempre lo ha pensado. De hecho, creo que él ha intentado arreglarlo, y por eso no ha dicho ni va a decir nada.

«Solo el poder puede detener el poder. Pero yo nunca lo he querido». Las palabras de Logan cobraban más sentido en ese momento.

—Vaya, alguien que deja sobre sus hombros más peso del que debe. ¿De qué me suena? —preguntó Elena apoyada en el marco de la puerta.

Una pequeña sonrisa escapó de la boca de Anna. Jamás habría pensado que Logan y ella tuvieran nada en común. Sus mundos no podían ser más diferentes, y sin embargo, parecían cometer los mismos errores.

Elena se acercó a ella y le colocó la trenza sobre su hombro, con menos delicadez de la que solía tener Logan.

—Quizás solo necesita un poco de suerte —le dijo, devolviéndole la bufanda que llevaba en las manos—: una amiga en la que apoyarse.

Anna miró al montón de lana con el que se había enojado unos minutos atrás acusándola de todos sus males. Ahora le resultaba ridículo enfadarse con una prenda que siempre había estado con ella, acompañándola en cada una de sus decisiones, fallidas o certeras.

Olvidándose de ella, siguió buscando el sobre con caligrafía perfecta que Logan le había dado el día en que se marchó, sin conseguir dar con él.

Había vaciado y colocado todo lo que guardaba en la bolsa frente a ella. La carta no estaba por ningún lado.

—¡No la encuentro! —exclamó, sintiendo su determinación vacilar.

—¿Para qué la necesitas? Tienes la fuente.

Anna contuvo una risa sarcástica.

—Ya, una fuente que se niega a hablar conmigo.

—Bueno, eso nunca te detuvo, ¿no?

Anna se quedó pensando en ello. Se las había apañado para conocer a Logan a pesar de sus intentos por aislarse y alejarse. Y lo había hecho sola.

Quizás, con algo de ayuda, podría conseguir mucho más.

—Tía, ¿cuánto chocolate caliente nos queda?

Su cabeza comenzaba a idear una posible solución para todo lo que se había desmoronado ante sus ojos unas horas antes.

—Suficiente para una noche en vela.

—Entonces, empieza a calentarlo —le pidió, estirando la bufanda en sus manos, dejando que la tela llegase a rozar el suelo. Después se la colocó alrededor del cuello con la soltura con que solía hacerlo, y sintió ese calor cómodo, como si nunca se la hubiera quitado.

Sacó el móvil de su bolsillo trasero y esperó a que contestaran.

—Bel, necesito tu ayuda —le pidió por primera vez, ignorando el peso que amenazaba con instalarse en la boca de su estómago. Luego se giró hacia su tía mientras su amiga aún estaba al teléfono—. Vamos a contar la verdad.

21
LA PRENSA

El valle se alzaba a ambos lados del coche mientras Preston, el novio de Bel, conducía con cuidado. Montañas de blanca nieve que aún no se había derretido bordeaban la carretera.

Anna se estrujaba las manos enguantadas, repitiendo en su mente una y otra vez lo que le diría a Logan. Después de darle tantas vueltas, tenía aprendido su discurso, aunque cabía la posibilidad de que se quedara sin palabras al verlo, como solía ocurrirle, o de que no consiguiera ni siquiera plantarse delante de él para obligarlo a escuchar.

Se había imaginado corriendo detrás de Onyx, o incluso montando a Ventisca o Reina para alcanzarlo. La cara de furia de Logan aparecía siempre en su cabeza cuando pensaba en aquella posibilidad, al verla hacer una locura similar a la del día de la tormenta de nieve.

Pero si algo tenía claro, era que prefería su furia a su indiferencia.

—¿Frío o nervios? —La voz de Bel la despertó de sus pensamientos desde la parte delantera del coche.

Había insistido en acompañarla en su *aventura*, como la había llamado, y ella terminó accediendo, probando esa nueva faceta suya en la que se permitía aceptar ayuda. Sin embargo, a ella no le sonaba tan emocionante. Posiblemente por la maraña de nervios que se enredaba en su interior.

Miró a su amiga desde su asiento, no muy segura de qué estaba preguntando.

—No paran de castañetearte los dientes. ¡Empiezan a dolerme desde aquí!

—¿Quieres que suba la calefacción? —preguntó Preston, haciendo girar una de las ruedas en los mandos del coche.

—No, no te preocupes —le pidió Anna, que no se había dado cuenta del movimiento involuntario de su mandíbula.

—Entonces, nervios —ratificó Bel.

Anna apretó sus dientes para que dejaran de hacer ruido y se abrazó a sí misma, dando también una tregua a sus manos. Luego se centró en las vistas que tenía desde su ventana, con un paisaje precioso que no era capaz de disfrutar, mientras se esforzaba en dejar la mente en blanco.

Un momento después, la mano de su amiga se posó sobre su rodilla.

—Oye, todo va a ir bien, ¿vale? Solo tienes que hablar con él. Convencerlo de contar la verdad y conseguir los datos que nos faltan —le recordó, haciendo que de nuevo despertaran en ellas todas las dudas de cómo iba a obtenerlos—. Y no nos iremos de aquí hasta que lo logres. Si hace falta acamparemos toda la noche.

—He traído mantas de sobra —corroboró Preston, dedicándole una sonrisa desde el espejo retrovisor.

Anna sintió una punzada de culpabilidad en su estómago.

—Chicos, gracias por vuestra ayuda —dijo, aunque en su cabeza resonaba otra frase muy distinta: «Siento haberos metido en esto».

Su amiga se giró bruscamente en el asiento para mirarla directamente.

—¿Bromeas? ¡Esto es mejor que cualquier reportaje! Solo pido estar presente cuando ocurra el beso.

A Anna se le escapó el aire cuando escuchó aquello. No es que no se le hubiera pasado por la mente antes, pero le había parecido tan irreal, que se había esforzado en relegar ese pensamiento al fondo de su mente.

Aun así, la forma en la que Bel lo dijo, tan segura de que ocurriría, hizo que una oleada de cosquilleos cubriese su tripa en un segundo.

—Ya, no sé si va a haber de eso —respondió, intentando calmar sus crecientes nervios—. Ya sería un logro que me mirara.

—Hablando de eso…

Bel se giró de nuevo, rebuscando en su bolso y, después, volvía a estar frente a Anna, mostrándole la barra de colorete que tanto había aprendido a aborrecer.

—No, no, no. —Se echó hacia atrás. ¿Cómo se las apañaba Bel para dejarla siempre más alterada de lo que ya estaba?

—Sí, sí, sí —fue su respuesta mientras se estiraba en su asiento tanto como podía, sin conseguir llegar hasta ella—. Ven aquí.

—Bel, no quiero que piense que intento… seducirlo o algo así —dijo, terminando la frase a un volumen más bajo y percatándose de cómo sus mejillas se ponían rojas sin necesidad del colorete. ¿Por qué le atacaba los nervios de aquella forma el hecho único de pensar en Logan? Solo quería hablar con él para encontrar la forma de solucionar lo que Jamie había desbaratado. Necesitaba las pruebas que demostrarían la veracidad de lo que Bel y ella habían investigado y descubierto respecto a las obras del heredero Winters para su pueblo. Así su tía podría recuperar su trabajo.

—Fijo que ya está seducido, después de tantos días juntos —le aseguró su amiga—. Pero a lo mejor necesita que se lo recuerdes.

Anna se quedó contemplándola sin decir nada y sin moverse del punto más alejado que le permitía su asiento.

—¡Venga! Solo es colorete, para que resalte el verde de tus ojos —insistió Bel.

Tras un momento, Anna se rindió con un suspiro, acercándose al centro del coche, y los dedos de su amiga comenzaron a esparcir un tono rosado por su cara.

Al finalizar su improvisada sesión de belleza, no quiso mirarse en el espejo. Dio una vuelta a su bufanda y se recostó en el asiento.

—¿Falta mucho? —preguntó, percibiendo cómo sus nervios y su cabeza volvían a coger ritmo.

Justo en ese instante, el coche bajó de velocidad.

—Em… Yo diría que ya estamos —anunció Preston, sin sonar muy seguro.

Anna se irguió en su asiento, acercándose a la parte delantera del coche y descubriendo la fila de vehículos que había delante de ellos.

—¿Qué pasa aquí? —quiso saber, sin percatarse de que el resto de pasajeros tenía la misma duda.

—¿Lo van a desahuciar o algo así? —preguntó Bel, despertando las alarmas en Anna. ¿Podrían hacer eso? ¿Y cómo iba a conseguir hablar con él si tanta gente lo buscaba?

—¿Ese no es tu jefe? —preguntó Preston a Bel señalando a lo lejos. Siguieron con su mirada la dirección de su dedo hasta encontrar a Joseph, Jamie y Tim Wolfbeck, uno de los fotógrafos del periódico, dirigiéndose a la mansión.

Unos metros más adelante, el coche paró junto a la verja de la entrada. Había un señor trajeado de negro con cara de pocos amigos. Era tan grande, que Anna estaba segura de que la ropa se la habrían tenido que hacer a medida.

—¿Tienen su pase de prensa? —preguntó, agachándose junto a la ventanilla al tiempo que Preston la bajaba.

Una ráfaga fría se coló en el coche, haciendo que Anna se estremeciera, aunque no estaba segura de que solo tuviera que ver con el clima, sino con la situación que estaba contemplando desde su sitio.

Ya se le antojaba difícil hablar con Logan en la intimidad de su casa. Ahora parecía que toda la ciudad estaba allí, interponiéndose entre ellos, y le preocupaba no saber el motivo.

—¡Aquí lo tengo! —respondió Bel al señor, con una voz demasiado aguda, mientras rebuscaba en su bolso. Sacó la identificación del periódico con su foto y se la acercó.

—Winterswood Papers —leyó en voz alta. Se agachó para ver a todos los pasajeros del vehículo. Finalmente, la mirada del señor se dirigió de nuevo a Bel—. Este periódico ya ha pasado.

—Sí, venimos con un poco de retraso. Ya hemos visto allí a Joseph y Jamie —respondió ella con una gran sonrisa.

—Muy bien —dijo finalmente el señor, devolviéndole la acreditación a Bel y dando instrucciones a Preston de dónde tenía que aparcar.

—¿Qué está pasando? —murmuró Anna, contemplando la cantidad de vehículos estacionados allí.

—Al parecer, tu chico ha decidido dar una rueda de prensa —le confirmó su amiga revisando su móvil—. Está aquí todo Winterswood.

A Anna no le pasó desapercibido que se refiriera a Logan como *su chico*, haciendo que su corazón cogiera carrerilla en un segundo.

—¿Una rueda de prensa? —dijo atragantándose con sus palabras debido a los nervios—. Pero él nunca… —No tuvo tiempo de expresar lo extraño que era aquello, pues Logan siempre se había ocultado de los medios, cuando Preston la interrumpió emocionado.

—¡Espera! ¿Vamos a verle la cara?

Anna ni siquiera esperó a una respuesta por parte de su amiga, pues en cuanto el coche se detuvo, salió de él a toda prisa.

Esquivó a todas las personas que se dirigían al pequeño escenario montado delante de la entrada de la casa, y lo rodeó, caminando directamente hacia la enorme puerta de la mansión.

—¡Señorita! —Alguien la llamaba a sus espaldas, pero estaba centrada en su carrera y no se detuvo hasta que unas manos firmes la levantaron del suelo.

Intentó liberarse mientras un hombre tan grande como el de la entrada la alejaba de su destino.

—¡Necesito hablar con Logan! —dijo, empujando los grandes brazos que todavía la sostenían.

—Lo siento, el señor Winters no recibe visitas. Tendrá que esperar fuera, como todos los demás.

La dejó en el suelo cuando estuvieron lo suficientemente lejos de la puerta. Ella trató de esquivarlo otra vez y regresar a la mansión, encontrándose con el enorme cuerpo de aquel hombre trajeado en su camino.

—¡Es urgente! —dijo sorteándolo y corriendo hacia la puerta.

Tan solo pudo dar dos pasos antes de que él volviera a alzarla en el aire. En esta ocasión, parecía que se la iba a llevar aún más lejos, y Anna entró en pánico. No podían echarla de allí. Necesitaba encontrarlo.

Entonces, la puerta de la casa se abrió, y una figura envuelta en un vestido granate entallado salió al exterior.

—¡Mara! —gritó.

El señor de seguridad se detuvo y echó un vistazo por encima del hombro. Mara le hizo una seña con la cabeza y Anna volvió a sentir el suelo bajo sus pies. Salió corriendo hacia ella en ese mismo instante.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó, aún recobrando el aliento de la lucha que había tenido mientras Mara la rodeaba en un rápido abrazo.

—Creo que nos queda poco tiempo, cariño —fue toda su explicación. Luego agarró su mano y tiró de ella.

Anna no conseguía que su corazón se calmase. ¿Por qué la alejaba de la casa? ¿A dónde la llevaba?

—Mara, ¿dónde está Logan? ¿Qué planea hacer? —Todavía no entendía qué hacían allí los medios. Y que ella estuviera preocupada,

hacía que todo resultase más inquietante.

Sentía que debía moverse rápido, pero nadie le decía en qué dirección.

—Necesita escuchar la verdad —fue la respuesta que recibió al tiempo que le dedicaba una pequeña sonrisa. Sus cejas, arrugadas, demostraban la preocupación que en realidad profesaba.

«Nos queda poco tiempo», pensó Anna, repitiendo en su mente aquella advertencia.

—Haz que te escuche —le instó Mara, dándole un pequeño empujón.

Solo entonces se dio cuenta de que habían subido al escenario y se hallaban en el centro.

Todo el bullicio a su alrededor se quedó de pronto en silencio y, al girarse, se encontró con demasiadas miradas sobre ella.

—Cuenta la verdad, cariño —la empujó un poco más, acercándola al atril que habían preparado. Estaba lleno de micrófonos de los distintos medios allí presentes.

Anna se sujetó a su bufanda hasta que recordó que no le iba a dar buena suerte, aunque quizás sí algo de valentía para enfrentarse a tanta atención.

Bel y Preston estaban en un lateral de la improvisada sala de prensa que habían preparado en el exterior. Su amiga levantó los pulgares frente a ella, si bien sus buenos deseos no llegaron a cruzar el espacio. Continuaba aterrada.

Cuando se había imaginado contando la verdad, lo había hecho detrás de una pantalla de ordenador o de las páginas del periódico. No delante de todos los reporteros de Winterswood.

La puerta de la casa se cerró detrás de ella y, cuando se volvió, encontró a Logan congelado en su sitio. La observaba en silencio y, por cómo lo hacía, Anna sabía que no tardaría en recuperar su mal humor.

«Queda poco tiempo», se recordó, forzándose a moverse y enfrentarse a los nervios que la inmovilizaban. Solo podría acaparar el micrófono hasta que Logan llegara al escenario, y no había demasiado espacio que recorrer.

—Soy Anna Rowan, y yo… Quiero completar la noticia que se filtró de los Winters —empezó diciendo.

—¿Trabajas en el Papers? —preguntó alguien entre la multitud—. ¿La noticia fue tuya? —se interesó otra persona.

—No, ya no trabajo allí. Y la noticia no fue mía —dijo al tiempo que Logan aparecía en el escenario y ante sus palabras detenía sus pasos. Su mirada era pura confusión.

¿Acaso pensaba que ella habría escrito algo así, provocando su ruina?

—¿Trabajas para el señor Winters? —preguntó otra persona. Pero Anna estaba demasiado nerviosa para contestar, todavía perdida en los ojos de Logan, que la apresaban desde la distancia.

—Anna, ¿qué haces? —preguntó él moviendo la boca sin que ningún sonido llegara a liberarse de sus labios.

Ella se volvió hacia el atril, dispuesta a enseñarle qué es lo que estaba haciendo. Lo que llevaba intentando hacer tanto tiempo: contar la verdad.

Sacó de su bolsillo trasero el sobre doblado que había preparado para leerle, y de él, varios folios con la investigación que Bel y ella realizaron la noche anterior.

—La noticia que se publicó está incompleta, y quiero compartir recientes descubrimientos que he hecho y de los que el señor Winters podrá aportar más datos y pruebas si se las piden. —Lanzó un rápido vistazo a Logan, esperando que la dejara continuar.

No consiguió ninguna pista de su mirada, por lo que no se movió de su sitio y comenzó a desmontar punto por punto todas las acusaciones que habían recaído sobre él en los últimos días.

—Hace poco conocimos que el Hospital de Winterswood lleva años siendo un negocio corrupto —empezó Anna, conteniendo su voz temblorosa—. Pero desde que Logan Winters tomó las riendas, los proveedores han cambiado, al menos en su mayoría, y los contratos han dejado de ser abusivos para los pacientes.

Un murmullo empezó a resonar frente a ella, poniéndola más nerviosa.

Miró a Logan, que permanecía a la espera, preocupada por empeorar las cosas con sus comentarios.

Entonces Mara se coló en su campo de visión, animándola a seguir hablando mientras rodeaba con sus finas manos el brazo de Logan a su lado.

Anna se volvió hacia los medios alzando la voz para intentar calmar a la multitud que parecía enervarse por segundos. Les explicó brevemente cómo su fundación para los enfermos de Winterswood

había estado haciendo aportaciones periódicas que superaban el fraude de su padre.

—Respecto al orfanato —continuó después, con voz más firme—, todos estamos de acuerdo en que es horrible lo que se hizo allí. Aprovecharse de esos niños para conseguir mano de obra barata es despreciable. De ahí que el señor Winters intentara cerrar esos programas, aunque algunas de sus empresas mantuvieron esos contratos de forma encubierta. Pero él nunca abandonó a los huérfanos. Creó junto con Mara Jones una fundación paralela. ¿Les suena la Fundación Segunda Oportunidad? Su nombre no aparece vinculado a ella, pero son sus aportaciones las que la mantienen.

Arrugó el papel en sus manos. Recordaba el momento en el que había descubierto aquello y cómo en su pecho había aparecido una especie de luz, parecida a la llama que su contacto hacía crecer en ella.

Las ganas de llevarlo bajo el muérdago y besarlo habían retomado su intensidad cuando Mara le reveló ese secreto la noche anterior.

—Además, muchos de esos chicos —añadió—, han sido contratados en Empresas Winters con contratos dignos.

Anna respiró hondo. Sus piernas habían empezado a temblar, al igual que sus manos, y sabía que no tenía nada que ver con el frío que atravesaba su cuerpo.

Siguió revelando todos los secretos de Logan y la forma en que había estado ayudando a Winterswood sin que nadie lo supiera.

Leyó datos, hizo puntualizaciones con información que no había podido contrastar, y siguió explicando todo lo bueno que había hecho el heredero en silencio.

Cuando hubo terminado, se sentía exhausta. Todo el tiempo que había hablado, lo había hecho luchando con sus ganas de correr hacia él y decirle que era un estúpido por mantener todo en secreto, y que ella lo había sido por no haberlo descubierto antes.

Alzó la mirada para enfrentarse al público mientras doblaba los papeles en su mano.

—Durante varios días hemos creído que Logan Winters era el heredero de un fraude. Pero él ha sido uno más de nosotros, cargando con los errores de su padre, reparando lo que él destruyó. Esta —concluyó Anna— es la verdad sobre Logan Winters.

Según terminó de hablar, todo el mundo se levantó de sus sillas y comenzaron las voces. El bullicio alrededor de ella era ensordecedor, aunque le costó un tiempo percatarse de ello y centrarse en las distintas preguntas que iban llegando. Anna apenas podía mantenerse ya en pie de los nervios que no conseguía controlar.

—¿Tiene pruebas que confirmen esas teorías? —Alguien se hizo oír entre la multitud—. ¿Nos está diciendo que el señor Winters robaba para después devolverlo? —Otra voz gritó.

—Bueno, yo… —Anna escuchaba demasiadas preguntas a la vez y no era capaz de dar una respuesta, al tiempo que su mente rellenaba los agujeros en su investigación.

—¿Cómo explica que firmara los mismos contratos que su padre?

Anna se sujetó al atril mientras respiraba hondo, cuando una mano apareció sobre su muñeca, tomándola y apartándola de los micrófonos que tenía delante.

—No habrá más aclaraciones por ahora. Muchas gracias. —Logan se había acercado hasta ella sin que se diera cuenta. Había hablado con su voz grave y, en esa ocasión, su malestar parecía estar dirigido hacia los medios que la acribillaban a preguntas, y no hacia ella.

La alejó de allí, tirando de su mano.

Anna apenas podía mantener el paso detrás de él. Los nervios que habían estado martilleando durante minutos su pecho, lo hacían entonces desde el punto en que Logan la sostenía.

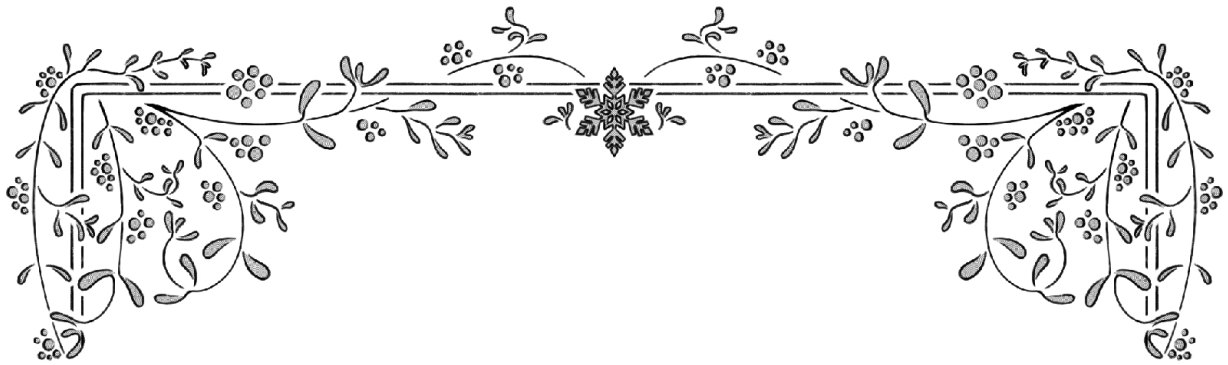
Había llegado el momento de enfrentarse a él, y no tenía muy claro cómo iba a salir de aquella situación. Sus discusiones no solían terminar muy bien, y ambos eran demasiado tercos como para solucionar las cosas sin dejar todo arrasado.

Pasaron por delante de varios hombres trajeados, hasta que uno de ellos les abrió la puerta de la casa haciendo un saludo con su cabeza.

Siguieron andando hasta llegar al primer salón de la mansión; donde se había celebrado la Fiesta del Encendido y que, de nuevo, volvía a lucir sobrio y oscuro. Solo entonces Logan dejó de andar.

No había dicho ni una palabra desde que bajaron del escenario, y Anna temió caer al suelo cuando él la soltó.

—¿Se puede saber qué crees que haces? —preguntó enfadado.



22

LA BALANZA

El barullo que había en el exterior quedaba amortiguado tras las paredes de la vieja mansión. O quizás fuera por el bombeo incesante del corazón de Anna en sus oídos, que hacía que cada sonido resultase lejano, incluída su agitada respiración.

Logan la había llevado hasta el primer salón de la casa. Las cortinas estaban entonces abiertas, aunque el espacio todavía se le antojaba lúgubre y triste. Especialmente, sin la decoración navideña con la que lo había conocido.

Su muñeca seguía presa de los dedos del hombre que tenía enfrente, que la observaba como si pudiera hacerla prender con la mirada, en más de un sentido.

Tras un momento, Logan apartó la mano, dejando en Anna el hormigueo que había creado sobre su piel.

—Te he preguntado que qué haces aquí —repitió con el mismo tono enojado.

Anna se sentía incapaz de responder. ¿Por qué estaba tan . enfadado con ella? Solo había intentado arreglar lo que la noticia de Jamie había provocado.

¿Tan mal se sentía por el legado de su padre, que no quería que se contara la verdad? ¿Que él era inocente? ¿Hasta qué punto estaba dispuesto a pagar por los errores de su familia?

—¿Has venido para verme caer? ¿Querías ver lo que tu noticia ha hecho conmigo?

Anna entrecerró los ojos.

«¿Mi noticia?», pensó, pero no tuvo tiempo de responder mientras Logan y su furia se iban acercando a ella, haciendo que diera pasos hacia atrás para mantener algo de espacio entre ambos. No le parecía que él buscara el mismo acercamiento con el que ella llevaba fantaseando varios días.

—¿Te sientes tan mal, que has tenido que montar toda esa actuación?

—Logan… —intentó calmarlo, sin ningún resultado.

Dio otro paso atrás, que el recortó a la misma velocidad.

—¿O es porque tu tía ha perdido su trabajo, y ahora necesitas enmendarlo?

Anna lo miró extrañada y sus manos se desplazaron hasta su cintura en un intento de detener su movimiento. Notó enseguida el calor alcanzando cada uno de sus dedos y recorriendo sus brazos hasta llegar a su pecho.

Tan solo la fina tela de su camisa se interponía entre ellos.

Le pareció que él también se estremecía con su tacto, aunque, a juzgar por el ceño de su frente, podría deberse al motivo contrario.

—Tú… ¿cómo lo sabes? —preguntó ella, consiguiendo decir dos palabras seguidas por primera vez desde que se habían ocultado en aquel salón.

—¡Son mis empresas! ¿Esperabas que no lo supiera?

Anna se encogió de hombros ante el volumen que había tomado la voz de Logan. Estaba realmente enfadado con ella y ni siquiera le daba la oportunidad de explicarse.

—Después de todo lo que te conté, esperaba un reportaje más honesto. Pero supongo que una portada es una portada, ¿no?

Su sonrisa se había ladeado y la miraba como si hubiera destapado algún plan maestro de Anna. Ella, en cambio, solo tenía ganas de golpearlo. Estaba siendo más testarudo que nunca.

Seguía creyendo que la noticia era suya y, en ese caso, podía entender su enfado.

Él le había contado todo en una carta. Una carta que ella no había llegado a ver. Y la noticia de Jamie no estaba firmada. Así que era normal que pensara que ella había escrito ese reportaje.

Salvo porque le había prometido en distintas ocasiones que no contaría esa historia. Se daba cuenta en ese momento de que siempre supo que había más de lo que se veía a simple vista. Sin

embargo, Jamie no quiso investigarlo. Simplemente quería su portada, y al final la consiguió, adelantándose a ella.

—Logan, yo no he… —intentó explicarse una vez más.

—La historia de mi padre tiene más gancho, supongo.

—¡Logan Winters! —Anna gritó su nombre, desesperada porque la escuchara entre tantos ataques—. ¡Yo no escribí esa noticia!

Consiguió el resultado esperado, pues no salió otra palabra de la boca de Logan mientras la observaba entrecerrando los ojos, posiblemente estudiándola, tratando de encontrar un atisbo de mentira en su rostro.

—Ni siquiera estoy ya en el periódico. La portada la escribió… otra persona —se frenó antes de delatar a Jamie, aunque sabía que no le ocurriría nada. Logan había montado la rueda de prensa para cargar con todo lo que su padre había hecho. No tomaría represalias contra la persona que había eliminado esa carga de sus hombros. Pese a que hubiera tenido un resultado demasiado negativo en su vida.

—¿Entonces, qué haces aquí? —le preguntó de nuevo.

Cualquier situación que Anna hubiera imaginado en la que tenían un reencuentro al menos amistoso, se había borrado de un plumazo, y se recriminó el haber tenido esas ideas en la cabeza. Si algo había aprendido de Logan era que no se permitía sonreír demasiado, suponiendo aquello un reto que ella siempre estaba dispuesta a aceptar.

—Te lo he dicho mil veces: contar la verdad —respondió con la voz debilitada. Después de hablar en público durante tanto tiempo, y tras los nervios que le producía estar por fin frente a Logan, y un Logan nada fácil, le costaba mantenerse firme.

—Esa no es la verdad.

Anna pestañeó. Estaba bastante segura de que sus investigaciones eran buenas. Había pasado la noche en vela con Bel y su tía rastreando y entendiendo todos los movimientos registrados de las distintas empresas Winters.

—Bueno, puede que no tenga bien todos los datos, pero…

—La verdad, Anna —la interrumpió él, dando un paso hacia ella, haciendo que sus manos tuvieran que moverse por su torso ante la falta de espacio—, es que mi padre era un ladrón, y yo soy su hijo.

Ella dio un paso hacia atrás, a pesar de que, en realidad, deseaba extender sus brazos y rodear su cintura con ellos. Echaba de menos

el aroma a lavanda que comenzaba a cosquillear su nariz.

—La verdad es que llevo años viviendo de sus riquezas; las que acumuló fraudulentamente. —Se acercó más mientras su voz y su semblante se oscurecían—. La verdad —dijo poniendo las manos a ambos lados de la cabeza de Anna, que estaba retenida contra la pared a sus espaldas—, es que merezco el rechazo de Winterswood tanto como él. No he hecho nada para cambiar la situación.

Estaban demasiado cerca, y Anna podía sentir el aliento de Logan sobre su rostro. Quizás, si se mantenía quieta y prestaba atención, podría escuchar también los latidos de su corazón. Se preguntaba si serían tan fuertes como los del suyo.

Logan descendió su mirada hasta su boca, robándole el poco aire que quedaba en sus pulmones.

Anna alargó la mano, recorriendo su camisa, hasta colocarla sobre su pecho. Su corazón lo golpeaba tan furioso como él se mostraba.

—No —dijo ella. No estaba de acuerdo con ninguna de sus verdades, aunque no tenía muy claro cómo iba a convencerlo.

Logan puso su mano sobre la de ella, pero después de un instante apartó ambas, dejándola sin el calor que su contacto siempre le proporcionaba.

Se alejó de la pared donde ella seguía apoyada, recobrando fuerzas.

—Me alegro de que, al menos, tuvieras tu momento de gloria. Quizás así puedas volver al periódico.

Pese a que su voz sonaba más suave, Anna gruñó, agotada por la discusión que estaban teniendo. Su «momento de gloria» había sido una tortura y, aun así, lo haría mil veces más si con eso le hacía entender lo equivocado que estaba.

—¡Logan, no lo he hecho por mí! Lo he hecho por tí, para que no… —dijo alzando una vez más la voz.

—¡No tienes que salvarme! —Él también subió el volumen de sus palabras, frenando su discurso—. ¡Esta carga es mía!

—¡Es que no tienes que llevarla! —gritó Anna exasperada, aferrándose a las solapas de su chaqueta. En ese instante no tenía muy claro si quería besarlo o golpearlo—. Es lo que intento explicarte. Tienes que entender la persona que realmente eres, la persona de la que me he enamorado.

Se quedó congelada cuando escuchó aquella repentina confesión escapando de su boca.

Logan también parecía haber perdido la capacidad de movimiento, aunque su ceño permanecía fruncido, como si estuviera contrariado.

Pero no iba a rectificar sus palabras. Había ido a la mansión dispuesta a contar la verdad, y de pronto la tenía delante.

Anna respiraba con fuerza, sus dedos todavía sujetos a la elegante chaqueta de lana mientras él la contemplaba. Sus ojos seguían ardiendo, si bien esperaba que no solo hubiera enfado en ellos.

De pronto, el brazo de Logan rodeó su cintura alzándola, y, en un instante, la distancia que los separaba se desvaneció.

Sus labios encontraron los de ella, presionándolos en un beso intenso, y todo el ruido, el frío, la rabia, desaparecieron.

Las manos de Anna subieron rápidamente hasta su cuello, temerosas de que pudiera apartarse al soltar su chaqueta. El calor de su piel se trasladó a la suya, estremeciéndola, al tiempo que escondía sus dedos bajo su pelo.

Al mismo tiempo, Logan la atrajo con más fuerza, como si no quisiera que un milímetro los separara, reduciendo la distancia hasta que no quedó espacio entre ellos.

La llama que siempre había encendido en su interior ardía en aquel momento con una intensidad devastadora, un incendio que la envolvía por completo. Cada roce de sus manos sobre su piel avivaba las llamas, cada suspiro compartido entre sus labios las hacía crecer, y cada rincón que la boca de Logan reclamaba parecía prenderla un poco más, hasta dejarla sin aliento.

—A lo mejor tenía que haber empezado por esta parte —susurró, cuando Logan se separó unos centímetros para que ambos tomaran aire. Sus frentes permanecían unidas y estaba segura de que sus ojos brillaban más.

Sin embargo, las palabras de Anna habían vuelto a dibujar una fina línea entre las cejas de Logan, que negó despacio con la cabeza.

Hizo un movimiento, y el miedo se apoderó de ella. Iba a alejarse. Otra vez se despedía.

Lo sujetó con más fuerza, alzándose de puntillas, esperando convencerlo de quedarse un poco más.

—Eres el hombre más terco, orgulloso y malhumorado que he conocido. Pero también el más amable, cariñoso y dedicado, cuando te olvidas de tu fachada.

Logan negó de nuevo con la cabeza. Se mostraba triste, y Anna notó su corazón encogiéndose dentro de su pecho, ante el miedo de que fuera su declaración lo que lo hubiera contrariado.

—No es una fachada, Anna. Es quien soy.

—No. Es quien has creído ser, Logan —le discutió, tomando una de sus manos entre sus dedos. Aquel calor que solo él era capaz de encender, empezó a bañarla.

Buscó sus ojos. Necesitaba que la escuchara, que comprendiera lo que estaba diciendo.

—Eso no cambia las cosas.

Anna se rio por la nariz.

—¿Qué cosas, Logan? Llevas años intentando corregir lo que hizo tu padre.

—No he arreglado nada. —Quiso apartar su mano sin que ella se lo permitiera—. ¿No has leído los contratos? Todo sigue igual.

Después de una noche de investigación, no habían encontrado explicación para esa parte. Lo que estaba firmado y las acciones secretas de Logan eran totalmente contrarias.

Había revisado esos papeles más veces de las que podía contar, volviendo a ellos cada vez que quería enfadarse con Logan, como el resto de Winterswood, y sin conseguirlo.

Se quedó callada durante un segundo, repitiéndose la pregunta que una y otra vez sonaba en su cabeza: ¿Cómo iba Logan a firmar algo así? Seguía sin comprender cómo había llegado su nombre a esos papeles. Nunca le había encajado esa parte del reportaje, porque no tenía sentido.

—Tu firma… —murmuró, todavía pensando en aquello.

—Mi firma está en ellos, Anna —insistió él, como si se aferrara a ese dato para seguir siendo el culpable que todos creían que era.

Y, como si de pronto una ventana se abriera y una ráfaga de aire la despertara, completó el rompecabezas.

Lo miró, entrecerrando sus ojos, intentando comprender su punto de vista.

—¿Por qué quieres llevar ese peso? —preguntó confusa.

—Es…

—Tú no firmaste esos contratos. No es tu firma —cortó lo que sería otra excusa para seguir machacándose. Después alzó su mano hasta ponerla en su mejilla. Había leído tantas veces el artículo de Jamie, revisado una y otra vez cada una de las pruebas que había incluído en el reportaje, que, de pronto, no tenía dudas. La firma en los contratos de aquellas pruebas no se asemejaba a la caligrafía de la carta que le había entregado Logan unos días atrás.

Se rio incrédula cuando recordó lo mucho que se parecían, lo equivocados que habían estado los dos durante tanto tiempo.

—¿Sabes? Llevo toda mi vida sintiéndome una carga para mi tía. En cada situación he intentado apañármelas sola y, aun así, ella estaba siempre ahí. Sosteniéndome. Eso es el amor.

Logan alzó su mano, como si fuera un reflejo de Anna, hasta acariciar su cara, de su sien a su mandíbula, tan lentamente que apenas notaba su movimiento.

—Qué tiene que ver el amor —dijo, siguiendo el movimiento de sus dedos mientras recorrían la cara de Anna.

—Supongo que todo —respondió con una suave sonrisa—. Tú crees que intentas arreglar lo que hizo tu padre porque lo quieres, porque es tu familia. Y en el proceso, has convertido ese amor en un peso enorme.

»Pero no lo has hecho por eso. No estás arreglando todo por tu apellido. Lo haces por Winterswood; porque amas este lugar tanto como nosotros. Porque quieres sostenerlo, no cargar con él. ¿Lo entiendes? —dijo, curvando todavía más sus labios—. Nunca fue tu padre. Ni siquiera fuiste tú, tu familia o tu apellido. Siempre ha sido Winterswood.

Logan continuaba observándola, posiblemente pensando en sus palabras, o quizás distraído, ideando nuevas formas de hacer que Anna se rindiera.

—Logan, quítate el peso —le pidió, consiguiendo que su atención volviera a sus ojos.

—No lo entiendes.

Casi parecía que estaba sufriendo por pensar en dejar todo ir. En dejar de sentirse culpable por todo lo que había ocurrido.

—En realidad, creo que sí lo hago. Eres tú quien no quiere verlo.

—No puedo hacerlo, Anna. Hay mucho que compensar.

Descendió su mano, dejando un reguero de pequeños escalofríos desplazándose por su piel hasta llegar a sus pies. Pero ella la sostuvo

un poco más.

—Solo necesitas un poco de suerte —intentó convencerlo.

En realidad, la suerte era el principio. Necesitarían hacer algo más, y no sabía cómo iban a conseguirlo.

Él se rio.

—¿Me dejarás tu bufanda? —preguntó recorriendo la tela de la lana como solía hacer con su pelo.

—Lo cierto es que nunca me ha dado mucha suerte.

—Creo que a mí, sí —dijo él, tirando de ella suavemente, haciendo que Anna se aproximara a él.

Volvió a recorrer la tela, esa vez de forma ascendente, hasta que su mano se coló por detrás de su cuello.

Sus ojos, que habían tenido apresados los de Anna, descendieron hasta su boca.

Ella apenas era capaz de respirar. Le preocupaba hacerlo demasiado fuerte ante el intenso silencio que se había instaurado entre ambos.

A medida que el olor a lavanda la envolvía, junto a ese calor que Logan encendía en ella, sus ojos se cerraron.

Notaba sus dedos subiendo por su nuca, escondiéndose entre los mechones de su cabello y luego, el aliento sobre su rostro.

Después, una explosión que empezó en su boca cuando sus labios se posaron sobre los de ella. Suaves, firmes, moviéndose lentamente. Con un ritmo que debería calmar su corazón, y que, en cambio, lo enloquecía de forma desenfrenada.

Sus manos se movieron por sí solas, pasando de su chaqueta a su cintura, tratando de acercarlo más a ella.

Se separó en busca de aire, pero enseguida los labios de Logan volvieron a hacerla rehén en una prisión que habían construído a base de silencio y miradas. Una prisión de la que no quería escapar.

Al terminar, Anna se sentía tan mareada que era apenas consciente de dónde estaba.

Logan le giró el rostro con delicadeza, buscando un acceso más fácil hasta su mandíbula, donde dejó un beso tan suave que Anna casi no pudo distinguirlo. Únicamente estuvo segura de haberlo recibido por el estremecimiento que la atravesó de pies a cabeza.

—Y si no da suerte —dijo dejando otro en su cuello, justo debajo del anterior—, ¿qué plan tienes?

Anna necesitó un momento para recordar de qué estaban hablando mientras él continuaba cubriendo su cuello con su boca, poniéndoselo más difícil.

—Suerte… —murmuró Anna—. La suerte… —volvió a intentar, consiguiendo una risa grave proveniente del pecho de Logan—. Está en tener en quién apoyarte. Es algo que me dijo mi tía —consiguió terminar la frase separándose de él a regañadientes.

No quería hacerlo, pero le era imposible hablar si seguía recorriendo su piel con pequeños besos.

—Tu tía, ¿la obsesa de la Navidad?

Anna sonrió. No era la primera vez que se dirigía a ella de ese modo y sabía que solo pretendía provocar una reacción en ella. Aun así, no estaba segura de cuánto más podría aguantar cuerda a su lado. Sobre todo si tenía acceso a sus labios.

—Esa —confirmó.

Logan se acercó a ella, sosteniendo su cara entre sus manos, mirándola con una sonrisa.

—Puede que estén empezando a gustarme estas fiestas —confesó. Y sin esperar una respuesta, se agachó, buscando otro de aquellos besos que ella tenía guardados para él.

—Podemos celebrarlas siempre que quieras —le ofreció en un resuello.

Un suave hormigueo se instaló en su estómago ante la idea de pasar la Navidad con Logan. Especialmente, si incluía momentos como el que compartían en ese instante, con sus labios encontrándose y sus manos sin querer soltarse.

—Te he echado de menos —dijo él, dejando ligeros besos en su oreja, en su frente, en su mejilla—. Esta casa está demasiado vacía sin ti curioseando por sus pasillos.

Anna se rio contra su boca.

—Creo que vamos a tener que curiosear un poco más para arreglar todo esto.

Él se separó, observándola, mientras Anna arrugaba las cejas esperando que su discusión hubiera terminado.

Para que Winterswood dejara de poner el foco en Logan necesitaban encontrar al culpable de todo lo que seguía mal, y solo había algunas empresas que se beneficiaban de su caída.

El problema era que tenían tanto poder como Empresas Winters y seguramente menos predisposición a confesar que Logan.

—Por favor —susurró acercándolo un poco más a ella.

—Eres una periodista bastante convincente.

—Ex-periodista —lo corrigió—. Ahora solo quiero estar al otro lado de la balanza.

Logan la miró intensamente, buscando su mano con la suya. Entrelazó sus dedos con los de Anna, haciendo que rápidamente entraran en calor.

—Entonces, ¿cómo era? ¿Soporte?

23
LA LLAVE

Anna estrechó sus dedos alrededor de los de Logan mientras cruzaban los pasillos de la antigua mansión. Recordaba cómo aquellos corredores la habían aterrado en sus primeras visitas. No quedaba nada de ese miedo, si bien su corazón continuaba latiendo frenético.

Podía deberse al acompañante con el que recorría la casa, aunque pensar en sus manos entrelazadas le producía una inusual calma. Como si así fuera como debían estar.

Llegaron hasta los pasillos más austeros, que Anna ya reconocía como el ala de Logan.

Las cortinas estaban descorridas y el sol dejaba sombras en el suelo a su paso. Pero ni siquiera la luz conseguía mitigar el pulso enloquecido en su interior.

Se dirigían al despacho de Logan en busca de un archivo de trapos sucios que Albert tenía de las empresas competidoras. Anna no se sorprendió al saber que el cauto mayordomo tenía un archivo semejante, y en aquel momento era su mejor baza para descubrir quién había ocasionado tantos problemas a Logan.

Cuando llegaron a su destino, encontraron la puerta contigua entreabierta. Únicamente se atisbaba a ver una rendija del interior de la habitación, con una suave luz vibrante saliendo de ella.

Logan detuvo sus pasos al mismo tiempo que Anna.

Era una habitación que nunca se abría, por lo que la imagen era extraña.

El agarre alrededor de los dedos de Anna se endureció cuando se acercaron con cautela.

Él alargó su mano libre y empujó la puerta lentamente, permitiendo que el sonido crepitante del fuego en la chimenea llegara hasta sus oídos y su luz bañara sus cuerpos.

Albert estaba de pie frente a las llamas, lanzando distintos papeles en su interior.

Anna frunció el ceño al darse cuenta de lo que estaba haciendo. Dio dos pasos con determinación, y Logan la frenó tirando de ella.

—Ah, ya habéis llegado —dijo el mayordomo con su habitual sonrisa amable, fruto de demasiados años fingiendo. Un gesto ensayado que, sin embargo, no llegaba hasta sus cansados ojos.

Se giró de nuevo hacia la chimenea lanzando más papeles al fuego, que los devoró furioso con una llamarada.

—Albert, ¿qué estás haciendo? —preguntó Logan con sutileza, ciñendo aún más su mano alrededor de la de Anna, esperando que no se moviera de su lado.

—Os esperaba a los dos. Ya sabía que no te detendrías tras el numerito de la rueda de prensa —dijo dirigiéndose a Anna. Luego prosiguió con su tarea, tomando el último montón de papeles que quedaba sobre el sillón junto a él.

Lo observó durante un momento y después se lo enseñó a Anna y Logan. Ella abrió la boca al darse cuenta de que eran los contratos que habían convertido a Logan en víctima y villano.

—¿Veníais a por esto? —quiso saber, con una sonrisa menos amable y más macabra. Su mirada se dirigió hacia Logan—. No me digas que es lo único que teníais para librarte —preguntó, lanzando los folios al fuego.

Anna se soltó de Logan y se acercó a la chimenea en una carrera. En menos de un segundo el fuego se había extendido por su superficie.

Tomó uno de los palos de hierro con los que se removían las brasas, situado a la izquierda de la chimenea, pero Logan la frenó antes de que pudiera intentar salvar las cenizas de aquellos papeles. No quedaba nada, y las llamas estaban demasiado vivas, amenazando con lanzarse sobre ella.

Logan la rodeó con sus brazos, apartándola.

—¡Necesitamos esos papeles! —gritó luchando contra su abrazo, viendo cómo el polvo negro en el que se estaban convirtiendo las

pruebas caían al fondo de la chimenea.

La risa de Albert llegó desde el otro lado de la habitación, a donde se había movido. Un sonido que a Anna le resultaba aterrador en ese espacio. A diferencia de en el resto de la casa, allí las contraventanas continuaban cerradas y solo la luz tintineante del fuego iluminaba el despacho abandonado, marcando las sombras en el rostro del mayordomo.

—¿Tú has estado falsificando las firmas de Logan? —Anna tornó su pregunta en una acusación, consiguiendo una nueva sonrisa de Albert—. Pero esos contratos lo benefician a él. ¿Qué sacas tú de ellos?

—Mis negocios con Christopher estaban muy bien organizados —dijo, sentándose en la gran silla de piel tras el enorme escritorio—. Cuanto más ganaba él, más ganaba yo. Y contigo todo tenía que seguir igual, chico. Incluso con tus ganas de convertirte en el santo de Winterswood, me las arreglé para mantener algunos de los contratos. Y entonces llegaste tú —se dirigió a Anna, que aún permanecía arropada por los brazos de Logan, alzando su dedo índice y señalándola—, una niña jugando a ser periodista, revolviendo todo por aquí. Sabía que serías un problema desde que llegaste.

Logan puso a Anna detrás de él en un rápido movimiento.

—No la metas en esto.

—¿Yo? —preguntó Albert de buen humor—. Ha sido ella quien nos ha metido en esta situación. ¿No lo ves, chico? Todo estaba bien hasta que ella llegó con sus sueños de periodista.

—¡Estabas saqueando la ciudad! —dijo Anna exasperada—. ¡Has estado usando a Logan como cabeza de turco por si todo se torcía!

El mayordomo unió sus manos sobre la mesa con un gesto divertido mientras la observaba con curiosidad.

Anna se dijo que parecía la imagen viva de cualquier villano de película.

—No era nada personal, chico —le explicó a Logan—. Tú te librabas de tus obligaciones y yo podía seguir cuidando de ti.

—No te saldrás con la tuya —lo amenazó él, demostrando un enfado que Anna solo había visto dirigido hacia ella en distintas ocasiones.

Aun así, no asustaba al mayordomo como solía hacerlo con ella. Este se agachó junto al escritorio, abrió uno de sus cajones bajo su

mirada y, cuando se irguió de nuevo en la silla, puso su mano sobre la mesa, portando un pequeño revólver que depositó encima.

Logan dio un paso atrás, rodeando la cintura de Anna con su brazo, haciendo que ella también se moviera en dirección a la puerta del despacho.

—No des otro paso, chico —dijo Albert levantando el arma hasta dejarla frente a ellos, con el codo apoyado en la mesa.

El brazo de Logan se estrechó un poco más alrededor de Anna cuando se detuvo, escondiéndola detrás de su cuerpo.

—Dime, Logan. ¿Dónde guardaba tu padre las cosas importantes?

Anna vio cómo su protector fruncía el ceño a su lado ante aquella pregunta.

—¿De qué estás hablando?

El mayordomo se levantó del asiento sin ninguna prisa. Se veía cansado y pequeño en ese escenario. Se acercó a ellos, con el revólver en alto.

—Hablo de las pruebas que me incriminan. Las que guardó tu padre. He peinado este despacho de arriba abajo, la casa entera, y no hay nada. Pero tú vas a dármelas y luego cada uno se irá por su lado.

Anna se revolvió detrás de Logan. ¿Por qué registraría aquel despacho? Lo acababan de ver eliminando lo que creían que eran las únicas pruebas contra Albert. Sin embargo, él acababa de confirmarles que había más. Evidencias tan importantes que valía la pena amenazar con un arma para conseguirlas.

El problema era encontrarlas antes que él, o antes de que disparase.

—No tengo ninguna de esas pruebas —respondió Logan con un tono prudente al tiempo que empujaba a Anna, poniendo más espacio entre el mayordomo y ellos.

Este seguía acercándose a su posición.

—¡No juegues conmigo! —El anciano alzó la voz al tiempo que extendía un poco más su brazo, amenazando a Logan con el arma.

Él levantó sus manos, mostrándole las palmas en señal de rendición. Anna se aferró más fuerte a su camisa por la espalda, notando cómo su pulso descontrolado llegaba a sus brazos, cada vez más temblorosos.

—Te digo la verdad. Siempre te he contado todo —dijo Logan, con un tono demasiado tranquilo para la situación que estaban

viviendo—. Por eso estamos aquí.

Albert frunció los labios ladeando ligeramente la cabeza mientras lo observaba, intentando discernir si estaba siendo sincero.

Luego dio un paso hacia atrás sin bajar el arma, que seguía apuntando al pecho de Logan.

—¿Sabes? Eso pensaba de tu padre. —Se rio, aunque era fácil adivinar que no había nada que le hiciera gracia. Entonces, su mirada se oscureció—. Hasta que descubrí que planeaba venderme. ¡A mí! —exclamó, visiblemente indignado—. ¡Después de las riquezas que le conseguí!

Logan permanecía en silencio, moviéndose hacia atrás en pasos tan pequeños que Anna no los percibía hasta que su espalda chocaba contra ella.

—¡Él se lo buscó! No debió pensar en traicionarme —continuó el mayordomo.

Logan bajó sus manos, y Anna se dio cuenta de cómo su movimiento cesó de golpe.

Fuera lo que fuera lo que Albert estaba contando, había tenido efecto sobre él.

—¿Que se buscó el qué? —preguntó, con su voz a punto de quebrarse.

A pesar de la imagen de calma que continuaba ofreciendo, Anna podía notar cómo su cuerpo entraba en ebullición. Sus músculos estaban más rígidos bajo sus dedos.

La sonrisa todavía presente de Albert no ayudó a mejorar la situación.

—Era un experto jinete. ¿No lo sabías?

Logan dio un paso hacia el mayordomo, olvidando que este aún mantenía un arma en su poder. De hecho, parecía haberse olvidado de todo mientras lo taladraba con la mirada.

—¿De qué estás hablando? —escupió sus palabras a pesar de que su mandíbula permanecía inmóvil.

El aludido dio un paso hacia atrás, pero mantuvo su gesto, tratando de mantener una posición de poder.

—Onyx no lleva bien las tormentas, ¿verdad Anna? —le preguntó a ella, como respuesta a Logan.

Los hombros de este se estremecieron mientras se tensaba más. Anna sabía que, de no tener una chaqueta cubriendo su cuerpo, se

vería perfectamente cada uno de sus músculos en la espalda creciendo en tamaño.

El pulso de ella no iba mejor. Se desbocaba en su interior, al recordar la tarde en que Onyx se descontroló con la tormenta de nieve.

Entonces, otro recuerdo apareció en su cabeza. Uno que creyó que era un sueño en el que Logan murmuraba en su oído, pidiéndole que no ocurriera de nuevo.

¿Acaso el mayordomo tenía algo que ver con la muerte de Christopher Winters? ¿Usó a Onyx para conseguirlo?

Miró a Logan, que empezaba a temblar delante de ella, incapaz de ocultar su furia.

—Tu padre intentó venderme. Solo hice lo que debía hacer. Y no me temblará el pulso para hacer lo mismo contigo, chico. ¡Dime dónde guarda todo! —le exigió, acercando un poco más el revólver hasta Logan.

—¡No pienso decirte nada! —respondió él sin perderlo de vista, con una respiración tan agitada como profunda.

Había cerrado los puños a ambos lados de su cuerpo.

Anna se acercó a él, alargando sus manos para rodear sus brazos y bajar hasta sus dedos, aunque no consiguió aflojarlos. Necesitaba que Logan se calmara porque, si bien él parecía no reparar en ello, Albert seguía apuntándolo con un arma.

Aquel movimiento no pasó desapercibido para el mayordomo, que sonrió al ver su intento.

—¿Y a ella? —preguntó, dirigiendo el revólver hacia Anna, que de pronto se atragantó con su propio aire—. A ella si le cuentas todo, ¿verdad? Encontré tu carta en el bolsillo de mi abrigo.

Anna recordó, de pronto, cómo le había cambiado el abrigo antes de marcharse. Por eso no la encontró en su bolsa. Nunca estuvo allí.

—No eres muy buena periodista si vas dejando tus confesiones por ahí.

—Tú le diste la información a Jamie —confirmó Anna. Ni siquiera le estaba preguntando, pues no había otra posibilidad. Fue él quien destapó toda la trama de los Winters, cerciorándose de que Logan quedara como el único responsable.

Cuando dio un paso hacia delante, se percató de que, al igual que Logan, había perdido el sentido de la realidad, hasta que Albert alzó un poco más la pistola, apuntando a su pecho.

Se quedó de pronto inmóvil, con los ojos abriéndose más que nunca.

—Albert, ¡para! —le exigió Logan.

Anna no era capaz de escuchar mucho más. Parecía que el corazón se hubiera trasladado a sus oídos, palpitando de forma furiosa, haciendo que cada pequeño sonido resultara distante.

—¡Empieza a hablar, chico! Tengo la llave —dijo, sacando de debajo de su chaleco una pequeña llave que llevaba colgada al cuello. Era negra y antigua, y se veía oxidada—, dime dónde está la cerradura.

Por la forma en que Logan se quedó rígido a su lado, no había duda de que aquella pieza le era familiar. Pero si era la única forma de inculpar a Albert, como él creía, no podían ceder.

—Logan —susurró su nombre, tirando de su brazo.

Él se giró hacia ella, mirándola desde su alta estatura, atrapándola con sus ojos, como siempre había hecho. Su ceño estaba marcado, pero no era furia lo que veía en su mirada.

Alzó su mano para acariciar suavemente su cara y después bajó un poco más, recorriendo la trenza que descansaba sobre su hombro.

Cuando terminó, se volvió hacia Albert, que esperaba todavía su respuesta.

—Te llevaré —le prometió.

Anna tiró una vez más de su brazo antes de que se moviera. No podía dejar que lo hiciera.

—Pero ella se queda aquí —añadió Logan, evitando el agarre de Anna.

El gesto del mayordomo cambió en un segundo, pasando del enfado a la diversión. Sus labios se habían curvado en su cara, marcando un poco más las arrugas alrededor de sus ojos.

—Buen intento, chico. Ella viene con nosotros —le indicó de forma tajante.

Anna no discutió. No pensaba quedarse atrás. Aunque no estuviera sirviendo de mucha ayuda, solo de pensar en quedarse sola en aquel terrible despacho mientras él podía terminar muerto a manos de su mayordomo, le producía escalofríos.

Enredó sus dedos con los de Logan, haciéndole entender que no pensaba apartarse de su lado. Él descendió su mirada de nuevo hacia ella, con pesar.

Ella, por el contrario, no tenía miedo. Quiso decírselo sin palabras, apretando su cálida mano. Conseguirían salir de allí, si bien no tenía claro cómo.

Albert movió el revólver, señalando a la puerta. Era el momento de moverse.

Logan comenzó a caminar, seguido de Anna, a quien rápidamente puso delante, separándola del mayordomo tanto como pudo, y del arma que aún los apuntaba.

Recorrieron distintos pasillos. Algunos eran familiares para Anna, otros no le sonaban y llamaban su atención, distrayéndola por un instante de la situación tan estresante que estaban viviendo.

De vez en cuando notaba los dedos de Logan apretando su mano. Entonces lo miraba, pero él seguía avanzando sin decir nada, con el ceño fruncido, como si estuviera demasiado concentrado.

Llegaron a un pasillo que Anna casi no reconoció, pues la última vez que estuvo en él había sido de noche. Únicamente el gran ventanal al fondo le dio la pista de dónde se encontraban. Lo recordaba oscuro, con la luna bañando la figura de Logan la noche en que lo conoció, creyendo que era otro de los invitados a la Fiesta del Encendido.

Logan había reducido el ritmo de sus pasos mientras que el corazón de Anna parecía haberse avivado. Recibió otro sutil apretón, y cuando Anna lo miró, él movió sus ojos hacia ella de forma disimulada. Siguió avanzando, aunque a un paso más lento.

Se les acababa el pasillo, y Anna sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. Estaba a punto de suceder algo, y no tenía ni idea de qué, por lo que no sabía cómo prepararse.

Según pasaron la última escultura de mármol del pasillo, una mujer que los observaba con una sonrisa, la mano de Logan desapareció de entre sus dedos. De pronto, sintió un empujón desde su espalda que la lanzó detrás de la estatua de piedra.

—¡Vete! —le gritó Logan al tiempo que se giraba, lanzándose sobre el mayordomo.

Anna había caído al suelo, trastabillándose con sus propios pies y la alfombra del pasillo. Había quedado oculta junto al pretil sobre el que se erguía la mujer griega.

Cuando alzó la vista, Logan forcejeaba con Albert por la propiedad de la pistola.

Se levantó, evaluando cómo podía ayudar en la lucha y se arrepintió en el mismo momento en que la mirada aterrada de Logan descansó sobre ella.

El mayordomo aprovechó ese pequeño desliz para dirigir el arma hacia él y, de pronto, un sonido sordo lo inundó todo.

Un pitido incesante se instaló en los oídos de Anna mientras veía el cuerpo de Logan chocar de espaldas contra el retrato de su familia.

24
TEMERARIA

Todo a su alrededor parecía haberse detenido. Todo, excepto su corazón que, con cada golpe, se lanzaba enfurecido contra las paredes de su pecho, luchando por salir de él.

Un pitido sin fin resonaba en los oídos de Anna, fruto del relámpago que había explosionado en el pasillo. Ni siquiera era capaz de escuchar su propio latido. Aunque era otro el que le preocupaba que hubiera dejado de sonar.

Después de aquel estallido, Logan se había llevado la mano al pecho y había caído de espaldas. Su mirada seguía fija en Anna, que no podía moverse. Por más que intentara acercarse a él, alargar sus brazos y sostenerlo, su cuerpo había decidido dejar de funcionar, paralizado al ver cómo se desplomaba a cámara lenta.

Las tres personas retratadas sobre Logan dirigían sus miradas de óleo hacia ella, juzgándola por no haber movido un dedo mientras él se desvanecía.

Otro golpe sordo sonó cuando la espalda de Logan chocó con el cuadro, descolgándolo de la pared con el impacto.

Al mismo tiempo, Albert daba unos pasos atrás, asustado por lo que acababa de ocurrir.

Anna observaba la escena como si estuviera fuera de su cuerpo. Se veía a sí misma aterrada, y al mayordomo mirando con miedo el arma que todavía sostenía. El arma que había disparado contra Logan.

—¡Chico! ¿Qué has hecho? —gritó asustado.

Arrojó el revólver al suelo, como si le quemara en la mano tras verlo perder fuerza y caer contra la pared. Al hacerlo, se liberó otro disparo, alcanzando el gran ventanal junto a ellos.

Le siguió el estallido de más de dos metros de cristalera que se quebraron en un momento, desmoronándose como lluvia helada, haciendo saltar más cristales al impactar con el suelo, a pesar de la alfombra que lo cubría.

Aquel estruendo punzante atravesó el pecho de Anna, transformando su cuerpo inerte en un torbellino de pura adrenalina que disparaba ráfagas de energía a todas sus extremidades.

Sin pensarlo, se acercó a la pistola todavía caliente sobre el suelo y le propinó una patada, consiguiendo que el maldito objeto se perdiera en la lejanía.

Después, se volvió hacia Albert. Lo empujó con todas sus fuerzas, aprovechando que el anciano permanecía absorto en su culpa.

Lo hizo tambalearse, pero no fue hasta que se tropezó con sus pies cuando cayó al suelo. Anna lo siguió en la caída, sintiendo el dolor de su cuerpo cuando sus codos golpearon contra el suelo y su mentón con la espalda de Albert.

Trepó sobre él, esperando que su peso fuera suficiente para mantener retenido al mayordomo, y cuando lo consiguió, aún no se atrevió a mirar hacia donde Logan había caído.

Albert comenzó a forcejear, tratando de liberarse de ella, y entonces unas manos aparecieron en el campo de visión de Anna. Se habían colocado sobre las suyas mientras retenía al mayordomo.

Quiso alegrarse al saber que Logan seguía con vida. En cambio, su corazón le dio un latigazo cuando vio la mancha roja que las cubría. Su estómago se revolvió en un instante y perdió la fuerza con la que sostenía la chaqueta gris de Albert.

Este se estiró, alcanzando uno de los cristales que se había desprendido a su lado y se giró bruscamente bajo Anna, empujando el cristal en su dirección.

Por suerte, al moverse bajo sus piernas, provocó que ella se desestabilizara, cayendo de espaldas. El cristal rozó la bufanda verde que cubría su cuello.

Reptó hacia atrás, alejándose del mayordomo, asustada, hasta que la pared detrás de ella no le permitió hacerlo más. Al levantar la vista, encontró a la mujer de piedra que la contemplaba, pero que no la ayudaba a salir de allí.

Albert se acercaba hacia su posición con el cristal en la mano. Sus labios se movían, y sin embargo, Anna no oía nada. Se sentía a punto del desmayo debido al estrés que fluía por sus venas.

Entre las luces que parpadeaban ante sus ojos localizó a Logan, de rodillas, con el rostro desencajado. Parecía a punto de levantarse mientras gritaba palabras que Anna era incapaz de escuchar.

Entonces, Albert se detuvo, miró al otro lado del pasillo y se encaramó al hueco del ventanal. Un segundo más tarde, desapareció de allí.

Todavía seguía contemplando la figura del mayordomo haciéndose pequeña en la lejanía cuando notó cómo alguien la zarandeaba. Tardó unos segundos en reconocer la voz de Logan llamándola.

Cuando lo vio frente a ella, algo se activó en su interior. Toda la tensión, el miedo, se enfocaron en él y en la manga de su chaqueta, húmeda, pesada, mojada. No distinguía el rojo sobre la tela oscura del traje, pero no tenía dudas de que aquello era la sangre de Logan. Se había desplazado hasta sus manos, y ahí no podía esconder su color.

Intentó hablar, sin lograr hacer que una sola palabra cruzara su garganta. Sentía un nudo en ella, tan fuerte, que la estaba asfixiando.

—¿Señor Winters? —Una voz alarmada resonó junto a ellos.

Después, unos brazos se interpusieron entre ambos, separándolos, llevándose el calor de Logan y sumiéndola en la desesperación y el frío de su ausencia. Trató de liberarse, gritando que la soltaran sin que nadie la escuchara.

Necesitaba estar con él, asegurarse de que estaba bien. No apartaba la vista de Logan, temiendo que, si cerraba los ojos, la imagen de él estrellándose contra el retrato familiar volviera a aparecer.

Más pasos inundaron el pasillo, y varios hombres enormes y trajeados se colocaron alrededor de Logan, interrumpiendo la mirada de Anna.

—Estoy bien —aseguró él, buscando su mirada entre aquellos hombres. No sabía si lo decía para tranquilizarla a ella o al grupo de personas que lo rodeaban.

Luego señaló con la cabeza a la ventana y Anna pudo volver a ver su figura con claridad, en cuanto los guardas de seguridad, incluido el que la había estado reteniendo, salieron detrás del mayordomo.

—Anna —la llamó Logan, extendiendo su mano para que ella la tomara.

Se había acercado a donde estaba.

Vios sus ojos encogerse cuando alargó el brazo, fruto del dolor que debía recorrerlo junto a la sangre que brotaba de su herida.

Anna deslizó sus dedos hasta alcanzar los de Logan, y en cuanto entró en contacto con él, sus pulmones parecieron funcionar de nuevo. El aire entró en ellos despertándola de su estado de parálisis.

—¿Estás bien? —escuchó el tono grave de su voz sobre ella, pero no alzó la mirada. No iba a poder ver nada con las lágrimas emborronando su visión.

Rodeó su ancha cintura con sus brazos, esperando que aquel contacto detuviera el ritmo de su corazón, demasiado rápido para poder hablar.

—Creía que… —No era capaz de terminar la frase, con sus manos temblando a pesar de sujetarlas con fuerza.

—Tranquila —le dijo él con suavidad mientras recorría con una caricia su cabello y después su espalda—. Estoy bien. Esto no es nada.

Anna no consiguió contener sus lágrimas, que empezaban a precipitarse con el único objetivo de estropear la camisa de Logan. Sintió la cabeza de él apoyándose sobre la suya, y el olor a lavanda llegando hasta ella, calmando poco a poco sus nervios.

—Casi me da un ataque de pánico cuando te he visto detrás de Albert —dijo él.

Anna lo miró por fin, y encontró los ojos de Logan descendiendo hasta su nariz. Estaba segura del color rosado que debía mostrar, aunque esta vez no se debía al frío.

—Temeraria —le dijo él con una sonrisa, recordándole el adjetivo que le gustaba usar a menudo con ella.

Anna se separó, esperando recobrar la compostura. Quería comprobar que estaba bien. Lo ayudó a quitarse la chaqueta, a pesar de los quejidos que profería con cada movimiento.

La imagen de su camisa, cubierta de rojo carmesí, la dejó bloqueada por un segundo.

—No es nada —le aseguró él.

—No parece «nada» —respondió sin dejar de mirar la mancha que iba creciendo por segundos—. ¿Debería hacer un torniquete? —preguntó, desenrollando la bufanda verde de su cuello.

—Creo que no es necesario —dijo Logan posando una mano sobre la suya para detenerla—. Además, la echarías a perder.

—Te dije que no daba buena suerte —repuso ella molesta.

Logan le rozó la barbilla con los dedos, obligándola a alzar su mirada para encontrarse con sus ojos verdes, todavía húmedos.

—Y yo que a mí sí me la daba.

Después, se agachó en busca de su boca, que cubrió y besó con delicadeza.

Todo el torbellino que había sentido unos minutos antes parecía derretirse, transformándose en una corriente de nervios que vibraba por su cuerpo a medida que los labios de Logan presionaban los suyos.

Sus manos ascendían por su espalda al mismo tiempo que el calor que impregnaba en ella, hasta alcanzar su cuello, que sus dedos acariciaban con delicadeza.

—No tienes que preocuparte, ¿vale? —le pidió él mientras se separaba unos centímetros y con su pulgar acababa con las últimas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Fue entonces cuando Anna lo vio, y se apartó de un movimiento.

—¡Logan! —dijo, haciéndolo girar sobre sus talones.

El cuadro contra el que había chocado en su caída permanecía todavía apoyado en el suelo, con los tres integrantes sonriéndolos. Sin embargo, era lo que había encima de él, en la pared, lo que llamó su atención.

Donde antes estaba el cuadro colgado, había una pequeña puerta cuadrada de hierro envejecido, de un color similar al de la llave que les había enseñado Albert en el despacho.

Anna se acercó.

—¿Sabías que estaba aquí? ¿Ibas a dárselo? —preguntó. Su preocupación se desvaneció en cuanto vio la sonrisa apareciendo en el rostro de Logan. De pronto, parecía animado.

—No tenía ni idea. Solo vine por aquí para llevarlo lo más cerca posible de los guardas. Esperaba que nos encontráramos con alguno pronto.

Mientras Anna inspeccionaba de nuevo la puerta empotrada en la pared, la mano de Logan alcanzó su trenza y comenzó a deslizarse por ella, siguiendo con calma cada una de sus ondas, como si hubiera olvidado lo que se escondía detrás de aquella placa de hierro.

Entonces, escucharon el sonido de varios pasos apresurados a lo lejos y un murmullo que iba haciéndose más sonoro a cada segundo.

Anna se asomó por el pasillo y vio aparecer a uno de los guardas de seguridad. Detrás de él estaban Bel, Preston y Mara.

—¡Anna! ¿Estás bien? —preguntó su amiga adelantándose al resto hasta envolverla en un abrazo que amenazaba con romper todos sus huesos—. ¿Qué habéis estado haciendo?

—Señor, la policía está aquí —anunció el hombre de casi dos metros enfundado en un traje oscuro, sin dar ocasión a Anna de responder. Llevaba un auricular en la oreja y se mantenía firme, esperando la respuesta de Logan.

Mara, frente a él, tenía la vista fija en su brazo herido, del mismo tono oscuro que su elegante ropa. Dio un paso en su dirección, insegura, y Logan recortó la distancia que los separaba para rodearla con su brazo sano.

—Estamos bien, Mara. Tranquila —le prometió, como había hecho con Anna, esperando a que ella se relajase en su abrazo.

Tras un instante, sus manos se movieron hasta acariciar la cara de Logan, como si hubiera querido hacerlo durante mucho tiempo y solo entonces se hubiera atrevido.

Él le dedicó una pequeña sonrisa silenciosa. Luego, se volvió hacia Anna, y tiró de ella para seguir al guarda de seguridad, que lideraba el camino hasta la entrada, donde la policía esperaba.

A medida que se acercaban, se podían oír con mayor fuerza las voces procedentes del exterior.

—Ha ocurrido con todos los medios a unos metros. Se ha desatado la locura—explicó Bel cuando vio a su amiga arrugar las cejas, confusa.

Por supuesto, escuchar dos disparos en el interior de la casa habría vuelto loco a todos los periodistas. Podía imaginar la cantidad de titulares que estarían publicándose en aquellos momentos.

Logan rodeó a Anna, con sus dedos aún entrelazados, dejando el brazo sobre sus hombros mientras se movían.

—No te preocupes, la exclusiva será tuya —le prometió de buen humor.

Ella lo miró de mala gana. Había dejado la historia de lado hacía mucho tiempo, y esta parecía perseguirla.

—No lo he hecho por…

—Lo sé —la interrumpió antes de que pudiera terminar—. Pero nadie mejor que tú va a contar la verdad.

Dejó un beso en su cabeza, haciendo que el aire alrededor de Anna pareciera cobrar vida, como si mil mariposas revolotearan sobre ella.

Las siguientes horas fueron algo más duras. La policía quiso tomar declaración a ambos de lo que había pasado, y lo hizo por separado.

Anna sentía todavía más el frío que le suponía estar lejos de Logan, incluso con la manta que Mara le llevó y la gran chimenea del salón encendida.

Solo cuando la policía se marchó y la mano de Logan volvió a rodear la suya pudo entrar en calor.

Algunos medios continuaban aposentados a las puertas de la casa, hasta que los guardias de seguridad que Logan había contratado para el día lograron dispersarlos.

Una vez todo quedó en silencio, Anna notó el efecto de la adrenalina que había recorrido su cuerpo, dejándolo exhausto. Casi le era imposible moverse. Y las caricias de Logan intensificaban su agotamiento.

No mucho más tarde, Bel y Preston se despidieron, y Anna se levantó para seguirlos, pero Logan tiró de ella para acercarla a sí.

—Esperaba que te quedaras —le confesó, rodeando su cintura con sus brazos—. Aún no he quitado la decoración navideña de tu dormitorio.

Anna se rio suavemente, fruto de los nervios por la forma en la que había dicho «tu dormitorio», como si realmente perteneciera a aquella casa, cuando siempre se había sentido una extraña, una intrusa y una carga que no querían soportar.

—Mi tía estará histérica.

—Claro —respondió él, desplazando el dorso de su mano hasta alcanzar su sien. Luego la hizo descender lentamente—. Pero volverás.

Anna no estaba segura de si era una pregunta o una afirmación. La respuesta era positiva en cualquier caso.

Sonrió frunciendo sus labios.

—Solo tienes que invitarme.

Logan volvió a concentrarse en sus ojos verdes.

—Creo que eso nunca te ha hecho falta.

Ella lo empujó suavemente, incapaz de esconder su sonrisa, tan amplia como la de él. Sin embargo, no pretendía alejarse al hacerlo. Le gustaba demasiado el sentimiento de hogar que despertaba en ella, como si su sitio estuviera entre sus brazos, con su aroma a lavanda y su voz grave meciéndola.

—Mi cupo para incursiones no deseadas está ya cubierto, señor Winters.

—Entonces, está usted invitada a venir siempre que quiera, señorita Anna —la trató de usted, imitándola—. Yo siempre querré que lo haga.

Sacudió la cabeza, divertida, porque no se le ocurría qué más responder. Así que se aferró al cuello de su nueva camisa, la que se había puesto después de que un equipo médico curara su herida, y lo empujó hacia ella hasta que sus labios estuvieron bajo los de él.

Aquella llama que se encendía cerca de Logan se transformaba en un fuego voraz que la consumía cuando sus alientos se entremezclaban y sus manos recorrían el cuerpo del otro en una caricia tan suave como insistente.

Al apartarse, la mirada de Logan no le daba tregua. Parecía bañarse en sus ojos, como si buscara perderse en ellos.

¿Podría algún día acostumbrarse a la forma en que la contemplaba?

Dio un paso atrás, sabiendo que tenía que marcharse, por mucho que deseara quedarse y seguir disfrutando de su calor.

Entonces, recordó algo que no había podido decirle antes.

Rebuscó en su bolsillo y sacó de él una cadena de la que colgaba una llave oxidada.

—Por cierto, creo que esto es tuyo.

El suspiro que salió de la boca de Logan fue instantáneo. Alargó su mano hasta hacerse con la llave que tantos problemas le había dado en las últimas horas.

—Pensaba que lo habían enterrado con ella.

Logan cerró los dedos alrededor de la pieza y apoyó la frente sobre la suya.

—Gracias —dijo en un susurro, y luego puntualizó más concretamente, antes de que Anna pudiera decir nada—, por salvarme.

Ella sacudió levemente la cabeza.

—Creo que en realidad casi consigo lo contrario.

Los dedos de Logan trazaron un lento camino hasta su cuello, rodeándolo con delicadeza, para hacer que lo mirara.

—No hablo de Albert. Hablo de mí —le explicó.

Anna se quedó en silencio sin saber qué decir. En ningún momento había sentido que lo ayudaba, sino que era una molestia para él, por lo que sus palabras la pillaron desprevenida.

—Nunca me he alegrado tanto de que mi mundo se volviera patas arriba. Estaba encerrado en esta mansión, en la culpa que creía que debía llevar. Y con cada día que pasaba contigo, ese peso se aligeraba. Pensaba más en tu lista navideña, en tus clases con Onyx, en tu sonrisa; y todo por lo que había luchado tanto tiempo de pronto me parecía vacío. Como si ya no tuviera sentido. Como si ese peso ya no me correspondiera.

»Y cuando mi mundo se derrumbó, cuando estaba dispuesto a terminar con todo, apareciste de nuevo. Decidida y temeraria. —Sonrió al repetir aquella palabra—. Devolviéndome unas ganas de vivir, de disfrutar, que nunca me permití tener.

—Logan, yo… —Casi se sentía mal por todo lo que estaba diciendo. No porque no le gustase lo que escuchaba, sino porque le resultaba difícil de creer. Como si de alguna forma lo estuviera engañando.

Sus ojos estaban anegados en lágrimas, pero se contuvo de dejarlas caer, temiendo que pudiera malinterpretarlas. En lugar de eso, sonrió.

Logan acarició una vez más su mentón mientras imitaba la curva de sus labios.

—Incluso has conseguido que quiera celebrar la Navidad, si es contigo.



25
EL INICIO

—Lo siento señorita, tengo órdenes de no dejar entrar a nadie.

Anna cambió el peso de una pierna a la otra mientras en su mente empezaba a revisar todo lo que había hablado con Logan la última vez que había estado entre sus brazos, dos días antes. Su respiración empezaba a agitarse, por lo que intentó controlarla para no montar una escena delante del señor que se erguía firme frente a ella.

Iba vestido de manera similar a Albert, con un traje de chaqueta de tres piezas en un gris claro. Sin embargo, su prominente barriga era más abultada y su pelo no estaba repeinado como el del antiguo mayordomo, sino que desparramaba sus canas a lo largo de toda su cabeza.

A pesar de que le estaba contestando con negativas, una sonrisa permanecía imperturbable en su rostro. Supuso que era uno de los valores de un buen mayordomo.

—¿Cómo te llamabas? —preguntó Anna, intentando un nuevo enfoque.

—Stevens —respondió él con un gesto suave de su cabeza.

—Stevens —repitió ella—. No tienes que tratarme de usted, por favor —le pidió, como tantas otras veces había tenido que repetir al inicio de su forzosa estancia en aquella mansión—. Y necesito ver a Logan. Es urgente, de verdad.

Lo último que había sabido de él era que iba a abrir la caja fuerte de su padre. Después, había desaparecido sin dejar ninguna pista.

Se suponía que allí encontraría las pruebas que incriminaban a Albert. Al menos, era lo que el antiguo mayordomo había creído. Por eso no entendía el repentino silencio de Logan.

Tal vez lo que había allí dentro lo había dejado hecho polvo, pero ¿por qué no había hablado con ella?

Se culpó por no haberse quedado en la mansión dos días antes, cuando él se lo propuso. De hecho, se había arrepentido nada más cruzar la puerta y dejarlo atrás. Lo echaba de menos, incluso antes de que arrancara el coche alejándose de allí, como si una parte de ella se hubiera quedado en la antigua casa.

—El señor Winters no recibe visitas sin cita, señorita —le dijo, como tantas veces le había explicado Albert en el pasado—. Me temo que tendría que consultarlo con él.

Anna suspiró cambiando de nuevo el peso de su cuerpo sobre la otra pierna mientras se frotaba las manos y más tarde la nariz, desistiendo de que permanecieran calientes.

—Muy bien, hable con él. Yo esperaré aquí, con el frío —dijo con malicia, probando a ver si caía en su juego al tiempo que se ajustaba la bufanda verde al cuello.

—De acuerdo, señorita —le dijo este antes de volverse hacia la casa, obtuso al juego de Anna.

Según abrió la puerta, ella activó sus pies esquivando al mayordomo y colándose dentro. La casa estaba inusualmente caliente, o puede que, simplemente, la hubiera echado de menos más de lo que se había permitido creer.

No dejó de correr gritando el nombre de Logan e ignorando al hombre que la perseguía y la llamaba a su vez.

Continuó corriendo hasta que llegó a la única sala que había visto decorada de Navidad en aquella casa, y sus pies se detuvieron al instante.

Había un árbol enorme en el centro, que llegaba hasta el techo, con diminutas luces rodeándolo y haciéndolo brillar.

Mara estaba colgando algunos adornos en él y Logan esperaba frente al abeto con los brazos cruzados.

Lo que más sorprendió a Anna fue el sonido que venía de alguna parte del sobrio salón: música navideña.

—¿Qué… qué hacéis? —preguntó confusa. Era bastante obvio, y sin embargo, no lograba entender cómo, de pronto, había un árbol de Navidad en el centro de la habitación.

Mara se dio la vuelta dedicándole una de sus amables sonrisas. La de Logan, en cambio, permanecía escondida detrás de su barba, mirándola con el ceño fruncido.

Un segundo después, llegó Stevens resoplando debido al esfuerzo. Se colocó detrás de Anna, que permanecía congelada en su sitio.

Logan se fijó en él, sin haberle dicho todavía una palabra a ella.

—Pensaba que no ibas a dejar entrar a nadie, Stevens. ¿Debería contratar a un nuevo mayordomo? —Su tono era grave.

Desde luego, lo había extrañado mucho más de lo que se había permitido creer. Solo escuchar su voz parecía verter calma y calor en el interior de su cuerpo.

—Lo siento, señor. Ha sido demasiado insistente —respondió el mayordomo peinándose los pelos alocados tras la carrera, y más tarde estirándose al tiempo que hacía lo mismo con su chaqueta.

—Sí, suele serlo —coincidió Logan torciendo el gesto y mirando por fin a Anna.

—Logan, ¿de qué va esto? —quiso saber ella, nerviosa. No le había dirigido aún la palabra.

Él sacudió la cabeza y dejó que sus labios se curvasen un poco mientras la contemplaba y se acercaba a ella.

—Has llegado antes de tiempo —la reprendió con cariño, rodeando su cintura con los brazos.

Ella respiró profundamente al estar tan cerca de él. Era como si llevara días sin hacerlo correctamente.

Apoyó las manos en sus brazos, igual de fuertes que en su recuerdo.

Mara pasó por su lado con una sonrisa que Anna había visto pocas veces en su rostro, dándoles intimidad.

Entonces, Logan acarició la cara de Anna, como solía hacerlo, terminando en la trenza dorada sobre su hombro, recorriendo cada una de sus ondas.

Una vez hubo terminado, se alejó de ella, sin decir nada más, y buscó algo en una de las cajas de decoración navideña que había abiertas y repartidas por el salón.

Se acercó de nuevo a su posición y le enseñó un pequeño copo de nieve de cristal con un lazo de terciopelo azul anudado a él.

—Esto estaba en la caja de mi padre —dijo, poniéndolo en su mano.

Anna lo tomó, y le dio varias vueltas entre sus dedos, observándolo maravillada. Nunca había visto un adorno navideño tan bonito, y con su tía había llegado a ver de todo.

—Es precioso.

—Resulta que había otra tradición de los Winters de la que yo no tenía ni idea —comenzó a relatar Logan, colocándose detrás de ella—. Acabó cuando Albert empezó a torcer las cosas, antes de que yo naciera.

Anna lo miró, girándose hacia él, esperando conocer el final de la historia.

—Los Winters celebraban una fiesta de Navidad para todo aquel ciudadano de Winterswood que quisiera participar. Así, nadie tendría que celebrar la noche más mágica del año solo.

—Como has estado haciendo tú todo este tiempo —le recordó mientras movía sus manos sobre su torso.

Él no contestó, aunque su mirada lo decía todo. En lugar de eso, siguió con su historia.

—Colocaban esta estrella en el árbol en cuanto todos entraban. —Le quitó el cristal para ponerlo al contraluz de las lámparas que colgaban del techo—. Es la primera piedra preciosa de Winterswood. La encontró uno de mis antepasados, antes de fundar el pueblo. Simboliza el inicio.

—De la Navidad —corroboró Anna.

—O de algo más —dijo él, agachándose junto a ella y retirando su bufanda hasta poner su boca sobre su cuello.

A Anna le entraron unas ganas repentinas de quitársela. No necesitaba nada que le diera calor, más que los labios de Logan sobre su cuerpo.

Aun así, trató de mantenerse firme hasta conseguir la información que la había tenido preocupada desde hacía días.

—¿Y no había nada más en la caja fuerte? —preguntó fingiendo desinterés.

Un desinterés que Logan no se tragó, a juzgar por la sonrisa que se dibujó rápidamente en su rostro.

—¿Recabando información tan pronto, señorita Anna? Pensaba que el motivo de tu visita era otro.

Estrechó su abrazo alrededor de su cintura mientras la observaba con diversión.

—¡Y lo es! —repuso ella con ímpetu—. Pero…

Antes de que pudiera excusarse, los labios de Logan capturaron los suyos en un beso lento y pausado que frenaron sus palabras. Un pulso ardiente se propagó por sus venas a la misma velocidad que las manos de él se cerraban en torno a ella.

Sin duda, lo había echado de menos. Mucho más de lo que había creído. Demasiado.

Logan se separó unos centímetros de ella, observándola todavía como si se zambullera en su mirada verde.

—Me encanta cuando te brilla la curiosidad en los ojos.

Le dejó un pequeño beso en la punta de la nariz, que había recuperado una temperatura normal tras unos minutos junto a él.

—¡Pues estás haciendo que se desborde! ¿Estaban las pruebas de tu padre, o no? —quiso saber, impaciente.

Logan asintió suavemente, acabando con el misterio.

—Está todo en manos de mis abogados, pero mi padre hizo un buen trabajo de investigación. Había fotos, grabaciones, contratos falsificados… Solo le faltó tiempo para destapar todo.

Anna percibió el tono sombrío que había adoptado su voz, y se sorprendió al compartir ese mismo malestar con él.

Nunca se había parado a pensar en si el padre de Logan merecía o no cualquier castigo que los medios le impusieran. En cambio, siempre había sabido que él no lo merecía. Había visto el peso que cargaba sobre sus hombros, incluso antes de descubrir toda la verdad, y no podía sentirse más feliz porque todo hubiera resultado favorable para él.

Aquel Logan, sin secretos, sin carga, con una sonrisa que se le escapaba cada vez que estaba a su lado, era su versión favorita.

—Vamos a poder limpiar mi apellido, y Albert va a pasarse un buen tiempo a la sombra.

La felicidad iba embargando a Anna por completo con cada palabra que pronunciaba.

Antes de que pudiera darse cuenta, sus pies se habían alzado sobre sus puntas mientras sus brazos se colocaban alrededor de su cuerpo con brusquedad, envolviéndolos a ambos en el aroma de lavanda que Anna tanto adoraba.

Las manos de Logan imitaron su movimiento alrededor de su cintura con mayor suavidad que la de su ataque repentino de alegría.

—Dos exclusivas en una semana. Vas a ser la periodista más codiciada de Winterswood.

—Me vale con estar a este lado de la balanza —dijo ella con la mejilla apoyada sobre su pecho.

Escuchaba su latido fuerte, lento, calmado, que producía el mismo efecto en el suyo.

—Deberías ir a arreglarte —susurró entonces sobre su cabeza—. Los invitados no tardarán en llegar. Tenemos una tradición que recuperar.

La calma que estar con Logan inducía en ella se reveló en un momento en cuanto sus palabras comenzaban a cobrar sentido.

—¿De qué hablas? —quiso saber, inquieta. Estaba segura de que no la había informado de ninguna fiesta ni de ningún invitado. Ni siquiera había llevado ropa para una celebración. Tan solo su jersey navideño y su bufanda verde.

Se volvió hacia Logan, que la contemplaba divertido.

—Te dije que quería celebrar esta Navidad contigo —le recordó.

—Sí, conmigo —repitió ella alterada—. No con todo Winterswood. ¿Eso es lo que has preparado? —preguntó, entendiendo por qué le había contado la historia del copo de nieve aún en su mano y por qué había un árbol enorme en el centro del salón.

—Esta vez quiero seguir con las tradiciones de mi familia sabiendo que eran buenas, no por creer que debería mantener la fachada —explicó, y Anna respiró hondo, porque no había forma de que se opusiera a eso. No, cuando Logan lo decía de aquella manera, atrapando sus ojos y, con ellos, su corazón.

—Además, habrá el mejor chocolate caliente que hayas probado —le prometió.



Anna llegó a la que había sido su habitación durante su estancia allí, después de dejar a Logan ultimando las decoraciones. Habían avanzado mucho juntos y ya únicamente quedaban los últimos retoques, por lo que él la había obligado a volver a su dormitorio.

Cuando entró, le pareció que se sentía como en casa.

Obviamente, no tenía nada que ver con la verdadera, con toda la decoración navideña excéntrica de su tía. Aun así, vio rápidamente lo que Logan había hecho allí.

Había muchos más adornos navideños de los que ella dejó, los cuadros con retratos habían desaparecido del suelo, y en algunos puntos donde antes estaban colgados, había otros diferentes, con paisajes y caballos; ningún par de ojos que la vigilara por las noches.

La chimenea estaba encendida, por lo que la habitación estaba igual de cálida que el salón que había abandonado.

Entonces, escuchó el sonido de su armario cerrándose y al volverse encontró a Mara. Lucía un elegante vestido largo en azul marino. Llevaba los hombros al descubierto y el torso estaba decorado con una infinidad de pequeños cristales. Sus uñas y labios granates eran lo único que mantenían su color tan característico.

Anna se había quedado con la boca abierta y le estaba costando encontrar las palabras con las que dirigirse a ella, por lo que ella se le adelantó.

—Nunca he podido compartir mi ropa con una hija, pero me alegro de poder hacerlo contigo. Te he dejado algunos vestidos que nunca llegué a estrenar —dijo antes de marcharse.

Anna permaneció unos segundos quieta, mirando la puerta cerrada. Había encontrado a Mara inusualmente animada, como si se hubiera

desprendido de alguna sombra que la acechaba las últimas veces que estuvo con ella.

No se le había pasado por alto que al llegar la hubiera encontrado en la misma habitación que Logan, cosa que nunca antes había presenciado.

Intentaba descifrar el cambio en ellos mientras se acercaba al armario para echar un vistazo a su interior. Cuando lo abrió, le pareció que debía estar iluminado desde dentro, con el brillo que desprendían los vestidos. Eran todos preciosos. Sin embargo, lejos de calmarla por tener algo que ponerse para un evento tan especial, se le encogió el estómago. Se sujetó a la bufanda verde, vieja y deteriorada que todavía llevaba alrededor del cuello.

No tenía muy claro cómo iba a conseguir una imagen a la altura de la sofisticación de Mara.

Estaba terminando de arreglarse cuando empezó a escuchar el barullo que se iba formando en la casa. La música había subido de volumen y había más voces que llegaban a través de las paredes. La fiesta debía haber comenzado.

Cerró la puerta de su dormitorio y se encaminó al salón, siguiendo la cantidad de luces navideñas y adornos que cubrían ahora todos los pasillos de la casa, y el ruido cada vez más alto.

Encontró a Logan junto al árbol de Navidad, saludando a algunos asistentes e invitándolos a disfrutar de la velada. En cuanto la vio, aunque no dejó de hablar con las personas a su alrededor, su mirada no se apartó de ella.

Anna se restregó la nariz, nerviosa, esperando que no se hubiera puesto de color rojo.

Cuando los invitados se alejaron, se atrevió a acercarse hasta él, que le tendió una mano al aproximarse. La otra la alzó en el aire para esconderla bajo su trenza.

—No conozco muchos más peinados —se disculpó ella, consciente de que no era tan elegante como el vestido verde que había escogido, asimétrico y con un solo tirante sobre uno de sus hombros.

Su trenza descansaba sobre el que tenía desnudo, de forma que pudo sentir los dedos de Logan deslizándose por él mientras la recorría.

—Estás perfecta así —le confirmó después, con una sonrisa en sus labios.

Anna inspiró hondo, recordándose que estaba en el centro de un salón repleto de gente y no en el establo, donde únicamente tres caballos eran testigos de lo turbada que solía sentirse junto a él.

Allí todas las miradas estaban puestas sobre ellos. Especialmente sobre Logan, a quien nadie había visto nunca, antes de aquel día. Anna estaba segura de que muchos habían asistido a la fiesta por la idea de descubrir cómo era el rostro del rico heredero de Winterswood, que por fin se abría al mundo.

Más tarde, alguien hizo tintinear una copa, consiguiendo que la sala se quedara en silencio. Incluso la música se detuvo.

Anna percibió de repente cómo todas las miradas se dirigían hacia su posición, posiblemente hacia Logan, y se preguntó por qué habría dejado la bufanda en la habitación. Le habría encantado usarla para ocultarse.

En cambio, Logan reaccionaba a toda la atención recibida de manera distinta.

Sonrió a los invitados alzando una copa de champán espumoso que un camarero acababa de acercarle. Ella sostenía otra entre sus manos, tan nerviosa que temía que se le fuera a caer en cualquier momento.

Ni siquiera el gesto de cariño de su tía Elena, al otro lado de la estancia, pudo mitigar sus nervios.

Dio un paso a un lateral, alejándose de Logan y su protagonismo, antes de que él la retuviera, entrelazando sus dedos con los de ella.

De pronto, los nervios desaparecieron.

No estaba segura de qué estaría diciendo. Posiblemente, hablando de la historia de su familia y de las tradiciones navideñas. Anna solo era capaz de mirar su boca, perderse en su movimiento, en el tono grave y candente de su voz.

Los ojos de Logan se dirigieron a ella, impidiéndole perderse en sus sentidos.

—Llevo años escondido por una mentira. Si no fuera por ella, mi chica temeraria, seguiría hundiéndome bajo su peso. Pero no paró hasta encontrar la verdadera historia. Gracias, Anna —dijo y, un segundo después, varios cubiertos golpearon los cristales de las copas alzadas a su alrededor.

Logan continuó felicitando la Navidad a todos los allí presentes. Ella, en cambio, apenas pudo prestar atención. Su corazón seguía empujando fuerte en su pecho, dejándola sin aliento.

Una vez terminó, él se volvió para quitarle la copa y dejarla junto a la suya sobre una de las bandejas que llevaba un camarero. De esta forma, liberó sus manos para deslizarlas por la cintura de Anna, arrebatándole el poco aire que había conseguido recuperar.

—¿Demasiada atención? —dijo él, conociendo perfectamente cada uno de los gestos de Anna.

—Me gustaba más cuando nos escondíamos por los pasillos de la mansión.

—¿Ya no te dan miedo? —preguntó divertido, agachándose sobre ella lentamente.

—Si estoy contigo, no —susurró, negando con la cabeza.

En un instante, los labios de Logan se posaron suavemente sobre los suyos.

Fue un beso corto, demasiado corto, que terminó antes de que todas las mariposas terminaran de explotar en el pecho de Anna.

Sin embargo, estaba lejos de calmarse, pues él seguía recorriendo su cintura con sus manos mientras se acercaba a su oído.

—Eres una temeraria —le dijo en voz baja. Después, dejó un beso bajo su oreja y la hizo girar sobre sus talones con más velocidad de la que esperaba.

Tuvo que sujetarse a sus brazos para no caer de bruces al suelo.

Una vez estabilizada, Logan no dijo nada más, sino que la empujó con suavidad, colocando su mano en la parte baja de su espalda, haciendo que se dirigiera a la puerta del salón.

Ya fuera, tomó su mano y tiró de ella. Recorrieron distintos pasillos y pasaron por delante de uno de los guardas de seguridad, que hizo un pequeño gesto con la cabeza a Logan antes de ponerse aún más firme en su posición.

Anna volvió a notar los nervios que la atención excesiva despertaban en ella.

Una agitación que cambió drásticamente cuando alcanzaron el final del corredor y Logan la arrastró hasta la oscuridad del pasillo contiguo.

La empujó contra la pared y, lejos de conseguir una escena romántica, Anna se tropezó con la alfombra, teniendo que sujetarse de nuevo en Logan, que la rodeó rápidamente.

—Recuérdame por qué he escogido estos zapatos —se quejó tratando de erguirse, aún bajo el abrazo de Logan.

Él deslizó una de sus manos alrededor de su cintura, y con la otra cubrió su espalda.

—Para poder sostenerte en mí siempre que lo necesites.

—Puede que sea más de lo esperado —le avisó y, por una vez, no le sonó mal tener que apoyarse en alguien. Podría acostumbrarse a hacerlo con él.

Él se inclinó lo suficiente como para que Anna sintiera su respiración sobre su boca, rozando sus labios sin tocarlos, torturándola con la impaciencia por disfrutar finalmente de uno de sus besos.

—Pero menos de lo que me gustaría —le informó él, dejándose caer en su aliento y en su beso.

En aquella oscuridad, todo parecía intensificarse entre los dos. Su respiración se escuchaba más fuerte, a pesar del ruido proveniente de la fiesta. Sus dedos despertaban una electricidad mayor sobre su piel cuando la recorría.

Sus besos eran más intensos, más desesperados, y también más dulces y más cálidos.

Anna no sabía cómo podría acostumbrarse a ello. No quería hacerlo. No quería salir de ese pasillo jamás.

La luna brillaba al fondo, donde el ventanal que daba al jardín se erigía sobre ellos, ya reparado.

Recordaba el pasillo. Era donde había conocido a Logan en su primera noche en la mansión, donde temió perderlo tras la trifulca con Albert; y en ese momento descubrió que era donde se dio cuenta de que no podría vivir sin él.

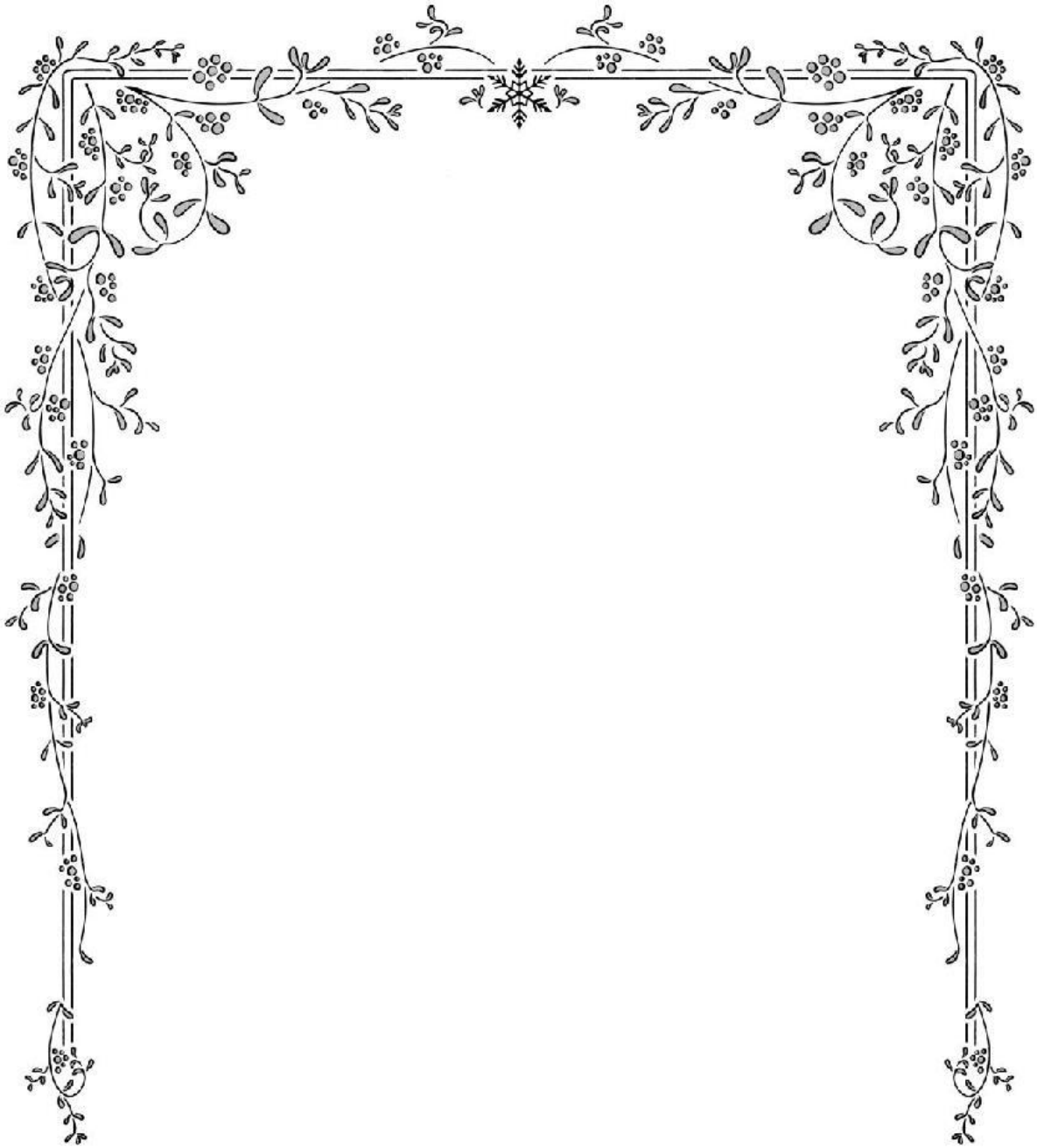
Se movieron hasta quedar junto a la cristalera, ya reparada, con la luz de la luna dibujando los contornos de sus rostros.

—¿Estás nerviosa? —le preguntó, mientras su mano libre recorría de nuevo su trenza, despertando un hormigueo de electricidad en su hombro descubierto.

Ella lo miró confusa. Le costaba pensar en algo que no fueran los dedos de Logan sobre su cuerpo.

—Por empezar tu trabajo —le puntualizó él—. Redactora del Winterswood Papers. Al final, lo conseguiste.

—Bueno, tuve un poco de ayuda —se quejó de sus elogios—.



Alguien me reservó su mejor exclusiva.

Logan apoyó el dorso de su mano en su mejilla, descendiendo hasta la línea de su mandíbula, y luego escondiéndola bajo su barbilla, inclinando su rostro hacia él.

—Encontrar la verdad fue solo cosa tuya. Y no puedo estar más feliz de que lo hicieras.

Dejó un pequeño beso en su boca, hasta que su sonrisa le impidió mantener sus labios sobre los de Anna.

Ella lo miró con gesto confuso, intentando entender qué es lo que le ocurría, por qué estaba de buen humor, más allá de que aquellos intercambios pudieran tener el mismo efecto en él que el que tenían en ella.

Los dedos de Logan cubrieron su nuca con suavidad, pasando entre los mechones de su cabello y rozando detrás de sus orejas.

—Me gustas sin la bufanda —confesó con la picardía curvando su boca.

Anna se mordió el labio, porque no podía estar más de acuerdo. Si las manos de Logan eran la alternativa a la vieja lana verde, estaba satisfecha de haberla dejado en la habitación.

—Ya no la necesito.

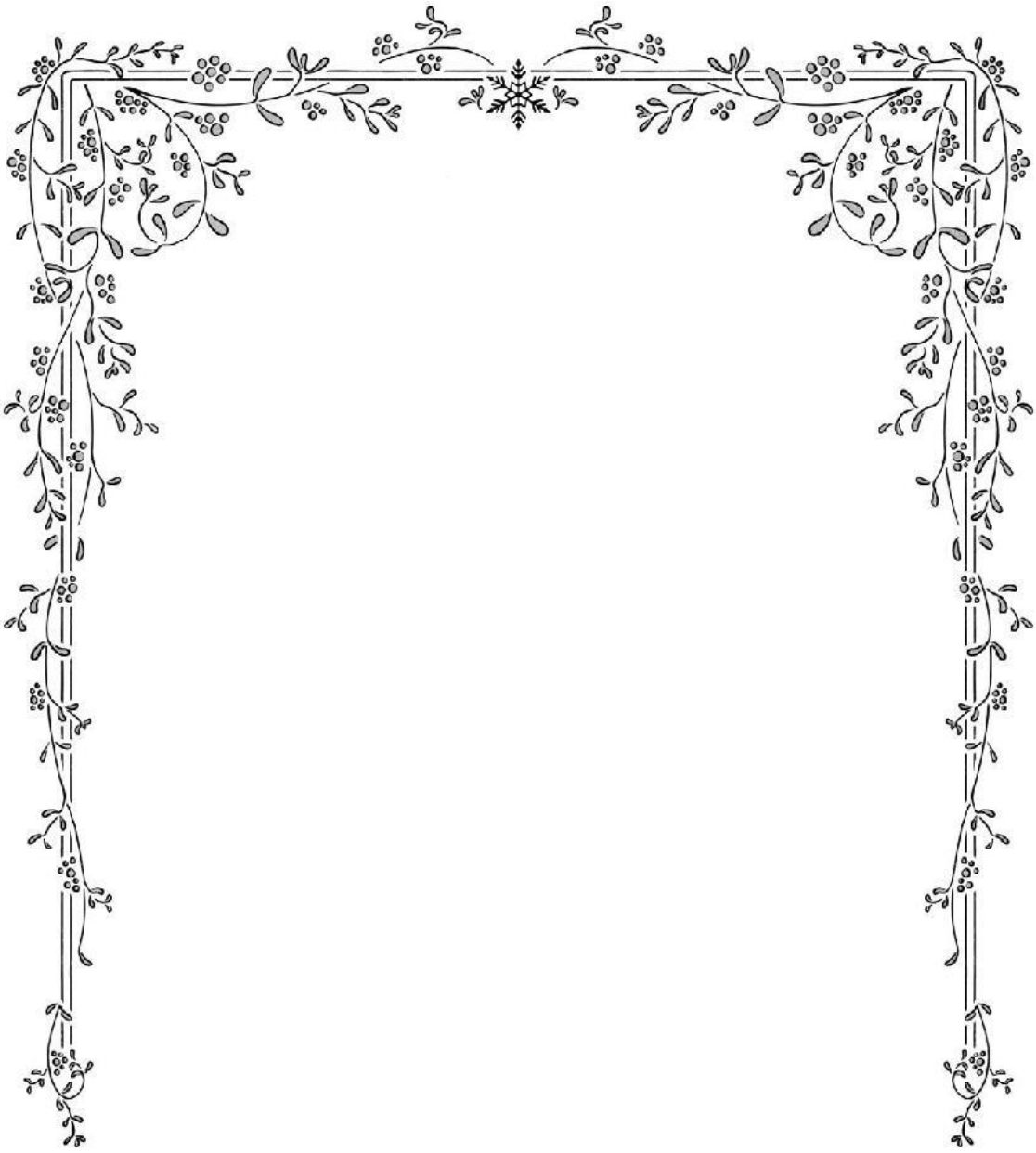
Y esa confesión resonó en su pecho mientras Logan la observaba fascinado.

Siempre se había sentido insegura sin ella.

Incluso en los meses de verano, la prenda había ocupado un lugar especial en su dormitorio o su bolso.

En cambio, en ese momento sabía que no era esa suerte la que necesitaba, sino la de las personas que la rodeaban.

Y dejándose llevar por la tranquilidad que esa reflexión infundía en ella, tiró de la chaqueta de Logan, buscando su refugio de calor favorito.



FIN

FIN

FIN

